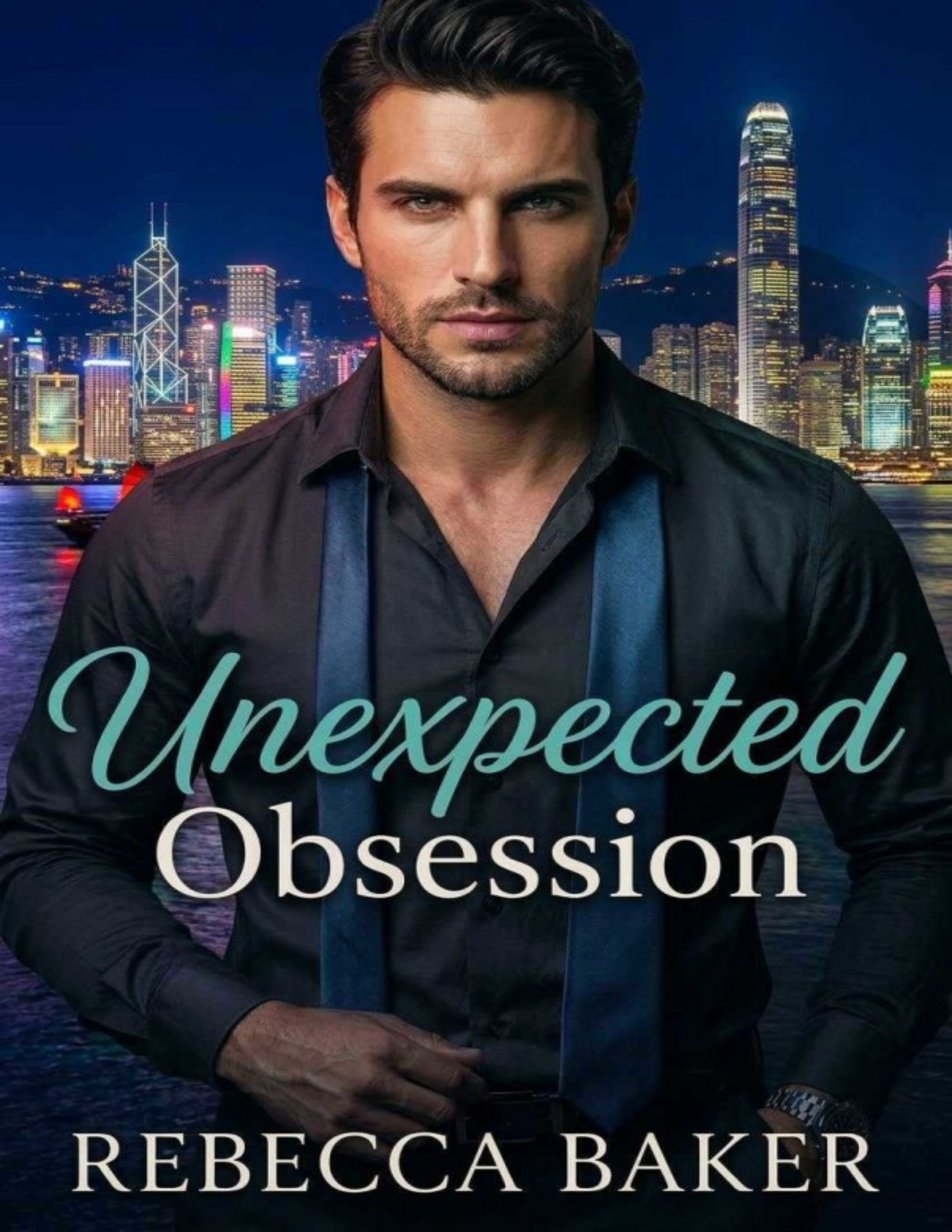
Unexpected
Obsession
REBECCA BAKER

Unexpected Obsession

Bebé sorpresa del multimillonario

Rebecca Baker

Índice

Capítulo 1 Holly
Capítulo 2 Asher
Capítulo 3 Holly
Capítulo 4 Asher
Capítulo 5 Holly
Capítulo 6 Holly
Capítulo 7 Asher
Capítulo 8 Holly
Capítulo 9 Asher
Capítulo 10 Asher
Capítulo 11 Holly
Capítulo 12 Asher
Capítulo 13 Holly
Capítulo 14 Holly
Capítulo 15 Holly
Capítulo 16 Asher

Capítulo 17 Holly
Capítulo 18 Asher
Capítulo 19 Holly
Capítulo 20 Asher
Capítulo 21 Holly
Capítulo 22 Asher
Capítulo 23 Holly
Capítulo 24 Asher
Capítulo 25 Holly
Capítulo 26 Holly
Capítulo 27 Asher
Capítulo 28 Holly
Capítulo 29 Asher
Capítulo 30 Holly
Capítulo 31 Asher
Capítulo 32 Asher y Holly

Capítulo 1 Holly

—¿Y qué estaba pensando exactamente al hacer esto? —el hombre mayor, con un cerco de pelo canoso alrededor de su calvicie incipiente, me miró frunciendo el ceño. Su expresión no presagiaba nada bueno y el tono de su voz oscilaba entre el escepticismo y la desconfianza.

Se me encogió un poco el estómago.

—Sí, la verdad es que yo también me lo pregunto. El hombre a la izquierda del calvo era algo más joven y tenía una frondosa melena castaña. Sin embargo, su voz sonaba tan cargada de dudas como la de su compañero de mesa. La mujer al otro lado del calvo se limitó a negar con la cabeza y a soltar un profundo suspiro.

Los calambres en mi estómago se intensificaron.

Me encontraba ante el tribunal de examen del Grado en Diseño de Joyas. Este era mi último examen. Si aprobaba, sería oficialmente diseñadora de joyas. Llevaba soñando con ello desde que, juntoa mi

amiga de la escuela secundaria, fabricaba pendientes en el taller de manualidades y luego los poníamos a la venta en el mercadillo del colegio. Aquel había sido el primer dinero que gané por mi cuenta y todas las señoras del pueblo se deshacían en elogios por mis pendientes. Decían que nunca habían visto algo tan bonito. Más tarde, en el instituto, seguí cultivando mi pasión y, además de pendientes, empecé a fabricar collares, diademas, pulseras y broches. Incluso llegué a suministrar mis creaciones a una boutique local, lo que me permitió ganar algo de dinero extra. Invertí una parte en revistas especializadas y otra la ahorré para mis estudios.

Mis ahorros, por supuesto, no habían sido suficientes ni de lejos, y durante la carrera tuve que mantenerme a flote con diversos trabajos temporales. También había pedido un crédito estudiantil. Tendría que empezar a devolverlo tras obtener el título. Pero, a pesar de todo, miraba el futuro con optimismo. Los diseñadores de joyas estaban muy solicitados. Vivía por y para mi pasión y disfrutaba cada día con todo lo que hacía. Las cosas apenas podían ir mejor, y por eso aceptaba de buen grado los distintos obstáculos que se interponían en mi camino. Hasta aquel momento, todo se había resuelto siempre de forma positiva y estaba convencida de que así seguiría siendo en el futuro.

Sí, hasta aquel momento había estado convencida.

Pero ahora, mientras permanecía allí plantada ante el tribunal de examen, la duda empezaba a trepar lentamente por mi interior.

¿Y si, al final, no era lo bastante buena? ¿Y si no aprobaba el examen?

Durante los primeros semestres de la carrera, el miedo al fracaso me había asaltado con frecuencia. Sin embargo, esos temores se habían ido esfumando poco a poco. Mis compañeros lidiaban con los

mismos problemas que yo. No eran mejores ni más inteligentes. Solo distintos. Juntos logramos superar los primeros exámenes y, con los resultados, mi confianza también fue creciendo.

Ahora, mis miedos regresaban.

—¿Señorita Thatcher? —Las palabras del hombre calvo me devolvieron al presente. Todos los miembros del tribunal de examen se habían presentado con sus nombres al inicio de la prueba. Pero yo ya no era capaz de recordar ni uno solo.

—Eh... sí —balbuceé, bajando la vista hacia el collar, los pendientes y la pulsera que descansaban ante mí, sobre la mesa de color gris blanquecino, en un estuche acolchado con terciopelo negro.

—¿Qué estaba pensando al hacer esto? —repitió el hombre calvo—. ¿A qué se debe esta combinación de motivos? El conjunto parece un juego de piezas amontonadas al azar y no una combinación coherente. ¿Por qué iba la gente a comprar algo así?

La duda en mi interior se hizo más fuerte.

Tragué saliva y dije:

—Las piezas pretenden simbolizar el amor por la vida. Ese es el denominador común. Yo... —se me quebró la voz. Acababa de explicar todo eso hacía un momento. Era evidente que mis explicaciones no habían convencido al tribunal de examen. De lo contrario, no me mirarían con tanto escepticismo. Y no me estarían volviendo a preguntar.

—Técnicamente, el trabajo está bastante bien ejecutado —apuntó la mujer. Me dedicó un asentimiento con la cabeza y pareció querer

infundirme ánimos.

Inspiré profundamente. Si la mujer me animaba, quizás no todo estaba perdido todavía.

No deberías imaginar siempre esos escenarios catastróficos en tu cabeza, Holly. El tribunal TIENE que preguntar con espíritu crítico. Al fin y al cabo, no pueden ir regalando títulos de grado a cualquiera. Hay que ganárselo.

—Es cierto que son motivos distintos —admití. Mi voz sonaba un poco más firme que hacía unos instantes—. Pero quien ama la vida lo hace desde muchos puntos de vista. Es el amor por la naturaleza, por la música, por otras personas y mucho más. Y eso es lo que queda plasmado en mi diseño. —Observé los pendientes en forma de corazón, el collar con el colgante del árbol de la vida y la pulsera, que estaba adornada con notas y una clave musical.

El hombre calvo gruñó algo ininteligible y negó con la cabeza.

Mi corazón latía con tanta fuerza que golpeaba con dureza contra mi caja torácica. Casi creía que se me iba a salir del pecho.

—Aun así... no resulta práctico. ¿Por qué querría alguien comprar un juego de joyas cuyas piezas individuales no encajan entre sí en absoluto? —El hombre con la melena castaña tampoco parecía convencido.

—Visualmente, las piezas sí que encajan —repliqué, asombrada de dónde sacaba el valor para hacer tal afirmación—. Es la misma plata, son las mismas piedras azules y verdes, el mismo tallado... Creo que se puede reconocer una conexión.

—Con muchísima imaginación —el hombre calvo torció la boca con amargura, formando una fina línea—. Pero la tarea del cliente no es observar las joyas y tener que esforzarse para reconocer si algo combina y cómo lo hace. Eso es algo que debería ser obvio a primera vista.

Las últimas palabras resonaron en el gran aula.

Los bancos situados detrás de nosotros, que normalmente solían estar abarrotados de estudiantes, hoy estaban completamente vacíos. El tribunal de examen estaba sentado en el estrado tras una mesa grande sobre la que descansaban las joyas que yo había fabricado como trabajo final de carrera. Ante ellos estaba yo, intentando responder a sus preguntas.

Pero ahora ya no sabía qué responder.

Ante las palabras del hombre calvo, mi estómago se encogió más que nunca. Me empezaron a sudar las manos y sentí que los brazos me temblaban.

¿Qué significaba aquello?

Tragué saliva e intenté decir algo, pero las palabras se me quedaron literalmente atascadas en la boca.

—Lo lamento, señorita Thatcher, pero no puedo calificar este trabajo de otra forma que con un «insuficiente». —El hombre calvo me miró con severidad—. Parece que ni siquiera ha comprendido el encargo. El objetivo es fabricar una pieza de joyería VENDEBLE, y no algo que se quede cogiendo polvo durante años en un escaparate.

El hombre castaño añadió:

—Estamos orgullosos de que nuestros graduados se ganen la vida con su profesión. No queremos «artistas pobres» que fabriquen cosas que, aunque sean bonitas, ignoren por completo los gustos de los clientes y del mercado. Tener el oído puesto en el mercado y saber qué quiere el cliente es una de las cualidades más importantes para un diseñador de joyas. ¿Es que no prestó atención en el curso de marketing? ¿Qué nota me dijo que sacó en esa asignatura?

No pude responder. Tenía la mente en blanco. Todo lo que veía ante mis ojos era una hoja de papel vacía. En ella, con letras grandes, gruesas y rojas, ponía: ¡SUSPENSO!

—Un «notable». Ha aprobado el curso de marketing. El hombre castaño levantó la vista de sus papeles con incredulidad.

Los tres examinadores intercambiaron una mirada. Entonces, el hombre calvo asintió.

—Señorita Thatcher, lamentablemente no podemos otorgarle el título de diseñadora de joyas. Ha suspendido el examen final práctico. Por lo tanto, no ha superado el examen en su conjunto.

Suspendida.

Las palabras resonaron en el aula vacía. Rebotaron de una pared a otra. Me golpearon el oído izquierdo y luego el derecho, antes de volver al izquierdo.

Suspendida.

Nunca en la vida hubiera imaginado que no aprobaría este examen.

Hasta ahora.

Seguro que todo aquello no era más que una pesadilla, ¿verdad? Enseguida despertaría en mi cama calentita y me daría cuenta de que hoy era el gran día. De que tenía mi examen y que por fin obtendría el tan anhelado título de diseñadora de joyas por el que tanto tiempo y con tanta dureza había trabajado, y por el que tanto había sacrificado.

Cerré los ojos y me mordí ligeramente el labio inferior.

Cuando volví a abrirlos, seguía encontrándome en el aula vacía de mi universidad y, frente a mí, seguían sentados los dos hombres y la mujer, que me miraban con severidad.

—Yo... —tartamudeé, luchando de nuevo por encontrar las palabras.

—Puede repetir el examen, pero como muy pronto dentro de un año —el hombre calvo hojeó un montón de papeles—. Durante este año, deberá seguir pagando las tasas académicas habituales y permanecer matriculada en la universidad, aunque esté exenta de asistir a los cursos. A esto habrá que añadir, dentro de un año, las tasas de examen. Para los alumnos que repiten, ascienden al quíntuplo de las tasas iniciales.

Contuve el aliento, horrorizada.

Aquello simplemente no podía estar pasando.

—Por favor —supliqué, recuperando por fin el habla—. Por favor. Tienen que darme otra oportunidad. No pueden dejarme suspensa así sin más.

En la mirada de la mujer vi un rastro de compasión. Los dos hombres se mostraron implacables.

—Claro que podemos —respondió el castaño—. Incluso estamos obligados a ello. En esta universidad, todos los estudiantes tienen las mismas oportunidades. ¿Adónde iríamos a parar si le diéramos a usted otra oportunidad? Entonces tendríamos que dársela a cada estudiante en cada asignatura. Todos los alumnos que suspendieran una vez podrían reclamar el mismo derecho. —el castaño negó con la cabeza—. Tendrá su segunda oportunidad. Dentro de un año, bajo las condiciones establecidas.

Me puse enferma.

Tanto dinero.

Tanto tiempo.

Realmente no me lo podía permitir.

—Por favor, vuelvan a mirar los diseños y las joyas —supliqué ahora, colocando mis dibujos junto al estuche con mis piezas.

—Eso no cambiará nuestra decisión —dijo entonces el hombre calvo —. En absoluto. No ha aprobado. Ha suspendido. No podemos otorgarle el título de diseñadora de joyas. —En la voz del hombre no había ni el más mínimo rastro de pesar.

—Si fuera tan amable de abandonar el aula ahora —el castaño miró el reloj de forma ostensible—. Su tiempo de examen ha terminado hace mucho y el resultado es definitivo. Tenemos que examinar al siguiente candidato; si no, hoy no llegaremos ninguno a casa a tiempo. Los examinadores también tenemos derecho a terminar nuestra jornada. —El hombre soltó una risa seca.

Tragué saliva.

Para los tres examinadores no era más que un número. Una estudiante entre muchas. Un rostro entre tantos. Mi destino les traía sin cuidado.

—Pero es que no tengo dinero para repetir el examen y... —empecé a decir.

—Eso ya no es problema nuestro —el hombre calvo sonó tajante—. Puede quedarse aquí rogando y suplicando todo lo que quiera. Tuvo su oportunidad. Si hubiera aplicado mejor los conocimientos que ha aprendido, habría aprobado. Pero no lo ha hecho. Es así de sencillo. —El hombre extendió la mano y señaló hacia la puerta—. Si hiciera el favor de abandonar el aula. De lo contrario, tendré que llamar a seguridad para que la acompañen fuera.

Se me cayeron los hombros.

Así que eso era todo.

Ese era el fin de mi sueño.

Se acabó.

Punto final.

Terminado.

No sería diseñadora de joyas.

Me di la vuelta y, con pasos lentos y pesados, subí las escaleras hacia la salida, que se encontraba tras la última fila de asientos.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

Me había preparado para muchas cosas. Pero no para esto. Casi nunca ocurría que alguien suspendiera en el examen final. Ninguno de mis compañeros recordaba una historia semejante. Ninguno.

Y ahora había pasado.

ME había pasado a MÍ.

Me tembló ligeramente el labio inferior. Reuniendo las últimas fuerzas, abrí la pesada puerta y salí del aula.

—Y bueeeeeeeno... ¿qué tal ha ido? Me encontré con unos ojos marrones que brillaban con un deje de malicia. Como siempre.

Tragué saliva.

Eso era justo lo único que me faltaba.

Frente a mí estaba Azra, la estudiante más impopular de mi promoción. No tenía una palabra buena para nadie, pero sí una mala para todos. Conocía los puntos débiles de todos los demás estudiantes, pero no revelaba nada sobre sí misma. Le encantaba pinchar y criticar. Nadie quería quedar con Azra para tomar un café y, sin embargo, en cada descanso solía estar sentada a la mesa de otros tantos estudiantes. Cómo lo conseguía era un misterio para mí.

—¿Puedo felicitarte por tu título? —Azra torció los labios. Supuse que pretendía ser una especie de sonrisa.

Negué con la cabeza en silencio.

—¿No? —A Azra se le pusieron los ojos como platos. Pero no se le daba muy bien el fingimiento. Una pequeña chispa malévola relució en su mirada—. ¿No has aprobado? —se aseguró—. ¿Has... suspendido? —Una pequeña carcajada burlona escapó de sus labios.

Desesperada, di unos pasos hacia la salida. El aire en aquel edificio me resultaba cada vez más viciado. Necesitaba salir fuera con urgencia.

Azra me siguió los pasos.

—¿Cómo ha podido ocurrir algo así?

No respondí. El sueño de mi vida se había hecho añicos. Había invertido muchísimo tiempo en mis estudios y al final me quedaba con las manos vacías. Peor aún: tenía un montón de deudas y ningún título que me permitiera buscar un trabajo donde ganara lo suficiente para pagarlas.

¿Qué iba a hacer ahora?

¿Cómo iba a seguir adelante con mi vida?

—Es decir, yo ya me imaginaba que con ese diseño no ibas a aprobar —siguió parloteando Azra en mi oído—. Yo no era capaz de verle el sentido a todo ese trasto. Y seguro que no soy la única. Pensé en decírtelo. Pero, al final, cada uno tiene que saber lo que hace y aprender a base de golpes. —Azra soltó una risita.

Me ahorré la respuesta de que habría sido amable y de buena compañera haberme comunicado esas dudas.

Amable y de buen compañero.

Probablemente esas palabras ni siquiera existían en el vocabulario de Azra.

Tragué saliva con amargura y abrí la puerta que daba a la calle.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Azra con curiosidad—. Repetir el examen es bastante caro. YO no podría permitirme algo así. Aunque, por otro lado, si no tuviera otra opción... —Azra volvió a reír entre dientes—. Aunque, quién sabe si aprobarás la próxima vez. Si no, habrás tirado todavía más dinero a la basura. —La risita de Azra se volvió más penetrante.

Tenía la sensación de que iba a ponerme a gritar de un momento a otro. No aguantaría a aquella mujer ni un segundo más.

—Si yo fuera tú, me buscaría un trabajo de auxiliar. O un marido rico. —Azra estalló en una sonora carcajada—. Así, al menos, nadie se dará cuenta de que no sirves para nada y de que te han echado del examen. Un examen que ha aprobado todo el mundo menos tú.

Las palabras me golpearon la piel como pequeñas flechas afiladas.

Me encogí. Se me curvaron los hombros.

—No dices nada —comentó Azra entonces.

—Yo... me tengo que ir ahora —logré articular con esfuerzo—. Tengo una cita.

Mi cita era un turno en mi trabajo temporal. Me habría gustado mucho más irme a casa y acurrucarme en la cama. Pero no me lo podía permitir. Necesitaba dinero, ahora más que nunca.

El alquiler, la comida, el crédito estudiantil. Tenía que sacar de algún sitio para costearme la vida.

—Yo ya aprobé ayer —Azra lanzó otro dardo envenenado en mi dirección—. Pronto tendré mi primera entrevista de trabajo. Y cuando trabaje como diseñadora de joyas, me acordaré de ti de vez en cuando. Serás un ejemplo de advertencia para los futuros estudiantes. Para que sepan que uno nunca debe dormirse en los laureles. —Azra se rió entre dientes—. ¿Dónde están las joyas con las que has suspendido?

En ese instante me di cuenta de que no me había llevado la cajita negra del aula. Probablemente seguía sobre la mesa, frente a los tres examinadores.

Daba igual.

No quería volver a ver aquellas joyas en mi vida.

Solo quería salir de allí. Avancé unos pasos con rapidez.

Fuera como fuera.

La puerta se cerró tras de mí.

Me encontraba en el camino, frente al edificio de las aulas.

Por fin había silencio a mi espalda.

Azra no me había seguido fuera.

Un ejemplo de advertencia.

Probablemente era para lo único que servía ya.

Era una fracasada miserable.

Mi vida era un completo montón de escombros.

Capítulo 2 Asher

—¿Y bien? ¿Listo? —La voz a mi espalda me hizo darme la vuelta de golpe.

Acababa de estar de pie ante el gran ventanal panorámico de mi despacho, admirando las vistas. El horizonte de Nueva York me fascinaba en cualquier época del año y a cualquier hora del día, incluso después de llevar muchos años en esta ciudad. El Empire State Building, el Chrysler Building y, desde hace relativamente poco, la Central Park Tower. Todos ellos hacían de Manhattan lo que era. Para mucha gente, un lugar de anhelo o de libertad. Y para mí, el lugar donde mis sueños se habían hecho realidad.

—Listo —respondí y respiré hondo. Luego le dediqué una sonrisa a mi director general, Luke—. Ya va siendo hora de que exploremos nuevos caminos, ¿no crees?

Asher's Jewellery and Accessoires, o simplemente *Asher's*, era un nombre conocido para todas las mujeres de Estados Unidos. En nuestra tienda online se vendían joyas y accesorios por todo el país. Como teníamos un surtido amplio y ofrecíamos buenos precios, nos

habíamos convertido en la mayor tienda online de la industria de la joyería en América.

Sonreí con orgullo. Cuando lancé el primer sitio web desde una pequeña oficina hace muchos años, nadie se habría imaginado que *Asher's* crecería tanto. Ni siquiera yo. Oh, siempre había creído que estaba destinado a grandes cosas y que mi empresa sería famosa algún día.

Pero que mi compañía ocupara hoy un rascacielos entero y que mi despacho estuviera en la planta superior, donde podía disfrutar de las vistas despejadas de Nueva York, eso ni yo mismo me lo habría creído entonces.

Y, sin embargo, así había sucedido.

Bajo mis pies, los departamentos de Compras, Marketing, Ventas, TI, el departamento de recursos humanos, Contabilidad y muchísimas otras secciones se encargaban de que *Asher's* funcionara a la perfección y generara ingresos récord cada día. Mis empleados eran el mejor capital que poseía mi empresa.

Hoy queríamos empezar el siguiente capítulo de la historia de nuestra firma. Hasta ahora, *Asher's* vendía exclusivamente joyas y accesorios fabricados por otros. Éramos puramente una plataforma comercial. Quien leía nuestro nombre no pensaba en una línea de moda concreta, sino en un lugar donde encontrar la joya que buscaba. Cara o barata, sencilla y sobria o extravagante, oriental o moderna; teníamos de todo en stock y ofrecíamos suficiente variedad.

Pero ahora queríamos ofrecer una línea de joyería propia. Con ella, *Asher's* quería dirigirse a la mujer de hoy, que quiere trabajar y realizarse, que quiere ser madre y que quiere verse bien sin pasar

horas cada día frente al espejo o su joyero, y que además quiere mostrarle al mundo quién es.

Para este proyecto queríamos contratar a un diseñador de joyas. O a una diseñadora de joyas. Normalmente, las decisiones de personal las tomaban mi director general, Luke, y nuestra directora de recursos humanos. Pero como esta decisión era algo más que una elección de personal ordinaria, yo mismo me había hecho cargo del proceso. En realidad, la directora de recursos humanos debería haber realizado las entrevistas conmigo, pero como hoy estaba enferma, Luke tuvo que sustituirla. Ya nos las arreglaríamos.

—El próximo gran hito —comentó Luke. Luego frunció el ceño—. Solo espero que encontremos a alguien adecuado. La selección no es precisamente amplia. Quizá deberías haber aplicado criterios menos estrictos. —Percibí un reproche sutilmente oculto en la voz de Luke. Me había asegurado que no estaba ofendido porque yo hubiera tomado el mando en este proceso, pero ahora sonaba de forma un poco distinta. Observé con agudeza a mi director general.

Antes de que pudiera preguntarle si mi sospecha era cierta, se oyó un ligero golpe en la puerta.

—¡Adelante! —exclamé.

—El señor Johnson está aquí —anunció Gemma, mi secretaria.

El señor Johnson era el primero de los dos candidatos que debían comparecer hoy para la entrevista.

En una cosa Luke tenía razón: a nuestro anuncio no se habían presentado muchos candidatos, la verdad. Mi objetivo era contratar a un diseñador de joyas de renombre, que ya pudiera demostrar

éxitos y se hubiera hecho un nombre en otras marcas. No solo aportaría experiencia, sino también publicidad para nosotros. Pero, por desgracia, se habían presentado pocos nombres conocidos. Ante mi insistencia, la directora de recursos humanos había contratado a un cazatalentos para que llamara a otras empresas y contactara con los diseñadores. Esta práctica era muy común en EE. UU. Había muchísimos empleados descontentos que deseaban un nuevo trabajo, pero no querían tomarse la molestia de solicitarlo en otro lugar; a ellos se les podía llegar con una llamada así.

Sin embargo, en el sector de la joyería no parecía haber muchos empleados insatisfechos, ya que la vía del cazatalentos tampoco había traído candidatos adecuados hasta el momento.

Hasta ahora.

Pero no me iba a dar por vencido tan fácilmente.

Pues contrataríamos a alguien a quien nadie hubiera descubierto todavía. Alguien que se convirtiera en un gran nombre con nosotros, junto a nosotros. ¿No era eso mucho mejor de todos modos? Encajaba perfectamente con nuestra historia.

El señor Johnson podía acreditar varios años como diseñador de joyas en una joyería de renombre y en su solicitud había asegurado de forma convincente que el entorno allí le resultaba demasiado conservador y que prefería trabajar en una empresa que evolucionara rápido, que diera mucha libertad a sus empleados, que estuviera abierta a nuevas ideas y donde no hubiera tantas convenciones rígidas. Asentí satisfecho. Eso sonaba perfecto. También las fotos que el señor Johnson había enviado de sus muestras de trabajo parecían prometedoras. Le había pedido que trajera alguna que otra pieza para que pudiéramos hacernos una idea de sus habilidades por nosotros mismos.

Un hombre bajito, de pelo canoso y con un maletín, entró en mi despacho.

Lo miré confuso.

¿Quién era?

¿Se había equivocado de puerta? ¿O de empresa? En el rascacielos de al lado residía una gran institución pública de Nueva York. El hombre parecía pertenecer a ese lugar. A veces ocurría que la gente se equivocaba de puerta, pero normalmente mi recepcionista los interceptaba con eficacia.

—Edward Johnson —se presentó el hombre bajito y canoso, extendiendo la mano. No se había equivocado de puerta. ¡Era el candidato!

Estreché la mano que me ofrecía. En mi interior, maldije un poco la costumbre de no incluir ni foto ni fecha de nacimiento en las solicitudes. El señor Johnson debía de tener casi sesenta años y, por tanto, estaba más cerca de la jubilación que la mayoría de mis empleados.

¡Asher! ¡No te dejes llevar por tus prejuicios! Hay personas mayores que son mucho más dadas a experimentar y abiertas que muchos jóvenes.

—Tome asiento —dije por tanto, señalando la mesa de conferencias con las cuatro sillas.

Luke hizo una mueca a espaldas del señor Johnson que venía a decir: «¿A qué viene esto? ¿Crees que esto tiene algún sentido?».

Me encogí de hombros. Ya lo veríamos.

El señor Johnson sacó tres estuches negros de su maletín. —Las muestras de trabajo que me pidió —anunció.

Asentí. Luke cogió el primer estuche y lo abrió. Sobre el terciopelo negro descansaba un collar tradicional con algunos diamantes.

Bonito.

Pero nada extraordinario.

Eso se podía comprar en cualquier joyería.

Abrí el segundo estuche y acto seguido el tercero. Esos diseños tampoco eran especialmente fuera de lo común. Desanimado, empujé los estuches hacia el centro de la mesa. —En las fotos, sus diseños parecían mucho más creativos y atrevidos. —No era precisamente el inicio ideal para una conversación, pero así al menos averiguaría rápido si el candidato era apto para nosotros.

El señor Johnson se rió. Sonó como el graznido de un cuervo. —Ah, eso. Solo eran unos devaneos. Nada serio.

—¿Nada serio? —repetí incrédulo—. Pero precisamente por eso le hemos invitado.

El señor Johnson se rió de nuevo. —Venga, ustedes con su tienda online. Supongo que pensarán que pueden cambiar el mundo y el gusto de la gente. Pero eso no será posible. —Con aire condescendiente, el señor Johnson sacudió la cabeza, como si estuviera hablando con dos niños pequeños a los que tuviera que explicarles cómo funcionaba el mundo.

Apreté los dientes con rabia. Sabía perfectamente cómo funcionaba el mundo. O, para ser más exactos, cómo funcionaba MI mundo. Al fin y al cabo, yo había fundado *Asher's* y la había hecho grande. Si alguien conocía el negocio, era yo.

—Al final acabarán vendiendo lo que todo el mundo vende —profetizó el señor Johnson.

—Eso ya lo hacemos —respondí ligeramente molesto—. Con nuestra propia línea queríamos crear precisamente algo diferente. Darnos un rostro propio.

El señor Johnson volvió a sacudir la cabeza. —Háganme caso. Así no va a funcionar.

Me tragué mi enfado y mi voz sonó solo un poco irritada cuando dije: —No le hemos pedido que viniera a una entrevista para un puesto de consultor. Se supone que debe diseñar joyas.

El señor Johnson volvió a sacudir la cabeza. Al hacerlo, parecía un espantapájaros gris. —¿Y no iba a tener mucha libertad para ello?

—La libertad de ser creativo. —Miré al señor Johnson—. No la libertad de hacer siempre lo mismo.

El señor Johnson suspiró. —Ay, es que hoy en día todo el mundo tiene que estar infectado por el virus de lo nuevo.

—Para unas pretensiones salariales de... —me interrumpí y miré la solicitud del señor Johnson, que tenía delante. Luego continué—: ... de más de ciento cincuenta mil dólares, esperamos un poco más.

—Mis pretensiones salariales están totalmente dentro de lo normal. Tengo muchos años de experiencia —respondió el señor Johnson con dignidad y se echó el pelo hacia atrás.

—Nosotros no pagamos por la experiencia, sino por el trabajo realizado —expliqué.

—Pues así no encontrarán a nadie que quiera trabajar para ustedes. —El señor Johnson puso cara de reproche—. Solo son una tienda online. No una joyería de renombre. Probablemente ningún diseñador de joyas quiera tener nunca su nombre en su currículum. Por eso tienen que pagar en consecuencia. Un plus por peligrosidad moral, ya me entienden. —El señor Johnson mantenía su aire digno.

Apreté los puños y resoplé. ¡A este tipo le faltaba un tornillo!

¡Plus por peligrosidad!

¡No querer nuestro nombre en el currículum!

¿Quién se creía que era?

¿Y creía que necesitábamos tanto sus servicios que aguantaríamos cualquier impertinencia?

Me levanté. —Gracias por su tiempo, señor Johnson. Creo que ya hemos oído suficiente. Lamentablemente, usted no encaja en nuestra empresa. En unos días recibirá un rechazo por escrito.

El señor Johnson se levantó de un salto. Ahora sus mejillas se pusieron rojas. —No voy a permitir que se me discrimine por mi edad. Eso es lo que les gustaría. Si no consigo el trabajo, iré a ver a mi abogado.

Hervía de rabia, pero logré contenerme justo a tiempo. Arqueé una ceja y respondí: —También podemos ofrecerle un trabajo en lugar de un rechazo. Puede empezar aquí por una cuarta parte del sueldo. No hay problema.

Discriminación.

No iba a dejar que un tipo tan engreído me soltara algo así.

El señor Johnson resopló y salió del despacho sin decir una palabra más. Dio un portazo al salir. No habría creído que un hombre tan bajito tuviera tanta fuerza.

—Eso sí que ha sido un chasco —comentó Luke. Se reclinó con aire despreocupado en su silla de conferencias.

—Tú también podrías haber dicho algo. —Miré a mi director general con reproche.

—¿Para qué? —Luke sonrió—. No ha sido necesario. Además, yo no tengo nada que ver con todo este proceso. —Luke levantó las manos en gesto defensivo—. Este es tu bebé, yo estoy fuera de juego.

Ya era el segundo comentario en esa dirección.

Pero antes de que pudiera decir nada, la puerta del despacho se abrió.

Esperaba que no fuera el señor Johnson de vuelta.

No.

Ante nosotros estaba una mujer delgada, de nariz afilada y pelo azul. —Hola, soy Rikki.

—¿Rikki? —Intenté discretamente echar un vistazo a los documentos de la siguiente candidata. ¿Había invitado yo a Rikki?

—Sí. Vengo por lo del trabajo. Por eso estoy aquí. No había nadie en recepción. Probablemente esté en el baño o algo así. He llegado un poco pronto. —Rikki era muy comunicativa, pero hablaba con frases tan cortadas que me costaba seguirla.

—Por favor. —Señalé de nuevo la silla.

—Bonitas vistas. —Rikki se dejó caer en la silla y abrió su bolsa—. He traído algunas muestras de mi trabajo.

De nuevo, tres estuches negros estaban sobre la mesa. Carraspeé. —Gracias, es muy amable de tu parte.

—Las fotos que les envié eran de lo que he hecho hasta ahora para una joyería tradicional. Pero estoy harta de eso. Quiero darme un poco de vida y hacer algo diferente. —Rikki hablaba sin tapujos y tenía una actitud totalmente distinta a la del señor Johnson. Eso solo podía ser positivo.

Curioso, abrí el primer estuche. Luego retrocedí impresionado. Ante mí había un broche enorme con forma de calavera.

—Mola, ¿eh? —El comentario de Rikki me puso en alerta—. Ahora mismo tengo el pelo azul, pero en realidad simpatizo con la escena gótica. Cuando vi su anuncio, pensé que esta podría ser la oportunidad. Por fin diseñar joyas que yo misma me pondría, y no solo para esas pijas estiradas de oficina.

Pijas estiradas de oficina. Rikki acababa de insultar a la mitad de mis empleadas. Arrugué la nariz. —Vendemos joyas góticas de otros proveedores. Pero para nuestra propia línea habíamos imaginado algo distinto —expliqué.

Rikki soltó un fuerte quejido. —Venga, hombre, si tenéis una tienda online. No me vengáis ahora con ese rollo. Y con cosas de las que tiene todo el mundo.

—Precisamente no cosas de las que tiene todo el mundo. Cosas que todo el mundo quiera llevar, pero que nadie más tenga —expliqué con énfasis. Todo en mí se resistía a llamar «cosas» a mis joyas. Pero quizá así Rikki me entendería mejor.

—¿Y cómo se supone que va a ser eso? ¿Qué aspecto debe tener? —quiso saber Rikki.

—Averiguar eso sería tu trabajo —tras una breve pausa, añadí—. Lo habría sido. Me temo que no somos los socios adecuados.

—Oh, vaya —visiblemente decepcionada, Rikki se levantó de un salto —. Es que vosotros también solo pensáis en ganar dinero. Pensé que seríais diferentes.

—Nosotros también tenemos que pagar a nuestros empleados. Aquí nadie quiere trabajar gratis —respondí.

Rikki resopló. Luego volvió a meter los estuches en su bandolera negra. —Pues nada. —Con estas palabras, desapareció del despacho.

Respiré profundamente.

—Maldita sea. —No habíamos invitado a más candidatos. Esos habían sido los dos únicos que al menos parecían aptos.

—¿No va bien la cosa, o qué? —Luke se recostó en su asiento—. Te dije desde el principio que tenías que invitar a más gente. Con dos no basta. Pero no quisiste hacerme caso.

—No había solicitudes adecuadas —respondí irritado. Normalmente Luke y yo nos llevábamos bien. Pero desde que decidí encargarme yo mismo del proceso de contratación del diseñador de joyas, Luke me lanzaba pullas a menudo.

—¿Y qué pasa con esta de aquí? —Luke sacó su tableta y abrió un correo electrónico.

—¿Azra No-sé-qué? —pregunté distraído. Recordaba vagamente la solicitud.

—Sí, tío. Cumple todos los requisitos. —Luke me miró indignado—. Pero ni siquiera la has invitado.

—Queríamos a alguien con experiencia y ella no tiene ninguna. Así que no cumple todos los requisitos. Además, su currículum parece demasiado perfecto. Hay algo sospechoso en él. —Sacudí la cabeza. En los próximos días revisaría todas las candidaturas de nuevo y vería si podíamos invitar a alguien más. Pero Azra no estaría entre ellos. No tenía experiencia y sus diseños no habían sido nada especial. Algo que cualquiera vendería.

—De verdad, te estás poniendo la zancadilla a ti mismo. Así *Asher's* nunca dará el gran salto adelante. —Luke me miró un poco amargado—. Pero quizá también sea por tu aspecto. Siempre parece

que has venido al despacho directamente desde la cama. Ni siquiera te has peinado.

Furioso, me pasé ambas manos por la melena. No había venido al despacho directamente desde la cama. Es que mi pelo era difícil de domar. Eso era todo.

Y, además, Luke no tenía derecho a echarme eso en cara.

—Maldita sea, Luke. Eres el mejor director general que he tenido nunca. Pero *Asher's* es MI empresa y MI bebé. Tú aquí no tienes nada que decir. —Me mordí la lengua. En realidad no había querido decir esa última frase. Pero las palabras ya estaban dichas.

Y tampoco eran mentira.

Para nada.

Yo ERA el jefe.

Luke era mi director general, pero seguía siendo mi empleado. No había invertido dinero en la empresa ni estaba allí desde el primer día. Era simplemente alguien que tenía buen olfato para el negocio y cuya opinión yo valoraba. Así que, con el tiempo, le había otorgado muchos poderes.

Pero eso no significaba en absoluto que Luke estuviera a mi mismo nivel.

Yo era y seguiría siendo el jefe de *Asher's*.

—Entonces mejor me voy. Si total aquí no tengo nada que decir. Me pregunto si mañana debería siquiera venir a trabajar. —Luke salió furioso del despacho y dio un portazo al salir. Más fuerte que el del señor Johnson.

¡Maldita sea! ¿Pero qué le pasaba a mi director general?

¿Por qué se comportaba como una diva ofendida?

Necesitaba aire fresco urgentemente.

Y una Coca-Cola.

La bebida azucarada siempre me despejaba la mente.

Abrí de golpe la puerta del despacho.

Ya no había ni rastro de Luke.

Mejor así.

Ahora quería calma para reflexionar sobre mis próximos pasos.

Capítulo 3 Holly

Crucé el campus con pasos pesados y lentos. Menudo día de mierda. Decir que era de mierda era incluso quedarse corta, pero no se me ocurría otra palabra. Simplemente, no sabía cómo seguir adelante.

¿Qué se suponía que debía hacer?

Mis sueños, mis planes de futuro, se habían esfumado de un momento a otro y me encontraba allí sin la menor idea de qué hacer ahora. Lo que más me habría apetecido era esconderme en mi cama y olvidar que el mundo exterior existía. Porque si el mundo no existiese, yo no tendría todos estos problemas, no habría suspendido el examen...

Me detuve.

Esa pequeña tienda de allí. Vendían las galletas australianas TimTam, una de las poquísimas que lo hacían en Nueva York. Las había probado por primera vez hacía dos años, cuando una estudiante de intercambio australiana recibió un paquete grande de

su casa y lo compartió generosamente con nosotras. Desde entonces, era literalmente adicta a esas cosas. El chocolate del interior era especialmente tierno y, si mojabas la galleta en una taza de café, se transformaba en una masa cremosa que se deshacía divinamente en la lengua.

Exactamente una galleta de esas era lo que necesitaba ahora. El chocolate no resolvía los problemas del mundo, pero hacía que parecieran un poco menos graves de inmediato.

Entré en la pequeña tienda y me dirigí directa al estante donde estaban las galletas. Esta tienda solo tenía dos variedades, lo cual no era ni de lejos la selección que había en Australia. Al menos, eso me había asegurado mi amiga. Pero me alegraba de que hubiera siquiera una tienda aquí que vendiese las galletas. En los supermercados estadounidenses normales no se encontraban, así que tras el regreso de mi amiga a su casa, me había costado bastante esfuerzo conseguir mis queridas galletas. De vez en cuando me había enviado algún paquete, pero desde hacía un tiempo estaba dando la vuelta al mundo y ya no enviaba nada. En este momento estaba en África, donde seguro que no había TimTams.

Alargué la mano hacia el lugar donde solían estar las galletas.

Nada.

Es decir, no nada. Había unos cuantos paquetes de chocolate de una marca estadounidense. Miré a izquierda y derecha. Mis ojos recorrieron todo el estante. Conocía demasiado bien los paquetes de color marrón chocolate de las TimTams y ya era capaz de encontrarlos al primer vistazo entre docenas o incluso cientos de otros paquetes.

En este estante no estaban.

Como la tienda era pequeña, no había otro estante con dulces y repostería. Si las TimTams no estaban aquí, entonces...

—¡Perdone! —una empleada pasó apresurada a mi lado.

—¿Dígame? —me miró con mala gana. Parecía que la estaba retrasando. La tienda no destacaba precisamente por su buen servicio al cliente, pero eso nunca me había importado. Lo principal era que consiguiera mis queridas galletas.

—Busco las galletas TimTam... —empecé con vacilación.

—¿Qué? —la empleada no parecía tener ni idea de qué estaba hablando.

—Esas galletas de Australia que vienen en un paquete de color marrón chocolate. Se llaman TimTams. Siempre estaban aquí en el estante. Donde ahora está el chocolate —señalé el lugar donde las TimTams habían estado siempre hasta ahora.

—Pues ya no están —sentenció la empleada.

Me mordí la lengua para no soltar un improperio. ¿No podía ser un poco más amable esa mujer? —¿Están las galletas en algún otro sitio? —pregunté.

La empleada soltó un fuerte quejido. —¿Por qué necesita tanto esas galletas? ¿No puede comprar simplemente el chocolate que hay aquí? También es dulce, ¿qué diferencia hay?

Si no hubiera tenido aún la esperanza de conseguir mis galletas, me habría ido de inmediato.

Refunfuñando y maldiciendo, la empleada sacó un móvil de su bolsillo. Empezó a toquetear la pantalla. —¿TimTams se llaman esas cosas? —su tono seguía sin ser ni una pizca más amable.

—Sí —confirmé.

—Ya no las tenemos en el surtido. Eran poco rentables. Nadie quería comprarlas —la empleada volvió a guardarse el móvil en el bolsillo—. Lo que yo decía. Coja el chocolate, como todo el mundo. También tiene calorías y sabe dulce.

Me ahorré la respuesta. ¿Para qué iba a explicarle a esa mujer que cada uno tiene sus gustos y que algunas personas aman las galletas, mientras que otras prefieren el chocolate? ¿Y que a unos les gustan las galletas americanas y a otros las australianas o alemanas? ¿Para eso estaban los supermercados, no, para que cada cual comprase lo que más le gustara?

Salí de la tienda decepcionada. El día había empezado de mierda y ahora ni siquiera tenía un pequeño consuelo en forma de mis galletas favoritas.

Fuera de la tienda colgaba un gran reloj. Se me cortó la respiración del susto.

¡Mi turno empezaba en diez minutos!

Si no quería llegar tarde, tenía que correr.

Me puse en marcha a toda prisa. Mis pies volaban sobre el pavimento. Esquivaba a los transeúntes y corría sobre las ligeras irregularidades de la acera, pasando por delante de cafeterías, comercios y restaurantes. A mi lado me adelantaban coches y

motoristas. El tráfico en Nueva York solía fluir despacio, pero los vehículos seguían siendo más rápidos que yo.

Jadeaba.

A mi jefe, Anthony, le horrorizaba que llegara tarde. Incluso un retraso de un minuto provocaba una bronca de las que hacen época y que aún me resonaba en los oídos al día siguiente. Si llegaba diez minutos tarde, me descontaba dinero del sueldo. Le había pedido a Anthony varias veces que retrasara el inicio de mi turno quince minutos. Así siempre podría llegar puntual, no habría problema. Mi compañera del primer turno también estaba dispuesta a quedarse quince minutos más. Anthony había descartado la propuesta con una carcajada burlona. No parecía tener ningún interés en solucionar el problema. Quería seguir atormentándome y mangoneándome.

Jadeando, giré por la siguiente bocacalle.

Allí delante estaba el pequeño puesto de comida en el que trabajaba como dependienta tras el mostrador. Aminoré un poco el paso para no llegar totalmente sin aliento. Con discreción, me sequé unas perlas de sudor de la frente. Hoy era un cálido día de verano y las temperaturas habían subido mucho ya desde por la mañana. Esta tarde seguramente acabaría empapada. El puesto de comida no tenía aire acondicionado. Anthony opinaba que el coste era demasiado elevado. —El verano también pasará, como todos los años —solía decir cuando nos quejábamos del calor, mientras él se largaba a una isla del Caribe a las dos semanas de empezar el verano para bañarse en el mar mientras nosotras nos deslomábamos tras el mostrador.

Pero quizás eso cambiaría ahora. Este verano, por la razón que fuese, Anthony no se había ido todavía.

Unos metros más. Volví a acelerar el paso y abrí la puerta de un tirón.

—Perdón, Anthony, es que he tenido que... —no llegué más lejos.

Tropecé.

Maldita sea. Me había vuelto a olvidar del escaloncito que había tras la puerta. ¿Cuántas veces me había tropezado ya con él? Las suficientes para saber que estaba ahí. En teoría. Pero con las prisas, se me había vuelto a olvidar.

Di un traspié y me tambaleé un poco. Extendí los brazos para sujetarme.

Y entonces choqué contra un cuerpo.

Contra un cuerpo masculino.

Contra un cuerpo masculino que olía de maravilla.

Contra un cuerpo masculino atlético que olía de maravilla.

Todo sucedió tan rápido que a mi cerebro le costaba asimilar los acontecimientos.

—¡Uy! —sentí una botella entre el cuerpo y yo.

A duras penas recuperé el equilibrio y di un paso atrás.

Ese no era Anthony.

¿Con quién me había chocado?

Miré al hombre. Y entonces me quedé con la boca abierta.

Frente a mí estaba... ¿quién?

Nunca había visto a ese hombre. Estaba totalmente segura. Sus ojos oscuros me examinaban con curiosidad e incluso parecían ligeramente preocupados.

—¿Le ha pasado algo? —quiso saber. Su voz era tan oscura como sus ojos y tenía un timbre que hizo que se me erizara el vello de los brazos y la nuca. Dejé que mi mirada vagara desde esos ojos oscuros por sus facciones regulares y marcadas. A eso se añadía una melena alborotada que, sin embargo, no resultaba en absoluto descuidada, sino que le otorgaba a su dueño un aspecto ligeramente poco convencional y aventurero, haciéndolo aún más atractivo de lo que ya era.

Mi corazón latía más rápido de lo habitual y no era por la carrera que acababa de pegarme. Y tampoco el calor en mi piel ni el rubor de mis mejillas procedían del cálido día de verano.

Eso, en cambio, me lo decía el calor en mi interior.

Ese que no solía estar ahí.

Contuve el aliento.

—¿Se encuentra bien? —el hombre me miró preocupado.

—¿Qué...? —me sentía como en un sueño.

—¿Todo en orden? —el hombre me examinó de arriba abajo.

¿Me lo imaginaba o había en su mirada algo así como... interés? ¿Un rastro de calidez?

Tonterías, Holly. Ni siquiera lo conoces. ¿Por qué iba a interesarse por ti? Probablemente mire así a todas las mujeres. O simplemente es su forma de mirar siempre.

—Todo bien. —Entonces mi mirada cayó en la camisa del hombre.

La camisa de un blanco inmaculado.

Solo que ahora ya no era tan inmaculada. En el centro de la camisa destacaba una fea mancha de color marrón oscuro, que no era precisamente pequeña. Era imposible no verla.

—Oh —exclamé.

—¡Desde luego! —la voz chillona en mi oído me sacó de mi sueño.

Anthony.

Por supuesto.

Esto no era un cuento de hadas en el que acababa de chocarme con el hombre de mis sueños y, al hacerlo, había provocado que se derramara refresco de cola sobre la camisa, lo que resultaba ser una feliz coincidencia porque ahora ambos cabalgaríamos hacia el atardecer sobre un corcel blanco.

No.

Esto era mi vida, y eso significaba que podía prepararme para más gritos de mi jefe.

Suspiré. Se me encogió todo por dentro y se me hundieron los hombros. Odiaba los estallidos de cólera de Anthony. Ojalá solo me descontara del sueldo los gastos de tintorería de la camisa y no también algún tipo de «gastos de gestión» o incluso una «indemnización por daños y perjuicios». Mi jefe era capaz de cualquier cosa.

Antes de que pudiera decir nada o antes de que Anthony pudiera seguir hablando, el hombre se rió. Una risa profunda que me caló hasta los huesos.

—Bah. No tiene ninguna importancia —dijo quitándole importancia con un gesto—. Estas cosas pasan. Tengo un par de docenas de camisas colgadas en el armario o simplemente me compro una nueva. Esto de verdad que no merece la pena ni mencionarlo. Me moría de ganas por abrir la botella y justo iba a dar un trago. Es normal que pasen estas cosas.

Se rió de nuevo y me guiñó un ojo.

Contuve el aliento.

¿Les haría ESO también a todas las mujeres?

Entonces volvió a guiñar el ojo. Dos veces.

¿Significaría eso algo? ¿Por qué volvía a hacerlo?

—Tengo que irme. Que tenga un buen día. —Con eso, se dirigió a la puerta. Antes de que yo pudiera decir nada o siquiera formular un

pensamiento coherente, había desaparecido.

Me quedé mirándolo mientras se iba.

—¿Es que no puedes tener cuidado NI UNA SOLA VEZ? —bramó Anthony de repente.

Me sobresalté.

—De verdad, ¿es que contigo TODO tiene que salir siempre mal? ¿No puedes entrar ni una sola vez en el local sin que pase algo? ¡Mira esto! —Anthony señaló acusadoramente una mancha marrón en el suelo.

Una mancha marrón minúscula.

Una mancha de refresco de cola.

Una mancha de refresco de cola sobre un suelo de PVC que se limpiaría en cuestión de segundos.

Apreté los dientes. El hombre desconocido no le había dado importancia a la mancha de su camisa, mientras que Anthony se ponía así por una mancha en el suelo.

—Lo limpio enseguida —me ofrecí e intenté irme rápido a por una bayeta. Mejor no empezar una discusión. Con Anthony eso no llevaba a nada. Absolutamente a nada. Lo mejor era hacer simplemente lo que decía y darle la razón en todo. Así la pelea terminaba antes.

Anthony me agarró del brazo. —¡No te vas a librar tan fácilmente! ¡Te crees que puedes irrumpir aquí, arrollar a los clientes y ni siquiera pedir perdón por ello!

—Pero... —No entendía nada. ¿A quién debía pedir perdón? El hombre atractivo ya se había ido y tampoco había parecido en absoluto alguien que diera mucha importancia a una disculpa. Para él, nada de esto había sido para tanto.

No así para Anthony.

—¡Y después de todo, vuelves a llegar tarde, como siempre! —Anthony me soltó, se cuadró ante mí y se puso en jarras.

—Lo siento, yo... —no pude seguir.

—Ajá. Ahora te disculpas. —Anthony me señaló con el dedo—. Ahora. Demasiado tarde. ¿Y qué va a cambiar? ¡Nada! ¡Como siempre!

—Yo... —otra vez no me dejó hablar.

—¡Pero te digo una cosa: no voy a seguir aguantando esto! ¡Para nada! ¡Nunca más!

Miré a Anthony desconcertada. ¿Qué quería? ¿Debía disculparme aún más? Si acababa de decir que no quería oír nada de eso.

—¡Estás despedida! —esta vez Anthony volvió a gritar a pleno pulmón—. ¡Lárgate! ¡Ya no te necesito aquí!

Miré a mi jefe horrorizada. ¿De verdad decía en serio lo que acababa de decir?

—¡Ahí tienes la puerta! ¡Fuera! ¿O es que no has pillado lo que te acabo de decir? —Anthony siguió gritándome.

—Pero... —empecé.

—¡Pero! —Anthony se rio con sorna—. ¿Pero qué? AQUÍ el jefe soy yo. YO decido quién trabaja aquí y cuánto tiempo. YO. Solo faltaría que TÚ decidieras sobre tu propio despido. Todo es decisión MÍA.

Miré a Anthony desesperada. No podía ser verdad.

Ahora no.

Si acababa de suspender el examen.

—Pero necesito el trabajo. —Esta vez logré pronunciar una frase entera.

—¿Necesitar? —Anthony se rio de mí con desprecio—. Qué sarta de tonterías. Si he oído perfectamente que solo quieres hacer esto hasta que tengas ese título del que presumes todo el tiempo. Estamos por debajo de tu nivel. —La voz de Anthony subió hasta cotas insospechadas.

—Eso... —No tuve oportunidad de explicarle a Anthony que yo jamás había dicho tal cosa ni lo había creído nunca.

—Pero ya he encontrado una sustituta. Ella será puntual. Será agradable. ¡Y sobre todo sonreirá con dulzura y no les enseñará a

los clientes esa cosa asquerosa que tienes tú en la cara! —Anthony me miró lleno de escarnio y burla.

Me puse roja y me habría gustado esconderme en un rincón.

Cosa asquerosa.

Anthony se refería a mi lunar.

El lunar que tenía a la derecha del labio y que solía ser lo primero en lo que la gente se fijaba al verme. También era lo primero que yo veía al mirarme al espejo. No me gustaba. Pero a menudo lograba convencerme a mí misma de que no era para tanto y de que seguro que los demás ni se daban cuenta.

—Además, ella llevará una faldita mona y una camiseta con un buen escote y entonces... entonces ya verás cómo vienen los clientes. —Anthony se pasó la lengua por los labios.

Retrocedí asqueada.

De repente, mi jefe volvió a centrar su atención en mí. —¿Qué haces todavía aquí? —bramó de nuevo a todo volumen—. ¡Que te pires de una puta vez! ¿No lo has entendido?

Anthony me agarró del brazo y me arrastró hasta la puerta.

Segundos después, estaba fuera, en la calle.

Dentro, aún podía oír los gritos de Anthony.

Volví a poner pies en polvorosa y corrí tan rápido como pude.

Solo que esta vez no tenía ni idea de a dónde quería ir exactamente.

El día no podía ser más de mierda de verdad.

Mi vida no podía ser más de mierda.

Capítulo 4 Asher

Cuando llegué de nuevo a mi Bugatti plateado, me detuve y observé la mancha de mi camisa. En medio del pecho, destacaba de forma innegable un lamparón marrón de refresco de cola.

Suspiré.

Hayes, mi mejor amigo, ya me había profetizado que mi pasión por el refresco de cola acabaría siendo mi perdición. Aunque él no lo llamaba pasión. Lo llamaba adicción.

—Ya no bebes otra cosa —me había dicho—. Ándate con ojo, que cualquier día saldrás en las portadas de los periódicos como el hombre del refresco de cola. Y tarde o temprano terminarás manchándote. Irás a una fiesta de disfraces vestido de botella de refresco de cola y todo el mundo se reirá de ti.

Había ignorado los comentarios de Hayes. Era mi mejor amigo y por eso le perdonaba que de vez en cuando soltara observaciones

impertinentes y no me mostrase el respeto al que, como CEO de una de las mayores empresas de la ciudad, estaba acostumbrado.

—El CEO del refresco de cola —ese era otro de los apodos de Hayes.

Si mi amigo me viera ahora, seguro que me dedicaría una sonrisa triunfante y se mordería la lengua para no soltar un «te lo dije». O a lo mejor no. Puede que dijera exactamente eso.

Me quedé mirando la mancha.

¿Cómo diablos se quitaba el refresco de cola de una camisa blanca?

Por supuesto, podía comprarme una camisa nueva en cualquier momento, tal como le había dicho a la chica tan guapa después de que tropezara y casi me cayera en brazos. Pero ahora tenía una cita importante y no podía pararme en cualquier sitio a comprarme otra. Y menos una a medida. Porque, huelga decirlo, llevaba una camisa a medida. Todas mis camisas lo eran.

Mientras conducía mi Bugatti por las calles de Nueva York, pensaba en la mujer que se había tropezado conmigo.

Una mujer esbelta, de pelo pelirrojo y ojos verdes brillantes que rebosaban vitalidad. ¿O sería porque había entrado en la tienda casi sin aliento? Pensé en su piel pálida. ¿Tendría antepasados irlandeses? Su acento sonaba claramente neoyorquino. Tenía que ser de la ciudad. O llevaba viviendo aquí mucho tiempo o incluso había nacido y crecido aquí.

A la derecha de su labio tenía un pequeño lunar. Me acordé de la modelo que tenía un lunar exactamente en el mismo sitio.

Cindy Crawford.

Ya no era modelo, ¿verdad? No estaba muy al tanto de lo que se cocía en ese mundillo. Quizá debería informarme mejor, porque en cuanto tuviéramos nuestra propia línea de joyería, esperaba que nuestras piezas las lucieran modelos.

Mis pensamientos volvieron a la mujer del lunar junto al labio. Mientras me miraba con aquella expresión de desconcierto, me asaltaron las ideas más extrañas. Una parte de mí incluso había deseado besar ese lunar. Por eso había desviado la vista y la había examinado de arriba abajo. Pero aquello no ayudó a disipar mi idea. Al contrario. Sus pechos turgentes, su cintura estrecha y sus piernas largas no hicieron más que avivar mi imaginación. Y luego estaba esa mirada. La mujer me había mirado como si nunca hubiera visto a un hombre.

Bajo su mirada, me había sentido más alto, más fuerte y mejor de lo habitual. Y eso me había gustado sobremanera. Tanto que me habría encantado quedarme y entablar conversación con ella.

Pero eso iba en contra de mis reglas.

Pensé con amargura en mi ex.

Virginia.

Nos conocimos en la universidad. Fue amor a primera vista. Virginia tenía todo lo que siempre había deseado en una mujer. Era atractiva, divertida, generosa y popular. Le gustaba reírse y tenía una mente despierta. Virginia y yo nos volvimos inseparables muy pronto y yo ya me imaginaba nuestro futuro juntos. Quería pedirle matrimonio

en cuanto terminara la universidad y empezara a ganar dinero con la empresa que pensaba fundar.

Ese era el plan.

Lo era.

Hasta el día en que volví a casa inesperadamente un día antes de una gira con el equipo de tenis de la universidad. Me había lesionado el tobillo y no podía seguir jugando, así que nuestro entrenador decidió que era mejor que me pusiera en manos de los médicos de Nueva York en lugar de los de Iowa. Así que volé de regreso a casa.

Y me encontré a Virginia y al que por entonces era mi mejor amigo juntos en la cama.

Desnudos.

Teniendo sexo.

En ese instante, mi corazón se rompió con un crujido estruendoso. Me mudé esa misma noche y dejé a Virginia. Me suplicó que me quedara y me aseguró que solo había sido un desliz puntual. Pero yo no podía dejar de recordar todos los momentos en los que Ryker, mi entonces mejor amigo, le había acariciado el brazo con confianza. Momentos en los que le había pasado el brazo por encima.

¿Un desliz puntual? El comportamiento de Virginia no indicaba eso. Los ojos de Ryker aquel día también decían otra cosa. Sonreía con aire triunfal.

Así fue como perdí a mi novia y a mi mejor amigo en una sola noche.

Y entonces me juré que nunca más me pasaría algo así. No volvería a dejar que me rompieran el corazón.

Ninguna mujer.

Y lo he cumplido a rajatabla.

He seguido soltero.

Por supuesto, en los últimos años he tenido algún que otro escarceo. Pero ninguno ha tenido importancia y no he dejado que ninguna de esas mujeres entrara en mi corazón. Mantengo la puerta bien cerrada. Tampoco lamento ninguna de mis aventuras ni echo de menos tener a una mujer a mi lado.

Al fin y al cabo, tengo mi trabajo. Me llena, y los éxitos que he cosechado en los últimos años me han proporcionado una profunda satisfacción.

Pero hace un momento, al mirar a los ojos verdes de aquella desconocida, he sentido que había algo que no tengo en mi vida.

Y entonces he sentido el deseo de tenerlo.

Por primera vez en años.

Y por eso me he marchado.

Era mejor así.

Mejor poner distancia entre esa mujer y yo, pues no dejaba de pensar en ella tras un encuentro tan breve.

Pero la distancia no ha servido para que los pensamientos desaparezcan. Si tuviera su número de teléfono, probablemente la estaría llamando ahora mismo.

Es mejor así, Asher.

Conduzco mi Bugatti dejando atrás Central Park. Ahora será mejor que me concentre en mi próxima cita.

Es una cita importante.

La asociación de joyeros de la ciudad de Nueva York celebraba su recepción anual. A ver, estrictamente hablando yo no era joyero, pero sí tenía cierta importancia para la industria de la joyería. Al menos así lo había expresado Mr. Owens, el presidente. Esbocé una sonrisa. Cierta importancia. La facturación de *Asher's* es superior a la de todos los joyeros de Nueva York juntos. Tenía una importancia capital y probablemente solo era cuestión de tiempo que incluso los joyeros tradicionales quisieran vender a través de mi tienda.

Ya he llegado al edificio de la asociación de joyeros. Un rascacielos antiguo de unas veinte plantas con fachada de ladrillo marrón. Justo delante hay un sitio libre para aparcar. Probablemente se trate de una plaza reservada. Pero a mí no me importan esas convenciones. Al fin y al cabo, soy un invitado. Por supuesto que puedo aparcar aquí. Maniobro el Bugatti hasta el hueco y entro en el edificio.

En mi camisa reluce, imposible de ignorar, la mancha de refresco de cola.

—Mr. Walton —Mr. Owens se apresura a acercarse para saludarme—. ¿Así que usted también está por aquí?

—Buenos días, Mr. Owens —le devuelvo el saludo y frunzo el ceño. «Por aquí». ¿Qué quería decir con eso? Sonaba como si me hubiera pasado por casualidad. Pues claro que no. Aquí no entraba nadie sin invitación. Me han controlado tres veces antes de entrar en el gran salón. Han montado un bufé y camareros con frac negro circulan con grandes bandejas ofreciendo cava y zumo de naranja.

¿Me podrían dar un refresco de cola?

Eché un vistazo discreto a mi alrededor.

Pero no se veía ni una botella de refresco de cola por ninguna parte.

—Para mí era muy importante que viniera —declara Mr. Owens—. Espero que se sienta a gusto entre nosotros, aunque todo esto sea terreno desconocido para usted.

—¿Terreno desconocido? —No tenía ni idea de qué hablaba Mr. Owens. ¿Qué iba a ser desconocido aquí? Yo era un empresario del sector de la joyería, exactamente igual que todos los demás.

—Bueno, usted no es joyero y uno puede llegar a sentirse un poco incómodo —Mr. Owens suelta una risita.

Me quedo mirándolo. ¿Lo dice en serio? Me está tratando como si tuviera tres años y fuera mi primer día de guardería.

—No hay motivo para que me sienta incómodo —le digo.

Mr. Owens sigue con su risita. Luego señala mi camisa. —¡Madre mía! ¿Pero qué ha hecho? Eso parece... —A Mr. Owens no se le ocurre ninguna comparación adecuada, así que se limita a seguir riendo entre dientes.

—Un pequeño accidente de camino aquí —me limito a responder.

Mr. Owens ríe de nuevo. —Bueno, como usted no es joyero, supongo que no importa tanto. Si le pasara a uno de los nuestros, quedaría bastante más raro...

Mr. Owens me está poniendo de los nervios. No llevamos ni diez minutos hablando y ya ha mencionado varias veces que no soy joyero.

—Como usted diga —le suelto con brusquedad—. Pero creo que tengo tanta idea de la industria de la joyería como cualquier otro en esta sala. Al fin y al cabo, yo también me gano la vida con ella y no gano precisamente poco. Incluso más que todos ustedes juntos —ahora le sonrío a Mr. Owens. A ver qué me contesta a eso.

—Lo sé, amigo mío, lo sé —Mr. Owens levanta las manos en un gesto conciliador—. No quería decir eso.

—¿Entonces qué quería decir? —No iba a dejar que Mr. Owens se fuera de rositas tan fácilmente. A cualquiera se le puede escapar un comentario desafortunado una vez. Pero que ocurra tres veces en tan poco tiempo no es casualidad. Tenía que haber algo detrás.

—Bueno... aunque tenga usted esa facturación, Mr. Walton, un joyero de verdad no es. Usted no fabrica sus propias joyas. Vende las joyas de otros —Mr. Owens menea la cabeza con aire pensativo —. Usted es un vendedor. Un vendedor online.

—¿Y qué tiene eso de malo? —pregunto indignado. En boca de Mr. Owens, suena como si me dedicara a algo turbio. Como si regentara un club nocturno con reservados oscuros o algo parecido.

—Nada, nada —se apresura a asegurar Mr. Owens—. Solo que es un modelo de negocio totalmente distinto.

—Yo no lo veo así —ya no tengo ganas de seguir con esta conversación.

—Mr. Walton —ahora Mr. Owens se pone serio—. He visto el anuncio donde busca a un diseñador de joyas. También me han llegado rumores de intentos por su parte de sonsacar personal a casas de joyería. Es algo que no podemos tolerar aquí.

—¿Y por qué no? —De repente, la charla vuelve a ser interesante—. Al fin y al cabo, todo el mundo tiene derecho a cambiar de trabajo si recibe una oferta mejor.

—Zapatero, a sus zapatos —declama ahora Mr. Owens—. Usted debería seguir vendiendo, que por lo visto se le da bastante bien. Y debería dejar tranquilo el diseño de joyas, si me permite este consejo de alguien con experiencia —Mr. Owens parece amagar con darme una palmadita en el brazo, pero al final se contiene.

Es demasiado bajito para eso.

No puedo evitar una sonrisa burlona.

—No tiene ni idea de eso y al final solo conseguirá quemarse y pegarse un batacazo —Mr. Owens asiente con vehemencia.

—Deje eso de mi cuenta —le aclaro a Mr. Owens—. Las decisiones en mi empresa las sigo tomando yo solo y, si me pego un batacazo, seguro que sabré salir adelante. Pero hasta ahora mis proyectos han salido bastante bien —sonrío.

—Mr. Walton —Mr. Owens se envalentona—. Le prohíbo que se meta en nuestro negocio. Debería ocuparse de sus propios asuntos y no venir a revolver uno de los sectores más antiguos de la ciudad. No le necesitamos.

—Cualquiera puede trabajar en lo que quiera. Esto no es un gremio medieval en el que tenga que pedirle permiso a usted para hacer nada —miro a Mr. Owens con enfado. ¿Pero qué se ha creído este hombre?

—Si es que no tiene ni idea de diseño de joyas. Al final quedará como un estúpido y todos se reirán de usted —Mr. Owens me mira con rabia. Parece que no asimila que sus argumentos conmigo no funcionen.

—Pues contrataré a alguien que sí tenga ni idea. Precisamente para eso es el anuncio —miro a Mr. Owens con condescendencia—. Y si tengo idea o no, ya lo decidirán los compradores —sonrío—. Y como muy tarde, cuando *Asher's* gane su primer premio de diseño, veremos quién sabe de qué —suelto un bufido—. El que ríe el último, ríe mejor.

Con esas palabras, dejo a Mr. Owens con la palabra en la boca.

Él me grita mientras me alejo: —¡Según me dijo su director general, tienen problemas para encontrar candidatos adecuados!

No le hago caso a Mr. Owens. Pero sus palabras las he oído perfectamente. ¿A qué venía Luke contando esas cosas? Tenía que hablar con él urgentemente.

Pero, por el momento, ya he tenido suficiente de este evento ridículo, que solo sirve para alimentar poses afectadas y asegurar la

posición propia. Ese no es mi mundo.

Además, no tengo tiempo.

Estoy hasta arriba de trabajo.

Tengo que encontrar a un diseñador para que mis anuncios se hagan realidad. Pero no tengo ni idea de dónde voy a sacar uno.

Capítulo 5 Holly

Suspendida en el examen.

Despedida del trabajo.

Y pronto me tocaría pagar el próximo alquiler.

Por supuesto, no tenía ahorros. ¿De dónde los iba a sacar? Al fin y al cabo, no tenía ese trabajillo con Anthony por amor al arte. Se me escapó una breve carcajada irónica ante la idea. Quien se sometiera a algo así por puro placer debía de tener tendencias bastante sadistas. Era la pura necesidad económica lo que me había mantenido allí. Y también la perspectiva de que pronto tendría mi título en el bolsillo y podría dimitir. Volví a reír con ironía.

¿Cómo era el dicho?

Las cosas nunca salen como uno espera.

No tenía ningún título en el bolsillo; en su lugar, tenía un despido que no había solicitado yo, sino que mi jefe me había encasquetado. Y aunque debería haber estado alegre por haber escapado de aquel entorno sádico, en ese momento me sentía más bien desesperada.

Necesitaba dinero.

Y lo necesitaba urgentemente.

Seguro que encontraría un nuevo empleo, pero hasta que recibiera el primer sueldo podría pasar bastante tiempo. Además, primero tenía que encontrarlo. Y hasta que llegara ese momento, tenía que pagar el alquiler y la comida.

Por si fuera poco, pronto vencería la primera cuota de la devolución de mi préstamo estudiantil. Así eran las cosas después del «título». Y que el resultado fuera un «aprobado» o un «suspenso» daba exactamente igual.

A mí no, desde luego.

Pero al banco sí.

Caminé por la calle deprimida. Lo que más me hubiera gustado era tumbarme en uno de los bancos de Central Park y no volver a levantarme. ¿Qué me ofrecía el mundo? ¿Especialmente hoy? Problemas, rechazo y humillación. Y encima sin ningún apoyo. Pensé con amargura en la risa burlona de Azra.

No podía contar con ayuda ni mucho menos con que alguien me prestara dinero.

Me detuve.

Pero podía reclamar mi dinero. Hacía aproximadamente un año le había prestado una pequeña suma a Xena. La conocía del instituto y, cuando me llamó totalmente desesperada suplicándome ayuda, me apiadé de ella y le presté algo de dinero. Por aquel entonces acababa de conseguir ahorrar un poco extra.

Y lo presté de inmediato.

Echando la vista atrás, negué con la cabeza por tanta estupidez.

¿Cómo podía haber sido tan tonta?

¿Por qué no mentí simplemente diciendo que no tenía dinero y me quedé con mi fondo de reserva? Ahora me habría venido de perlas.

Porque tienes un gran corazón. Un corazón blando. Y eso no está mal. Es algo bueno, Holly.

Suspiré.

A veces no estaba tan segura.

A personas como Azra parecía irles mejor en la vida.

¿Pero eran felices?

Daba igual.

Ahora tenía que ocuparme de asuntos más urgentes. De mis propias preocupaciones. Tenía que reclamarle mi dinero a Xena.

Saqué rápidamente el móvil del bolso, busqué entre mis contactos y seleccioné el nombre de Xena. Luego pulsé el icono verde de llamada.

Sonó.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Cuatro veces.

Cinco veces.

Justo cuando estaba a punto de colgar, Xena respondió con un somnoliento: —Diga.

Dios mío.

Si era casi mediodía. ¿Cómo podía Xena despertarse a estas horas en un día laborable normal? ¿No me había dicho que trabajaba en un centro de estética?

Daba igual.

No podía andarme con miramientos ahora.

—Hola, Xena, soy Holly.

—Holly... —Xena sonaba como si no supiera de qué Holly se trataba.

—Tu amiga del instituto —le refresqué la memoria. Lo de «amiga» era decir mucho. Xena y yo nos conocíamos del instituto y nunca habíamos perdido el contacto del todo. Pero en realidad no éramos amigas. Nunca lo habíamos sido. Aun así, yo la había ayudado.

—Ah, Holly —Xena pareció recordar—. Me has despertado —dijo entonces en tono de reproche.

—Lo siento. —Para mis adentros pensé que Xena bien podría haber apagado el móvil. O puesto el modo avión. O silenciar el volumen. ¿Para qué existían todas esas opciones? Si uno dejaba que su propio teléfono le interrumpiera el sueño, la culpa era suya y debía cambiar algo.

Pero no pensaba ponerme a discutir eso con ella.

—Te llamo porque necesito mi dinero urgentemente —fui directa al grano sin rodeos. Seguro que a Xena también le venía bien que la conversación no se alargara.

—¿Qué dinero? —preguntó Xena sorprendida.

—El dinero que te presté el año pasado, cuando me llamaste porque andabas mal de fondos. Tenías algún problema. —Xena no me había dado detalles entonces—. Eran 500 dólares —añadí ahora.

—Tú no me has prestado ningún dinero —dijo Xena a la defensiva.

—Claro que lo hice —repliqué. ¿Cómo podía Xena afirmar lo contrario?

—No lo hiciste. Te llamé para pedirte ayuda y me rechazaste. —El reproche en la voz de Xena era evidente.

La acusación me pilló desprevenida. —¡Eso no es verdad! ¡Te ayudé!

—¡Que no! —Xena se mantuvo en sus trece—. Me dejaste en la estacada. Y ahora… ahora me pides dinero. ¡Eres una mentirosa y una estafadora! ¡Estás intentando sacarme algo con engaños! Seguramente no tienes a nadie que te ayude. ¡No me extraña, tratando a todo el mundo con esa frialdad, como hiciste conmigo!

—Eso… —Me quedé sin palabras. Si había alguien mentiroso y estafador aquí, ¡era claramente Xena! Se había quedado con mi dinero y ahora negaba incluso haberlo recibido. ¡Para no tener que devolvérmelo!

—¡Pero si nada de eso es verdad! —La indignación me dejó muda.

—Pues demuéstrame lo contrario —se rió Xena con malicia—. ¿Tienes testigos de haberme prestado algo? ¿Un contrato? ¿Una firma?

Por supuesto, no tenía nada de eso. Le había dado el dinero a Xena confiando ciegamente en que me lo devolvería cuando tuviera fondos. ¿Cómo iba a imaginar que me traicionaría así?

—Pues eso. —Xena interpretó correctamente mi silencio—. Así que alégrate de que no te denuncie por calumnias o estafa. ¡O como quiera que se llame cuando alguien intenta sacar dinero a otra persona afirmando que le ha prestado algo que no es verdad!

Xena resopló.

—¡Nunca me lo habría esperado de ti! —dijo por último.

Piiiii.

Xena había cortado la comunicación.

Me quedé mirando el móvil atónita. No podía ser verdad. Acababa de soñarlo, ¿no?

Entonces me invadió la rabia.

Volví a pulsar el icono verde de llamada.

Dio tono.

Luego rechazaron mi llamada.

Xena ya no me cogía el teléfono.

Me había dado el carpetazo.

Así, sin más.

Mis 500 dólares se habían esfumado.

No tenía ninguna posibilidad de recuperarlos jamás.

Guardé el móvil lentamente.

¿Cómo había podido ser tan idiota?

¿Y qué iba a hacer ahora?

Lo mejor es que no hagas nada más, Holly. Hoy va a salir mal todo lo que intentes. Si luego quieres meterte en la cama para esconderte, probablemente se derrumbará contigo encima.

Mil escenarios catastróficos invadieron mi mente.

Todo salía mal.

Hacía un rato pensaba que mi vida era un montón de platos rotos.

Ahora me parecía más bien un montón de arena cuyos granos se me escapaban entre los dedos cada vez que intentaba coger un puñado.

Giré la llave en la cerradura con desánimo.

En casa.

Cuando me había marchado de aquí hacía unas horas, todo estaba en orden. ¿Y ahora? Mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados.

—¡Eh, Holly! ¡Qué bien que ya estés de vuelta! —La voz de mi compañera de piso, Josie. La verdad es que no tenía ninguna gana de hablar con nadie ni de ver a nadie. Lo que realmente me apetecía era ovillarme en la cama.

Y, a ser posible, no volver a levantarme.

—Ven un momento aquí. —Josie estaba en la cocina.

Antes de que pudiera responder o entrar en la cocina, apareció en el umbral. —¿Tienes planes para mañana por la noche? Es que voy a celebrar mi cumpleaños con retraso.

Me acordé de golpe. Era el cumpleaños de Josie.

¡Y era hoy!

—¡Dios mío! —Me llevé la mano a la boca—. Lo siento muchísimo. Se me ha olvidado por completo que hoy era tu cumpleaños. Yo… muchísimas felicidades. —Miré a mi compañera avergonzada. Josie y yo vivíamos juntas desde hacía tres años. Desde que me mudé aquí. En este tiempo se había convertido en una de mis confidentes más importantes. Era inevitable cuando te veías a diario y lo compartías todo. Cocina, baño y salón. Y también algunas penas.

Josie era importante para mí y por eso me sentía doblemente mal por haber olvidado su día.

—No pasa nada. —Josie me sonrió—. Después de tres años ya te conozco lo suficiente para saber que simplemente te olvidas de todos los cumpleaños y que no debo tomármelo como algo personal.

Asentí avergonzada. Me habría encantado poder decir que Josie se equivocaba.

Pero desgraciadamente tenía razón.

Es que se me olvidaban todos los cumpleaños.

Anotaba las fechas en el móvil. Programaba recordatorios. E incluso me había comprado un pequeño calendario de pared en el que había

marcado en rojo los días de los cumpleaños de las personas más importantes de mi vida.

Pero nada de aquello servía.

Cuanto más se acercaba una fecha, más inevitablemente se me borraba de la mente.

—Eres la única persona que conozco capaz de olvidar hasta su propio cumpleaños. —Josie sonrió aún más.

Su buen humor me sentó bien y solté una risita breve. —Es verdad, yo tampoco conozco a nadie más a quien le pase. —Luego añadí—: Pero aun así me habría gustado traerte unas flores. O unas galletas. O algo.

—Puedes hacerlo mañana. En la fiesta. —Josie se rió—. Aunque no hace falta. Vamos a salir por ahí. Ya va siendo hora de que nos corramos una buena juerga. Vendrán mis otras amigas también. Va a ser una noche estupenda.

Correrse una buena juerga.

—No tengo el cuerpo para fiestas —confesé entonces.

Josie me examinó. Luego se puso las manos en las caderas con energía. —Eso dices cada vez que hay algo que celebrar. Empiezo a pensar que olvidas los cumpleaños para no tener que celebrarlos.

Me quedé pensando. Nunca lo había visto así.

Pero quizá Josie no iba desencaminada.

—Venga, Holly, que eres joven y guapa —Josie arqueó una ceja.

¿Guapa?

Pensé fugazmente en mi lunar.

No, no era guapa.

No de verdad.

Ser guapa de verdad era otra cosa. Las mujeres guapas de verdad no tenían un lunar.

—No puedes quedarte todas las noches en casa lamiéndote las heridas. —Josie no se rendía—. Deberías conocer hombres, ligar, bailar, divertirte.

Conocer hombres.

¿Por qué al oír esas palabras pensé en el hombre con el que me había tropezado hoy y al que le había hecho derramar su Coca-Cola? ¿Y por qué sentí un escalofrío cálido por la espalda?

Sí, a él sí me gustaría conocerlo.

Tonterías, Holly, qué tontería. No volverás a verlo nunca. Nueva York es inmensa. Aquí viven millones de personas y más o menos la mitad son hombres. No lo habías visto hasta hoy. No es un cliente habitual. Solo alguien que pasaba por allí por casualidad y se compró una Coca-Cola. Y aunque volvieras a verlo, ÉL seguro que no quiere nada contigo. Puede tener a cualquier mujer.

A todas las que no tienen lunares.

—Piensas demasiado en aquel idiota que conociste. Te hizo la vida imposible. Aquello ya fue bastante malo. Pero que ahora dejes que eso te amargue el presente y te quedes todas las noches metida en casa, eso es lo peor de todo. —Josie me miró con fijeza.

Me guardé mucho de decirle en qué estaba pensando realmente en ese momento y qué había sentido. Eso solo habría servido para darle la razón.

—Tienes razón —admití—. Debería salir más. Pero… —Tragué saliva —. Primero, no tengo dinero para eso y, segundo…

En ese instante empecé a sollozar.

—He suspendido el examen —lloré—. Y luego Anthony me ha despedido.

—Oh, no. —Josie se puso a mi lado de un salto y me estrechó entre sus brazos. Me apretó contra ella con cuidado y me dio palmaditas en la espalda—. Cuánto lo siento. Es horrible.

Josie me meció suavemente de un lado a otro. Me sentó de maravilla.

—No quiero volver a ir de fiesta nunca —sollocé—. Tampoco quiero volver a salir a la calle. Todo el mundo me odia. Todo el que me ve quiere hacerme algo malo.

En ese momento, sorprendentemente, se me cortaron las lágrimas. Me sorbí un poco la nariz. Josie me agarró por los hombros y me separó de ella. Me miró fijamente a los ojos con semblante serio.

—Bueno, eso no es verdad. Tampoco hace falta que exageres —dijo —. ¿O dirías que yo quiero hacerte algo malo porque te invito a mi fiesta de cumpleaños?

Me reí con las mejillas todavía mojadas.

Eso era lo que me encantaba de Josie.

Realmente siempre conseguía animarme. Incluso en el peor momento, se le ocurría un chiste o algo gracioso. Si hacía falta romper el hielo en algún sitio, lo mejor era llamar a Josie.

—Entiendo que hoy no quieras salir. —Josie asintió—. Pues métete en la cama y descansa.

Miré a mi compañera agradecida.

—Pero eso es HOY —recalcó Josie—. MAÑANA saldremos juntas de fiesta. Cuando la vida va bien, hay que celebrar. Y cuando la vida va mal, también.

—Pero… —empecé a decir.

—Y tampoco acepto lo de que no tienes dinero —me interrumpió Josie antes de que pudiera siquiera exponer mi argumento—. Es MI fiesta y estás invitada. Tienes la obligación de comer y beber todo lo que quieras y de divertirte. Eso es todo.

—¿Y si os amargo la fiesta? —pregunté tímidamente. El entusiasmo de Josie era contagioso.

—No nos vas a amargar nada. Entre todos te animaremos. Y un par de copas ya se encargarán de que te sueltes un poco. —Josie me guiñó un ojo.

Me lo pensé.

—Tienes que distraerte, Holly. Entiendo que hoy no quieras ver a nadie. ¿Pero qué va a mejorar por quedarte en la cama dándole vueltas a la cabeza? ¿Vas a aprobar el examen por eso? ¿Vas a recuperar el trabajo? —Josie me miraba con aire desafiante.

—Eso no —admití—. Pero por ir de fiesta tampoco voy a aprobar el examen. Y dudo mucho que allí me ofrezcan un trabajo.

—Pero estarás de mejor humor. Y con mejor humor la vida se ve de otra manera; cuando uno está más animado, encuentra otras soluciones y ya verás cómo pronto las cosas vuelven a ir hacia arriba. —Josie asintió para darme ánimos.

—Y además —añadió—, me debes una por haber olvidado mi cumpleaños. Así que por la presente decreto que tienes que salir con nosotras. —Josie soltó una risita y le brillaron los ojos con picardía.

Una vez más, me dejé contagiar por su alegría.

—Está bien —acepté—. Mañana salimos de fiesta.

Capítulo 6 Holly

Al día siguiente, me quedé asombrada frente a la fachada del rascacielos de cristal pulido y reluciente. Hoy también brillaba el sol. Se anunciaba otro hermoso día de verano en Nueva York.

Llevaba casi un cuarto de hora merodeando por la esquina del rascacielos, lo bastante lejos como para no ser vista desde la entrada principal. Sin embargo, me iba acercando cada vez más a la puerta. Por un lado, en el edificio de al lado, frente al que acababa de estar, había un local de comida india para llevar. El intenso olor a comida india salía por la puerta abierta hacia la calle y temía oler a comida y a grasa al entrar en el rascacielos.

Eso no podía ocurrir bajo ningún concepto.

Esta cita era importante.

Muy importante.

Todavía ayer me había negado en redondo a venir.

¿Para qué?

De nada servía ya.

Pero Josie me había convencido para acudir a la entrevista de trabajo.

Una entrevista de trabajo.

Para un puesto de diseñadora de joyas.

Ya me había presentado a tres empresas antes de terminar mis estudios. Al fin y al cabo, quería empezar a trabajar lo antes posible en cuanto tuviera el grado en el bolsillo. Tenía previsto enviar el resto de las solicitudes ayer. Torcí el gesto con amargura. Ahora ya podía olvidarme de eso.

De las tres empresas a las que ya había escrito, dos me habían rechazado. La tercera me había invitado a una entrevista. Y por eso estaba ahora aquí, en la esquina del rascacielos, esperando a que pasara el tiempo.

Había salido de casa muy temprano para no llegar tarde por nada del mundo. ¿Y si el metro fallaba o el autobús tenía un accidente?

Josie se había reído de mí. —Te preocupas demasiado —había dicho —. Primero no querías ir porque no tienes el título y ahora tienes miedo de llegar tarde.

—Bueno, ya que voy, al menos quiero dar lo mejor de mí —me defendí. Josie me había convencido para aprovechar la oportunidad e ir a la entrevista. Decía que simplemente debía ser sincera y hablar de mi examen suspenso. Y decir que aprovecharía la segunda

oportunidad y que, dentro de un año, seguro que aprobaría el examen. —No vas a trabajar de forma distinta solo por tener un trozo de papel en el bolsillo —había argumentado—. Todo lo que has aprendido en los últimos años lo sigues sabiendo sin el título. Solo te falta la confirmación oficial.

Aquello sonaba tan lógico que decidí acudir a la cita.

—Si no vas, siempre te preguntarás qué habría pasado si hubieras ido. Y si vas y sale mal, pues es una faena. Pero tampoco es el fin del mundo. Eso también te podría pasar con el título en la mano. Ninguna empresa invita a un solo candidato para un puesto. —De nuevo, los argumentos de Josie.

Mi compañera de piso simplemente no había dado su brazo a torcer.

Así que esta mañana me había puesto mi mejor americana, me había pulido los zapatos y me había maquillado un poco. Luego me puse las joyas que yo misma había diseñado y fabricado para mí a lo largo de la carrera. Había quedado bastante satisfecha con el resultado frente al espejo. Si no fuera por el dichoso lunar.

—Estás bastante bien —había comentado Josie—. Además, es un puesto de diseñadora de joyas, no un concurso de belleza. —Hizo una breve risita—. A menos, claro está, que quieras ligarte al jefe.

—¡Ja, ja! —Hice una mueca. Luego pensé en el hombre con el que me había tropezado ayer. ¿Cuál sería su trabajo? No parecía el jefe de una joyería. Ese pelo revuelto, por el que me habría encantado pasar las manos, encajaba más con un empresario de internet.

Pero ¿quién sabe? Hoy en día todo el mundo tiene el aspecto que le da la gana.

Mis pensamientos regresaron al presente. Miré el reloj discretamente. Faltaba casi un cuarto de hora para mi cita. Ya podía dirigirme lentamente hacia la entrada del rascacielos. Aparecer quince minutos antes de una entrevista de trabajo no era demasiado. Con ello señalaba que la puntualidad era importante para mí, pero que no era una exagerada. La primera impresión era vital y precisamente por eso había esperado en la esquina.

Ahora caminaba despacio frente a los altos ventanales. Parecían tan limpios que diríase que los habían abrillantado hoy mismo. Y quizá fuera cierto. Un joyero no podía permitirse presentar sus valiosas piezas tras un cristal manchado de narices y dedos. Aquí todo tenía que parecer impecable.

Asombrada, contemplé por tercera vez las joyas expuestas sobre cojines de terciopelo negro. Plata. Oro. Diamantes. Rubíes. Esmeraldas. Zafiros. Por todas partes me devolvían destellos y reflejos. Las piezas eran hermosas.

Y Josie tenía razón.

Yo también era capaz de diseñar algo así.

Para eso no necesitaba un título.

Ninguna de las joyas tenía el precio a la vista. Solo se enteraba uno dentro de la tienda. Siempre y cuando fueras de los afortunados clientes a los que dejaban entrar.

Ryker's era una de las joyerías más exclusivas de Nueva York y casi podía decidir por sí misma a quién aceptaba como cliente y a quién no.

Llamé a la puerta.

—¿Dígame? —Se abrió una pequeña trampilla junto a la puerta de cristal. Aunque podía ver al guardia de seguridad, todavía no había pasado la criba.

Solté una risita nerviosa.

¿Y si también me rechazaban aquí?

Contente, Holly. Dentro de nada estarás haciendo bromas como Josie. Esto no viene a cuento ahora. Ya podrás hacerlo más tarde. En la celebración de esta noche. Ahora se trata de una entrevista de trabajo.

Me aclaré la garganta. —Tengo una cita.

—¿Con quién? —preguntó el seguridad.

—Con el señor Davies. Para una entrevista de trabajo —respondí.

—¿Nombre? —El empleado no era especialmente comunicativo.

—Holly Thatcher —contesté.

El empleado cerró la trampilla. Luego pude ver cómo sacaba un móvil del bolsillo y recorría una lista.

Segundos después, metió una llave en la cerradura y abrió la puerta. —Por aquí, por favor.

Entré en los recintos sagrados de *Ryker's*.

Al menos esta prueba la había superado.

—Así que... ¿acaba de terminar sus estudios? —preguntó Ryker Davies tres cuartos de hora más tarde. Me estaba entrevistando personalmente. No había ningún otro empleado presente. Ni directora de recursos humanos, ni jefe de departamento. Nadie. Solo Ryker Davies.

Cuando entré en la sala, me había escudriñado de pies a cabeza y luego había asentido con aprobación. Su mirada se había deslizado por mis piernas, se había detenido brevemente en mi cintura y luego había llegado a mi pecho.

Ryker Davies no me había mirado a los ojos.

Un escalofrío desagradable me recorrió la espalda.

Cuando aquel hombre tan guapo me había observado ayer en el puesto de comida, me sentí de una forma muy distinta. Mucho más... valorada. Aquí parecía tratarse más bien de una especie de inspección de ganado.

Me senté rápidamente.

No te dejes distraer por estas cosas, Holly. Se trata de tu trabajo. De tu futuro. Si entras aquí, habrás triunfado.

Cualquier graduado de la carrera soñaba con un puesto en Ryker's.

—No me envió el certificado de estudios. Pero aquí pone que ayer tuvo su examen final. Así que seguro que recibió el certificado de inmediato. ¿Lo ha traído? —Ryker Davies me miraba el pecho sin ningún pudor.

—Interesante lunar el que tiene ahí —añadió antes de que pudiera responder—. Seguro que vuelve locos a todos los hombres con él, ¿verdad? —Se rió—. Me gustaría saber qué se siente.

Se me subió la sangre a las mejillas.

¿A qué venía eso?

Hasta ese momento me había defendido bastante bien y había podido responder a todas las preguntas. Ryker me había preguntado cómo llegué al diseño de joyas y luego me hizo algunas preguntas técnicas. Qué materiales y colores combinaban bien, con qué prefería trabajar, de dónde sacaba la inspiración y si tenía algún referente en el sector. A excepción de sus miradas lascivas, me había sentido bastante cómoda y también me había relajado un poco. Quizá no fuera tan decisivo si había aprobado o no. Tenía los conocimientos necesarios y el resto lo aprendería sobre la marcha, tal como habría hecho si tuviera el título.

Realmente no había diferencia alguna.

De eso me había ido convenciendo cada vez más a lo largo de la conversación. Mis respuestas a las preguntas técnicas habían reforzado mi confianza.

Hasta que Ryker Davies se volvió cada vez más insinuante.

No sabía cómo manejar aquello.

¿Hacía eso con todas las candidatas?

¿Era al final el mismo tipo de sádico que Anthony, solo que de una forma más sutil?

Al pensarlo, se me revolvió el estómago.

—¿Su certificado de estudios? —preguntó Ryker Davies de nuevo.

—Ah, sí... —Aunque el tema no me resultaba agradable, agradecí el cambio. Respiré hondo e intenté ignorar la mirada de Ryker Davies en mi pecho—. Lamentablemente, ayer no aprobé el último examen. —Puse todo el pesar posible en mi voz, pero al mismo tiempo intenté sonar totalmente neutral.

Como si estuviera respondiendo a otra pregunta técnica.

Genial, Holly. De verdad, genial. Probablemente suenes como la mayor de las idiotas. Como alguien que se acaba de drogar y ya no sabe calibrar bien la realidad.

Pero ya no había marcha atrás.

—Es un contratiempo, por supuesto, pero voy a repetir el examen dentro de un año. Pensaba que, mientras tanto, podría trabajar aquí a prueba. —Ahora sí que me sentía insegura y mi voz vaciló ligeramente al plantear mi propuesta. Lo había planeado junto con Josie.

Anoche, en nuestra cocina, todo aquello sonaba de maravilla. Pero hoy, en una sala de juntas en la última planta de un rascacielos de veinte pisos, ante una mesa de conferencias de cristal, en un sillón tapizado de cuero y con vistas a una vitrina donde se exponían algunas joyas de *Ryker's*... allí todo sonaba simplemente ridículo.

Superridículo.

La sangre me subió a las mejillas.

¿Cómo se me había ocurrido hacer una propuesta tan estúpida?

¿Por qué había venido siquiera a la entrevista?

Habría sido mejor cancelar. O al menos fingir una enfermedad y pedir un aplazamiento de la cita. Entonces habría tenido tiempo de idear una estrategia mejor.

Ryker Davies me observó y arqueó una ceja. —Vaya, vaya, suspendida. Eso no pasa muy a menudo, ¿no?

Me puse aún más roja.

—Repetir el examen cuesta bastante dinero, ¿no es cierto? Sobre todo teniendo en cuenta que tiene que seguir matriculada en la universidad todo el año. —Ryker Davies se rascó la cabeza—. ¿Dispone siquiera de medios económicos suficientes para ello?

—Aún... aún no —tartamudeé—. Pero si usted me diera el trabajo, ganaría dinero y podría ahorrar algo. Me las arreglaría. —En realidad, no estaba segura de si mi sueldo bastaría para ello. Pero eso no se lo diría a Ryker. No podía salirle con esas también.

Ryker Davies se reclinó en su sillón y soltó una carcajada. —Bueno, si esta no es la propuesta más descarada que me han hecho en la vida... —jadeó. Reía y reía, y no podía calmarse.

Le miré desconcertada.

¿Debía decir algo ahora? ¿O mejor quedarme callada?

—Se supone que debo contratar a alguien que ha suspendido el examen y no tiene cualificación alguna, para que esa persona gane el dinero necesario para repetir el examen que le dará la cualificación para el puesto. Es muy bueno. —Ryker Davies se pasó la mano por las mejillas. Parecía que se le habían saltado las lágrimas de la risa—. ¿Podría decirme por qué demonios iba a hacer yo eso? Por esa regla de tres, podría venir cualquiera.

—Bueno... —mascullé insegura—. Al fin y al cabo, he completado toda la carrera y he adquirido los conocimientos técnicos necesarios en los otros exámenes. Solo he suspendido el examen práctico final. Todo lo demás lo he aprobado y hace un momento he contestado correctamente a todas las preguntas. Así que no es que no sepa nada... —Perdí el hilo. La mirada de Ryker Davies había vuelto a mi pecho y eso me desconcertó tanto como antes.

—Solo ha suspendido el examen práctico. —Ryker Davies se había recompuesto. Su voz sonaba ahora severa. Al seguir hablando, se mezcló un toque de desprecio—. ¿Y qué se supone que voy a hacer yo con una diseñadora de joyas que ha acumulado un montón de conocimientos teóricos, pero que en la práctica no vale para nada porque no sabe dar pie con bola?

Sus palabras se desvanecieron.

Entonces Ryker Davies volvió a reírse. —Dar pie con bola. Esa es buena —jadeó, entusiasmado con su propio juego de palabras.

Solo quería salir de allí.

Realmente había sido una idea estúpida venir aquí.

Muy estúpida.

—Mejor debería presentarse a un puesto en un local de comida rápida —aconsejó Ryker Davies—. Allí cogen a cualquiera que tenga dos piernas y dos brazos. No se necesita ninguna cualificación especial. Cualquier idiota puede hacerlo. Eso sería lo suyo. —Ryker Davies se reclinó en su sillón—. O... algún sector en el que tenga que atender a hombres. Ya sabe. —Me guiñó un ojo—. Estoy seguro de que tiene esas cualificaciones. Para eso tampoco se necesita título, solo hay que llegar al final. —De nuevo, Ryker Davies soltó una carcajada fuerte y estruendosa por su propio chiste verde.

Todo mi cuerpo temblaba.

Entonces me levanté de un salto y empujé mi silla hacia atrás. Sin decir una palabra más, me di la vuelta, abrí la puerta de un tirón y salí corriendo de la sala.

Detrás de mí, oía a Ryker Davies riendo y riendo.

Corrí como una loca por el pasillo hasta llegar a los ascensores.

Allí pulsé el botón. Miré a mi alrededor respirando agitadamente.

No había ni rastro de Ryker Davies.

Por suerte.

Me apreté las manos contra el pecho y respiré hondo varias veces.

Qué pesadilla.

Las puertas del ascensor se abrieron.

Parpadeé.

¿Me lo estaba imaginando o era la realidad?

Frente a mí estaba Azra.

—Vaya, mira quién está aquí, la que suspendió. —Azra me sonrió con sorna—. ¿Qué haces tú por aquí?

—Yo... ya me iba —tartamudeé—. ¿Y... y tú? —Intenté desviar la conversación hacia otro tema.

—Tengo una entrevista para un puesto de diseñadora de joyas. —Azra me sonrió de oreja a oreja—. Ya sabes, yo sí tengo mi título en el bolsillo. —Alargó las palabras con regocijo, como si le sentara bien restregarme su éxito por la cara—. Y *Ryker's* es una dirección de primer nivel. —Azra asintió.

Yo también asentí.

—Pero no aceptan a gente que suspende. —Azra se rió con prepotencia—. Creo que no te cogerían ni en una tienda de bisutería barata china. Mejor deberías echar el currículum en un puesto de comida china, eso podría ser lo adecuado para ti.

Habría preferido que me tragara la tierra de la vergüenza.

En ese momento, me imaginé a Azra entrando en la sala de juntas y cotilleando sobre mí junto con Ryker.

—¿Me dejas pasar? ¿O pretendes dejarme aquí clavada? No por eso te van a dar el título. —Azra me miró con desdén.

Me hice a un lado.

Azra pasó a mi lado a empujones y me dio un golpe a propósito. —Es un milagro que alguien como tú haya pasado siquiera del guardia de seguridad. —Sin dedicarme una mirada más, Azra se alejó por el pasillo.

Me quedé sola frente a los ascensores.

Humillada y desesperada.

Ayer no creía que pudiera sentirme más miserable que tras suspender el examen y que me echaran.

Pero ahora sabía que era posible.

Siempre se puede estar peor.

Capítulo 7 Asher

—¿Cómo va eso? —Hayes, mi colega, me dio un codazo ligero en el costado mientras trotábamos a ritmo suave alrededor de la pista de tierra batida. Éramos compañeros de tenis desde hacía años y también nos llevábamos bien fuera de la pista. Hayes me había pedido consejo a menudo y también me había echado una mano en unos cuantos asuntos. A día de hoy, Hayes era mi mejor amigo.

—Todo en orden —respondí.

—Pareces un poco distraído —observó Hayes—. ¿Tienes problemas en el trabajo?

A mi colega no podía engañarlo. Había pasado parte de la mañana planeando los siguientes pasos del asunto del diseñador de joyas. Al hacerlo, también lo había cuestionado todo una vez más. ¿Realmente estaba haciendo lo correcto? ¿Debería contratar a un diseñador? ¿O eran todos los obstáculos que tenía que superar una señal de que esa no era la dirección adecuada para mi empresa y que era mejor buscar el crecimiento en otra parte? Quizás con la

absorción de un competidor o la expansión a otro país. Había muchas posibilidades.

Pero entonces decidí seguir adelante con mi plan. No iba a permitir que me disuadieran de mi idea tan fácilmente. No iba a dejar que el presidente de la asociación de joyeros se saliera con la suya de forma tan sencilla.

Y no se trataba solo de él.

Se trataba de mi honor.

—¿Qué, ya habéis terminado de jugar? —Un grito burlón desde la pista de al lado me sacó de mis pensamientos.

Ryker.

No podía ser otro.

Era como si lo hubiera invocado aquí con mis pensamientos.

Mi antiguo mejor amigo, al que pillé con mi ex hace años, no había estado ayer en la recepción de la asociación de joyeros. En su lugar, estaba hoy aquí, en la pista de tenis.

Y él también era una razón por la que mantenía mi plan. Era el dueño de la mayor cadena de joyerías de la ciudad. Por supuesto, no facturaba tanto como yo, pero para eso él era... joyero. Pertenecía a la asociación, se le permitía entrar en los recintos sagrados sin tener que aguantar comentarios como los que me dedicaban a mí, y tenía la tienda más elegante de la ciudad. Podía sentirse superior a mí en muchos aspectos. No solo porque en su día me hubiera quitado a Virginia y me hubiera dejado en evidencia.

No iba a permitir que eso siguiera así.

De ninguna de las maneras.

—¿Te has quedado mudo? —volvió a gritarme Ryker desde la otra pista—. ¿O es que ya tienes miedo de nuestro partido?

Resoplé. —¿De qué partido? —respondí.

—¿No vas a participar también en los campeonatos de la ciudad? —Ryker arqueó una ceja—. ¿O ya has retirado tu inscripción porque te has dado cuenta de que no tienes ninguna oportunidad?

Me reí. —Todo lo contrario. Por supuesto que estoy inscrito. Pero ¿de dónde sacas que nos vamos a enfrentar? Tal como está el sorteo, no podríamos cruzarnos hasta la final. ¿No creerás en serio que vas a llegar tan lejos?

Observé con satisfacción cómo Ryker torcía el gesto. Mi estocada había dado en el blanco y, en mi interior, me alegré por ello.

Los campeonatos de la ciudad de tenis estaban a punto de comenzar. Por supuesto que yo estaba inscrito, igual que Hayes. Y, cómo no, Ryker.

Desde que cogí una raqueta de tenis por primera vez cuando era un niño pequeño, nunca había dejado de jugar. Jugué en la escuela primaria, en secundaria y, por supuesto, también en el instituto. En la universidad conseguí una beca y jugué en el equipo a nivel nacional, en torneos por todo Estados Unidos.

Ryker había jugado en el segundo equipo.

A día de hoy, todavía sonrío al recordarlo.

—A diferencia de ti, yo he evolucionado desde la universidad y juego mejor que entonces. Ryker no se daba por vencido tan fácilmente.

—No me extraña —respondí—. Quien empieza desde un nivel tan bajo, solo puede mejorar.

—No me tengas envidia —replicó Ryker—. El ganador sigue decidiéndose en la pista.

Ese comentario fue el primero con el que pude estar de acuerdo.

Hayes me dio un puñetazo suave en el brazo. —Vamos, colega, esto no sirve de nada. Siempre es la misma pelea entre vosotros dos. Así no vas a ninguna parte y esa pelea nunca la vas a ganar. —Hayes se rió por lo bajo—. Al contrario que un partido de tenis. Pero para eso tenemos que entrenar un poco.

—Es verdad. Sin mediar palabra, me aparté de Ryker. Que se metiera con quien quisiera, contra quien quisiera.

Tenía cosas más importantes que hacer.

Había venido aquí a entrenar y no a chismorrear o a pelear.

Plof.

Media hora después, la pelota de tenis amarilla aterrizó en la red por enésima vez.

—Maldita sea. —Clavé mi raqueta en el suelo y apreté los dientes. ¿Por qué parecía que hoy no me salían ni los golpes ni los pases más sencillos? Ni mi derecha ni mi revés estaban tan en forma como de costumbre. Yo no estaba tan en forma como de costumbre.

Frustrado, caminé hacia la red para recoger la pelota. Aquí, en el Central Park Tennis Court, no había recogepelotas que te quitaran ese trabajo tan pesado.

Aquí, cada uno era su propio recogepelotas.

—Hay días así, colega. No le des más vueltas. Hayes se había acercado a la red e intentaba animarme.

—No entiendo por qué no estoy en forma hoy. —Recogí la pelota con fastidio y apenas pude resistir la tentación de lanzarla hacia atrás. No serviría de nada. Tendría que volver a recogerla allí y solo conseguiría cabrearme de nuevo.

—Eso no siempre se sabe. —Hayes se encogió de hombros—. Quizás ni siquiera sea tan importante. Mañana será otro día y volverás a estar en mejor forma.

—¡Quiero estar en forma TODOS los días! —gruñí—. ¿Cómo voy a ganar si no los campeonatos de la ciudad y barrer de la pista a ese idiota de una vez, como se merece? —Hice un gesto con la cabeza hacia la pista vecina, donde Ryker entrenaba con un compañero de tenis.

Hayes asintió. Luego sonrió. —Yo por eso no me preocuparía, colega. A ese le ganas hasta en tus peores días.

Me reí y le agradecí a Hayes una vez más los ánimos. —Puede que no te falte razón.

—Seguro que la tengo. Ahora vamos a practicar unos cuantos saques más. Un par de aces en el momento adecuado y tendrás la victoria prácticamente en el bolsillo. Y quién sabe, a lo mejor tienes razón y ni siquiera tienes que jugar contra Ryker. Yo no estaría tan seguro de que llegue a la final. —Hayes me dio unas palmadas de ánimo en los hombros.

Regresé refunfuñando hacia mi posición. Mantuve la pelota en equilibrio sobre la raqueta y luego la hice botar ligeramente de arriba abajo. De repente, mi mirada se posó en una mujer pelirroja que pasaba por detrás de las pistas de tenis.

¿Era ELLA?

¿Era la mujer que me había dado un empujón en la tienda cuando me estaba comprando una Coca-Cola?

Mi corazón latió un poco más rápido y mi respiración se volvió superficial.

Pero entonces vi que me había equivocado.

Sí, esa mujer era pelirroja. Pero tenía una figura completamente distinta y una forma de caminar y moverse totalmente diferente. No era la mujer de la tienda.

Y aunque lo fuera, Asher. ¿Qué más da? Solo es una mujer pelirroja que te dio un empujón. Sí, es muy guapa. Pero no la conoces de nada y no sabes nada de ella. Y así es exactamente como debe seguir siendo. Recuerda tus reglas. Solo aventuras. Eso es todo.

Por supuesto que también habría podido tener una aventura con la mujer pelirroja. Pero no me quedaba pensando en una aventura con mucha antelación. Ni volvía a pensar en ello cada vez que veía por casualidad a una mujer con el mismo color de pelo.

Aquí había algo más en juego.

Y prefería no saber qué.

Me di la vuelta y me preparé para mi primer saque.

Plof.

La pelota aterrizó sonoramente en la red.

Resoplé con fuerza.

—¡Concentración, colega! —me gritó Hayes desde el otro lado de la red.

Tenía razón. No me había concentrado en mi saque, sino que había pensado en la mujer pelirroja. Una razón más para despedirme definitivamente de ese pensamiento. Sería todavía más ridículo dejar que alguien a quien ni siquiera conocía me distrajera del tenis y, posiblemente, incluso de ganar los campeonatos de la ciudad.

No podía llegar a ese punto.

—¡Concentración, colega! —me remedó Ryker a mis espaldas, imitando a Hayes.

Me di la vuelta.

Mi archienemigo se encontraba justo junto a la valla que pasaba por detrás de nuestra pista. Allí había un caminito donde Ryker estaba de pie. Llevaba su bolsa en la mano. Obviamente, su entrenamiento por hoy había terminado.

Mejor así.

No tenía que ver a ese idiota más de lo estrictamente necesario.

—Hoy no te sale nada. —Ryker sacudió la cabeza con pesar. Pero era evidente que su lástima no era sincera—. Bueno, si yo tuviera tantos problemas como tú, a lo mejor también me pasaría lo mismo.

—¿A qué te refieres? —pregunté antes de poder pensar si era prudente hacer esa pregunta.

—Según tengo entendido, buscas un diseñador de joyas. —Ryker soltó una risita—. Diseñador de joyas. Deberías alejarte de esas cosas y dejárselas a las personas que han estudiado para ello y que realmente saben hacerlo.

Resoplé. —Todo el mundo tiene un comienzo. Y los diseñadores conocen su oficio.

Ryker sonrió. —Seguro. Lo conocen. Pero es que tú no encuentras a ninguno. Según me han contado, casi nadie se ha presentado a tu oferta, y los que lo han hecho no eran precisamente el tipo de personas que uno querría tener como empleados.

Me quedé helado. —¿Cómo sabes eso? —La pregunta volvió a salir de mi boca antes de que pudiera considerar si era buena idea decirla en voz alta.

—Ah, llegué un poco tarde ayer a la recepción de la asociación de joyeros. Pero luego tuve allí unas conversaciones muy reveladoras. Entre otras, con el señor Owens. —La sonrisa de Ryker se ensanchó aún más.

Respiré aliviado. Ryker sabía algunas cosas, eso estaba claro. Pero no tenía conocimiento de información interna de la empresa. Eso es lo que había temido en un primer momento. Solo había combinado sus conocimientos, especulado un poco y luego soltado sus conclusiones en voz alta. Y yo había sido tan idiota de picar y confirmarlo todo.

Apreté la mandíbula.

No iba a darle ese gusto a Ryker otra vez.

—Deberías aceptar que tu época dorada ha terminado, Asher. Tanto en el tenis como en los negocios. No sirves para más que para dar cuatro pelotazos como aficionado y tener una tienda en línea con ofertas de baja calidad. Has llegado a tu límite y eso no es ninguna deshonra. —Ryker fingió compasión—. En su día tampoco fuiste un mal perdedor. Sabías que habías perdido a Virginia y la dejaste marchar sin rechistar.

Me puse rojo de rabia. Sentía como si la cabeza se me estuviera hinchando tanto que fuera a estallar en cualquier momento. Lo que más me hubiera gustado era saltar la valla, por muy alta que fuera, y propinarle a Ryker un buen gancho de derecha. Y luego uno de izquierda. Y luego otro de derecha.

Pero tomé aire con fuerza y repliqué: —En realidad, me alegré de habérmela quitado de encima. Cuando os pillé a los dos juntos, al menos supe que no habría grandes gritos ni escenas cuando lo

dejáramos. Así que me ahorraste un montón de problemas. —Esbocé una sonrisa—. Gracias por eso.

Ryker resopló. —Eso lo puede afirmar cualquiera a toro pasado. Convertir con palabras una derrota en un favor o incluso en una victoria no tiene ningún mérito. Ninguno en absoluto.

Me encogí de hombros. —Cada uno puede pensar lo que quiera. Yo solo puedo decir que, si Virginia me hubiera importado de verdad, habría luchado por ella. Pero no lo hice.

Ryker volvió a resoplar.

En ese momento, alguien me tocó el hombro por detrás.

Me di la vuelta.

Hayes estaba ante mí. —Creo que es mejor que lo dejemos por hoy, colega. Además, tengo algo importante que comentar contigo, necesito tu ayuda.

—Sí, seguro que es mejor —se burló Ryker a mis espaldas—. Antes de que estrelle más pelotas contra la red. Al final va a acabar dañándola y sería una pena para los siguientes jugadores.

Hayes me apretó el hombro con la mano, indicándome que mejor me controlara.

No dejes que te provoque, Asher.

Asentí brevemente hacia Ryker y me alejé.

—Qué pedazo de idiota —gruñí con los dientes apretados.

Hayes sonrió. —Bueno, eso no es nada nuevo. Lo has sabido siempre.

Solté una breve carcajada. Una vez más, Hayes había conseguido mejorar mi humor. —¿Qué era eso que querías comentar conmigo? —pregunté—. ¿O solo era una excusa para sacarme de allí y alejarme de ese idiota?

—No, de verdad hay algo. —Hayes asintió—. He tenido una herencia.

—¿Una herencia? No sabía que hubiera muerto nadie en tu familia. —Miré a mi colega asombrado.

—No, no es eso. —Hayes le restó importancia con un gesto—. Pero mi abuela ha ingresado en una residencia. Está liquidando su piso. Y ya sabes, tiene ese labrador. Por supuesto, no puede llevárselo a la residencia.

—Claro que no —asentí.

—Pero tampoco tenemos corazón para llevarlo a una perrera. Así que le he dicho a mi abuela que me haría cargo de él. —Hayes me miró con intención.

—¿Tú? ¡Pero si no tienes sitio! —Mi amigo todavía vivía en el estudio donde estaba desde sus tiempos de estudiante. Siempre hablaba de buscarse un piso nuevo, algo que se podía permitir sin problemas. Pero nunca lo hacía. Empezaba a sospechar que le encantaba su pequeño nido de soltero y que no quería cambiarlo por nada, igual que no quería cambiar su vida ni compartirla con nadie.

—Bueno... había pensado que a lo mejor tú... —balbuceó Hayes.

—¿Yo? Pero si yo no entiendo nada de perros —protesté.

—Es ese de ahí. Hayes señaló a un labrador de pelaje claro que estaba detrás de la valla. Una mujer mayor lo llevaba de la correa. Mi tía se ha ofrecido a traerlo. Échale un vistazo primero.

Gruñí algo, metí mi raqueta en la bolsa y salí.

—Es realmente un trozo de pan y muy bueno, y seguro que se sentirá a gusto en tu azotea —siguió Hayes intentando venderme al perro.

—Ajá —dije.

Cuando abrí la puerta de la valla, el perro ladró fuerte.

Y cada vez más fuerte.

Y más fuerte.

—No le gusto —sentencié.

Hayes sacudió la cabeza. —Eso solo lo parece. Es que tiene que acostumbrarse a ti. Con el tiempo ladrará menos y menos.

El perro ladraba más y más.

—¿Seguro? —Miré a mi colega con escepticismo.

—¡Seguro! —asintió Hayes—. Al principio nos pasó igual a todos.

Miré de mi colega al perro y otra vez a mi colega. La tía de Hayes se mantenía al margen sin decir nada.

—No queremos llevarlo a una perrera ni a ningún otro sitio —explicó Hayes.

Al oír la palabra «perrera», el perro ladró aún más fuerte.

—Se llama Kingsley —dijo Hayes presentándome al perro.

Me quedé mirando al perro que ladraba.

—Está bien —suspiré finalmente—. Si es solo temporal, me lo quedo. Pero no me voy a quedar todas las noches en casa sentado cuidando de él. Voy a seguir con mi vida. Y eso significa que esta noche voy a salir. —Miré a mi amigo con aire desafiante.

—Claro, claro, nadie te dice que te tengas que quedar en casa —asintió Hayes.

Me eché la bolsa al hombro y me encaminé hacia la salida.

Un perro.

Debía de haberme vuelto loco.

Eso era casi tan malo como tener una mujer.

Capítulo 8 Holly

—¡Y fondo! —Josie, Kaitlin, Vickie y Tania se echaron a reír a carcajadas.

Yo también me reí.

Era nuestro cuarto tequila y, a esas alturas, me sentía mejor que casi nunca. Tenía la cabeza ligera y prácticamente vacía. Como si no pesara nada.

Lamí rápidamente la sal de mi mano, me bebí el tequila de un trago, cogí una rodaja de limón del platito que había sobre la barra frente a nosotras y la mordí. Al notar el sabor ácido, sentí un leve cosquilleo en la lengua y entrecerré los ojos.

—¡Yuju! Ha sido una idea fantástica, ¿a que sí? —Josie me dio un codazo suave en el costado. Me agarré a la barra y me reí. Por poco me caigo del taburete, pero en ese momento ni siquiera aquello me pareció especialmente grave.

Eso le pasaba a todo el mundo de vez en cuando, ¿no?

¿Quién no se había tropezado o caído alguna vez con una copita de más?

Sí, puede que no precisamente en uno de los locales más de moda de Nueva York. Estábamos en la última planta de un rascacielos y teníamos unas vistas grandiosas de la ciudad, aunque al lado tuviéramos otro rascacielos un poco más alto que este. Por un momento me pregunté por qué no habrían puesto el bar allí. Entonces uno habría estado de verdad por encima de los tejados de Nueva York, y esa ubicación era sencillamente impagable. Te hacía sentir como la reina del mundo.

Pero, aun así, disfrutaba de la vista del Empire State Building, el Chrysler Building y la Central Park Tower, que destacaban iluminadas contra el oscuro cielo nocturno. Ahora en verano el sol tardaba en ponerse, pero para entonces el cielo sobre Manhattan era negro como la tinta. Una sola estrella brillaba con fuerza. ¿Sería Venus? No tenía ni idea de estrellas ni de constelaciones. Esa era una de las desventajas de Manhattan. La ciudad brillaba tanto que no se veían muchas estrellas. Ni aquí arriba, ni mucho menos abajo en las calles.

—Venga, Holly —me gritó Josie al oído—, no has venido aquí a pensar, sino a celebrar. Deja de darle vueltas a todo lo que ha salido mal. Esta noche todo va a salir bien. Mi compañera de piso soltó una carcajada. Ella también llevaba ya cuatro tequilas encima.

¿O eran incluso más de cuatro?

Me reí.

Cuando una perdía la cuenta de cuánto había bebido, era una señal inequívoca de que la noche estaba siendo realmente buena.

Y era una noche realmente buena.

Kaitlin señaló al camarero. —¡Otros cuatro! —exclamó— o danos la botella directamente.

El camarero miró de Kaitlin a Vickie y luego a Josie, Tania y a mí. Después, sin decir palabra, deslizó la botella de tequila empezada por el mostrador.

—Oye, que ya no queda mucho —se quejó Vickie, levantando la botella a contraluz, como si tuviera que inspeccionar el contenido.

—Ustedes se lo han bebido todo —replicó el camarero secamente.

—Espero que tengas unas cuantas botellas más en el almacén. —Tania le guiñó un ojo al camarero con descaro—, al fin y al cabo, la noche no ha hecho más que empezar.

Y entonces me reí. Me reí a carcajadas y con total libertad.

Sí, la noche acababa de empezar.

El camarero sonrió. —Hasta ahora nunca se nos han agotado las existencias. Así que no se preocupen. Pero ¿no querrán también bailar o comer unas patatas? Tener algo en el estómago nunca viene mal.

—Patatas —exclamó Kaitlin. Luego volvió a reírse. Ni hablar. Ahora vamos a empezar nuestro juego y la que pierda tiene que... beber

tequila. —Se rió—. Cualquier otra cosa sería aburrida. Y nosotras no somos unas aburridas, sino que queremos divertirnos.

Me reí de nuevo.

Divertirnos.

Exacto.

Me reí otra vez.

Hacía demasiado tiempo que no me divertía, Josie tenía razón.

En ese momento me bajé del taburete y empecé a mover las caderas al ritmo de la música. No tenía ni idea de qué canción estaba sonando, pero me gustaba. La melodía era pegadiza, el ritmo encajaba con el tequila y, en general... tenía ganas de volver a bailar de una vez.

—¿Juego? —gritó Josie—. ¿Qué juego?

Kaitlin soltó una risita. —He preparado una sorpresa. Para todas. Una sorpresa de verdad.

—Eso es injusto —se quejó Vickie—. Entonces solo jugamos nosotras y tú nos miras. Para ti no hay ninguna sorpresa.

Kaitlin se rió por lo bajo. —Pues ya podéis inventar una. —Sacó unos papelitos de su bolso—. El caso es que he pensado unas cuantas pruebas para vosotras. Cada una saca una y tiene que hacer lo que ponga el papel. Y si no lo hace, entonces... —Kaitlin balanceó la botella de tequila riendo—, entonces tocan unos cuantos tragos.

—¿Y si lo hace? —rió Josie.

—También. —Kaitlin volvió a reírse y todas estallamos en una carcajada.

—Me gusta el juego —me oí gritar.

¿De verdad era yo esa?

Sí.

Era yo.

La Holly divertida y desinhibida.

El alcohol por fin me había ayudado a olvidar todas las cosas de mierda que me habían pasado en los últimos dos días. Al pensar en el tribunal de examen, lo que veía era una panda de payasos. Anthony se parecía a un boxeador que tambaleaba por el ring tras recibir un golpe. Y el hombre que me había mirado con tanto descaro esta mañana... ¿cómo se llamaba ese enano feo?

Me reí aún más fuerte.

Y otra capa de rabia, tristeza, decepción y desesperación se desprendió de mí.

—¡Empiezo yo! —gritó Vickie.

En mi interior, lo agradecí. Aunque me lo estaba pasando muy bien, no quería ser la primera a la que le asignaran una prueba y tuviera que cumplirla.

Vickie sacó un papelito.

Tania soltó una risita nerviosa mientras Vickie desdoblaba el papel con deliberada lentitud.

—Saca a bailar a un desconocido —leyó.

Luego se rió y miró a su alrededor. El bar estaba lleno. Al menos la mitad de los clientes eran hombres.

—A aquel de allí —gritó Kaitlin, señalando sin ningún pudor a un hombre alto y guapo.

Por un momento, el corazón se me detuvo.

¿No sería...? ¿No se parecía a... ÉL?

¿El hombre con el que había chocado y al que le había derramado la Coca-Cola por la camisa?

No.

Mi corazón volvió a latir a su ritmo normal.

No era él.

Este hombre tenía el pelo bien peinado y no esa melena magnífica y con aspecto despeinado en la que me habría encantado hundir las manos.

Claro que no está aquí, Holly. Esas casualidades no existen, ya lo sabes. E incluso si fuera él: alguien como él seguro que tiene novia.

Los hombres así no andan sueltos por ahí. Jamás. Eso solo pasa en los cuentos de hadas. Y esto no es un cuento de hadas.

—¿Qué te parece? —Josie me dio un codazo—. ¿Él?

—Claro —asentí.

El grupo vitoreó.

—¡Vamos, vamos, vamos! —le jalearon Tania y Kaitlin a Vickie.

—Primero necesito otro tequila —declaró Vickie.

Kaitlin se rió. Luego cogió la botella que nos había dado el camarero y llenó todos los vasos. —Pues andando —ordenó.

Cogimos la sal.

Luego la lamimos.

Bebimos.

Y después vino el limón.

Vickie se impulsó desde la barra. Se acercó al hombre como si hiciera aquello todos los días. Sin cortarse un pelo, le agarró del brazo y lo llevó a la pista de baile.

Contuve el aliento.

Ni siquiera le había preguntado.

Yo en su lugar no me habría atrevido. No, yo habría preguntado con el corazón a mil y ya mentalizada para encajar una derrota. Para recibir un no. Para ser rechazada.

Pero Vickie ni siquiera le dio la oportunidad al desconocido. Con toda la confianza del mundo, simplemente cogió lo que quería.

Los dos empezaron a moverse al ritmo de la música.

Señorita de Shawn Mendes.

Yo me movía instintivamente y tarareaba las partes de la letra que me sabía. No se me daba muy bien recordar las letras de las canciones. Me llegaban más las melodías y solía reconocer los temas, pero no tenía ni idea de quién los cantaba o cómo se titulaban.

Pero hasta yo había reconocido *Señorita* de Shawn Mendes.

Vickie bailaba acercándose al hombre, se alejaba, arqueaba su cuerpo hacia él, volvía a distanciarse. El hombre... simplemente bailaba con ella. Observé sin aliento cómo los dos formaban un dúo perfecto.

Cuando la canción terminó, el hombre agarró a Vickie por el brazo y le hizo una pregunta.

Ella negó con la cabeza riendo, se soltó y volvió con nosotras a la barra.

—¿Qué te ha preguntado? —quise saber.

—Ah, quería mi número de teléfono. —Vickie sonrió.

—¿Y no se lo has querido dar? —Recordé que Vickie había negado con la cabeza.

—¿Para qué? —Vickie me miró—. El tío está pillado, llevaba anillo de casado.

Asentí.

Vickie sonrió con picardía. —Quiero divertirme esta noche, sí. Pero buscarme líos con una esposa... de eso prefiero mantenerme al margen.

—Siguiente prueba, atajo de aburridas —nos interrumpió Josie—, las conversaciones serias están prohibidas esta noche, ya lo sabéis. Es mi cumpleaños y mando YO. Y yo digo que está PROHIBIDO. —Josie soltó una risita. Se notaba claramente en su voz que ya llevaba bastante alcohol encima.

—¡Yo! —exclamó Tania, arrebatándole un papelito de la mano a Kaitlin antes de que ninguna de nosotras pudiera decir nada.

—Quítale la corbata a un hombre —leyó Tania en voz alta.

Luego soltó una carcajada.

Una de verdad sonora.

Miró a su alrededor.

La mayoría de los hombres solo llevaban camisa o camiseta.

Empezamos a buscar con la mirada.

—¡ÉI! —esta vez fue Josie la que señaló sin rodeos a un hombre. Era bajo y de complexión robusta, aunque no estaba mal. Pero no era en absoluto mi tipo.

A mí me gustaban más los tíos altos y atléticos.

Con el pelo despeinado.

Holly.

—¡Pues brindemos por ello! —Kaitlin volvió a llenar los vasos.

De nuevo cogimos la sal.

Lamimos.

Bebimos.

Y mordimos el limón.

Y entonces me reí.

Tania se bajó del taburete. Con una lentitud estudiada, se acercó al hombre y le tocó el brazo. Cuando él se dio la vuelta, ella se inclinó y le susurró algo al oído. Ni siquiera tuvo que ponerse de puntillas, ya que el hombre era muy bajito.

Me reí para mis adentros.

Entonces el hombre asintió.

Tania lo agarró sin miramientos y lo besó de lleno en los labios.

Largo tiempo.

Intensamente.

Me quedé mirándola fijamente.

Parecía como si... como si hasta se estuvieran tocando las lenguas.

El hombre rodeó a Tania con sus brazos y la apretó contra él. Empezó a frotar ligeramente su cuerpo contra el de ella. En ese momento, Tania se apartó de él, levantó el dedo índice a modo de advertencia y empezó a desatarle la corbata.

El hombre no protestó.

Simplemente dejó que todo sucediera.

Y volví a asombrarme.

Lo fácil que era coger lo que una quería.

Así de fácil.

Tania cogió la corbata, se despidió del hombre con un gesto coqueto y volvió con nosotras a la barra.

—Bueno... ¿qué tal lo he hecho? —dijo, rompiendo a reír a carcajadas.

—Súper, súper, súper —vitorearon Vickie, Josie y Kaitlin y, al tercer «súper», yo también me uní al coro de las chicas.

Había sido súper.

Tan sencillo.

Tan fácil.

Un poco de tequila y ya podías convertirte en otra persona. En una persona valiente.

En una mujer deseada por los hombres.

A la que nadie le negaba nada.

Me acerqué a Kaitlin y saqué un papelito.

—¡Vamos, Holly! —me animó Josie.

Solté una carcajada. Ahora yo también quería probarlo. Estaba a solo un tequila de distancia de convertirme también en una mujer así. En una mujer a la que los hombres no le negaran nada. Una mujer a la que el hombre de pelo revuelto sin duda le habría pedido el número de teléfono.

Quería ser esa mujer.

Y en ella me iba a convertir ahora mismo.

—¡Baila sobre la barra delante de todo el mundo! —leí en mi papel. Al principio me sentí un poco decepcionada. No tendría que hablar con ningún hombre. Ni bailar con él. Ni quitarle la corbata. Pero, en el fondo, también sentí un poco de alivio por no tener que dirigirme directamente a nadie. Bailar sobre la barra delante de todo el mundo era atrevido. Pero, de algún modo, también era seguro. Nadie me rechazaría. No tendría que encajar un no. No, no tendría que hacerlo.

—Brindemos otra vez por eso —Tania cogió la botella y llenó todos los vasos—. Qué faena. Vacía. —El contenido de la botella dio justo para cinco vasos.

—Les traigo una nueva. —El camarero nos había estado observando con atención.

—Y limones —gritó Josie—, no olvides los limones.

El camarero asintió y se alejó. Nos bebimos nuestro séptimo tequila de un trago. ¿O era ya el octavo? ¿O incluso el noveno? Ya no tenía ni idea. Y tampoco me importaba lo más mínimo. ¿Para qué iba siquiera a pensar en ello?

Me sentía ligera, libre y sin peso.

Y como en ese preciso instante empezaron a sonar los primeros acordes de *Despacito* de Luis Fonsi, porque el camarero miraba para otro lado y no vigilaba la barra y porque era mi prueba, por todo eso me subí a la barra.

—¡Holly! ¡Holly! ¡Holly! —me jalearon Josie, Vickie, Kaitlin y Tania.

Me reí alegremente y saludé a la multitud.

Y entonces empecé a mover mi cuerpo al ritmo de la música. Era muy fácil. Simplemente bailar. Simplemente entregarse y sentir el ritmo. Moví mis caderas, levanté mis brazos y volví a bajarlos, y moví mis piernas con mucha cautela.

Solo no te caigas de la barra, Holly.

Pero incluso ante ese pensamiento, me reí.

¿Qué me iba a pasar?

A las demás no les había pasado nada y habían tenido pruebas mucho más difíciles que la mía.

La música seguía sonando. Yo bailaba.

Por un momento cerré los ojos. Siempre lo hacía cuando bailaba. Solo quería sentir mi cuerpo. Estar únicamente en mi cuerpo.

Me reí.

Y entonces sentí algo diferente. Mi pie había llegado al borde de la barra.

Tropecé.

Hacia delante.

Hacia los taburetes.

Horrorizada, volví a abrir los ojos.

Y en ese instante pareció que el tiempo se detenía por un segundo.

No podía ser.

No era cierto, ¿verdad?

¿Acaso no era...?

¿ÉL?

Miré directamente a un par de ojos oscuros. Los ojos más oscuros que jamás había visto. Ojos que me examinaban con tanta intensidad como si fuera...

Como si fuera de verdad guapa.

Mi mirada recorrió un rostro de facciones perfectas.

Hasta llegar a una melena despeinada.

Era él.

Ahora su camisa ya no tenía la mancha de Coca-Cola.

Claro que no, Holly. Eso fue ayer, ahora es hoy.

¿Cómo había entrado aquí? ¿Y cuándo? Antes, cuando habíamos buscado a alguien a quien Kaitlin pudiera sacar a bailar, aún no estaba aquí. De eso estaba convencida. Lo habría notado.

Pero ahora estaba aquí.

Todo eso pasó por mi cabeza en una fracción de segundo. Justo en el tiempo en que sentí que mi pie resbalaba de la barra. Agité los brazos e intenté recuperar el equilibrio. Pero resbalé y resbalé y resbalé.

Cada vez más.

Y entonces perdí el equilibrio definitivamente.

Ya no resbalaba.

Me caía.

Directamente hacia el hombre de los ojos oscuros.

Otra vez.

Capítulo 9 Asher

Ahora estaba recostada contra mi pecho.

Otra vez.

Hacía ni cinco minutos que había entrado en el club en la azotea de moda. Venía aquí a menudo cuando quería disfrutar de una copa entre la gente en lugar de beberme una cola a solas en mi azotea. Cuando estaba aquí en el club, a veces llegaba incluso a pedirme un buen Single Malt. Eso me permitía entablar conversación con otros amantes del whisky y pasábamos la noche hablando de la calidad, la maduración y el retrogusto de cada marca. Después, cada uno seguía su camino.

De vez en cuando, en esas ocasiones, conocía a una mujer guapa, a veces incluso a una muy atractiva. Y muy de vez en cuando, aquello terminaba en una aventura breve. No es que yo lo buscara con especial ahínco. Las cosas simplemente surgían. O no surgían. No tenía necesidad de forzar nada. Si una mujer no se mostraba receptiva, me encogía de hombros y pasaba a la siguiente o volvía otro día. Esa era la ventaja de limitarse a aventuras sin compromiso:

uno no se ataba a ninguna mujer en concreto. Yo no era como mis amigos, que se encaprichaban de una mujer y luego la perseguían durante días, semanas y, en algunos casos, incluso meses, ahogando su frustración en alcohol y quejándose conmigo y con otros amigos.

No, mi vida era buena, pasara lo que pasara.

Al menos, así había sido hasta ahora.

Pero cuando sentí por segunda vez en muy poco tiempo el cuerpo de la pelirroja de ojos verdes contra el mío, algo más se agitó en mi interior: el deseo incontenible de sujetarla y no soltarla nunca más.

¡Asher! ¿Pero has perdido el juicio?

Pero por mucho que me reprendiera a mí mismo, el pensamiento permanecía en mi cabeza. Y lo que era peor: no se me ocurría por primera vez. Ya había pensado en ella durante el tenis, porque una mujer de pelo rojo había pasado por detrás de las pistas. Y también antes había pensado varias veces en el incidente de la tiendecita. Cada vez que veía la mancha de cola en mi camisa.

El rostro de la mujer estaba oculto contra mi camisa y, por mucho que deseara verlo, disfrutaba enormemente sintiendo sus pechos turgentes contra mis músculos. Presionaban con firmeza contra mi camisa y lo que más me habría gustado habría sido alargar la mano y acariciarlos. Aún más me habría gustado hundir la mano en su melena pelirroja. Inclinarle la cabeza ligeramente hacia atrás para mirar sus chispeantes ojos verdes. Y contemplar el fascinante lunar que tenía a la derecha de la comisura de los labios. Era algo que atrapaba la mirada por completo y la dirigía directamente hacia sus labios carnosos. Esos que uno inevitablemente deseaba besar.

Pero el rostro de la mujer aún seguía oculto contra mi camisa. Todavía solo sentía su aliento cálido, que parecía ir un poco más rápido de lo normal. Su aliento y sus pechos, que se apretaban contra mí de forma seductora. Hoy la mujer llevaba un vestido verde claro que resultaba increíblemente sexy. De repente, mis pantalones parecieron estrecharse un poco y aparté con cuidado la parte inferior de mi cuerpo de ella. Bajo ningún concepto debía notar lo que yo sentía. Posiblemente se sentiría acosada de lo contrario. Y ni siquiera podría culparla.

De pronto, un pensamiento me atravesó.

¿Y si también esta vez me había equivocado?

¿Y si no era ella?

¿Y si era tan poco ella como lo había sido aquella mujer en las Central Park Tennis Courts?

La agarré por los hombros y la aparté de mí.

Ahora la vi. Vi ese rostro armonioso con la nariz bonita. Los ojos verdes y chispeantes que ahora me sonreían a pesar de la caída. Solo con mirarla a los ojos me habría bastado para saber que era ELLA. Pero dejé que mi mirada se deslizara un poco más abajo. Hasta su lunar, que dirigía la vista de forma tan seductora hacia sus labios carnosos. Estos estaban ahora ligeramente entreabiertos e invitaban más que nunca a ser besados.

¡Maldita sea, Asher! Contente de una vez.

Ahora la mujer se rió suavemente. A pesar del ruido que nos rodeaba, lo percibí con total claridad. Sonaba como el sonido más

seductor que jamás hubiera escuchado. Era una risa natural. Nada de risitas fingidas y agudas, tan propias de tantas chicas jóvenes de Nueva York. Y nada de esas risas graves que adoptaban esas chicas en cuanto eran un poco mayores, como si tuvieran que demostrar que ya no eran tan jóvenes y tontas.

No, era una risa libre, carente por completo de artificio.

La mujer me dio un golpecito en el hombro con el dedo índice derecho. —¡Usted otra vez! —siguió riendo—. Pero esta vez no tiene ninguna mancha en la camisa.

El aliento de la mujer olía ligeramente a alcohol. Pero no parecía estar borracha en absoluto. Quizá un poco alegre. El punto justo de alegría. Tal como había estado bailando hace un momento sobre la barra... ¿haría algo así a menudo? Lo parecía totalmente. Había atraído todas las miradas de la sala mientras movía su cuerpo perfecto, con sus piernas largas, sus caderas estrechas y sus pechos turgentes, rítmicamente al son de la música. La había observado sin aliento y luego me había abierto paso hacia la barra lo más rápido posible para verla de cerca.

Y entonces había aterrizado en mis brazos.

—Esta vez es que no llevaba ninguna cola en la mano —le devolví la sonrisa—. Por eso no tengo ninguna mancha. La otra camisa la he echado a lavar. De vez en cuando me cambio de ropa.

La mujer se rió con más fuerza. Como si yo hubiera contado el chiste más gracioso que jamás hubiera oído. Reí con ella instintivamente. Su risa era contagiosa.

—Pero su pelo sigue siendo el mismo. —La mujer levantó la mano y me tocó el cabello—. Por eso lo habría reconocido en cualquier parte.

Reconocido en cualquier parte.

¿Acaso ella también me había estado buscando?

Tonterías, Asher. Son imaginaciones tuyas, igual que antes.

—Y sus ojos también —añadió la mujer entonces.

Volví a reír. Y luego la estreché un momento contra mí. Simplemente no pude evitarlo.

De repente, a nuestro alrededor empezó a oírse: —¡Beso! ¡Beso! ¡Beso! —Un grupo de cuatro chicas neoyorquinas con vasos de tequila en la mano se habían colocado a izquierda y derecha de nosotros y nos jaleaban a voz en grito.

La mujer se separó de mí y me miró. De pronto, en sus ojos apareció una expresión distinta. Era una mezcla de la mirada pícara de antes, cuando sus ojos brillaban de forma tan tentadora y me sonreía, y de la mirada que había visto en la tiendecita. Detrás de la fachada risueña aún acechaba la ansiedad que yo había percibido hacía unos días.

De repente, me invadió el deseo de tomar a la mujer en mis brazos y protegerla. No debería volver a sentirse tan angustiada nunca más. Por absolutamente nada.

—¡Eres la reina! ¡Acuérdate! —gritó una de las jóvenes a mi lado.

Y en ese instante, la ansiedad de la pelirroja pareció esfumarse de golpe. Pareció recordar algo.

—¡Beso! ¡Beso! ¡Beso! —seguían coreando las otras tres chicas.

Entonces la pelirroja se estiró y depositó un beso corto y rápido en mi mejilla. Sus labios apenas me habían rozado. Y, aun así, mi piel se sintió como electrificada en ese punto.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! —Las tres chicas no daban tregua.

Una chispa de audacia asomó a los ojos de la pelirroja.

Y entonces lo hice.

Bajé la cabeza hacia sus labios carnosos. Los rocé suavemente con mi boca. La piel era increíblemente suave y cálida. Deslicé ligeramente la lengua por su labio superior. Luego por el inferior. Después exploré la abertura ligeramente entreabierta entre sus labios. La música que nos rodeaba pasó a un segundo plano. Era como si estuviéramos allí, en ese club en la azotea neoyorquino atestado de gente, a solas los dos. Sí, era como si no existiera nadie más que nosotros en el mundo.

La mujer puso sus manos sobre mis hombros.

Y entonces presioné mis labios contra su boca. Con fuerza. Con avidez. De forma exigente.

Y la mujer bebió de ese beso como si no hubiera un ayer ni un mañana. Como si solo existiera el hoy, solo este preciso momento.

Y, de algún modo, así era. Vivíamos en el aquí y el ahora. No había nada más, porque el ayer ya había pasado y el mañana todavía no había llegado.

Acaricié la abertura entre los labios de la mujer muy suavemente con mi lengua y pedí paso. Ella abrió la boca. Por fin, mi lengua penetró en esa cavidad cálida y suave en la que había querido entrar todo este tiempo.

Desde la primera vez que vi a esa mujer.

Ahora podía admitirlo, al menos ante mí mismo.

El beso se volvió apasionado. Intenso.

La mujer gimió suavemente mientras su lengua buscaba la mía y se entablaba una danza apasionada entre nuestras lenguas. Mis manos bajaron por su espalda hasta sus glúteos. No pude resistirme y apreté suavemente una de sus nalgas. De nuevo, la mujer gimió por lo bajo. Tan bajo que nadie más que yo pudo oírlo. Estreché a la mujer contra mí.

Tras lo que me pareció una eternidad, nuestras bocas se separaron.

Respirando con dificultad, la mujer me miró.

—Vaya. —Pude leer las palabras en sus labios más que oírlas. De forma confusa, percibí que las chicas neoyorquinas que nos rodeaban estallaban en vítores.

—Venga, tómate otra. —Una chica le puso un vaso en la mano a la pelirroja. Debían de ser todas amigas, porque la pelirroja bebió sin preguntar qué había en el vaso. Nadie hacía algo así en Nueva York.

Ninguna mujer aceptaba una copa de una desconocida. Y de un desconocido, menos aún.

Empezó a sonar una canción de los años 2000.

Let's Get Loud de Jennifer Lopez.

Aparté a la pelirroja de la barra.

Se había acumulado tal tensión en mi interior que necesitaba bailar con urgencia. Bailar y bailar y bailar. Moví salvajemente mis brazos y piernas al ritmo de la música. Probablemente parecía un muñeco articulado, porque no era precisamente un experto bailando ese tipo de música. Pero me daba igual.

Esto era Nueva York.

Era el siglo XXI.

Aquí cada uno podía bailar como quisiera.

Y la pelirroja me siguió el juego. Me sonreía. Yo le guiñé un ojo. Ella me lo devolvió.

¿Iba a ser esta una de esas noches que terminaban en una buena oportunidad?

¿Una oportunidad que había estado anhelando, más que cualquier otra oportunidad anterior?

Me toqué ligeramente la nariz mientras bailaba.

Y la pelirroja también se tocó la nariz.

Sus ojos brillaban.

Levanté el brazo e hice un círculo con el dedo. Obediente, la pelirroja giró sobre su propio eje. Cuando volvió a mirarme a la cara, se rió y se tambaleó un poco al hacerlo.

Rápidamente la rodeé por los hombros con mis brazos.

Había estado a punto de caerse dos veces, y bajo ningún concepto iba a permitir que ocurriera una tercera.

En ese instante, la música cambió.

Tras *Let's Get Loud* empezaron a sonar acordes lentos.

1+1 de Beyoncé.

Atraje a la pelirroja un poco más hacia mí.

—¿Cómo se llama? —exclamé.

Ella me miró con curiosidad y luego negó con la cabeza. Riendo, se señaló los oídos. No me había entendido. Hice un gesto de desdén y me encogí de hombros. Eso no era tan importante ahora.

Quería seguir disfrutando del momento.

Nuestros nombres ya los intercambiaríamos más tarde.

Atraje a la mujer más cerca y apreté su cuerpo con cuidado contra el mío. Ella no retrocedió. Al contrario. Se acercó a mí de buena gana. Nos mecimos juntos al compás de la música. Nuestros cuerpos parecían estar en camino de fundirse el uno con el otro.

Inspiré profundamente.

Y entonces la mujer frotó su pelvis suavemente contra la mía.

Eso era.

La oportunidad.

Con esta señal nunca me había equivocado hasta ahora.

Y, sin embargo, vacilé.

La pelirroja era una persona muy especial.

Lo había sentido desde nuestro primer encuentro.

¿De verdad quería aprovechar esta oportunidad?

¿De verdad quería?

¡Asher! Si no lo haces, te arrepentirás.

¿Lo haría?

¿De verdad me arrepentiría?

Hasta ahora, nunca había llorado por ninguna mujer. Si una mujer me lanzaba un «no», lo aceptaba con un asentimiento y no le daba más vueltas. No era la única mujer del mundo. Al fin y al cabo, esto era Nueva York. Había oportunidades en cada esquina.

Pero la pelirroja... ella era algo distinto.

¿Pero qué tenía ella de tan especial?

No deberías seguir dándole vueltas, Asher, sino simplemente disfrutar del momento.

Observé a la mujer que reía.

Y entonces volví a inclinarme hacia delante.

Besé su lunar y lo rodeé con mi lengua. Luego rocé sus labios ligeramente con los míos. Después con mi lengua. Con pequeños besos, fui recorriendo el contorno de su mandíbula hasta llegar al lóbulo de la oreja. Y entonces le susurré al oído: —Acompáñeme ahí al lado, la vista es todavía más bonita. Me gustaría enseñársela.

Contuve el aliento.

¿Qué diría ella?

Ella solo se rió.

—¿Todavía más bonita? Bueno, está bien, le acompaño. Pero solo un momento. —Sus ojos chispeaban y relucían—. Por supuesto, no puedo perderme una vista mejor.

Tomé a la mujer de la mano y tiré de ella tras de mí en dirección a la salida.

Entonces me detuve un instante.

¿Ese no era...?

¿No era ese Luke, mi director general?

Se nos quedó mirando como si estuviera contemplando un espejismo.

Sonreí.

¿Qué le habría picado? ¿Por qué me miraba así?

Ya me había visto con una mujer en más de una ocasión. Es cierto que nunca con una pelirroja. Pero tampoco es que en Nueva York solo hubiera una única mujer pelirroja. No eran tan, tan raras.

La pelirroja no pareció notar en absoluto a Luke. Yo lo saludé con la mano y luego seguí avanzando hacia fuera. No tenía ganas de hablar ahora con mi director general. Había cosas más importantes que hacer.

Por ejemplo, besar a la mujer que llevaba de la mano delante de los ascensores.

Y luego dentro del ascensor.

Y luego enseñarle la mejor vista de Nueva York.

Y luego...

Mis pantalones se apretaron.

Capítulo 10 Asher

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

Podía oír los ladridos fuertes y penetrantes incluso antes de llegar a la puerta del piso. Y eso a pesar de que tenía una puerta blindada con un aislamiento acústico especial por la que no debería filtrarse ni un sonido.

Normalmente.

Al parecer, los constructores no habían contado con un perro montando semejante alboroto.

Recordé las palabras de Hayes.

El perro es fácil de cuidar, no te preocupes. Es cierto que mi abuela estaba siempre en casa al final y, por eso, puede que eche un poco de menos la compañía. Pero ya se acostumbrará a estar solo. En tu casa, al menos, tiene espacio de sobra para moverse e incluso puede salir al aire libre.

Solo que, con las prisas, antes había dejado al perro encerrado en el pasillo. Tenía muchísimas ganas de salir de fiesta y me había jurado que no iba a dejar que un labrador me estropeara los planes. Daba igual la mirada de cordero degollado que me lanzara con sus ojos marrones, lo amigablemente que jadeara sacando la lengua o lo cariñoso que moviera el rabo. Yo era mi propio dueño y, aunque hubiera diez perros, seguiría siendo el amo de la casa.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

—¿Tienes un perro guardián? —La guapa mujer que me acompañaba se echó a reír. Al oír aquel sonido cristalino, sentí un ligero escalofrío recorriéndome la espalda.

—No tengas miedo. Solo ladra, no hace nada. —En el momento en que pronuncié esas palabras, fui consciente de que eso es lo que suelen decir casi todos los dueños de perros justo antes de que su mascota le hinque el diente a los pantalones o incluso a la pierna de la persona aterrorizada. Además, ni siquiera conocía al perro por el que estaba poniendo la mano en el fuego tan a la ligera. O, mejor dicho, solo lo conocía desde hacía unas horas.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —Al oír los ladridos, me pregunté si no habría sido mejor quedarme en casa y preparar el Penthouse a prueba de perros. Probablemente los muebles del pasillo ya estarían hechos añicos o destrozados a mordiscos, y las paredes presentarían profundos arañazos.

En caso de que los perros hicieran esas cosas.

¿No eran solo los gatos?

El mero hecho de no poder responder a esa pregunta demostraba lo poco que entendía yo de perros. Hayes debía de haber perdido el juicio para confiarme el animal. Y yo debía de estar loco de remate por haber aceptado semejante trato.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

—Entraré yo primero. —Quién sabía qué nos esperaba tras la puerta. No quería por nada del mundo que el perro loco de la abuela de Hayes atacara a mi acompañante.

En ese instante me di cuenta de que todavía no sabía su nombre. En el ascensor de bajada habíamos estado demasiado ocupados besándonos. Y en el de subida también. Y en la calle también. Solo había dejado de besarla aquí porque tenía que abrir la puerta. Funcionaba de forma muy sencilla, mediante huella dactilar. Puse el índice derecho sobre el lector y oí cómo el cierre se abría con un suave zumbido.

Contuve el aliento con expectación.

¿Saldría Kingsley a mi encuentro como un loco?

—Ah, no me dan miedo los perros —explicó en ese momento mi encantadora acompañante—. ¿Cómo se llama?

—Kingsley —respondí.

El perro debió de oír su nombre desde dentro, porque algo se golpeó contra la puerta. Se oyeron jadeos entusiastas y ladridos.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

—Lo siento, yo… —No pude seguir.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

—En realidad no es mi perro, solo lo estoy cuidando para hacerle un favor a un amigo. Y solo desde hoy. —Extendí los dedos con gesto de impotencia.

La pelirroja se rió. Una carcajada fuerte y sonora que hizo que se le estremeciera todo el cuerpo. —Eso está bien —dijo entre risas—. Solo desde hoy. —Pareció limpiarse una lágrima del rabillo del ojo y luego me miró—. ¿O sea que no tienes ni idea de perros? —quiso saber entonces.

—No mucha —admití—. Pero seguro que no es nada dramático. Probablemente tenga hambre. Le he dejado suficiente comida y agua, pero quizá le apetezca otra cosa.

—Kingsley —llamó la mujer a mi lado con voz persuasiva.

—Guauuuuuuuu. —Los ladridos cesaron y se oyó un sonido grave y prolongado.

Miré a mi acompañante con asombro.

¿Acaso era una encantadora de perros?

Tonterías, Asher. Eso solo pasa en las películas. En todo caso, será adiestradora canina.

Encantadora de perros, adiestradora... fuera lo que fuese, la mujer parecía ejercer un efecto mágico sobre Kingsley.

—Tranquilo, pequeñajo. —La bella desconocida abrió la puerta. El labrador de pelaje claro hundió su nariz húmeda en la mano de la mujer. Le lamió la mano.

Ella se rió encantada. —Me haces un poco de cosquillas. —Luego lo apartó suavemente hacia atrás y entró en mi pasillo.

Sin el más mínimo miedo. Al menos, no dejó que se le notara.

Kingsley trotó tras ella y no volvió a emitir sonido alguno. Entré en mi Penthouse y cerré la puerta, sacudiendo la cabeza. Desde luego, no me esperaba algo así. Me di un pequeño pellizco en el brazo para asegurarme de que no estaba teniendo alucinaciones.

No.

Eso también era poco probable, ya que hoy no había bebido nada más que Coca-Cola.

—Ahí está tu camita. —La mujer señaló la cesta de Kingsley que la tía de Hayes me había entregado junto con un montón de otros accesorios para perros. Una correa. Cuencos para la comida. Cuencos para el agua, que a mis ojos eran idénticos a los de la comida. Pero alguna diferencia debía de haber, si no la tía no habría indicado qué cuencos usar para cada cosa. Un chubasquero. Una especie de abrigo de invierno. Para un perro. Sacudí levemente la cabeza. Una manta. Y un montón de cosas más.

—Sí, buen chico. —La desconocida se arrodilló y acarició el lomo de Kingsley. Yo preferí mantenerme a cierta distancia de él. No quería arriesgarme a que los ladridos empezaran de nuevo. Probablemente entonces ya no habría forma de calmar a Kingsley. Así que él se metió obediente en su camita y dio un par de vueltas sobre sí mismo

antes de tumbarse. La mujer se rio encantada y lo acarició. Kingsley emitió un sonido de satisfacción, a medio camino entre un gruñido y un gemido.

Probablemente podría quedarse así dejándose acariciar eternamente.

Y aunque no me resultaba desagradable observar el cuerpo de la pelirroja, me había imaginado la noche de una forma algo distinta.

Me aclaré la garganta. —Voy a preparar algo de beber. Si quieres lavarte las manos, es la primera puerta a la derecha. —Señalé la puerta de mi baño de invitados.

—Gracias. —Levantó la vista. Sus ojos brillaban y ahora parecía casi conmovida. Tenía muchas ganas de saber su nombre, pero ella siguió hablando—. Me parece genial que te hagas cargo del perro aunque no tengas ni idea del tema. Y probablemente tengas poco tiempo. La persona a la que pertenece debe de ser muy importante para ti.

—Es la abuela de mi mejor amigo —respondí escuetamente y luego me dirigí a la cocina.

Allí abrí el frigorífico y cogí una botella de champán. Por suerte, siempre tenía algo de Dom Pérignon enfriando para ocasiones especiales. El refinado champán de Moët & Chandon era una de mis marcas favoritas. Me gustaba casi tanto como mi adorada Coca-Cola.

Pero solo casi.

Tarareando suavemente, volví al pasillo. Kingsley me observó con cierto recelo desde su camita, pero no se movió.

En ese instante, la pelirroja salió del baño y me sonrió.

Kingsley gimoteó de forma desgarradora. Era evidente que quería más mimos. Probablemente la abuela de Hayes lo había estado acariciando día y noche. Seguramente al final ya no tenía otra cosa que hacer en su casa.

—Luego —dijo la mujer con una sonrisa.

Levanté la botella de champán. —He pensado que podríamos brindar por tu cumpleaños. Vamos al salón. —Señalé la puerta y la abrí con el codo.

—Pero yo… Oh, Dios mío. —Lo que fuera que la bella desconocida iba a decir se le quedó en los labios. Entró asombrada en el gran salón y se quedó en medio. Dejó que su mirada vagara de izquierda a derecha, como si no supiera adónde mirar primero—. Las vistas son incluso mejores que las de al lado.

Asentí divertido. —Estamos unos cuantos pisos más arriba.

—Y este… ¿este es tu piso?

Asentí de nuevo. —No quería que nadie me pisara la cabeza, así que me compré el Penthouse —bromeé. Luego abrí la botella de champán con un sonoro «plop» y vertí el líquido burbujeante en dos copas—. Pues brindemos por tu cumpleaños.

La pelirroja volvió a reír. —Pero si hoy no es mi cumpleaños.

—¿No estabais celebrando? ¿Tú y tus amigas? ¿Las otras chicas que estaban contigo? —¿Tanto me había equivocado con la situación?

—Sí, pero celebrábamos el cumpleaños de Josie —rió mi acompañante—. Es mi compañera de piso y me invitó. Simplemente para pasar una noche agradable y divertida juntas y pasarlo bien.

—Pasarlo bien, ya veo. —Esbocé una sonrisa—. Pues brindemos por que os lo paséis bien bailando sobre la barra.

La mujer se puso roja como un tomate. —Bueno, eso… —tartamudeó—. Normalmente no hago esas cosas. —Sacudió la cabeza, confundida.

—A mí me gustó. —Le guiñé un ojo.

Contra todo pronóstico, ella me devolvió el guiño. Parecía un poco más insegura que antes, pero me devolvió el guiño.

Le tendí una copa de champán. —Pero ahora tienes que decirme de una vez cómo te llamas. Podemos brindar para tutearnos. —Volví a guiñar el ojo.

—Ah, es una buena idea. Yo tampoco sé tu nombre todavía. Y eso que… —La mujer dio un paso hacia mí.

Y entonces ocurrió.

Su tacón se enganchó en el pelo largo y suave de la alfombra. El pie se le dobló. Cayó hacia mí. Abrí los brazos como un rayo. Y ella cayó contra mi pecho.

—Parece que esta es tu posición favorita —murmuré mientras estiraba los brazos con las copas de champán para alejarlas. Luego le besé la coronilla.

Ella levantó la cabeza.

Nuestros labios volvieron a encontrarse.

Allí estaba yo, con dos copas de champán en la mano, besando a una mujer.

Ridículo, Asher.

—Un momento —murmuré. Me aparté y dejé las copas sobre la mesa. Luego volví a atraer a la mujer hacia mí. Y de nuevo nuestros labios se buscaron. Esta vez no hubo vacilación. Ni contención. Ni tanteos prudentes. Ella abrió la boca y mi lengua se sumergió profundamente en aquella cavidad cálida y suave. Mis manos se deslizaron por su espalda hacia abajo y volvieron a amasar su trasero. Y ella volvió a frotar su pelvis contra la mía.

Ya habíamos llegado a ese punto en la pista de baile del club.

Esta vez, acerqué mi pelvis a la suya.

Ahora ella podía sentir mi erección.

Por un momento detuvo su movimiento.

Y luego se frotó contra mí con más frenesí todavía.

—Sí —jadeé. Separé mis labios de su boca y recorrí suavemente su cuello con la lengua.

Una vez.

Dos veces.

Gimiendo, ella echó la cabeza hacia atrás.

Mis manos subieron desde su trasero y se afanaron con la cremallera de su vestido verde claro. Pareció una eternidad, pero finalmente logré abrirla. Le bajé el vestido por los hombros.

Y luego le desabroché el sujetador.

Deseaba por fin tener esos pechos firmes y llenos entre mis manos.

Mientras tanto, la mujer se ocupaba de mi camisa y mi cinturón. Logró soltarlo. La ayudé a quitarme los pantalones. Poco después, ambos estábamos completamente desnudos. Y entonces, por fin, tomé su pecho derecho en mi mano y lo amasé. Lo rodeé suavemente con mis dedos, trazando círculos cada vez más pequeños hasta que las yemas alcanzaron el pezón. Luego pasé los pulgares por encima y lo estimulé. Finalmente incliné la cabeza y rodeé el pezón derecho con la lengua, igual que acababa de hacer con los dedos. Lo succioné suavemente.

La mujer soltó un fuerte gemido.

Le di un pequeño mordisco.

El gemido se hizo más intenso.

Empujé a la bella desconocida hacia el sofá y la presioné suavemente hacia abajo. Al mismo tiempo, me puse de rodillas y le besé el vientre con dulzura. Mi mano se abrió paso entre sus piernas. Ella se abrió dócilmente. Mis dedos encontraron su punto más sensible a la primera y lo masajearon con suavidad. La pelirroja

separó más las piernas y soltó un gemido de placer. Contemplé su cuerpo desnudo sobre el sofá de cuero negro.

Perfecto.

Sencillamente perfecto.

Luego volví a inclinar la cabeza hacia abajo.

Mi lengua le acarició el clítoris. Primero con suavidad, luego con un poco más de intensidad. Pronto la pelirroja empezó a gemir con fuerza. Cuando sus piernas tuvieron un ligero espasmo, me retiré.

Entonces empujé a la mujer, cuyo nombre seguía sin saber, contra el amplio sofá de cuero. Ella separó las piernas aún más con entrega. Me tumbé sobre ella y penetré en su interior.

—Oh, síiiiii —gimió, arqueándose hacia mí. Luego entrelazó sus piernas alrededor de mi cuerpo.

Nuestros cuerpos encontraron enseguida un ritmo común y follamos cada vez más y más rápido, mientras tras nosotros el horizonte de Nueva York parpadeaba e iluminaba la noche.

—¡Síiiiiii! —gimió entonces la pelirroja con fuerza. Su vagina se contrajo ligeramente. Empujé mi miembro un poco más profundamente dentro de ella.

—¡Oh, Dios! —Clavó las manos en mis hombros. Y entonces se corrió con un fuerte gemido.

Hice una estocada profunda.

Y otra más.

Y entonces yo también me corrí.

Capítulo 11 Holly

Un estornudo.

Una tos.

¿Qué ha sido eso?

Abrí los ojos sobresaltada.

Y acto seguido volví a cerrarlos.

¿Qué ha sido eso?

Y, sobre todo, ¿dónde estoy?

Palpé con cuidado el colchón bajo mi cuerpo. La sábana se sentía distinta a la de mi cama. De algún modo más suave. Más fresca. ¿Estaba en un hotel? La manta que me cubría también era otra.

Además, el sol de la mañana me deslumbraba con una intensidad que normalmente solo conocía de Central Park, uno de los pocos lugares de Manhattan donde uno no está rodeado directamente por rascacielos que impiden, durante largas horas, que la luz caiga directamente sobre la calle y en las viviendas.

Aquí no era así.

El sol parecía estar a mi alrededor. A mi izquierda, a mi derecha, frente a mí.

Y entonces fui consciente de que estaba completamente desnuda. No llevaba nada puesto. Absolutamente nada. Ni bragas ni una camiseta vieja. Ese era mi atuendo estándar para dormir. Al fin y al cabo, tenía que mirar por mi dinero y no podía permitirme el lujo de tirar la ropa desgastada. Pero ahora… ahora estaba desnuda.

Intenté levantar la cabeza de la almohada con cautela.

Pesaba mucho.

Muchísimo.

Y tenía la boca tan seca como si no hubiera bebido nada en días. La lengua se me pegaba al paladar, como solo debe de ocurrirles a las personas que están de expedición por el desierto y tienen que racionar el agua.

¿Qué demonios había pasado ayer?

Intenté hacer memoria.

Ayer… ayer había tenido esa incómoda entrevista de trabajo en *Ryker's*. Una empresa en la que me habría encantado trabajar. Ya no. Me alegraba de no tener que ir allí. Intenté sacudir la cabeza, pero ni siquiera eso pude hacer.

Y después… después nos habíamos ido de fiesta.

Alguien se levantó a mi lado.

Un hombre.

Sin ninguna duda. Ninguna mujer se levanta así.

Estaba desnuda en una cama extraña junto a un hombre.

Y mi cuerpo se sentía como si esta noche no solo hubiera dormido, sino…

Me puse roja.

Rojísima.

En ese momento lo recordé todo. Literalmente, me había caído en los brazos de ese tipo tan guapo cuando, ligeramente achispada, me puse a bailar sobre la barra animada por mis amigas.

¿Ligeramente achispada?

Más bien borracha como una cuba.

Intenté recordar cuántos tequilas nos habíamos metido entre pecho y espalda. Ni idea. A juzgar por la pesadez de mi cabeza y la

sequedad de mi boca, debieron de ser muchos.

Muchísimos.

No te distraigas, Holly. Te caíste en los brazos de ese tipo, lo besaste, bailaste con él y te viniste a su casa. Y aquí habéis pasado toda la noche…

Me puse aún más roja. Me ardían las mejillas y no era por el cálido sol de la mañana. Estaba horrorizada conmigo misma. ¿Cómo había podido hacer algo así? Me había entregado a un desconocido así como así. Como me daba cuenta ahora, ese hombre conocía mis partes más íntimas. Sabía cómo gemía y dónde me gustaba que me tocaran. Lo que me volvía loca lo había explorado a conciencia durante la noche, lo había puesto a prueba y luego lo había repetido una y otra vez.

Pero no tenía ni idea de cómo se llamaba.

Y él tampoco conocía mi nombre.

REALMENTE había pasado una noche con un desconocido.

Ahora oía al hombre caminar de un lado a otro de la habitación. Quizá estaba buscando su ropa. Aunque debía de estar en el salón de al lado, si mal no recordaba.

Se abrió una puerta y se volvió a cerrar.

Luego oí el ruido del agua.

Estaba en la ducha.

Abrí los ojos aliviada. Al menos ahora no tenía que temer que descubriera que estaba despierta y me saludara.

¿Qué se supone que tendría que haber dicho?

¿Cómo se comporta una cuando ha pasado la noche con un desconocido? ¿Te presentas? ¿Te marchas sin más? ¿Quedas para volver a veros?

No tenía ni idea, porque nunca había hecho algo así. Pero ese hombre… por el aspecto que tenía, seguro que no era la primera vez que se despertaba junto a una mujer que había pescado espontáneamente en una fiesta.

Ante esa idea, se me revolvió el estómago de forma desagradable.

Probablemente yo solo fuera un número más para él. Probablemente ni siquiera le importara cómo me llamaba. Quizá preguntaba a sus líos de una noche cómo se llamaban, pero seguro que se olvidaba de inmediato. A más tardar cuando tuviera el siguiente lío de una noche.

Porque esto no había sido más que eso.

No podía hacerme la ilusión de que esto era el preludio de algo maravilloso. En una película, ahora desayunaremos juntos y descubriremos que tenemos mucho en común y que somos, de algún modo mágico, almas gemelas. Él resultaría ser la pieza que me faltaba y que tanto tiempo había buscado y luego seríamos felices para siempre. O al menos hasta que terminara la película. Pero en la mente de los espectadores, estaríamos unidos por toda la eternidad.

Pero esto no era la realidad. Estábamos en Nueva York y no en Hollywood.

Volvió a sonar una puerta.

Cerré los ojos rápidamente.

No quería bajo ningún concepto que el hombre notara que estaba despierta. Seguía sin tener ni idea de qué decir. Con muchísimo cuidado, levanté los párpados. Tan levemente que debía parecer que aleteaban en sueños. Y entonces vi, por la minúscula rendija, que el hombre estaba de pie ante la cama y me observaba. Intenté respirar de forma tan profunda y acompasada como si siguiera durmiendo. ¿Por qué me miraba? Mi cuerpo estaba oculto bajo la manta y solo podía ver, como mucho, mi rostro y mi pelo.

Me habría encantado darme la vuelta para no tener que soportar su mirada. Creía sentir cómo sus ojos oscuros se clavaban a través del edredón y recorrían mi cuerpo. Como anoche. También entonces me había contemplado largamente, una y otra vez, con deseo y pasión. Después, sus manos habían seguido a sus ojos y habían explorado mi cuerpo. Y luego sus labios. Y al final su lengua.

Al pensarlo, me entró calor. Mi centro se contrajo ligeramente y me estremecí tanto que se me erizó el vello de los brazos.

En cualquier momento el rubor subiría a mis mejillas y entonces el hombre se daría cuenta de que estaba despierta.

En ese instante, volvió a sonar una puerta.

Abrí los ojos con cautela. Estaba sola en el enorme dormitorio. Ya ayer me había fijado en que la habitación estaba rodeada por tres

lados de grandes ventanales panorámicos. A la izquierda, a la derecha y justo frente a mí. Así que no me lo había imaginado: el sol me daba en la cara desde todas partes. Era verdad.

¿Cuánto costaría un ático así?

¿Aquí, sobre los tejados de Nueva York?

¿En pleno Manhattan?

Debía de ser una suma inimaginable. Eran dimensiones en las que yo nunca había pensado. Siempre me daba por satisfecha si conseguía pagar el alquiler.

Entonces fui plenamente consciente de mi dilema otra vez. No tenía trabajo, ni título, ni dinero. Y estaba desnuda en la cama de un hombre que, obviamente, estaba podrido de dinero.

Muy bien, Holly. En lugar de ocuparte de tus asuntos, te emborrachas y te echas al cuello al primer hombre que pasa. Y encima a uno que juega en una liga totalmente distinta a la tuya. Tiene más dinero del que tú verás en toda tu vida. Y probablemente también tiene a una mujer distinta cada noche. De todos modos, no querrá volver a verte nunca más. ¿O por qué otra razón se ha escabullido de la habitación sin más?

Ahí tomé mi decisión. Yo también me escabulliría. Exacto. No iba a esperar a que el hombre me invitara a salir de su apartamento de forma educada pero firme y tener que bajar las escaleras a hurtadillas como una ladrona.

Cogerías el ascensor, Holly. No esto no es una pensión de mala muerte. Estás sobre los tejados de Nueva York.

Daba igual.

Me marcharía por mi cuenta y no esperaría a que me pidieran que me fuera. Con cuidado, retiré la manta y me levanté. Salí de puntillas hacia la puerta. Como iba descalza, no se oían mis pasos. Abrí la puerta con una lentitud infinita y suspiré aliviada al comprobar que no chirriaba ni hacía ningún otro ruido.

Pues claro que no, Holly. Probablemente el tipo tiene cinco empleados que se pasan el día entero ocupándose de que todo aquí esté impecable. De que las puertas no chirríen, las plantas estén verdes, el frigorífico lleno y los suelos brillantes.

Cosas con las que el neoyorquino medio solo podía soñar.

Me asomé con cautela al pasillo. Ni rastro del hombre. Me escabullí rápidamente fuera. Y entonces me detuve, indecisa. ¿Tras cuál de aquellas puertas se escondería el salón?

El ático era enorme. Seguramente era la vivienda más grande en la que había estado nunca. Cualquier casa de campo en la que hubiera entrado parecía una casita de muñecas en comparación. Probablemente el hombre tenía aquí un despacho, un gimnasio y… se me acababan las ideas. ¿Con qué más se pueden llenar las habitaciones?

Al azar, abrí una puerta a mi izquierda.

En la habitación había un escritorio de cristal que parecía muy caro. Detrás, una de esas sillas ejecutivas que salían en las revistas de finanzas. Delante, dos sillas bajas tapizadas en negro. En la estantería de cristal había una colección de trofeos y dos pelotas de

tenis. Observé la extraña combinación con asombro. Luego volví a cerrar la puerta rápidamente.

Quería encontrar mi ropa y desaparecer antes de que el hombre me notara. No quería echar raíces aquí ni andar de espía.

Tras respirar hondo, decidí probar suerte a mi derecha. El salón de ayer tenía unas vistas parecidas a las de la ventana derecha del dormitorio. Así que debía de estar a la derecha. ¿No?

Abrí la primera puerta.

En efecto.

Aquí estaba el sofá de cuero negro donde el hombre y yo, ayer, por primera vez…

Me puse roja de nuevo.

¿Cuántas veces habíamos tenido sexo anoche?

Muchas veces.

No sabía decirlo con exactitud, igual que no recordaba el número de tequilas que me había bebido ayer.

Entré rápido en el salón. Mi vestido estaba en mitad del suelo, justo donde el hombre me había bajado la cremallera ayer. Mi sujetador, mis bragas y mis zapatos también estaban cerca.

Me vestí a toda prisa. Ya me ducharía en casa. Eso podía esperar. Lo que más me habría gustado ahora era lavarme los dientes. Pero no

llevaba cepillo de dientes en mi pequeño bolso. Y bajo ningún concepto pensaba pedírselo al hombre.

Por fin estaba vestida. Ahora solo tenía que escabullirme hacia la salida y abandonar el ático.

En ese preciso instante, un hocico ligeramente húmedo rozó mi mano derecha. Miré hacia abajo. Ante mí estaba el precioso labrador de pelaje claro que ayer había ladrado tanto.

—¡Kingsley! —Miré al perro encantada. Entonces me di cuenta de que, aunque sabía el nombre del perro, no sabía el del hombre con el que había pasado la noche. Eso me pareció de repente tan gracioso que se me escapó una risita algo nerviosa.

Kingsley gimoteó.

Me agaché y le acaricié el pelo. Luego me puse un dedo en la boca. —Ahora tienes que ser muy bueno, ¿vale? Me voy a casa y no queremos que tu dueño se entere. —Seguí acariciando al perro. Él gimoteó y me lamió la mano. Parecía entender lo que le decía.

—Buen chico —continué con las caricias—. Te pareces exactamente al perro de mi tía. De verdad, igualito. Por supuesto, Kingsley no era el perro de mi tía. Aquel había muerto cuando yo aún era adolescente y lo echaba de menos cada día.

—Sintiéndolo mucho, tengo que irme —susurré. Luego le di a Kingsley una última palmadita. Me habría encantado llevármelo y dar un largo paseo con él por Central Park.

¿Te has vuelto loca, Holly? No tienes sitio para un perro. Y mucho menos dinero suficiente para alimentarlo. O tiempo para cuidarlo

como es debido. ¿Y no pretenderás dar un paseo con él y luego volver a traerlo aquí? ¿Para ver a ese hombre una vez más?

Una parte de mí quería exactamente eso.

Y precisamente por eso me dirigí ahora a la puerta y recorrí el pasillo hacia la salida de la vivienda. Puse la mano en el pomo con cuidado.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

¡Maldita sea!

Kingsley me había seguido y ladraba aún más fuerte que ayer.

—¡Shhh! —dije, poniéndome un dedo en los labios.

Pero el perro no había forma de calmarlo. —¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

En ese momento, una figura alta y atlética apareció en el pasillo. —¿Qué haces aquí? —El hombre estaba frente a mí y me miraba con el ceño fruncido.

—Yo… este… —tartamudeé y me puse roja. ¿Qué hacía yo aquí? ¿Iba en serio con esa pregunta? ¿Acaso no sabía que nosotros…? ¿No habría bebido él tanto como yo? ¿O…?

—¿Acaso piensas escabullirte sin más? ¿O por qué estás ahí con la mano en el pomo como si fueras una ladrona? —El hombre frunció aún más el ceño.

¿Qué?

Mi cerebro estaba desbordado por la situación.

—Yo… este… —Una vez más, no pude articular nada más.

De repente, el rostro del hombre se relajó. —No puedo dejar que te marches así como así, sin haber sabido siquiera tu nombre —sonrió —. Por cierto, soy Asher.

Asher.

El nombre le iba que ni pintado.

—Holly —dije.

Kingsley gimoteó y me dio un empujoncito con el hocico en la mano.

Asher me sonrió. —Si te apetece, Holly, podemos desayunar juntos. Me estoy preparando algo ahora mismo. ¿Qué te parece si te refrescas aquí —Asher señaló la puerta que tenía al lado y recordé que detrás estaba el baño de invitados donde ayer me había lavado las manos— y yo lo preparo todo? Seguro que tienes un momento para eso, ¿verdad?

Insegura, miré al hombre.

Pareció notar mi ligera resistencia.

—Si prefieres marcharte, por supuesto que no hay problema —dijo —. Aunque me daría pena.

Sus ojos oscuros parecían tan profundos como ayer.

Y habría jurado que en ellos había exactamente la misma mirada que ayer.

¿Me estaba invitando a desayunar porque quería otra vez…?

¿O invitaba a desayunar a todas las mujeres con las que pasaba la noche? ¿Formaba parte de su rutina habitual? En ese caso, prefería marcharme. No quería que me metieran en el mismo saco que a todas las demás. La idea me resultaba insoportable.

Solo lo descubrirás si te quedas, Holly.

—De acuerdo —me oí decir mientras intentaba ignorar la extraña sensación de mi estómago.

Kingsley gimoteó y hundió su hocico húmedo en la palma de mi mano.

Capítulo 12 Asher

Estaba en la cocina batiendo unos huevos en un bol. En el fuego ya había una sartén en la que se doraban unas tiras de beicon. Era el único plato que sabía cocinar yo mismo. Del resto se encargaba habitualmente mi asistenta. Pero justo estaba de vacaciones, así que me las tenía que apañar solo.

Menuda suerte.

Esbocé una sonrisa.

De lo contrario, hace dos días no se me habría acabado la cola y no habría parado en aquella tiendecita para comprarme una botella bien fría. Nunca habría conocido a la pelirroja y...

Holly.

Se llamaba Holly. El nombre le iba como anillo al dedo. Holly era el nombre del acebo. Hojas verdes, algo espinosas, y frutos rojos. A

juego con su pelo pelirrojo y sus ojos verdes. Sonreí. Luego miré pensativo a la sartén.

¿Le gustarían siquiera los huevos con beicon a Holly? ¿A lo mejor desayunaba copos de avena con leche de avena y algo de fruta? Uno de esos *boles* saludables que ofrecen ahora en cualquier cafetería y que toda neoyorquina parece tener delante, ya sea en un bar o en un reportaje de decoración de una revista. A pesar de su acento, Holly no parecía para nada la típica chica de Nueva York, pero nunca se sabía.

Retiré apresuradamente el beicon de la sartén. Estaba bien crujiente. Lo puse sobre papel de cocina para que escurriera un poco. Luego vertí la mezcla de huevos, sal y algunas hierbas en la sartén y removí un par de veces. La masa no tardó en adquirir el aspecto típico del huevo revuelto.

¡Menuda noche!

Mientras removía, pensaba en lo de ayer.

O, en realidad, pensaba en Holly. En sus piernas largas, su cintura estrecha y sus pechos turgentes. En su piel de alabastro. En su vibrante pelo pelirrojo y en la mirada de sus ojos verdes.

En sus gemidos.

Cuando tropezó conmigo en la tienda, nunca habría imaginado que detrás de su apariencia se escondía una mujer tan apasionada. Pero anoche me demostró lo que de verdad llevaba dentro. Mostró su verdadera esencia, esa que parecía ocultar al resto del mundo.

Hacía un momento, en la puerta, tenía una mirada asustada.

¿Por qué?

¿A qué le tenía miedo?

¿Qué le había pasado?

Una mujer como Holly debería rebosar la mayor confianza en sí misma de todas las neoyorquinas. Pero, por lo visto, solo lograba encontrar esa seguridad bajo los efectos del alcohol. Recordé cómo bailó anoche sobre la barra. Una visión increíble.

Los huevos revueltos estaban listos. Los repartí rápidamente en dos platos.

Quería desayunar con Holly. Pero en realidad quería algo más que eso. Quería... no dejarla marchar así como así.

La idea me causó una ligera inquietud. Aunque no era nueva, estaba violando claramente las reglas que me había impuesto desde mi ruptura con Virginia. Reglas destinadas a asegurar que mi vida fuera lo más libre de problemas posible y que no volvieran a herirme así.

¿Y ahora quería romper esas reglas?

¿Por una pelirroja a la que apenas conocía y cuyo nombre acababa de averiguar? ¿Después de haber pasado una ardiente noche de pasión juntos?

La noche de pasión más intensa que había vivido nunca.

Sin ninguna duda.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —De repente, Kingsley apareció en la cocina ladrando con todas sus fuerzas.

Miré al labrador de pelaje claro. —Buen chico —dije—. Solo gracias a ti me he dado cuenta de que pretendía largarse sin decir ni pío. Has dado la alarma. Muy bien hecho. Buen chico.

Kingsley no pareció muy impresionado por mis palabras. Siguió ladrando sin más. —¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

¿Qué querría?

¿Necesitaría salir a pasear?

Miré perplejo a los ojos marrones del perro. —Pero ¿qué te pasa? —pregunté.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

—Tendrá hambre. Esto huele realmente delicioso. Los perros tienen un olfato tan fino que lo percibirá con mucha más intensidad que yo. Y si mi estómago ya ruge, el suyo probablemente esté en pie de guerra. Holly había entrado en la cocina.

Estaba aún más deslumbrante que ayer. O que en la tienda. Estaba perfecta, sencillamente.

—¿Hambre? —Miré de Holly a Kingsley y viceversa.

—Apuesto a que en cuanto reciba algo de comer, se calmará —afirmó Holly.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

Cogí el paquete de comida para perros que la tía de Hayes me había entregado ayer y que yo había puesto a buen recaudo en lo alto. El cuenco estaba junto a la puerta de la cocina. Fui hacia allí con el paquete y eché un poco de pienso seco en el cuenco. Kingsley me siguió jadeando sonoramente. En cuanto el cuenco estuvo medio lleno, ya me estaba apartando a un lado y lanzándose sobre su comida con alegría audible.

—¿Cuándo fue la última vez que comió algo? —quiso saber Holly.

—Ayer, por supuesto. —Con un ligero remordimiento, me pregunté si debería haber vuelto a dar de comer a Kingsley cuando llegué a casa con Holly.

—¿Te dedicas profesionalmente a los animales? —le pregunté a Holly —. Parece que se te dan bien y que tienes mano con ellos. ¿Eres veterinaria o algo por el estilo?

Holly se rió. —Cielo santo, no. Pero mi tía tenía un perro muy parecido. También era un labrador de pelo claro y ojos marrones. Kingsley parece su hermano pequeño.

—¡Guau! —Kingsley interrumpió su comida un momento al oír su nombre.

—Parece bien educado —comentó Holly.

Me lavé las manos y puse los dos platos sobre la mesa. Luego busqué cubiertos y vasos. No estaba acostumbrado a preparar mi propio desayuno. Ni para mí, y mucho menos para otra persona.

Pero no dejé que se notara. —Venga, vamos a ello —le dije a Holly —. No quiero que a ti también te entre semejante hambre.

Holly sonrió. —Al menos yo no me pondría a ladrar.

Solté una carcajada. La conversación fluía con naturalidad y ligereza. No había ese silencio incómodo por haber pasado una noche loca juntos y, en el fondo, no conocernos de nada. Eso me gustaba. Cogí un tenedor y pinché el huevo revuelto. —Además eres graciosa. Si no eres veterinaria, ¿quizá humorista?

Esta vez fue Holly quien rió con ganas. —Dios me libre. Creo que soy la menos graciosa de mis amigas. Se partirían de risa si pudieran oírte ahora mismo.

Pensé en las animadas chicas neoyorquinas que ayer celebraban un cumpleaños en el bar. —¿Y a qué te dedicas entonces? —pregunté con curiosidad.

—Soy diseñadora de joyas —respondió Holly.

Bajé el tenedor incrédulo y me quedé mirando a Holly. —¿Diseñadora de joyas? —repetí.

—Sí. Ya sabes, la persona que piensa cómo deben ser las piezas, qué deben simbolizar, qué materiales se van a usar, qué colores y formas combinan. Ese es mi trabajo. —Holly sonrió.

Asentí. —Sé lo que hace una diseñadora de joyas.

Mis pensamientos iban a mil por hora.

Holly era diseñadora de joyas. Tenía exactamente el perfil que yo necesitaba. El puesto para el que estaba buscando a alguien y hasta ahora no había encontrado a nadie. Pensé en los candidatos que había entrevistado hace dos días junto a Luke. Aunque no conocía muy bien a Holly, me parecía clarísimo que tenía que ser mil veces mejor.

—¿Y cómo es tu trabajo? ¿Tienes algún ejemplo de una joya que hayas diseñado? —En cuanto solté la pregunta, me maldije por ello.

Genial, Asher. Después de una noche de pasión, estás aquí sentado con una mujer atractiva y lo único que se te ocurre es convertir la charla en una especie de entrevista de trabajo. Lo has bordado, de verdad.

Pero Holly no pareció ver nada raro en mi pregunta. Al contrario, incluso pareció alegrarse por mi interés. Rebuscó en el bolsito que llevaba colgado y sacó su móvil.

—Mira. —Me ofreció el móvil. En la foto se veían un collar, una pulsera y un par de pendientes.

—¡Hala! —Cogí el teléfono y observé la foto con más detenimiento. Amplié la imagen. Los detalles de las piezas eran impecables. Y el conjunto resultaba fascinante. —Por fin algo diferente —comenté—. Se nota a simple vista que las piezas forman parte de lo mismo. Hay una línea clara y un tema común. Y, aun así, no se ven tan aburridamente iguales como tantas otras combinaciones que hay en el mercado.

—¡Exacto! —Holly me dedicó una sonrisa radiante—. Así que ves lo que quería expresar y cuál era mi intención.

Miré a Holly sorprendido. —¿Cómo no iba a verlo?

Luego le devolví el móvil. —¿Dónde trabajas?

—De momento, en ningún sitio —contestó Holly—. Ese es mi proyecto final de carrera. —Agitó un poco el móvil.

—Maravilloso. —Me eché hacia atrás, relajado.

—¿Y a qué te dedicas tú? —preguntó Holly mientras se llevaba un bocado de huevo a la boca.

Sonreí. —Oh, yo también tengo que ver con las joyas. Pero no diseño nada. Tengo una tienda online de joyería.

—¿Ah, sí? —Los ojos verdes de Holly se abrieron de par en par—. ¿Cómo se llama? Quizá la conozca. Conozco bastantes tiendas online. He pasado mucho tiempo en esas páginas mirando lo que hace la competencia. Tratando de aprender de otros diseñadores.

Apoyé los brazos en la mesa y me incliné un poco hacia delante. —Los demás no hacen nada interesante comparado contigo —declaré.

Holly se sonrojó ligeramente. Le sentaba de maravilla.

Me recordó a anoche.

No pienses en eso ahora, Asher. Céntrate en tu objetivo.

Y de repente se me ocurrió una idea genial. Por supuesto. Se me presentaba una oportunidad única. Podía matar dos pájaros de un

tiro. Ante mí estaba sentada la mujer más sexy que había conocido jamás. Y era diseñadora de joyas.

Era exactamente lo que buscaba.

Y en dos sentidos a la vez.

Holly se llevó otro bocado de huevo a la boca.

—Seguro que conoces mi tienda —dije—. *Asher's Jewellery and Accessoires*, o simplemente *Asher's*. Mucha gente la conoce.

Holly se atragantó. Se puso aún más roja y cogió el vaso de zumo. Cuando hubo bebido un par de tragos, me miró. —¿Esa es TU tienda? ¿Tú eres EL Asher?

Asentí. En secreto, disfrutaba del asombro de Holly. Pero no dejé que se notara.

—¡Dios mío! —Holly se tapó la boca con ambas manos. Así de asombrada, se veía aún más atractiva que cuando reía. Sus ojos verdes estaban muy abiertos y sus labios brillaban bajo sus manos un poco más rojos que de costumbre. Holly sacudió la cabeza, como si no pudiera creer lo que oía—. TODO EL MUNDO conoce esa tienda. De verdad, TODO EL MUNDO.

—Lo sé —sonreí—. Va bastante bien.

Holly se rió. —Eso es probablemente el eufemismo del año. Pero tú lo sabes mejor que yo.

—Solo tengo un problema —expliqué. Mientras hablaba, me sorprendí a mí mismo tamborileando ligeramente con las yemas de los dedos sobre la mesa. Rápidamente puse la mano plana sobre el tablero de madera maciza.

—¿Un problema? —Los ojos de Holly se agrandaron aún más—. ¿Qué problemas puede haber en una empresa tan grande?

—Oh, muchísimos —sonreí—. Pero me refiero a un problema muy concreto. Tengo una vacante de diseñador de joyas. Queremos empezar pronto a crear colecciones propias y ofrecerlas en nuestra plataforma. Asentí con energía. Pero no encuentro candidatos adecuados. Nadie parece querer diseñar para una tienda online. Todos quieren ir a las grandes casas de joyería.

Holly no dijo nada.

Me incliné un poco hacia delante y miré a Holly profundamente a los ojos. Ella me sostuvo la mirada.

De repente fue como si volviéramos a ayer, Holly y yo frente a frente en la pista de baile. O en mi salón. O en el dormitorio.

No deseaba nada más que rodear la mesa y besar aquel lunar.

Ni se te ocurra, Asher. Si no, no conseguirás tu objetivo.

Me aclaré la garganta. —¿Quieres el puesto? Te pagaremos tan bien como en cualquier otra joyería. A cambio, tendrás más libertad. Diseños como el tuyo son maravillosos. Queremos exactamente eso. Los joyeros tradicionales te destrozarían ese diseño.

Una expresión indefinible cruzó el rostro de Holly.

¿La había herido?

¿Acaso creía que con ese diseño entraría en *Ryker's* o en alguna otra joyería de renombre y desde allí cambiaría el mundo?

Eso no iba a pasar, pero eso no significaba que Holly no soñara con ello.

—Me encantaría que trabajaras con nosotros. Podríamos vernos más a menudo y... —Me interrumpí.

Maldita sea, Asher. No mezcles las cosas. Aunque quieras matar dos pájaros de un tiro.

—Bueno, me refiero profesionalmente y... —Volví a interrumpirme.

En la frente de Holly aparecieron unas arrugas. Estaba reflexionando. ¿O se sentía escéptica? ¿Acaso la oferta no era lo bastante buena? O... ¿o tal vez no quería volver a verme? Ante este pensamiento, se me encogió un poco el estómago. De pronto no me pareció algo tan descabellado. Después de todo, Holly había intentado irse del apartamento hace un rato sin despedirse y solo seguía aquí porque Kingsley había ladrado muy fuerte.

Eché un vistazo al cuenco de la comida. Kingsley se había tumbado delante y me miraba con ojos de reproche. «No hay suficiente comida», parecía decir su mirada. Pero parecía intuir que ahora no debía ladrar.

Tal vez después de todo fuera un compañero de piso bastante decente.

—Tengo que pensármelo —anunció entonces Holly.

Me quedé mirándola fijamente. ¿Pensárselo? ¿Lo decía en serio? Le estaba haciendo una oferta de trabajo de primera. Una que, como recién graduada, no recibiría dos veces. Única. Bien remunerada.

¿Y no la aceptaba de inmediato, sino que se lo tenía que PENSAR primero?

¿Qué narices le pasaba?

—Ya te diré algo. Dame tu número de teléfono. Con estas palabras, Holly dejó el tenedor junto al plato y se levantó.

Cuando salió de la cocina, la seguí.

Para darle una tarjeta de visita.

Kingsley gimoteó bajito y yo rechiné los dientes.

¿Qué estaba pasando aquí?

¿Por qué no decía que sí y ya está?

Y sobre todo, ¿qué iba a hacer yo si decía que no?

Apreté las mandíbulas y guardé silencio. Era precisamente la situación en la que me había jurado no volver a estar nunca más. Y, sin embargo, aquí estaba.

Tenía que esperar. Esperar la respuesta de una mujer.

Capítulo 13 Holly

Introduje la llave en la cerradura con cuidado. En cuanto la giré y abrí la puerta apenas una rendija, alguien tiró de ella con fuerza desde el interior.

—¿Dónde demonios estabas? ¡Nos has tenido preocupadísimas! ¡No he pegado ojo en toda la noche! —Josie estaba frente a mí, mirándome indignada. Tenía las mejillas ligeramente sonrojadas y mantenía las manos apoyadas en las caderas.

Me sentía tan culpable como una adolescente que llega a casa horas después de la hora acordada y tiene que enfrentarse a unos padres furiosos. O como una adolescente algo mayor que acaba de pasar su primera noche fuera con su primer novio, a escondidas.

Solo que yo ya no era ninguna adolescente y Josie no era mi madre. Era una mujer adulta y podía pasar la noche donde y con quien me diera la gana. Y Josie solo era mi compañera de piso.

Pero me conmovió que se hubiera preocupado. En realidad, era una buena señal. Significaba que Josie me apreciaba y quería saber que estaba bien.

Así que, con gesto compungido, dije: —Lo siento. De verdad. Ayer se me olvidó todo y… —No seguí hablando.

Josie suspiró. —Venga, entra de una vez. Me alegro de que estés de vuelta.

Cerré la puerta. Josie me rodeó con sus brazos y me dio un fuerte apretón. Ahora sí que me remordía la conciencia. Pero de verdad.

—¿Seguisteis con la fiesta, no? Espero que no os pasarais la noche buscándome. —Me removí inquieta entre los brazos de Josie.

Josie me dio unas palmaditas en la espalda. —Al principio no nos preocupamos, claro. Pensamos que habríais salido a que os diera un poco el aire. Pero cuando quisimos irnos más tarde y seguías sin aparecer, os buscamos. No estabas en el baño, no se os veía por fuera, nada. Y AHÍ fue cuando nos preocupamos.

Bajé un poco la cabeza, sintiéndome fatal. Yo me lo había pasado en grande, disfrutando de la noche de mi vida con Asher, sin pararme a pensar ni un segundo en que Josie y los demás estarían preocupados.

—Siento mucho haberte estropeado la fiesta de cumpleaños —me disculpé con voz lastimera.

—No pasa nada. No se estropeó toda la noche. Al fin y al cabo, empezó bastante bien. —Josie soltó una risita al recordarlo—. Lo importante es que ya estás aquí y que no te ha pasado nada. —Josie

me soltó y me miró guiñándome un ojo—. Pero ahora me lo vas a contar todo con pelos y señales. Que alguien como la aplicada y trabajadora Holly se quede fuera toda la noche equivale a un terremoto interno. No has hecho NUNCA nada parecido desde que vivimos juntas. Y de eso hace ya unos cuantos años.

Josie tenía razón.

—Bueno… —empecé a titubear. Entonces se me ocurrió la excusa perfecta—. ¿No me dijiste que ya iba siendo hora de que me divirtiera de verdad? ¿De que lo pasara bien? ¿Incluso de que encontrara a un hombre?

Josie soltó una carcajada. —No pensaba que fueras a tomarme la palabra de forma tan literal. —Me dio un codazo amistoso—. Venga, vamos a la cocina. He hecho café. Prepararé unos huevos en la sartén y me lo cuentas todo mientras tomamos un desayuno para la resaca. Necesito comer algo decente y tú seguro que también.

Seguí a Josie a la cocina y me senté en una de las viejas sillas de madera junto a nuestra mesa de comedor, que estaba un poco rayada. Todo tenía un aire algo provisional. Habíamos comprado los muebles de segunda mano porque no podíamos permitirnos otra cosa. No tenía nada que ver con la cocina de diseño escandalosamente cara de Asher, donde hasta el color de los cojines de las sillas combinaba con el de las servilletas.

¿Y qué, Holly? Aquí no se está menos a gusto. Quizá incluso sea un poco más acogedor porque no todo parece tan perfecto y estudiado. Además, es normal, Asher tiene un montón de dinero.

Josie y yo no lo teníamos. Simplemente habíamos sacado el máximo partido a lo que había. Y eso era más que suficiente. No tenía por qué avergonzarme de nuestra cocina ante nadie.

Josie sacó los huevos de la nevera. Eso me devolvió al presente. —Yo… solo tomaré un poco de café, gracias —dije.

—Pero tienes que comer algo. —Josie se giró hacia mí y me miró con severidad—. Si no, vas a arrastrar la resaca todo el día. Sé de lo que hablo, créeme.

Me puse roja. —Es que ya he desayunado. Huevos con beicon.

—¿Huevos con beicon? —Josie me miró sin entender. Luego dejó los huevos sobre la mesa y se sentó en la otra silla, frente a mí. —Ahora mismo me vas a explicar exactamente qué ha pasado esta noche.

Me puse roja de arriba abajo. En la cocina no había espejos, pero sentía las mejillas arder y cómo el rubor se extendía desde los pómulos hacia la frente y luego bajaba hasta la barbilla.

Josie se rió. —¿Tan bien ha ido?

Me removí en el asiento. Me resultaba realmente violento hablar de ello.

Maldita sea, Holly, no tiene nada de malo. Josie es tu compañera de piso desde hace años y, en el fondo, tu mejor amiga. No tienes a nadie más. Quizá ella pueda aconsejarte. Sobre qué hacer con la oferta.

Había estado dándole vueltas a eso todo el camino a casa sin llegar a ninguna conclusión. La oferta era demasiado buena para rechazarla. Pero tampoco podía aceptarla. Eso sería… Eso sería prácticamente un fraude, ¿no?

No podía hacerlo.

—¿Holly? —preguntó Josie con cautela—. ¿Estás bien?

Al mirar a los ojos preocupados de mi amiga, toda mi vergüenza se desvaneció. Josie nunca me juzgaría por nada. En los últimos años siempre había buscado lo mejor para mí. Nada de eso había cambiado. Estaba segura.

—Bueno… fuimos a su casa y… —Me puse aún más roja.

Josie se rió. —O sea, que ha sido una buena noche.

—Sí —respondí escuetamente, aliviada de que Josie no quisiera saber más y se conformara con lo que le había dicho. O mejor dicho, con lo que no le había dicho. En Nueva York había muchísimas mujeres que quedaban a tomar café todos los sábados para comentar sus últimas conquistas con todo lujo de detalles. Cómo eran, dónde trabajaban, cómo se comportaban, qué no les gustaba de ellos e incluso cómo eran en la cama.

A mí no me gustaba eso. Si conocía a alguien, ¡con quien tenía que hablar era con él y no con mis amigas! Ellas no podrían decirme si ese hombre me convenía o no. Eso tenía que descubrirlo yo sola.

—¿Y luego qué? —quiso saber Josie—. Solo si quieres contarlo, claro —añadió.

Una vez más, agradecí el tacto de Josie. Me facilitaba mucho las cosas. Porque quería contarlo. Necesitaba un consejo. No sobre Asher, sino sobre mi propio comportamiento.

—Esta mañana me quería ir, pero él ha insistido en que me quedara y me ha preparado el desayuno —comencé a relatar.

Josie abrió mucho los ojos. —¡Hala! —exclamó—. Esas cosas solo pasan en las películas. La mayoría de los hombres se alegran de que la mujer se marche sin más para no tener que hablar con ella. Las conversaciones después de noches de desenfreno pueden ser muy incómodas. Sobre todo si te das cuenta de que acabas de follar como loca pero, en realidad, no tienes nada de qué hablar con él. —Mi amiga se rió entre dientes.

Eso mismo había pensado yo siempre. Pero con Asher todo había sido distinto. Nuestra conversación había fluido de forma natural. No hubo silencios eternos, ni búsquedas desesperadas de temas, ni charlatanería para ocultar la incomodidad. Simplemente hablamos, como hablan dos personas cualquiera.

Excepto por el hecho de que le has ocultado algo crucial, Holly. Le has mentido. O, al menos, no le has dicho toda la verdad.

—Me ha ofrecido un trabajo —solté de golpe.

Josie abrió los ojos todavía más. —¿QUÉ? —Luego sacudió la cabeza —. Esto es de película total. Ahora sí que tienes que contármelo todo. Paso por paso. —Entonces levantó un dedo—. Un momento.

Josie se levantó. Puso dos tazas en la mesa, sirvió café y sacó un paquete de galletas del armario.

Las típicas galletas de chocolate secas. En ese momento eché más de menos que nunca las jugosas TimTams. Aun así, cogí una galleta y la acompañé con un gran trago de café.

Quería unas TimTams.

—Venga, cuenta ya —me instó Josie.

Inspiré profundamente. Y entonces le hablé de Kingsley y de cómo Asher me había preguntado si mi trabajo tenía algo que ver con los animales. Le conté que entonces le hablé del diseño de joyas y le enseñé las piezas de mi examen final. Le habían gustado tanto que me había ofrecido un puesto. Resulta que Asher era el dueño del mayor portal de venta de joyas y accesorios de todos los Estados Unidos. *Asher's Jewellery and Accessoires*, o simplemente *Asher's*.

—¿ESA es la empresa de Asher? —Josie tenía los ojos como platos. Por un momento pensé que se le iban a salir de la cara. Se reclinó en el asiento y parecía casi agotada—. Madre mía, es increíble. —Entonces una sonrisa pícara asomó a su rostro—. La que has liado, Holly. De verdad. Te convenzo UNA VEZ para salir de fiesta, te quito el ojo de encima UNOS segundos y mira lo que pasa. —La sonrisa de Josie se convirtió en una sonora carcajada.

Pero a los pocos segundos se detuvo. —¿Qué pasa? ¿Es que no te alegras? —Mi amiga escudriñó mi rostro con atención—. ¿Pasa algo malo?

Tragué saliva. Pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

—¿Es que el tío no es el hombre de tus sueños? ¿A él le gustas tú, pero él a ti no? ¿Es eso? —Josie se cruzó de brazos—. Sabes que no tienes que hacer nada que no quieras, Holly. Tienes que sentirte bien y, si no es así, pues no es para ti y punto. Da igual lo bien que pinte la cosa sobre el papel. —Josie soltó una risita—. O lo guapo que sea el tío.

—No, no es eso —respondí en voz baja—. Es muy amable y yo… él sí me gusta. —Al decir esto, volví a ponerme tan roja como antes. Sentí un ligero hormigueo en la piel y se me encogió un poco el

estómago. Mi cuerpo anhelaba volver a sentir el contacto de Asher. Me gustaba. O quizá incluso algo más que eso.

—¿Entonces qué es? —Josie no se daba por vencida.

Tomé aire. —No le dije que he suspendido el examen. No tiene ni idea. Cuando me preguntó, le dije… —Me detuve. El recuerdo me resultaba demasiado vergonzoso. Normalmente nunca mentía—. Bueno, le dije que acababa de presentarme al examen final. No mencioné que había suspendido. —Me encogí de hombros—. Pensé que no tenía importancia. Pero luego… —Dejé la frase en el aire.

—Luego te ofreció el trabajo —concluyó Josie por mí.

Asentí. —Y entonces ya no fui capaz de decir nada. Fue… —Me encogí de hombros de nuevo.

—Lo entiendo —asintió Josie—. Seguramente a mí me habría pasado lo mismo. A cualquiera le habría pasado. A nadie le gusta admitir que ha fracasado. Y si encima tienes que reconocer que lo has ocultado, la vergüenza es doble.

—Exacto. —Miré a mi amiga aliviada. Ella había puesto en palabras lo que yo no sabía expresar.

—Pero, ¿dónde está el problema exactamente? —Josie se rascó la cabeza.

—¿El problema? —Miré a mi amiga atónita—. ¿Es que no entendía la situación? Pues que me ha ofrecido un trabajo. Y si acepto, entonces… entonces tendré un empleo, pero no tendré el título. Lo habré conseguido con mentiras. Yo…

—¿Pero el trabajo lo QUIERES? —preguntó Josie.

¿Que si quería el trabajo?

Ni siquiera me paré a pensarlo mucho.

Porque sabía la respuesta. —Sí. Quiero el trabajo. Es una oportunidad interesantísima. Y también es la única que tengo. —Me encogí de hombros—. Nadie contrata a alguien que no tiene un título. No voy a recibir ninguna otra oferta. Excepto quizá para trabajar de camarera. —Solté una risa amarga.

—Siempre podrías decirle la verdad. —Josie sopesaba todas las opciones con calma, una tras otra.

Extendí las manos. —Entonces no me contratará. Es así. Acabo de pasar por eso en una entrevista en *Ryker's*. Dije todo tal como lo habíamos planeado y… no fue nada bien. —Me estremecí al recordar la entrevista con Ryker Davies.

—Pues entonces acepta el trabajo y no digas nada. —Josie me miró con total tranquilidad. Como si no acabara de sugerir que mintiera a mi futuro jefe y consiguiera un puesto de trabajo de forma fraudulenta. Josie añadió—: Cuando empieces a trabajar, lo que contará será lo que hagas y no qué título tengas. ¿O cuánta gente crees que hay por ahí con títulos brillantes que luego no dan un palo al agua? ¿O que al menos no rinden nada bien? —Josie levantó un dedo—. Apuesto a que eso también pasa entre los diseñadores de joyas.

Pensé en la cantidad de joyas mediocres e intercambiables que adornaban los escaparates de las tiendas. En las imitaciones baratas

de China. A menudo ya ni siquiera se diseñaba nada especial. Josie tenía razón.

Mi amiga pareció notar que sus palabras estaban calando en mí. Me dejó reflexionar en silencio y me acercó el paquete de galletas: —Toma otra. El chocolate ayuda a pensar.

Me reí. —Es verdad. Pero lo que necesitaría ahora mismo son unas TimTams. Entonces lo vería todo claro. —Aun así, cogí otra de aquellas galletas secas. De nuevo, necesité un buen trago de café para pasarla—. Voy a comprar unas TimTams.

Josie se rió. —No te voy a dejar escapar tan fácilmente. Podrás hacerlo cuando hayas tomado una decisión. —Mi amiga prosiguió—. Si no te pide certificados para contratarte, entonces es la oportunidad perfecta para ti. Deberías alegrarte de tener esta suerte.

Asentí. En cierto modo me alegraba, pero por dentro sentía que aquello no estaba del todo bien. Habría preferido que Asher supiera la verdad y aun así decidiera contratarme. Entonces me sentiría tranquila.

—Siempre puedes decírselo más adelante. Cuando os conozcáis un poco mejor y ya estés asentada en el puesto y en la empresa —sugirió Josie ahora.

—Sí. —Asentí. Eso sonaba razonable.

—¿Pero? —Josie intuyó que no lo había dicho todo.

—Bueno… —empecé a titubear y volví a ponerme roja—. Es que él es muy atractivo y… —No continué.

Josie se rio. —Entonces con más razón deberías aceptar. Ya te lo dije hace unos días. Es hora de que vuelvas a arriesgarte. También con los hombres.

No dije nada.

Josie se inclinó hacia delante sobre la mesa. —Maldita sea, Holly. Cualquier otra mujer daría lo que fuera por una oferta así. De verdad. Y tú… —Mi amiga levantó los brazos con impotencia.

—Tienes razón. —Asentí. Parecía que no era capaz de hacer otra cosa.

—¿Entonces? —Josie me miró expectante.

Tomé aire. —Lo haré.

Sentí que era lo correcto.

Y, al mismo tiempo, que no lo era.

Capítulo 14 Holly

Me bajé del autobús y miré a mi alrededor. Rara vez venía por aquí, al extremo sur de Manhattan. Estaba muy lejos de la zona donde yo vivía. Mi trabajo temporal también había estado más al norte, y para las clases en la universidad incluso había tenido que ir hasta Queens. Ese distrito seguía formando parte de Nueva York, pero ya no era Manhattan. No es que viera el barrio en el que vivía como un símbolo de estatus, pero quería evitar los trayectos muy largos, así que intentaba comprar cerca de casa y pasar mi tiempo libre en lugares que no requirieran un viaje complicado. Sin embargo, ahora había emprendido el largo camino hasta el extremo sur de Manhattan.

Por unos TimTams.

Josie se había limitado a sacudir la cabeza cuando le dije que iba a hacer una pequeña excursión para comprar mis queridas galletas de chocolate.

—Cada uno tiene sus manías y las cosas que le encantan, pero tú estás llevando esto a otro nivel —había dicho mi compañera de piso

echándose a reír—. Quizá deberías plantearte ser embajadora de marca de TimTams.

Yo también me había reído, aliviada de que nuestra conversación tomara un rumbo más ligero. —Si me pagan en TimTams, acepto el trabajo ahora mismo —dije con una sonrisa.

Josie siguió riendo. —Probablemente no haya otra forma de pago. Tendrás que comer TimTams todo el día y al final te saldrán por las orejas.

—No puedo imaginarme algo así. —Me reí.

Josie sacudió la cabeza. —Uno puede hartarse de cualquier cosa.

—Es verdad —admití—. Pero con los TimTams no corro ese peligro. Al menos viviendo aquí en Nueva York. Probablemente sería distinto si viviera en Australia. Allí hay TimTams en todos los supermercados y tendría una reserva enorme en casa. —Solo de pensarlo se me hizo la boca agua y eché de menos mis galletas favoritas todavía más que antes.

Josie se rió. —De verdad que no tienes remedio.

—Las verdaderas pasiones rara vez cambian —respondí con una sonrisa.

Después de esa charla, salí del apartamento y me subí al autobús. ESTE supermercado siempre tenía TimTams. Siempre. Había preguntado a varios australianos que vivían en Nueva York dónde compraban cuando sentían nostalgia de los sabores de su tierra, y todos venían aquí, al supermercado del extremo sur de Manhattan, donde tenían TimTams y Vegemite. Mientras que detestaba con toda

mi alma el Vegemite, esa pasta de extracto de levadura para untar, y me preguntaba cómo alguien podía comer algo así, y además hacerlo con gusto y regularidad, me encantaban los TimTams, y por ellos ninguna distancia era demasiado larga.

Entré en el supermercado llena de expectación.

Después de los sobresaltos de los últimos días, me había ganado con creces un paquete de mis galletas favoritas. Por supuesto, compraría varios de golpe; ya que estaba allí, la compra tenía que valer la pena. Porque, de alguna manera, las galletas siempre parecían terminarse más rápido de lo que tardaba en reponerlas.

Ese era el misterio de los TimTams.

Recorrí los pasillos a toda prisa. Los demás productos no me interesaban. Solo quería llegar cuanto antes al estante de las galletas y dulces. Sin duda compraría las normales. Y luego quizás las que tenían la doble cobertura de chocolate. Esas sabían casi mejor y se deshacían un poco más despacio en la boca, de modo que toda la textura resultaba aún más cremosa. Y tal vez hubiera alguna variedad nueva y emocionante para probar. En Australia también se vendían con caramelo, o incluso con sabor a tarta Selva Negra. Quizá esas variedades ya hubieran llegado hasta Nueva York.

Me acerqué al estante con alegría.

Y entonces contuve el aliento de golpe.

La sección del estante donde normalmente se encontraban los TimTams estaba vacía. No había nada. Absolutamente nada.

Comprobé apresuradamente las pequeñas etiquetas debajo de la balda que indicaban el precio y el nombre del producto.

Sí, era el sitio correcto. Este lugar estaba reservado para los TimTams. El precio indicado era el de siempre, y las variedades también coincidían con el surtido habitual.

Pero el estante estaba vacío.

Tan vacío como puede estarlo un estante.

No quedaba ni un solo paquete.

En ese momento, una empleada del supermercado pasó de largo a toda prisa.

—Perdone, hola. Estoy buscando TimTams. —Me aclaré la garganta —. Quiero decir, ya sé que normalmente están aquí, los carteles siguen puestos. Pero los estantes... —Hice un gesto de impotencia hacia las baldas vacías.

—Llevan un tiempo vacíos —suspiró la mujer—. Los clientes preguntan por ellos todos los días.

Mis esperanzas se desvanecieron. —¿Eso significa que tampoco tienen galletas en el almacén que solo falte reponer? —Si ese fuera el caso, esperaría. Si fuera necesario, incluso un buen rato.

Cuanto más tiempo pasaba, más ganas tenía de comer TimTams.

¿No pasaba siempre lo mismo?

Lo que uno no puede tener siempre parece más deseable que lo que es fácil de conseguir. Y cuanto menos accesible sea, más aumenta el deseo.

—El almacén está tan vacío como el estante. —La empleada volvió a suspirar.

Pensé en lo que me había pasado hacía unos días. —Pero siguen estando en el surtido, ¿verdad? —Al hacer la pregunta, el corazón me latía con fuerza.

Qué ridícula eres, Holly. Quizá Josie tenga razón y te gusten estas galletas DEMASIADO.

—Sí, por supuesto —dijo la empleada—. Si no, habríamos quitado las etiquetas y habríamos puesto otra cosa en el estante hace tiempo. Un espacio vacío es un espacio que no renta. Lo que no está, no se vende. Así no ganamos dinero.

Ese argumento me pareció lógico.

—¿Y cuándo volverán a traer las galletas? —quise saber.

Resignada, la empleada se encogió de hombros. —Ni idea. Nadie lo sabe. Absolutamente nadie. Al parecer hay problemas en una planta de producción en Australia. Quizá se hayan quedado sin chocolate o se haya roto la máquina de las galletas. Qué sé yo. —La empleada soltó una risa hueca y me di cuenta de que la situación le ponía de los nervios tanto como a mí.

Asentí, decepcionada.

—Y cuando todo vuelva a ponerse en marcha, primero abastecerán a Australia y Nueva Zelanda. Son sus mercados locales. Así son las cosas. Lo siento por usted. —La empleada levantó las manos, como para indicar que lamentablemente no podía hacer nada más por mí.

—No se preocupe —dije en voz baja y salí del supermercado.

Algo desanimada, me quedé mirando el pavimento de la calle.

Seguía sin mis TimTams.

Y justo ahora no habría necesitado nada más que el delicioso sabor del chocolate fundiéndose en mi boca. No había nada mejor. Las galletas habían sido mi consuelo en los momentos difíciles, habían aumentado mi alegría en los buenos, y cuando dudaba como ahora, centrarme en el sabor y en esa textura cremosa me ayudaba a recordar mis metas y a concentrarme en las cosas que eran importantes para mí.

Porque en el autobús me habían asaltado las dudas de nuevo. Sí, Josie tenía razón en todo lo que había dicho. Al fin y al cabo, la habilidad y el rendimiento contaban más que cualquier título o certificado. Una vez que hubiera demostrado mi valía en el trabajo, dejaría de importar dónde había obtenido qué examen. Y si lo había obtenido.

Pero...

Y ese era un gran «pero»...

No solo le mentiría a mi jefe. Sino también a un hombre con el que me había acostado. Con el que, de hecho, me encantaría seguir acostándome. Y él conmigo. De eso no tenía dudas. Por la forma en

que Asher me había mirado, aquello solo podía significar que quería seguir conociéndome.

Y conocerse seguro que no significaba darse un paseíto juntos.

Bueno, quizá TAMBIÉN significaba eso.

Pero seguro que no solo eso.

No después de todo lo que había pasado entre nosotros la noche anterior.

Sentí que volvía a ponerme roja. Mi cuerpo lo recordaba con demasiada claridad. Y me indicaba con la misma claridad que quería más. Más y más y más.

Di unos pasos vacilantes en dirección a Wall Street. En realidad, había dado por zanjado el tema de los hombres. En mi vida solo había habido dos. Uno había sido un infierno. Al final me amenazaba, me vigilaba y me controlaba. Si quedaba con amigos, me seguía y me espiaba. En casa quería saber de qué habíamos hablado y luego no me creía cuando le decía que se lo había contado todo. Cuando nuestra relación terminó, me sentí triste, pero sobre todo muy aliviada.

Y mi último novio, el hombre al que llamaba mi ex... no había sido muy atento. Me había descuidado y nunca me contaba nada de sí mismo. Después de meses, todavía no sabía dónde vivía ni dónde trabajaba. Hacía un misterio de todo y, si le hacía preguntas, me acusaba de querer controlarlo. Al final, yo estaba totalmente llena de inseguridades. Y entonces lo vi abrazado a otra mujer en Central Park. Un día en el que él afirmaba no tener tiempo para mí. Calificó mi reacción de «exagerada y loca», y ese fue el final.

No, no había tenido suerte con los hombres.

Pero Asher parecía totalmente distinto. Era apasionado, viril, masculino, atlético, atractivo. Y era atento. Ya me había ayudado en varias ocasiones. Mi ex me habría dejado sola en esas situaciones, afirmando que ya era mayorcita y que tenía que apañármelas sola. Que era adulta. Sí, lo era. Pero todo el mundo necesitaba apoyo.

Probablemente Asher era un buen hombre.

Casi seguro, de hecho.

¿No debería rechazar el trabajo precisamente por eso? ¿Contarle la verdad a Asher y declinar su oferta? Pero entonces no volveríamos a vernos nunca más. ¿Quién querría tener algo que ver con una mentirosa? Ante esa perspectiva, se me encogió el estómago de forma desagradable.

—Vaya, ¿qué haces ahí plantada soñando despierta? ¿Es que ya no tienes nada mejor que hacer ahora que has suspendido el examen y no tienes título? —Una voz maliciosa a mis espaldas me hizo darme la vuelta de golpe.

Azra.

Frente a mí estaba mi enemiga.

¿Qué demonios hacía aquí?

¿Era ella ahora la que me seguía en secreto?

—Azra. ¿Qué haces aquí? —Ignoré por completo sus comentarios mordaces.

—Lo mismo podría preguntarte yo. —Azra sonrió con sorna—. No habrás conseguido el trabajo en *Ryker's*, ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

—Claro, ¿quién va a contratar a una fracasada así? —Azra echó sal en la herida—. No sirves para nada. Me lo ha vuelto a decir el propio Ryker. —La sonrisa de Azra se ensanchó—. Ahora mismo voy a verlo. Tengo curiosidad por saber qué dirá cuando le cuente que andas vagando por las calles como una indigente, mirando a la nada.

—Pero yo... —Las crueldades de Azra eran demasiado. Empecé a caminar. Solo quería alejarme.

Pero Azra no se dio por vencida tan fácilmente. —¿Es que no quieres saber cuánto voy a ganar con Ryker?

Así que ella había conseguido el trabajo. Como siempre lo conseguía todo. Hombres, buenas notas, una sonrisa de los profesores. Azra nunca había tenido que luchar por nada. Parecía que todo le caía del cielo. Y yo era a quien se lo restregaba por las narices y a quien trataba como una fracasada.

En ese momento, llegué al límite de mi paciencia.

—Seguro que no tanto como yo en MI trabajo —le espeté.

—¿Tienes un trabajo? —Azra se quedó atónita. Pero la sorpresa le duró poco—. No te creo. Me estás tomando el pelo. En serio. Ja, ja,

ja. Por poco me lo trago. —Azra estalló en una carcajada—. Eso puede decirlo cualquiera.

Miré a Azra directamente a los ojos. —Sabes qué, me da exactamente igual lo que pienses o creas. Además, me importa un bledo qué nota sacaste en el examen, con quién sales o dónde vives. De verdad que me da igual. Haz lo que quieras y déjame en paz. —En cuanto terminé de decir aquellas palabras, me sentí mucho mejor de repente. Muchísimo mejor.

Debería haber dicho eso hace mucho tiempo.

Y entonces, simplemente eché a andar.

Azra gritó a mis espaldas: —¡Mentirosa! ¡Mentirosa! ¡Mentirosa!

Pero mientras que la antigua Holly se habría dado la vuelta e intentado desesperadamente convencer a Azra de lo contrario, la nueva Holly siguió caminando. Que Azra gritara y pataleara todo lo que quisiera. No me interesaba. ELLA no me interesaba. No tenía que compararme con nadie. Yo misma ya era lo bastante buena.

Asher confiaba en que yo podía hacer el trabajo.

Y, por lo tanto, yo también podía.

Giré por una calle lateral tranquila, saqué el móvil y abrí WhatsApp. Busqué el contacto de Asher y escribí un mensaje corto.

Acepto y me hace mucha ilusión el nuevo trabajo. ¿Cuándo empiezo y adónde tengo que ir?

Luego volví a guardar el móvil.

Si había tomado la decisión correcta, se vería pronto.

En cualquier caso, le había dado un nuevo rumbo a mi vida.

Hacía tiempo que era necesario.

Ahora ya no podía echarme atrás.

Y así estaba bien.

En la vida siempre hay que ir hacia adelante.

Respiré hondo y seguí caminando despacio.

Capítulo 15 Holly

—Y este será tu despacho. —Asher abrió una puerta y entré en una oficina amplia, luminosa y muy bien amueblada.

¿Un despacho?

Para empezar, la estancia era casi tan grande como todo el apartamento de Josie y el mío y, además, no parecía precisamente un despacho. Sí, en una esquina había un escritorio grande y precioso con dos monitores de buen tamaño, un teclado, un ratón, un teléfono y unos auriculares. Aquí podría realizar investigaciones y hacer bocetos en el ordenador. Justo al lado habían montado un caballete. Muchos diseñadores de joyas hacían primero un boceto a mano de la pieza que tenían en mente. O mejor dicho, varios bocetos. A medida que avanzaba el trabajo, la idea iba tomando forma. Algunas cosas resultaban impracticables, otras no quedaban como uno esperaba... había muchas razones por las que una idea no podía materializarse así como así. En el lado izquierdo de la habitación se encontraban encimeras, armarios y cajones. Aquí guardaría mis materiales y podría experimentar y ser creativa a mi antojo.

La habitación estaba pintada de un amarillo claro y apenas recordaba a una oficina. Y lo mejor de todo eran las vistas.

—¡Guau! —Me acerqué a los grandes ventanales y me quedé mirando hacia fuera. Me di la vuelta hacia Asher, sin palabras. —Esto es... ¿Estás seguro de que este despacho es para mí?

Asher sonrió. Sus ojos oscuros brillaban y me guiñó un ojo al responder: —Bueno, es el despacho que tenemos previsto para nuestro diseñador o diseñadora de joyas. Y si no me equivoco, ahora esa eres tú. Me guiñó el ojo de nuevo. —Espero que te guste.

—¿Que si me gusta? —Apenas podía articular palabra—. Me gusta se queda corto. Es sencillamente... fantástico. Abrumador. No sé ni qué decir. —Volví a girarme hacia las ventanas para mirar afuera. El despacho no estaba en la última planta del rascacielos, sino un piso más abajo. Pero me daba igual. Las vistas seguían siendo sensacionales. Manhattan parecía estar a mis pies. Normalmente solo disfrutaba de una vista así cuando pagaba una entrada, como por ejemplo para el mirador del Empire State Building. Eso era lo que tenía ahora frente a mí. Y el Central Park Tower. Y un montón de rascacielos más. Central Park, el pulmón de Nueva York, parecía extenderse a mis pies. Miré hacia abajo e imaginé a la gente paseando, riendo y charlando en ese preciso momento. Posiblemente alguna persona estuviera mirando hacia arriba justo ahora, preguntándose qué estaría pasando en este rascacielos.

Sentí un escalofrío placentero. En ese instante noté las manos de Asher sobre mis hombros. Me dio un ligero masaje. —Solo quiero que te sientas cómoda aquí. —Su voz y su aliento estaban cerca de mi oído. Muy cerca.

Solo entonces fui consciente de que estábamos los dos solos en el despacho. Con la puerta cerrada. Mi corazón latía con la misma

fuerza que antes, cuando había entrado en el edificio de *Asher's*. Al llegar, había mirado con temor hacia arriba, por la fachada de cristal, preguntándome si realmente era apta para este trabajo. Luego había respirado hondo y entrado en el vestíbulo. Mi miedo a que la recepcionista no me dejara pasar se había esfumado pronto. Me habían tratado con muchísima cortesía y Gemma, la secretaria de Asher, me había recogido abajo en el vestíbulo y me había subido. Asher y yo nos habíamos saludado con la puerta abierta. De todos modos, todo había sido tan nuevo, diferente y emocionante que ni siquiera sabía cómo procesar tantas impresiones tan rápido.

Y así, aunque había percibido la presencia de Asher, no lo había percibido de ESA manera.

Hasta ahora.

Ahora, mientras estábamos a solas en lo que iba a ser mi despacho y él me masajeaba los hombros. Me relajé con deleite y se me escapó un suspiro. Las manos de Asher se desplazaron lentamente hacia mi cuello y me acarició la piel con suavidad.

De inmediato, un hormigueo y un calor agradable se extendieron por todo mi cuerpo.

Más.

Quería más.

Ay Dios, Holly, ¿pero te has vuelto loca? Esto es tu LUGAR DE TRABAJO y no una fiesta cualquiera. Además, estás completamente sobria y no llevas encima seis u ocho tequilas. Y por último, pero no menos importante... esto no es un juego, sino la vida real. El tipo que tienes detrás no es un extraño, es tu JEFE.

Pero seguía siendo Asher. Olía su perfume, una nota refinada de sándalo y coco que acentuaba aún más su masculinidad. Sabía que si me echaba hacia atrás, sentiría el cuerpo atlético de Asher: sus pectorales, sus abdominales. Y debajo...

Rápidamente hice un pequeño movimiento hacia delante.

No era que no quisiera sentir el cuerpo de Asher.

Al contrario.

Quería.

Pero...

Asher pareció notar lo que me pasaba por la cabeza. —Hagamos una pequeña ronda y te presento a los compañeros más importantes —propuso dando un paso atrás. Apartó las manos de mi cuello y, aunque respiré aliviada, una parte de mí deseaba que Asher volviera a tocarme y acariciarme de inmediato.

Una parte muy grande de mí deseaba exactamente eso.

Y algo más.

Me aclaré la garganta. —Es una buena idea. —Mi voz todavía sonaba un poco tomada.

Asher fue hacia la puerta y la abrió. —¡Ah, Melania! —exclamó entonces—. Qué bien que pases por aquí justo ahora. Quiero presentarte a Holly.

Una mujer delgada de unos 40 años entró en el despacho. Tenía los rasgos faciales algo tensos y, en general, no parecía alguien que se riera muy a menudo. Llevaba el pelo lacio pegado a la cabeza y en su frente se apreciaban algunas arrugas. Probablemente se preocupaba con mucha frecuencia.

—Holly, esta es Melania. La jefa de nuestro departamento de compras. Si necesitas pedir materiales o te falta cualquier cosa, puedes dirigirte a ella —dijo Asher presentándomela.

—Mucho gusto. —Le dediqué una gran sonrisa a Melania.

—Igualmente —masculló Melania. Su tono desmentía sus palabras. No parecía para nada contenta por nada. —¿Así que a usted le han dado este despacho de esquina tan grande? —Observó con recelo la habitación que había tras nosotros—. Recién reformado además, ya veo. —Melania frunció el ceño y enseguida quedó claro de dónde venían sus arrugas—. En realidad, este despacho le correspondía a la dirección de compras.

La dirección de compras. Esa era Melania. Hasta ahí ya lo había entendido.

—También reformaremos vuestros despachos, ya lo sabes, Melania. Uno tras otro. No podíamos hacerlo todo a la vez. Como este despacho estaba vacío, pues hemos empezado por aquí. Y queremos que nuestro departamento de diseño esté en un sitio agradable. —Asher me señaló—. Holly ha tenido la amabilidad de aceptar apoyarnos. Queremos que tenga un comienzo agradable aquí.

Melania puso cara de pocos amigos. Obviamente estaba acostumbrada a conseguir lo que quería. Pero esta vez Asher le había desbaratado los planes. —Es usted todavía bastante joven —me dijo entonces—. Espero que sepa manejarse por aquí. Pronto se

dará cuenta de que esto no es más que una empresa como cualquier otra. Aquí tampoco es oro todo lo que reluce. —Resopló—. No obstante, habría pensado que se respetarían las jerarquías entre compañeros.

Sonreí insegura. ¿Qué se supone que debía decir ante tal bienvenida? —Estoy segura de que nos llevaremos bien. En las próximas semanas nos iremos conociendo mejor —respondí vagamente, aunque en ese momento no estaba nada segura de si quería conocer mejor a Melania.

—Holly depende directamente de mí —explicó entonces Asher—. Así que en la jerarquía está al mismo nivel que tú, Melania.

La boca de Melania se curvó en una línea fina. Refunfuñó algo ininteligible. Luego se aclaró la garganta y dijo alto y claro: —Tengo que seguir trabajando. —Se dio la vuelta y se alejó por el pasillo.

Asher me miró y puso los ojos en blanco. Me hizo un gesto para que lo siguiera. Cuando nos hubimos alejado un poco de Melania, susurró: —Su marido la dejó hace poco por una más joven. Desde entonces desconfía de todas las mujeres y ya nada le parece bien. Espero que esta fase pase pronto.

Asentí aliviada. Así que no era nada personal. Eso me hizo sentir mejor.

—Lo mejor será que vayamos ahora a mi despacho y firmemos tu contrato. —Asher me puso la mano ligeramente sobre el hombro y me dirigió hacia el ascensor. Solo con ese contacto volví a sentir frío y calor alternativamente. Notaba las mejillas calientes y esperaba que nadie pudiera notar de dónde venía mi excitación.

Cuando Asher abrió la puerta de su despacho poco después, una mujer de mediana estatura y complexión gruesa, de mi edad, estaba en su antesala charlando con su secretaria.

—Ah, así también podéis conoceros las dos. —Asher señaló a la mujer—. Esta es Rosalyn, mi directora de recursos humanos. —Luego me señaló a mí—. Esta es Holly, nuestra nueva diseñadora de joyas.

—¡Oh, cuánto me alegro! —trinó Rosalyn y me tomó la mano—. Lamentablemente no pude encargarme yo misma de cubrir su puesto. Pero mejor aún que Asher haya encontrado a alguien que considera apto. —Rosalyn siguió estrechando mi mano—. Bienvenida a nuestra familia.

—Gracias —balbuceé, desconcertada ahora por el recibimiento. Rosalyn era tan cordial como fría había sido Melania—. Yo... me alegra mucho estar aquí.

—Aún tenemos cosas que hacer. Papeleo —explicó Asher y me dirigió lentamente hacia su despacho. Su mano seguía en mi hombro y ahora deseaba que no la quitara de ahí.

—¡Hasta pronto! —me gritó Rosalyn mientras nos íbamos.

Entonces la puerta del despacho de Asher se cerró tras nosotros.

Y de nuevo estábamos solos.

Asher me miró. Sus ojos parecían tan oscuros como siempre. —¿Te gusta? ¿Crees que te adaptarás bien aquí?

Su preocupación me conmovió. ¿Cuándo había conocido a alguien que se desviviera tanto por mi bienestar? ¿A quién le importara tanto que yo estuviera bien?

—¿O hay algo que no te guste? A los compañeros les caerás bien e incluso Melania terminará por acostumbrarse a ti. —Asher pareció malinterpretar mi silencio. Sus ojos parecían un punto más oscuros que antes. Y su pelo estaba tan deliciosamente alborotado como nunca. Lo que más deseaba era hundir mis manos en él de inmediato.

—Claro, claro —me apresuré a asegurarle—. Todo está bien. —Le dediqué una gran sonrisa a Asher—. Me gusta muchísimo.

—Qué alivio —admitió Asher. Seguía mirándome fijamente con sus ojos oscuros. Su mirada recorrió mi rostro.

Y en ese momento habría jurado leer deseo en ella.

Asher dio un paso hacia mí. —Para mí es fundamental que estés bien —susurró, acercando su rostro al mío. Esbozó una ligera sonrisa. —No quiero que vuelvas a caer de la barra de algún bar o que tropieces con un escalón.

Se me escapó una risita.

Asher puso una mano en mi mejilla y dejó que sus dedos se deslizaran suavemente hacia mis labios. Al hacerlo, acarició mi lunar.

Acarició la parte que menos me gustaba de mí misma y la trató como si fuera lo más preciado que jamás hubiera visto.

Luego los dedos de Asher recorrieron mis labios. Involuntariamente abrí la boca y dejé que mi lengua asomara entre los labios. Asher introdujo un dedo en mi boca y yo lo succioné. Su mano derecha se deslizó por mi cuerpo hacia abajo y acarició mi pecho. Pero no por mucho tiempo. Entonces Asher sacó mi blusa azul claro de mi falda negra y metió la mano debajo. Antes de que pudiera articular un pensamiento claro, su mano estaba en mi sujetador, estimulando mi pezón.

Exactamente como anteayer por la noche.

Exactamente como a mí me gustaba.

Eché la cabeza hacia atrás y suspiré suavemente.

Dios mío, ojalá este momento no terminara nunca.

De repente sentí los labios de Asher en mi cuello. Cubrió mi piel con pequeños besos.

Me faltaba el aire.

Mi piel hormigueaba como nunca y sentía una punzada en mi centro. Mi deseo por Asher era aún mayor que en nuestra primera noche. Entonces había tenido ganas. Y no sabía lo que me esperaba. Ahora tenía ganas. Y ADEMÁS sabía lo que me esperaba. Eso me daba todavía más ganas.

Gemí suavemente.

Asher presionó su pelvis contra mis caderas.

Y entonces sentí su excitación. Asher tenía tantas ganas como yo.

Aquí.

Ahora.

Ya.

—Holly... —murmuró.

En ese instante, la puerta se abrió a nuestras espaldas.

Asher y yo nos separamos de golpe. Él sacó la mano de mi blusa. Yo aparté mi pelvis de la suya. Y nos quedamos allí como dos adolescentes enamorados a los que sus padres acaban de pillar.

Miré hacia la puerta para ver quién nos había interrumpido.

Y entonces se me paró el corazón.

Él.

Allí estaba.

El hombre al que no había querido volver a ver nunca más.

¿Qué hacía él aquí?

Asher se recuperó del impacto más rápido que yo. —Holly, este es Luke, mi director general —dijo presentando al hombre.

Luke. Eso ya lo sabía. Pero él era... ¿el director general de Asher? El hombre que nunca había querido decirme exactamente dónde trabajaba era el director general de Asher y ¿trabajaba AQUÍ? ¿Mi EX trabajaba aquí?

Los pensamientos se agolpaban en mi cabeza. De repente no estaba muy segura de si me sentiría tan a gusto en *Asher's*.

Luke me sonrió con sorna.

Él también me había reconocido.

Claro, Holly. ¿Por qué no iba a reconocerte? No ha pasado tanto tiempo después de todo.

—Luke, esta es Holly. Va a empezar con nosotros como diseñadora de joyas. —Asher me señaló.

Luke siguió sonriendo con malicia. Luego dijo: —Asher, en realidad solo quería recordarte que el gobernador vendrá de visita en dos minutos. No deberías hacerlo esperar.

—Dios mío. —Asher se pasó ambas manos por el pelo—. Gracias, Luke. Bajo ahora mismo.

Y entonces Asher desapareció. Luke y yo nos quedamos allí.

Solos.

Luke cerró la puerta y me miró burlón. —Vaya, pero ¿a quién tenemos aquí? A la pequeña Holly.

Me aclaré la garganta. —Hola, Luke —respondí.

—Tan guapa como siempre —comentó Luke—. Y tan calienta-braguetas como siempre. Apenas consigue el puesto y ya se tumba en el escritorio del jefe y abre las piernas. —Luke soltó una risita. Sus ojos fríos me recorrieron con desprecio—. ¿O fue al revés? ¿Asher solo te ha dado el puesto PORQUE le abres las piernas?

Tragué saliva. Mis mejillas ardían de vergüenza y no sabía qué decir.

Da igual lo que digas, Holly. A Luke nunca le ha impresionado nada de lo que digas.

Luke ni siquiera esperó a mi respuesta, sino que continuó: —Ya sabía yo entonces que eras una lagarta de cuidado. Y mira por dónde: no me equivoqué. Dejarse manosear así por un pijo rico para conseguir un buen trabajo... sí, sí, esa es mi pequeña Holly en estado puro.

Una sensación de náuseas se apoderó de mí.

Luke ya se había portado fatal en su momento. Pensándolo ahora, ni siquiera sabía por qué había aguantado aquello y por qué había tenido algo con él.

Pero Holly, cuando os conocisteis se comportaba de forma muy distinta. No mostró su verdadera cara hasta después.

—Siendo así... —Luke se acercó un poco más—, tú y yo también podríamos revivir los viejos tiempos. —Luke mostró los dientes. Se suponía que aquello era una sonrisa. Luego se acercó aún más—. ¿Y por qué no ahora mismo? ¿Aquí y ahora? De todos modos ya estás excitada y estabas a punto de dejar que te follaran. Asher lamentablemente está ocupado. Pero yo soy su sustituto en todos

los asuntos importantes. Por supuesto, aquí también me haré cargo encantado.

Y entonces Luke empezó a manipular la cremallera de su pantalón.

Con una energía y una fuerza inesperadas, me lancé hacia delante y lo empujé a un lado. Luego abrí la puerta de un tirón y salí corriendo del despacho.

Maldita sea.

¿Por qué tenía que aparecer precisamente Luke aquí?

Lo que más deseaba era irme a casa en ese mismo instante.

Capítulo 16 Asher

Me quedé mirando incrédulo la página web que se había cargado en mi pantalla. ¡Esto era el colmo!

Me levanté de la silla de un salto y solté tres puñetazos seguidos al aire. Pero aquello no me proporcionó el alivio que esperaba. Lo que me hacía falta en mi oficina era un saco de boxeo al que poder darle una buena tunda.

O mejor aún, me habría gustado tener aquí al malnacido al que se le había ocurrido esto para darle la paliza que se merecía. Aunque probablemente una paliza no sería suficiente. Para que un idiota así entrara en razón, hacían falta al menos dos o tres escarmientos.

Normalmente no era propenso a la violencia. Me esforzaba mucho por resolver todos los conflictos de forma pacífica y en mi empresa valoraba al máximo la buena convivencia. Pero había situaciones que me sacaban de quicio y en las que cualquier solución pacífica fracasaba.

Y esta era una de ellas.

—¡Qué perro! —volví a golpear el aire tres veces.

Luego regresé a mi escritorio. Pulsé F5 para recargar la web. ¿Quizá se trataba de un error?

La página se cargó de nuevo.

No era un error.

La página se veía exactamente igual que hacía dos minutos. Era una tienda online. Más concretamente, una tienda online de joyas y accesorios.

Alguien había replicado el sitio de *Asher's*, y lo había hecho paso por paso. Por supuesto, era habitual que los competidores abrieran sus propias tiendas online. Eso no me importaba lo más mínimo. Formaba parte del negocio y la competencia también tiene su lado bueno.

Pero esto no era competencia. Esto era un robo. Alguien había copiado nuestra página. Con todas las categorías, el carrito de la compra, la gran plataforma de información sobre piezas de joyería, los diferentes materiales y la historia de la joyería. Incluso nuestro configurador estaba allí.

Me había sentido especialmente orgulloso de él durante todos estos años. Las clientas podían subir una foto suya y nuestro software buscaba, basándose en la imagen, las joyas que mejor les sentaban y que más las favorecían. Y todo ello, por supuesto, dentro del presupuesto de la clienta.

Ninguna otra tienda online ofrecía algo así.

Solo *Asher's*.

Y esa página fraudulenta. Ni siquiera tenía un nombre de verdad y eso me indignaba más que cualquier otra cosa. El nombre de *Asher's* no aparecía por ninguna parte, pero en la esquina superior izquierda se veía un logotipo que recordaba mucho al de *Asher's*. Plata y rojo.

Cualquier cliente que llegara a la página por casualidad pensaría que estaba en *Asher's*. Probablemente no se daría cuenta del error hasta que el carrito ya estuviera lleno y se le pidiera a la clienta que se creara una cuenta nueva. Y entonces lo haría. ¿Quién querría irse a otra web y volver a realizar la misma compra allí? Las clientas tenían poco tiempo y, sobre todo, querían comprar de forma rápida y eficiente. Y barata.

Miré furioso las ofertas que había en la web. Eran exactamente los mismos artículos que en *Asher's*. Ese estafador incluso había copiado nuestras promociones. Sin embargo, no había mantenido nuestros precios.

En la web ajena, todo era mucho más barato que en *Asher's*.

No podía ser.

Hice rápidamente los cálculos en mi cabeza. Con esos precios, ¿cómo demonios iba a sacar beneficios ese estafador? Tenía que mantener un equipo. Alojar la web.

Tiene mucho menos trabajo que tú, Asher. Se ahorra a alguien que desarrolle el software, solo tiene que copiarlo todo. También se ahorra a alguien que elija las joyas, compruebe a los proveedores e

idee fantásticas campañas de marketing. Solo tiene que copiarlo todo. Eso ahorra costes.

Rechiné los dientes y apreté la mano sobre el ratón con tanta fuerza que el plástico crujió bajo mis dedos.

¿A quién pertenecía esa maldita tienda?

Hice clic en el aviso legal.

Nada.

En ese apartado solo figuraba una dirección de un apartado de correos en las Bahamas.

¡Un apartado de correos en las Bahamas!

A pesar de toda la situación, en ese momento casi me dieron ganas de reír. ¿De verdad era posible algo así? ¿Existían cosas así?

¿Desde cuándo estaba online esa dichosa página?

¿Y cómo podía actuar contra ella?

Apreté las mandíbulas con fuerza. Tenía que poner fin a este espectáculo lo antes posible. Solo que aún no sabía cómo. Pero ya se me ocurriría algo. Siempre se me había ocurrido algo hasta ahora. No había ninguna situación que no hubiera superado con éxito hasta el momento. Como empresario, estaba acostumbrado a los desafíos. Aunque este ya era un reto especial. Nunca me había pasado algo así.

En ese momento sonó mi teléfono.

—¿Dígame? —Por un lado, no quería que me molestaran, pero por otro, agradecía cualquier distracción.

—Asher, soy Ron. —La voz al otro lado sonaba seria.

Ron era mi director de ventas y marketing. Él se encargaba de que nuestros mejores productos estuvieran bien situados en la web. Sabía qué productos generaban más beneficios y qué querían los clientes en cada momento.

—Ron —dije, extrañado. Ron y yo teníamos una reunión cada semana en la que mi director de ventas me informaba sobre lo más importante y tomábamos juntos las decisiones pertinentes. Si me llamaba fuera de agenda, entonces algo debía de haber ocurrido. Algo que no podía esperar hasta nuestra próxima reunión.

—¿Qué ha pasado? —quise saber entonces.

—Nuestras ventas están cayendo. Desde hace dos semanas. —Ron fue directo al grano.

—¿Qué ventas? —pregunté automáticamente. Siempre pasaba que, por ejemplo, los pendientes dejaban de estar de moda. O que a las clientas de repente ya no les gustaban las tobilleras. Eran fenómenos pasajeros. Las joyas siempre se llevaban y, si no eran tobilleras, pues eran pulseras. Adaptábamos nuestro surtido en consecuencia y asunto zanjado. Hasta la próxima tendencia.

Aquello no era para tanto.

—Todas —respondió Ron.

—¿Todas? —Apenas podía creer lo que acababa de oír.

—Todas —confirmó Ron.

—¿Cómo puede ser? —Los pensamientos se agolpaban en mi cabeza.

—Hasta ahora no he podido encontrar la causa. Es como si de repente nadie comprara joyas. Pero eso no puede ser, al fin y al cabo no estamos en recesión. E incluso entonces la gente compra joyas. Es como si... como si las clientas de repente compraran en otro sitio.

Comprar en otro sitio de repente.

Miré con amargura mi pantalla. La web de la tienda de la competencia, que se parecía tanto a *Asher's* y se escondía tras una dirección en las Bahamas, seguía abierta.

Sí, las clientas compraban en otro sitio. Y también me hacía una idea bastante clara de dónde compraban.

Esa tienda online era algo más que una imitación. Ahí fuera había alguien que quería quitarnos el terreno. Que quería acabar con nosotros. Eso podía ser muy peligroso para nosotros. Incluso podría amenazar nuestra existencia.

Apreté las mandíbulas.

—¿Asher? ¿Sigues ahí? —La voz de Ron.

—Sí —gruñí—. Sigo aquí. Luego respiré hondo. —Baja el precio de todo. Te enviaré un correo; ahí encontrarás algunas pautas.

No me daría por vencido tan fácilmente. Si algún idiota creía que podía robar todas mis ideas y esconderse tras una dirección en las Bahamas, había cantado victoria antes de tiempo.

Conmigo no.

Unas horas más tarde, golpeaba furioso la pelota de fieltro amarilla que venía hacia mí.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

Hayes me lanzaba las pelotas y yo se las devolvía. Aquí por fin podía dar salida a mi rabia y mi agresividad. Estábamos de nuevo en el Central Park Tennis Court y en realidad queríamos prepararnos hoy a fondo para nuestros próximos partidos en los campeonatos de la ciudad.

Pero por muchas ganas que tuviera de ganarlos, hoy no tenía la cabeza para eso. Y la culpa era del idiota que se escondía en las Bahamas. O mejor dicho: del que fingía esconderse en las Bahamas. Estaba bastante seguro de que mi competidor estaba sentado en algún lugar de aquí, en Nueva York, riéndose para sus adentros por haberme engañado tan fácilmente.

—¿Pero qué te pasa hoy? —Hayes no había devuelto mi última pelota y ahora se acercaba a la red.

Yo también dejé mi posición en la línea de fondo. —¿Qué me va a pasar? —refunfuñé.

—Me lanzas las pelotas como un loco, como si fuera tu enemigo personal. Pero a pesar de toda esa fuerza, no consigues sacarme de la pista porque no prestas atención a la técnica. La última vez que

jugaste así acababas de romper con Virginia. —Hayes me miró con escrutinio. Mi mejor amigo me conocía desde hacía mucho. A él no podía engañarle—. ¿Qué ha pasado?

Inhalé profundamente. —Quería contártelo todo de todas formas, porque necesito desesperadamente tu consejo.

Hayes, a diferencia de Ryker y de mí, había estudiado algo decente y serio y se había hecho abogado. Y el consejo de un abogado era precisamente lo que necesitaba ahora. Hayes seguramente me diría cómo pararle los pies a ese estafador. Para ello, estaba dispuesto a darlo todo. *Asher's* había facturado tanto en los últimos años que apenas sabía qué hacer con el dinero. Hoy me contaba entre los hombres más ricos de Nueva York y podía permitirme cualquier abogado, fuera en las Bahamas o en cualquier otro lugar.

El estafador ya me iría conociendo. Y además desde una faceta que casi nadie había visto nunca en mí. En unas semanas desearía no haberme visto nunca.

Le hablé a Hayes de la web. —El tipo lo ha copiado todo. Realmente TODO. Incluso el configurador que mandé programar. Luego pone precios más bajos y se esconde tras una dirección en las Bahamas. ¡Eso no puede ser legal! ¡Tengo que poder hacer algo! —Miré con expectación a mi mejor amigo.

Hayes ladeó la cabeza. —Bueno, la situación no es tan sencilla.

Bufé. —Típico de abogado, de verdad.

Hayes no se dejó alterar. Probablemente estaba acostumbrado a cosas así. Levantó un dedo. —Por supuesto, no está prohibido abrir una tienda online y usar una dirección en las Bahamas para ello.

Cualquiera puede hacerlo. Nadie dice que las tiendas online tengan que tener una dirección estadounidense. Solo tienen que tener una dirección cualquiera. Contra eso, por tanto, no puedes hacer nada.

La indignación brotó en mi interior. ¡Eso no podía ser! ¡No debía ser!

—Pero... —protesté en voz alta.

Hayes levantó la mano para indicarme que aún no había terminado. Luego sacó el segundo dedo. —Si tienes tu logotipo y el diseño de tu web protegidos por derechos de marca, entonces otros no pueden usarlos así como así, lógicamente. Eso está claro. Contra eso sí puedes actuar. Lo mismo se aplica si has registrado una patente u otros derechos sobre el software que hay tras el configurador.

Menos mal.

—Claro que lo tengo todo protegido. No soy tonto. —Me crucé de brazos desafiante. Ahora Hayes me diría enseguida cómo cerrarle el negocio al estafador.

—Seguro que podrías conseguir que cerraran la tienda online con una orden judicial cautelar. —Hayes volvió a ladear la cabeza.

—Pues no perdamos tiempo. Al juzgado o a donde sea que consigamos esa orden. —Golpeé impaciente el cordaje de mi raqueta contra la red.

Hayes volvió a levantar la mano. —No es tan fácil como te imaginas. ¿Contra quién se va a dictar la orden judicial cautelar? Puedes enviarla a la dirección de las Bahamas, por supuesto. Solo que allí probablemente no le importe a nadie. —Hayes levantó ambas manos —. Y las autoridades de las Bahamas difícilmente tramitarán algo así.

Al fin y al cabo, es un asunto menor. No buscamos a un asesino ni a un criminal peligroso.

—¿Me estás diciendo que el tipo se va a ir de rositas sin más? ¿Incluso si muevo cielo y tierra? —Miré a Hayes indignado—. ¿Y a eso lo llamáis ley y justicia? —Levanté mi raqueta.

—Tendrías que averiguar quién está detrás de esa dirección. —Hayes ladeó la cabeza de nuevo.

—¿Y cómo voy a hacerlo si en las Bahamas a nadie le va a importar mi petición? —Bufé—. Eso puede tardar una eternidad. Y mientras tanto, esa gente puede seguir con su jueguito tan tranquila y quitándome el negocio.

Hayes suspiró. —E incluso si consiguieras la orden... entonces cierran esa página. Y la vuelven a abrir poco después. Entonces con una dirección en Panamá. O en las Islas Caimán.

Me quedé mirando a Hayes. —¿O sea, que me estás diciendo que haga lo que haga, al final no servirá de nada? —Una rabia increíble se apoderó de mí.

Algo así no podía ser.

Le arrebaté a Hayes la pelota de tenis amarilla de la mano. Luego me di la vuelta y armé el brazo con la raqueta. Lleno de furia, golpeé la pelota hacia lo alto de la valla de tela metálica que rodeaba nuestra pista. La pelota rebotó en la valla y volvió volando hacia nosotros. Hayes se puso a salvo.

—Venga, vámonos, necesito una Coca-Cola. —Justo delante de la puerta de nuestra pista había una máquina expendedora. Una

bebida helada era ahora lo único que podía calmarme un poco. Cogí mi bolsa y saqué mi móvil. Se podía pagar con él en esa máquina.

—Voy a recoger mis cosas un momento. Ahora te alcanzo. Ve tirando. —Hayes hurgaba en su bolsa intentando guardar su raqueta. Puse los ojos en blanco por un momento. Mi amigo siempre tardaba una eternidad en esas cosas. Bien, pues me adelantaría.

Cuando unos minutos más tarde me agaché para coger la Coca-Cola del compartimento inferior de la máquina, una voz burlona sonó detrás de mí.

—Con esa técnica no vas a ganar nada. Así no te llevas ni un trofeo de los infantiles.

Agarré la botella de Coca-Cola helada y me di la vuelta despacio.

Frente a mí estaba Ryker. Con una amplia sonrisa en el rostro. Señaló mi botella de refresco. —Tus gustos en cuanto a bebidas también encajan mucho mejor con los niños. Allí estarías mejor en todos los sentidos.

Rechiné los dientes. Lo que más deseaba era estamparle la pelota de tenis a Ryker en medio de la cara.

Contente, Asher. Si no, te descalificarán del torneo y eso es todo lo que Ryker quiere. Entonces habrá logrado su objetivo y te habrá vencido fácilmente.

Respiré hondo. —El que ríe el último, ríe mejor. Ya veremos quién de los dos es mejor jugador.

Ryker se echó a reír de verdad. —Oh, ahora sí que tengo miedo. —Rió aún más fuerte—. Para eso primero tendrías que llegar a la final y ESO me parece totalmente improbable. —Se rió todavía más—. Un bebedor de Coca-Cola que lanza pelotas al aire. Eso es lo que eres. Eso y nada más. —Con estas palabras, se dio la vuelta y se marchó.

Abrí la botella y le seguí con la mirada.

¿Y si él gestionaba la tienda online de las Bahamas?

Esa idea acababa de ocurrírseme. Pero no me parecía nada descabellada. Ryker y yo nunca nos habíamos llevado bien. Me había quitado a Virginia, sí, pero siempre me había envidiado mi éxito con *Asher's* en los últimos años. Él podía pertenecer a la casta de los joyeros, pero yo era quien ganaba el dinero de verdad.

Ryker.

Si era él, le pararía los pies y se la devolvería por triplicado.

Le di un largo trago a la botella de Coca-Cola.

Capítulo 17 Holly

Caminaba despacio calle abajo. Hoy era mi segundo día de trabajo en *Asher's* y tenía mucha curiosidad por ver qué me esperaba allí. Al mismo tiempo, se me encogía el estómago al pensar en lo que podría encontrarme.

Luke.

Y Asher.

Mi ex y mi... ¿mi nuevo algo?

Fruncí el ceño y levanté la vista al cielo. Era otro día de verano maravilloso en Nueva York. El cielo sobre Manhattan brillaba con un azul intenso y, en teoría, debería haberme hecho ilusión saber que más tarde lo vería aún mejor desde mi despacho. La oficina era sencillamente increíble y no me extrañaba lo más mínimo que Melania estuviera tan celosa.

Pero mi entusiasmo tenía un límite. ¿Y si Luke aparecía por mi despacho para volver a molestarme? Se me hizo un nudo en la garganta ante esa idea. Me sentí tan aliviada cuando por fin me libré de mi ex. Muchas parejas se empeñan en seguir siendo amigas después de romper. Yo, en cambio, no quería volver a ver a Luke en la vida.

¿Y qué había pasado?

¡Que ahora éramos compañeros!

¿Debería plantearme dejar el trabajo?

Qué tontería, Holly. Necesitas el empleo. Necesitas el dinero, necesitas esta oportunidad. ¿Dónde vas a trabajar si no? Te quedarías sin blanca en un abrir y cerrar de ojos y tampoco encontrarías otro puesto así como así. Como mucho algo como lo de Anthony, en un local de comida rápida cutre con un jefe tiránico de mal humor que te haga la vida imposible.

Eso no lo quería.

Ya había tenido suficiente de aquello.

Y, además, ¿por qué tenía que irme YO?

Porque Luke seguro que no se va a ir. Es el director general de Ashers.

¿Debería contárselo todo a Asher?

Esa pregunta era más difícil de responder. Asher y yo apenas nos conocíamos. Nos habíamos acostado una vez. Bueno, varias veces. Me puse roja al recordarlo. Entre nosotros había una atracción innegable. Pero no tenía ni idea de cómo era Asher en otros aspectos. Y Luke era, después de todo, su director general. Si uno tiene que elegir entre una aventura de cama y un director general, la cosa está clara, ¿no?

Le di mil vueltas al asunto. Quizá lo mejor fuera esperar unos días y ver cómo evolucionaban las cosas. Tal vez Luke hubiera recapacitado anoche y no volviera a molestarme. Entonces el problema se habría solucionado solo.

Eso no te lo crees ni tú, Holly. La gente cambia. A veces. Rara vez. Y, aunque lo hagan, no tanto. Luke, desde luego, no. Si hubiera cambiado, no te habría importunado ayer.

Antes de que pudiera seguir dándole vueltas al tema, me sonó el móvil. Me detuve y rebusqué en el bolso.

En la pantalla aparecía el nombre de Ashers.

—Buenos días —le saludé. Me sentía un poco insegura.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —De fondo ladraba Kingsley, y lo hacía tan fuerte que apenas entendía a Asher.

—¿Qué pasa? —exclamé. Sin querer, yo también había subido el tono de voz.

—¿Dónde estás? —gritó Asher al teléfono.

—De camino al trabajo —respondí—. ¿Llego tarde? —Inconscientemente pensé en Anthony. Él solía llamarme cuando me retrasaba.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —Volvió a oírse a Kingsley. Ladraba con la misma fuerza y persistencia que en nuestro primer encuentro.

—¿Puedes pasarte por aquí? ¡Necesito tu ayuda! ¡No deja de ladrar! —Asher parecía estar al borde de la desesperación.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —

—Eso... —Me tragué la respuesta que tenía en la punta de la lengua. Seguro que Asher le había llenado los cuencos a Kingsley para que tuviera comida y agua. Probablemente a Kingsley no le faltaba de nada. Excepto, quizás, su entorno familiar y el afecto de las personas que conocía.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —

—Voy para allá. Estaré ahí en unos minutos —anuncié. De hecho, no estaba lejos del apartamento de Asher y del bar en la azotea.

—Gracias. —El alivio en la voz de Asher era evidente.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —oí todavía antes de colgar y volver a ponerme en marcha rápidamente.

Asher tenía un problema con Kingsley. Y la primera persona a la que pedía ayuda era a mí. Esa idea me reconfortó el corazón. De verdad. También sentí un pequeño hormigueo en la piel. Pero, sobre todo, me invadió una sensación cálida en el pecho.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —

Pocos minutos después estaba ante la puerta de Asher. Y, como hacía unos días, podía oír a Kingsley alborotando y ladrando como un loco tras la puerta. Aquella vez el perro estaba solo, pero ahora Asher estaba claramente con él. Aunque no parecía servir de mucho.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —

Asher abrió la puerta. Sonreí al verle. Tenía el pelo tan despeinado como siempre. Por un momento, los ladridos de Kingsley pasaron a un segundo plano. Lo que más deseaba era hundir mis manos en el cabello de Asher. Los ojos oscuros de Asher recorrieron mi cuerpo de arriba abajo y volvieron a subir. Una chispa brilló en ellos cuando volvió a mirarme a los ojos.

¿Deseo?

Habría jurado que era deseo.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —

Kingsley apareció detrás de Asher. Tenía las cuatro patas firmemente plantadas en el suelo y ladraba con todas sus fuerzas.

—Lleva así toda la mañana. En realidad, desde las seis —dijo Asher, con un gesto de estrés en la mirada y el ceño fruncido.

Pasé por su lado. —Kingsley —le llamé con voz dulce y me agaché para ponerme a la altura del labrador.

—¡Guau! —ladró Kingsley. Pero solo una vez.

—¿Quieres ir a dar un paseo? ¿A que te dé un poco el aire y quizás ver a otros perros? —le pregunté animada.

—Salí fuera con él ayer. Pero fue terrible. Ladraba igual que aquí dentro y no paró de tirar de la correa. No tenía ni idea de qué quería o a dónde quería ir. Al final casi tuve que traerlo en brazos de vuelta. Simplemente no quería regresar —Asher suspiró profundamente y levantó las manos con impotencia—. Si llego a saber que esto era tan complicado...

—Probablemente quería ir a su casa —le sonreí a Kingsley y volví a incorporarme.

—¿A su casa? —Asher me miró confundido.

Señalé a Kingsley, que jadeaba. —A ver, tiene que adaptarse a un entorno completamente extraño. Ha perdido su hogar de un día para otro. Y no solo eso: la persona de referencia que lo ha cuidado todos estos años ya no está —Kingsley siguió jadeando, como si quisiera decir: *Por fin me entiende alguien.*

Asher me miró como si fuera la octava maravilla del mundo.

—¿Qué pasa? —me reí.

—Yo... nunca lo había visto así —Asher se rascó la cabeza, despeinándose todavía más—. Entonces los perros, en el fondo, no son tan distintos de los humanos.

—Claro que no —me encogí de hombros—. ¿Por qué iban a serlo? También son seres vivos, igual que nosotros.

Asher dio un paso hacia mí. —Gracias.

De repente, nuestros cuerpos volvieron a estar casi tan cerca como la noche en que me caí de la barra. O como en la tienda. O ayer en el despacho de Asher.

Tragué saliva.

Asher puso un dedo bajo mi barbilla y me la levantó ligeramente, de modo que no pude evitar su mirada. Sus ojos oscuros me fijaron y sentí que empezaba a sonrojarme.

—Eres alguien muy especial, ¿lo sabes? —dijo Asher en voz baja. Al oír su tono de voz, mi piel comenzó a hormiguear de nuevo. Esta vez era algo distinto. Mientras que otras veces la excitación había sido puramente física, esta vez parecía... más intensa. Me faltaban las palabras para describir con precisión lo que sentía.

—Gracias —repitió Asher y luego se inclinó hacia delante.

Me depositó un beso en los labios, tan leve y delicado como si no nos hubiéramos besado nunca. Como si fuéramos dos adolescentes tocándose por primera vez. Sus labios rozaban los míos y apenas parecían hacerme contacto. Ese tipo de cercanía, que prometía más de lo que daba, me volvía loca.

Tragué saliva.

Los labios de Asher eran como su cuerpo y como el resto de las caricias con las que me había deleitado toda la noche hace unos días. Suaves y firmes a la vez. Exigentes y sensuales. Sin darme cuenta, me puse de puntillas y me elevé hacia él. Su perfume masculino, con esa mezcla de sándalo y coco, me acariciaba la nariz. Varonil y fresco. Asher era un hombre de contrastes y probablemente por eso resultaba tan interesante.

Y entonces, sus labios se posaron por fin de lleno sobre mi boca.

Suspiré aliviada y apreté mi cuerpo un poco más contra el de Asher. El beso se volvió más intenso. Asher me rodeó los hombros con los brazos y me atrajo hacia sí.

Todo en mi interior gritaba: «Sí».

Sí, sí, sí, por favor, no pares.

Asher no paró.

Su lengua jugueteó ligeramente con mis labios e inmediatamente abrí la boca para dejarle paso. Mi corazón dio un vuelco. Cerré los ojos, gemí suavemente y me entregué por completo al beso. Mientras nuestras lenguas iniciaban una danza lenta y sensual, el hormigueo de mi piel se transformó en un ligero ardor. El calor subía por mi cuerpo. Y bajaba. Estaba en todas partes. Mi vientre se contrajo levemente y sentí cómo se extendía por mi interior un deseo como pocas veces había experimentado.

Pocas veces.

Más bien nunca.

Excepto con Asher.

Asher me pegó aún más a él. Ya no cabía ni un soplo de aire entre nuestros cuerpos. Frotaba mi pelvis suavemente contra la suya y podía sentir que él estaba tan excitado como yo. Entonces, dejé que mis brazos subieran y me aferré al cabello de Asher.

Por fin.

Se sentía tan bien.

Las manos de Asher se deslizaron por mi espalda hasta mis nalgas. Me agarró los glúteos con suavidad y los apretó. Se me escapó otro gemido, más fuerte que el anterior. Mis manos bajaron del pelo de Asher hacia sus hombros. Podía sentir sus firmes músculos y disfrutaba de sus movimientos ligeros.

Oh, Dios mío.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —En ese preciso instante, un fuerte ladrido resonó detrás de nosotros.

Asher y yo nos separamos bruscamente. Nos miramos sin aliento. Y entonces, ambos estallamos en una carcajada al mismo tiempo.

—Tienes toda la razón, Kingsley —comentó Asher—. Casi nos olvidamos de ti y eso no está bien. Perdónanos, por favor.

—Guau. Kingsley pareció satisfecho con la disculpa.

—Voy a buscar su correa —me ofrecí.

Media hora después, caminábamos juntos por un sendero de gravilla en Central Park. Asher llevaba a Kingsley de la correa y realmente tenía las manos ocupadas.

Negué con la cabeza, divertida.—Los dos peleáis demasiado entre vosotros.

—¿Qué? —Asher me miró desconcertado.

—Tú tienes que llevar el mando. No él. Por supuesto que tienes que escucharle. Si tiene que hacer sus cosas, pues las hace. Pero tú tienes el mando. Como con un niño pequeño —le expliqué a Asher.

Luego di unos pasos hacia delante y miré a Kingsley. —¡Sitz! —Al decir la palabra, pasé mi mano suavemente sobre la cabeza de Kingsley. El perro obedeció al instante y se sentó junto a Asher.

—¡Guau! —exclamó Asher asombrado.

Un grupo de jóvenes en bicicleta venía por el camino. Metían ruido, tocaban el timbre, se reían, hacían eses y se gritaban frases que no entendía. Observé a Kingsley.

—¡Sitz! —repetí para asegurarme.

Kingsley parecía inquieto, pero no se movió del sitio. Los jóvenes pasaron de largo.

—Realmente eres una encantadora de perros —volvió a asombrarse Asher. Sus ojos oscuros brillaron levemente cuando añadió—: Tienes que contarme tu truco. O darme una clase particular.

Clase particular.

Me puse roja de arriba abajo.

No hay motivo para eso, Holly. Acabas de besar a Asher como si no hubiera un mañana. Si Kingsley no hubiera ladrado, probablemente estarías ahora mismo en la cama con Asher.

Era innegable.

Me habría entregado a Asher así de nuevo, sin la menor duda. Pero cuando me invitaba a conocerle mejor, de repente sentía unos reparos inesperados. Sí, conocía mi cuerpo y parecía gustarle, incluso desearlo. Pero eso no significaba que realmente yo le importara.

Entonces deberías averiguar cuanto antes si es así, Holly. Antes de que acabes enamorándote de él irremediablemente.

Porque iba por muy buen camino para que eso ocurriera.

—Claro. Haremos una clase particular algún día —respondí entonces. Luego me reí—. Pero creo que ahora tenemos que ir a trabajar. Si no, nos echarán de menos.

Asher sonrió con picardía. —Bah, hemos tenido una reunión fuera. Está clarísimo.

Yo también me reí. Pero una parte de mí pensaba en qué diría Melania si supiera que Asher y yo habíamos tenido una "reunión fuera". Seguro que nada bueno. Y aún menos si supiera lo que Asher y yo habíamos hecho realmente en esa "reunión fuera". Pasear a un perro y besarnos intensamente.

—¡Holly! —Una voz conocida sonó a mi derecha.

Giré la cabeza.

Azra.

¿Qué hacía ella aquí?

—¿Qué haces aquí? —preguntó Azra en el mismo instante—. Pensaba que tenías un trabajo nuevo. ¿No deberías estar trabajando? —Sus ojos brillaban. Luego, su mirada se desplazó hacia Asher. Se quedó con la boca un poco abierta al verle.

Sonreí para mis adentros. —Lo mismo podría preguntarte yo.

Azra se rió. —Oh, yo no empiezo hasta mañana y estoy disfrutando de mi último día libre. ¿Y ustedes? —Escrutó a Asher con un interés evidente.

—Nosotros... acabamos de tener una reunión. —Utilicé la excusa que Asher acababa de dar. Si servía para Melania, también serviría para Azra. Señalé a Asher. Él es mi jefe.

—Oh. —Los labios de Azra formaron una "o". Parecía aún más asombrada que antes—. Entonces es...

—Asher Walton —se presentó Asher.

—¿Es usted el Asher? —chilló Azra. Cuando se calmó, miró a Asher con admiración—. Por fin le conozco en persona para poder decirle cuánto valoro y admiro su trabajo. Todas las mujeres de Nueva York conocen su tienda en línea. Y, si se me permite decirlo, muchísimas mujeres llevan por fin accesorios y joyas más bonitos, con más gusto y, además, económicos gracias a usted. Ya no sabríamos qué hacer sin *Asher's*. —Azra soltó una risita y añadió—: Lo digo en serio.

¿Estaba intentando ligar con Asher? Observé a Azra con desconfianza. A propósito no le había dicho dónde trabajaba. No era

asunto suyo. Pero ahora lo había descubierto. Por otro lado... tampoco era para tanto.

¿O sí?

De pronto recordé con pavor que Azra sabía que yo no había aprobado el examen. ¿Y si se lo decía a Asher?

Empecé a inquietarme.

Asher se limitó a asentir y no le dio más respuesta a Azra. No parecía impresionado por los halagos.

—Holly, no me habías dicho que trabajabas para Asher. —Azra sonaba ligeramente reprochadora. Hablaba conmigo, pero le sonreía a Asher. Se dirigió a él—: Es un honor conocerle. Tengo tantas preguntas que hacerle.

—Lástima que no tenga tiempo de charlar detenidamente con usted. —Asher siguió sin inmutarse—. Tengo que llevar a mi perro a casa. —Luego miró de Azra a mí y viceversa—. Al menos espero ser capaz de. No se me dan muy bien los perros, la verdad. Pero Holly también me ha ayudado increíblemente en esto. —Ahora le sonrió a Azra—. Es una mujer polifacética, ¿verdad?

—Oh, sí, lo es —respondió Azra sin dudarlo. La miré asombrada. Nunca habría creído oír tales palabras de su boca.

¿Lo decía en serio?

¿Había "ascendido" a sus ojos por trabajar para Asher?

Podía pasar perfectamente de una "amiga" así.

Entonces Azra se agarró a mi brazo. Y Asher dijo: —Creo que Kingsley y yo nos adelantaremos. —Me dedicó un gesto con la cabeza—. Así puedes vigilarnos y ustedes dos pueden charlar un poco sin que yo las moleste. Si oyes ladridos fuertes, igual necesito ayuda. —Con eso, Asher se dio la vuelta y se fue con Kingsley hacia la salida.

Quería dejarme tiempo a solas con mi amiga.

Qué intención tan maravillosa. Al menos así no había peligro de que Azra se fuera de la lengua y Asher se enterara de que no tenía el título.

Pero, a pesar de todo, Azra no era mi amiga y yo tampoco quería pasar tiempo con ella.

Preferiría haber ido al lado de Asher.

Capítulo 18 Asher

—¿Pero qué puñetera mierda es esta? —Me quedé mirando la gran pantalla que colgaba sobre la puerta de mi despacho. Allí se mostraba permanentemente el sitio web de nuestra tienda. La pantalla estaba configurada para que la página se actualizara automáticamente cada cinco minutos. Así podía seguir en todo momento las ofertas y promociones que mejor funcionaban. Por supuesto, Ron consultaba conmigo todo lo importante de antemano, pero en lo que respectaba a la ejecución, le daba total libertad. Si una promoción no funcionaba, podía terminarla antes de tiempo y lanzar otra cosa en su lugar. Lo mismo se aplicaba a los productos promocionados de forma especial y, en general, a todos los productos ofrecidos. Teníamos criterios estrictos sobre qué productos permanecían en nuestro catálogo y cuáles no. No quería vender trastos invendibles en *Asher's*. Eso habría arruinado nuestra reputación y habría sido agua para el molino de gente como Ryker o Mr. Owens. Entonces no seríamos mejores que cualquier tienda china de baratijas.

Algo que, a ojos de Ryker y Mr. Owens, no éramos de todos modos.

Sí, así que me mantenía al tanto de lo que pasaba en *Asher's* con la ayuda de la pantalla. Ron me informaba a posteriori y me explicaba los motivos de sus decisiones. Hasta ahora, nunca había tenido que criticar nada ni intervenir.

Miraba la pantalla varias veces al día.

Como justo en este momento.

La pantalla estaba en blanco.

Arriba parpadeaba un mensaje de error.

Nuestra web no estaba disponible.

Me puse en pie de un salto. Algo así no debería ocurrir en absoluto. Precisamente por eso contaba con un gran departamento de informática. No tenían otra cosa que hacer que asegurar la disponibilidad del sitio web y defendernos de ataques de hackers externos. Sí, también se encargaban de los ordenadores de aquí, de la sede. Pero realmente había personal suficiente para ambas cosas.

El departamento de informática estaba a cargo de Luke.

Le daría exactamente cinco minutos más. En cinco minutos, la web volvería a cargarse. Y para entonces esperaba que el problema estuviera resuelto.

Caminé nervioso de un lado a otro de mi despacho mientras miraba hacia fuera por el gran ventanal panorámico. Muy por debajo de mí, el tráfico de Nueva York rugía como si nada. Frente a mí se extendía el perfil de la ciudad con el Empire State Building, el Chrysler Building, la Central Park Tower y todos los demás rascacielos. Esa

vista normalmente me alegraba y me calmaba. Podía pasar mucho tiempo contemplando el horizonte urbano. Era mi inspiración y a menudo desarrollaba nuevas ideas para *Asher's* simplemente estando junto a la ventana y disfrutando de las vistas. Funcionaba mucho mejor que estar sentado estúpidamente ante el escritorio esperando a que llegara una idea. Pero ahora miraba hacia fuera, al cielo azul de verano, con indignación.

¿Por qué la ciudad estaba tan tranquila? Una tormenta habría encajado mucho mejor con mi estado de ánimo. En mi interior se estaba fraguando una tempestad.

Cálmate, Asher. Quizá la página vuelva a estar en línea enseguida y todo esto no signifique nada.

Quizá.

¿Y si no?

¿Y si significaba algo?

Primero la tienda de la competencia y ahora nuestra página caída.

¡La tienda de la competencia!

De tres zancadas volví a mi escritorio. Entré en la copia de mi sitio web. Y entonces apreté el puño.

¡Por supuesto!

Esa maldita cosa seguía en línea. Probablemente el tipo estaba vendiendo el doble de lo habitual en este momento. Probablemente

estaba haciendo el negocio de su vida mientras nosotros perdíamos cada segundo más dinero del que quería imaginar.

Los cinco minutos habían pasado.

La pantalla sobre mi puerta seguía en blanco.

Para asegurarme, introduje nuestra URL en el navegador de mi ordenador. Recibí el mismo mensaje de error. Nuestra página no era accesible.

Tan rápido como pude, cogí el auricular del teléfono.

—Sí... —respondió Luke con desgana.

—Ven aquí inmediatamente —ladré al auricular.

—Vale, vale —dijo Luke—. ¿Qué pasa ahora?

—Te lo diré en cuanto llegues. Ven. —Colgué sin decir una palabra más. Yo no controlaba la forma de trabajar de Luke. Nada más lejos de mi intención. Ambos éramos hombres adultos que sabíamos lo que hacíamos. Luke rendía bien y tenía buenas ideas. Pero el hecho de que ahora pareciera que acababa de interrumpirlo en una partida de billar o de dardos me indignaba de todos modos.

—Vaya, Asher. —Dos minutos después, la puerta del despacho se abrió—. ¿A qué vienen tantas prisas? Cualquiera diría que tenemos que evacuar el rascacielos porque hay un incendio o algo así. —Luke me miró sonriendo. Tenía las manos en los bolsillos—. ¿Cuál es el problema?

Hice un gesto hacia la pantalla sobre la puerta.

Luke entró, cerró la puerta, se dio la vuelta y leyó el mensaje de error. Luego se volvió de nuevo hacia mí. —Probablemente solo sea un fallo de la pantalla. ¿Has hecho que lo comprueben?

Sin decir palabra, señalé los monitores de mi escritorio. Luke se acercó por detrás de mí. Luego observó el mismo mensaje de error una vez más. —¡Maldita sea! —murmuró.

Tuve que reprimir un bufido. ¿Maldita sea? ¿Nuestra página estaba caída y todo lo que mi director general tenía que decir era «maldita sea»? ¿Como si se le hubiera caído un clip?

—¿Puedo? —Luke señaló el teléfono de mi escritorio.

—¡Por favor! —dije y me levanté.

Luke marcó un número. —Jamie. La web está caída.

Jamie era nuestro jefe de informática. Informaba directamente a Luke.

Al otro lado de la línea oí un torrente de palabras excitadas.

—¿Cuánto tiempo tardará? —preguntó Luke.

Luego: —¿Cómo es que no lo sabes?

De nuevo otro torrente de palabras.

—Avísame de inmediato —exigió Luke y colgó.

Luego se volvió hacia mí. —Un ataque de hackers —dijo entonces.

—¿Un ataque de hackers? —repetí—. Pensaba que habíamos tomado todas las medidas de seguridad necesarias.

Luke se encogió de hombros. —Los hackers son buenos. A menudo se pasan día y noche en esto. Si tienen un objetivo, no lo dejan estar.

—¿Pero por qué querría alguien hackearnos a nosotros? —pregunté. En ese mismo instante volvió a asomar el pensamiento que había tenido antes. ¿Tendría este asunto algo que ver con la tienda web de la competencia?

¿Pero quién querría arruinarme y acabar conmigo de este modo?

—¿Que por qué alguien querría hackearnos? Puede haber muchas razones. —Luke se encogió de hombros—. Si en el mundo hacker se considera que una página es difícil de acceder, quien lo consigue es un héroe.

—Pero por eso la página no tiene por qué estar caída eternamente. —Fruncí el ceño. Luke era el experto en informática, pero yo sabía muy bien que era posible conseguir acceso a un sistema, documentarlo y luego simplemente volver a desaparecer.

¿Por qué nuestro hacker no había hecho eso, sino que había inhabilitado nuestra página?

El teléfono volvió a sonar.

—¿Sí? —Luke descolgó y escuchó otro torrente de palabras al otro lado.

—De acuerdo —dijo luego y colgó. Volvió a fruncir el ceño y se dirigió a mí—. ¿Crees que es posible que Mr. Owens haya encargado algo así?

¿Mr. Owens? ¿El presidente de la asociación de joyeros? Sacudí la cabeza. —¿Por qué iba a hacer eso?

—Nuestra tienda siempre le ha parecido un estorbo. Nunca quiso que estuviéramos aquí. —Luke me miró de forma significativa.

—Es verdad. Pero tampoco nos ha tomado nunca en serio. ¿Hackearías a alguien a quien ni siquiera te tomas en serio? —Me rasqué la cabeza. Para hackearnos, Mr. Owens habría tenido que hacer un esfuerzo enorme. Encontrar a un hacker que pudiera hacer el trabajo. Borrar todas las pistas, porque si se supiera que el presidente de la asociación de joyeros de Nueva York hacía algo así, su reputación quedaría arruinada para siempre. Y también perdería su puesto.

No, no podía imaginarme que Mr. Owens corriera semejante riesgo.

¿Ryker?

Él quizá fuera más probable. Tenía menos que perder y seguramente encontraría a un hacker con más facilidad que el convencional Mr. Owens. Ya había pensado en él hacía unos días, cuando reflexioné sobre quién podría estar detrás de la tienda de la competencia.

—¿No sabes lo que piensan en realidad? —Luke no abandonó su teoría tan fácilmente—. Si impiden que la gente nos compre, hay más clientes para sus miembros. Todos se benefician. ¿Quién sabe? A lo mejor se han unido todos para mandar hackear nuestra página?

Un complot. ¿Mr. Owens y Ryker juntos?

Podía imaginarme perfectamente a Ryker en ese papel. Pero eso podía deberse simple y llanamente a que, de todos modos, no lo tragaba. Tenía que ser un poco objetivo en esto, o si no me estaría poniendo la zancadilla a mí mismo.

Mr. Owens me parecía totalmente inadecuado como jefe de una mafia de joyeros que quisiera echarme del negocio.

—Sigo sin poder imaginármelo del todo —repliqué.

—Eso suele decir la gente. Hasta que ocurre. —Luke sonrió—. Probablemente eso mismo le dijo José a la Virgen María cuando le comunicó que estaba embarazada.

—Ja, ja —dije. El chiste insulso de Luke no me animó lo más mínimo.

—¿Por qué no llamas simplemente a Mr. Owens y le preguntas? —propuso Luke ahora.

Me lo pensé.

Luego me encogí de hombros. —¿Y por qué no?

Cogí de nuevo el auricular del teléfono.

—Owens. —Ya al segundo tono respondió el presidente.

—Habla Asher Walton. —Esperé.

—¿A qué debo el honor de su llamada? —La ironía en la voz de Mr. Owens era innegable.

—Tenemos un problema con nuestro sitio web y con una tienda de la competencia. —Ya que llamaba, podía abordar ambos temas. Estaba seguro de que estas cosas estaban relacionadas.

—Nosotros no somos responsables de algo así. —Mr. Owens soltó una breve carcajada—. Usted ni siquiera es miembro de nuestra asociación. Por supuesto, ayudamos gustosamente a nuestros miembros en situaciones de emergencia. Pero no a cualquiera que simplemente llame. ¿A dónde iríamos a parar? No somos un servicio de información ni un teléfono de la esperanza.

Apreté los dientes. Mr. Owens no debía de tener un buen día o yo simplemente lo había pillado en un mal momento.

—Sospechamos que alguien que quiere perjudicarnos ha lanzado un ataque de hackers contra nosotros y ha copiado nuestro sitio web. —Detrás de mí, Luke contuvo el aliento. Es verdad, aún no le había contado a mi director general lo de la tienda de la competencia.

—Le repito con gusto: eso no es asunto nuestro. —En la voz de Mr. Owens se había colado una ligera aspereza.

—¿Y si es uno de sus miembros quien quiere perjudicarnos? La sospecha es muy evidente. —La actitud despectiva de Mr. Owens me sacó tanto de mis casillas que expresé mi sospecha —o mejor dicho, la sospecha de Luke— de forma más directa de lo que pretendía. Al menos me cuidé de no acusar al propio Mr. Owens.

—¡Esa es una insinuación infame! —Mr. Owens fue alzando la voz a medida que hablaba—. ¿Cómo se atreve siquiera a afirmar algo así?

¿Cómo se le ocurre semejante idea? Si sus propios empleados son demasiado incapaces para gestionar un sitio web como es debido, ¡debería empezar por limpiar su propia casa antes de acusar a personas inocentes! —Para entonces, Mr. Owens estaba gritando.

—¡Ajá! —respondí con dureza pero con calma. Me levanté y empecé a dar pasos junto a mi escritorio, pasando el peso de una pierna a otra. De alguna manera tenía que deshacerme de mi inquietud. Pero no quería gritar como Mr. Owens. En estas situaciones, era fundamental mantener la cabeza fría—. ¿Y usted cree probablemente que uno de mis propios empleados ha copiado mi sitio web y luego ha abierto una tienda propia con el objetivo de expulsarme del mercado?

En ese instante, Luke volvió a aspirar aire bruscamente detrás de mí. Sonó diferente a lo de antes. Nunca le había oído hacer un ruido así.

Me di la vuelta.

Entonces Mr. Owens me espetó al oído: —¿Por qué no? Esas cosas ocurren de vez en cuando. Al fin y al cabo, también hay contables que estafan dinero a su propia empresa. Todo ha pasado alguna vez. —Bufó.

Luke me dio un toque en el hombro. Levanté la vista.

El sitio web volvía a estar en línea.

En la pantalla sobre la puerta se veía la imagen habitual. Nuestra tienda.

Inspiré profundamente y luego solté el aire con rapidez. No me había dado cuenta de lo tenso que estaba. Solo lo noté ahora.

Aliviado, sonreí a Luke y levanté el pulgar.

Por eso había hecho ese ruido tan raro.

—NOSOTROS no vamos a dejar que usted nos acuse. Si sigue desprestigiándonos, nuestro abogado se pondrá en contacto con usted y conseguirá que no pueda seguir difundiendo tales rumores. —Mr. Owens estaba ejerciendo presión ahora.

O al menos lo que él consideraba presión.

Tenía una respuesta mordaz en la punta de la lengua. Al fin y al cabo, no había difundido ningún rumor, sino que había llamado directamente a Mr. Owens y lo había confrontado con mi sospecha.

O mejor dicho, la sospecha de Luke.

Sacudí la cabeza. De repente me pareció que se me había pasado algo por alto. Alguna pieza del puzle que no encajaba del todo, pero que era importante. —Entendido, Mr. Owens —repliqué simplemente —. Le deseo que pase un buen día.

Apenas hube colgado, el teléfono volvió a sonar.

—¿Sí? —ladré al aparato. Medio esperaba oír la voz de Mr. Owens.

—Mr. Walton, soy Jamie. —Mi jefe de informática—. Solo quería informarte de que la página vuelve a estar en línea. Estamos rastreando el ataque hacker, pero no hay muchas posibilidades de que descubramos de dónde vino. Esta gente es demasiado buena. Se cubren las espaldas mil veces y utilizan todos los canales posibles.

Esa no era la noticia que quería oír. Pero, aun así, lo esperaba de algún modo.

—Gracias —respondí solamente y colgué.

—Entonces ya está todo en orden de nuevo. —Luke se puso dos dedos en la frente y se dio un ligero golpecito en la cabeza—. Si es así, me vuelvo al trabajo.

Me quedé mirando a mi director general.

¿Todo en orden?

Desde luego, se podía ver así.

La página volvía a estar en línea y no podríamos hacer mucho contra la tienda de la competencia.

Pero aun así.

Estaba más convencido que nunca de que estas dos cosas tenían que estar relacionadas de alguna manera. Y hasta que no descubriera cómo estaban conectadas exactamente y quién estaba detrás, no tendría ni un minuto de tranquilidad.

Además, AHORA todo volvía a estar en orden. ¿Pero quién me decía que seguiría siendo así? ¿Quién me garantizaba que no se lanzaría un nuevo ataque hacker? ¿O alguna otra campaña con el objetivo de perjudicar a *Asher's*, amenazar nuestra facturación y arruinar nuestra imagen?

Nadie.

Nadie podía garantizarlo.

Pero estaba bastante seguro de que la otra parte no se rendiría tan fácilmente.

Fuera quien fuese la otra parte.

Eso era lo primero que tenía que averiguar.

Volví a coger el auricular. Esta vez marqué el número de mi amigo Hayes. —Necesito un detective privado. Es urgente. Y tiene que ser bueno y discreto.

—Sin problema —anunció Hayes alegremente.

No, no me daría por vencido TAN fácilmente.

Capítulo 19 Holly

—Un paquete para usted. Justo cuando abría la puerta de casa para ir al trabajo, el mensajero estaba frente a mí.

¿Tan temprano?

Normalmente, los mensajeros venían por aquí a horas intempestivas para entregar su mercancía. Así podían estar seguros de encontrar a alguien cuando se trataba de direcciones particulares. Durante el día, se repartía sobre todo a direcciones de empresas. Había barajado la posibilidad de pedir que me enviaran el paquete al trabajo. Pero me habría dado vergüenza que Melania descubriera que hacía pedidos privados a *Asher's*.

Pedidos privados de galletas de chocolate.

En el paquete había suministros de TimTams para un mes, que había pedido sin pensármelo dos veces en una tienda online. Desde que trabajaba, no podía permitirme el lujo de ir probando suerte de supermercado en supermercado buscando las galletas australianas.

Pero tampoco quería renunciar a mis queridísimas galletas. Así que, hace unos días, había rastreado internet. Allí se podía pedir de todo.

¿Por qué no también TimTams?

En la mayoría de las tiendas online, las galletas estaban agotadas. Por supuesto. El problema de producción del que me había hablado la empleada del supermercado también afectaba a las tiendas online. Todas recibían sus TimTams de Australia y, si la producción allí se detenía, no se enviaban galletas a ninguna parte. Pero, tras buscar un poco, encontré una tienda en la que todavía tenían TimTams disponibles. Pedí una cantidad considerable de inmediato y, desde entonces, había estado esperando el envío con ilusión.

—Gracias —dije, aceptando el paquete del mensajero. Cerré la puerta de nuevo y llevé mi valiosa carga a la cocina.

—¿Qué es eso? —Josie todavía no sonaba muy despierta. Acababa de servirse su primera taza de café y, antes de eso, no solía estar muy sociable—. ¿Más joyas?

Hacía unos días, la universidad me había devuelto las piezas de joyería que me había dejado en la sala de exámenes. Las había guardado en el fondo de mi armario. No quería volver a pensar en ello. Ahora tenía un trabajo. Todo era diferente. Todo iba a ir a mejor.

—Son TimTams —dije con entusiasmo. Abrí el paquete con impaciencia. Sí, en realidad tenía que irme a trabajar, pero podía permitirme llegar un poco más tarde. Asher no era nada estricto y Melania me miraría con desaprobación de todas formas, llegara cuando llegara. Por desgracia, en los últimos días había estado tan desagradable conmigo como siempre. Pero eso ya me daba igual. El

trabajo me gustaba muchísimo y los demás compañeros eran todos amables conmigo.

Tal vez incluso compartiría un paquete de TimTams con ellos.

O solo con Asher.

En los últimos días solo nos habíamos visto brevemente, ya que Asher había tenido varias citas fuera. A veces había estado en la oficina, otras no. Pero cuando estaba allí, sus ojos oscuros se clavaban inevitablemente en mí y sentía un hormigueo en la piel. Me había esforzado por no dejar que se notara el calor que se extendía por mi cuerpo en cuanto Asher estaba cerca. Habíamos reído y bromeado como si fuéramos dos viejos amigos. Casi se sentía un poco así. Como si nos conociéramos de toda la vida. Sí, existía esa atracción entre nosotros, pero al mismo tiempo había algo más...

—Venga, ábrelo ya. Hasta la somnolienta Josie se había dado cuenta de que mis pensamientos estaban en otro lugar.

Hice lo que me decía y metí la mano en la caja, bajo la gran capa de papel que había en la parte superior del paquete.

Qué raro. El paquete que tenía ahora en la mano se sentía muy diferente a los paquetes de TimTam. No era el mismo papel ni tampoco el mismo tamaño.

Saqué el paquete de galletas.

Y entonces contuve el aliento con decepción.

Aquello no eran TimTams.

El paquete se veía totalmente distinto. También ponía un nombre completamente diferente. Y la galleta que aparecía en la foto del paquete no era una TimTam.

—Pero si eso no son TimTams —comentó ahora incluso la somnolienta Josie. Para entonces, su café ya estaba listo y se sirvió una taza—. —Qué bien sienta —murmuró tras dar el primer sorbo con cautela. Con cautela, porque el café todavía estaba muy caliente. Pero Josie, como cada mañana, apenas podía esperar.

—Esto... —No sabía qué decir. Saqué a toda prisa todos los paquetes de galletas de la caja.

No había ni un solo paquete de TimTams.

Solo galletas americanas que recordaban mucho a las galletas de mantequilla con una doble capa de chocolate. Galletas duras que no se volverían cremosas y suaves si las mojaba en el té o en el café.

Bajo los paquetes estaba el albarán de entrega. Lo saqué. Debajo de la cantidad de paquetes entregados y la dirección, había un párrafo en letra pequeña.

Puesto que el producto solicitado «TimTam Original» ya no está en stock, nos permitimos, de acuerdo con nuestros Términos y Condiciones Generales, suministrar un sustituto adecuado. La rescisión del contrato tras la entrega ya no es posible según nuestros Términos y Condiciones Generales. Le deseamos buen provecho y esperamos su próxima compra con nosotros.

—Vaya banda de... —solté, reprimiendo la palabra que tenía en la punta de la lengua.

—¿Qué pasa? —preguntó Josie. Ahora me miraba ya despierta.

—Simplemente han enviado otra cosa. Por lo visto, en sus Términos y Condiciones Generales dice que pueden hacerlo —. Arrojé furiosa el albarán sobre la mesa junto a los paquetes de galletas.

—¿No los leíste? —quiso saber Josie.

—Claro que no —resoplé—. ¿Quién se lee cinco páginas de letra pequeña para pedir unas galletas? Yo no, desde luego.

—En eso tienes razón —gruñó Josie. Cogió uno de los paquetes—. Conozco esta marca. Por desgracia, no saben especialmente bien —. Se rió entre dientes—. —Quizá puedas dárselas a los patos de Central Park.

A mi pesar, tuve que reír y me sentí agradecida a Josie, una vez más, por haberme animado. —Ya se me ocurrirá algo.

Seguía sin tener mis TimTams.

Cuando salí del ascensor tres cuartos de hora más tarde y me dirigí a mi despacho, todavía estaba pensando en mis galletas. Todo esto se estaba convirtiendo en una farsa. ¿Tan difícil podía ser conseguir unas galletas? ¿Cuánto tiempo podía estar parada la producción de allí?

Choqué contra un hombre.

Contra un hombre atlético.

Contra un hombre que olía como Asher. A coco y madera de sándalo.

Alcé la vista y me encontré con un par de ojos oscuros. Por encima de ellos, una mata de pelo maravillosamente desordenada.

—Vaya —exclamó Asher, dando medio paso atrás—. Como siempre, vas a toda prisa —. Se rió—. Lo de la tienda con la cola no debió de ser casualidad. Y todo lo demás tampoco. Siempre vas corriendo de un lado a otro —. Volvió a reír—. Buenos días, Holly.

—Buenos... Buenos días —tartamudeé. Se me encendieron las mejillas.

Maldita sea, Holly, ¿tienes que ponerte roja siempre que Asher se te acerca?

—Precisamente iba a ver cómo te iba todo. Pero me he dado cuenta de que aún no habías llegado —. Asher señaló hacia atrás. Debía de acabar de salir de mi despacho.

—Oh, yo... hoy me he entretenido y por eso llego un poco más tarde de lo habitual —. Mis mejillas se calentaron aún más.

—No te preocupes por eso —. Asher se rió—. Estamos en el siglo XXI. Para nosotros lo importante es que hagas tu trabajo. No miramos el reloj ni esperamos que seas puntual al minuto. Esto no es una fábrica con turnos donde tengas que relevar a compañeros.

Respiré aliviada. Por supuesto que sabía que yo le caía bien a Asher. Pero bajo ningún concepto quería parecer que me aprovechaba de ello y que no hacía mi trabajo. No quería dar esa impresión ante Asher, ni tampoco ante mis compañeros.

—Y luego quería... —Asher se acercó un poco más a mí y se inclinó hacia delante. Nuestros cuerpos casi se tocaban. Aquello me

excitaba tanto como cada vez que nos habíamos tocado. Era como si el aire entre nosotros estuviera cargado de electricidad. En mi interior también reinaba una tensión casi insoportable.

Miré a los ojos oscuros de Asher y vi allí... la misma tensión. Se veían oscuros, como siempre. Pero en el punto más profundo de su pupila destelló algo.

¿O era solo mi imaginación?

—Hace mucho que no nos vemos —. Asher se inclinó un poco más y me susurró al oído—: Te he echado de menos —. El aliento caliente de Asher rozó mi oreja.

Cerré los ojos. —Yo a ti también —susurré.

Entonces sentí la mano de Asher en mi cuello. —Esta piel... —murmuró. Luego dejó caer la mano de nuevo. Volví a abrir los ojos. La mirada de Asher era aún más oscura que antes. —Tengo que contenerme —dijo.

Se me escapó una risa nerviosa.

Asher seguía muy cerca de mí. —Cada vez que te veo, es como si estuviéramos de nuevo en el bar y tú estuvieras frente a mí sobre el mostrador y...

Me puse roja.

Asher no siguió hablando, pero no hacía falta. Recordaba muy bien lo que había pasado después.

—Vaya, vaya, tortolitos. ¿Ya no podéis separaros el uno del otro? — Una voz ligeramente desagradable a mis espaldas nos interrumpió.

Me di la vuelta.

Luke.

Ante mí estaba mi ex, con una sonrisa burlona y odiosa.

—Buenos días, Luke —. Asher estaba detrás de mí y su tono era totalmente neutral. En ese momento me habría encantado ver sus ojos en lugar de estar a merced de la mirada de Luke. Mi ex me examinó sin pudor. Estaba segura de que se dio cuenta perfectamente de mis mejillas rojas. Sus ojos recorrieron mis pechos, mi cintura y mis piernas, para volver a detenerse en mi pecho. Luke siguió sonriendo, como si quisiera decirme que sabía perfectamente cómo era yo desnuda y que recordaba nuestras noches juntos.

Tragué saliva.

Me gustaba trabajar aquí. Pero a Luke preferiría no haberlo vuelto a ver jamás. Sabía que tenía un puesto importante. Probablemente no se iría nunca. Y yo no podía irme.

Además, no quería irme. Tenía a Asher a mis espaldas y ya era más importante para mí de lo que Luke lo había sido nunca.

Ese pensamiento me asustó.

¿Te has vuelto loca, Holly?

Pero al sentir la cercanía de Asher, me tranquilicé de golpe. Quizá fuera impulsiva, pero desde luego no estaba loca.

—Hoy es mi cumpleaños —. Luke nos miró a Asher y a mí de forma desafiante.

¿El cumpleaños de Luke? Fruncí el ceño. ¿Era cierto? Ya no podía recordarlo. ¿Acaso había sabido alguna vez la fecha de su cumpleaños? No habíamos estado juntos mucho tiempo. Quizá nunca lo mencionó. O lo hizo, pero como ya nos habíamos separado, la fecha no se me quedó grabada.

O lo has olvidado porque olvidas todos los cumpleaños, Holly. Ni siquiera te acordaste del gran día de Josie.

Me invadió un ligero sentimiento de culpa. ¿Cómo había podido olvidarme de Josie?

—Felicidades —dijo Asher y se puso a mi lado. Extendió la mano. Luke la tomó y la estrechó con fuerza—. Tenía pensado pasarme luego a felicitarte.

—Felicidades —logré decir con esfuerzo y, por si acaso, di un paso atrás. Bajo ningún concepto quería tocar a mi ex.

—Lo celebro esta noche y, por supuesto, estás cordialmente invitado —. Luke dirigió estas palabras a Asher. Luego me miró con aire condescendiente—. Y si Holly va a ser tu acompañante, ella también es bienvenida, por supuesto —. Luke volvió a sonreír de oreja a oreja.

Tragué saliva. Me habría encantado decirle que declinaba la invitación con sumo gusto.

—Iremos encantados, gracias —. Antes de que yo pudiera decir nada, Asher había aceptado la invitación.

Y había dicho «IREMOS».

Esta vez no solo se me calentaron las mejillas, sino todo el cuerpo.

—Entonces, hasta la noche. Para mi alivio, Luke se marchó de inmediato.

Asher se volvió hacia mí. —Espero no haberme precipitado.

Negué con la cabeza. ¿Debía confesarle ahora a Asher que Luke era mi ex? Hasta ahora no lo había mencionado.

Ya era hora.

Respiré hondo.

Asher echó un vistazo a su reloj. —Oh, Dios, tengo una reunión ahora mismo. Me tengo que ir volando. Lo siento, Holly —. Y con eso, se marchó apresuradamente.

Le seguí con la mirada.

Bueno, pues se lo diría esta noche.

O en otro momento.

Suspiré profundamente y entré en mi despacho.

Mi jornada de trabajo hoy no iba a ser tan sencilla como pensaba.

Horas más tarde, Asher pulsó el botón del timbre.

Así que aquí vivía Luke. Era la primera vez que estaba ante su puerta. Nunca me había revelado dónde vivía ni dónde trabajaba. Sonreí un poco al pensar que me estaba enterando de todo ahora. Ahora, que me resultaba completamente indiferente.

—En realidad, preferiría estar contigo en mi casa —murmuró Asher a mi lado.

¿Qué?

Apenas tuve tiempo de procesar sus palabras, y mucho menos de pensar en una respuesta.

—Este tipo de fiestas no me van nada, y Luke y yo no somos amigos fuera del trabajo. Nunca celebramos nada juntos ni hacemos planes entre colegas. No sé por qué me ha invitado esta vez —reflexionó Asher.

Respiré aliviada.

Asher y Luke no eran amigos.

Menos mal.

Y entonces quizá podría decirle ahora a Asher que Luke y yo, en el pasado...

Pero antes de que pudiera pensar en las palabras exactas, la puerta se abrió ante nosotros.

—Aquí están mis invitados favoritos —. Luke mostró los dientes en una sonrisa forzada—. Pasad, pasad. Hizo un gesto de invitación. Asher me empujó suavemente hacia el interior de la vivienda. Me habría encantado dar media vuelta y pedirle a Asher que nos fuéramos y me llevara con él a su casa. Pero no quería provocar una escena, así que pasé junto a Luke sin tocarlo.

Luke acaparó a Asher de inmediato y se puso a hablar con él como si yo no estuviera allí. Me miré de arriba abajo. Llevaba un vestido azul con adornos de encaje que había rescatado de mi armario. Cuando me había mirado al espejo en casa poco antes, me había sentido guapa. Pero ahora me sentía más bien fuera de lugar.

No deberías haber venido, Holly. Oficialmente no eres nada de Asher y, si no hubieras estado por casualidad en el pasillo, Luke ni siquiera te habría invitado.

Caminé por la casa. No era un Penthouse ni tampoco tan grande como el piso de Asher, pero para los estándares de Nueva York era enorme. En la cocina habían montado un bufet y un diligente camarero iba de un invitado a otro con una bandeja llena de copas de champán. Luke debía de haberlo contratado expresamente para esta noche. Un gesto tan presuntuoso era típico de él.

—¿Señora? —preguntó el camarero deteniéndose ante mí.

Asentí. —Gracias —respondí, y cogí una copa de champán.

Luego eché un vistazo a mi alrededor. No me sonaba ninguna cara. Por aquel entonces nunca conocí a los amigos de Luke. Esperaba

que hubiera algunos colegas presentes, pero no reconocí a nadie.

—Tan guapa como siempre —. Una mano se posó en mi hombro y bajó por mi brazo desnudo. No era la mano de Asher.

Di un salto a un lado, asqueada.

Luke soltó una carcajada. —Oh, Holly, no seas así. No es como si no conociera perfectamente tus gemidos o no supiera cómo son tus pezones o tu coño —. Sonrió de forma lasciva—. Jodidamente sexy. Por eso casi se puede olvidar que todavía tienes ese lunar —. Luke miró brevemente mi boca. Luego volvió a mirar mis pechos—. Pero no importa. Simplemente seguía mirando más abajo. Es una vista mucho más agradable. Tienes exactamente la talla de copa perfecta.

Luke volvió a acercarse a mí. Yo me alejé. Luke seguía siguiéndome. —Ahora que nos vemos a diario, seguro que surge alguna que otra oportunidad...

Divisé a Asher en el otro extremo de la sala. Y en ese momento tuve suficiente. No iba a aguantar las estupideces de Luke ni un minuto más. Iba a contárselo todo a Asher ahora mismo.

—Déjame en paz —le siseé a Luke y me alejé.

—Holly. Asher me sonrió cuando aparecí a su lado. —Siento no haberte prestado atención, pero Luke no paraba de hablar. No me he dado cuenta de cuándo has pasado dentro y de repente te he echado de menos.

—Oh —. No esperaba un comentario así.

—¿Tienes hambre? Podríamos ir a la cocina a picar algo. Los canapés tienen muy buena pinta —. Asher me miró con atención. No estaba acostumbrada a que me trataran así.

—Yo... —En realidad tenía hambre. Pero más urgente aún era confesarle por fin a Asher que Luke y yo habíamos sido pareja. Y que Luke estaba intentando propasarse conmigo de nuevo.

O más bien, que me estaba acosando.

Sí, acosando.

—Estás un poco pálida —. Asher me miró con preocupación.

—Quería decirte que... —Miré a mi alrededor con cautela. No quería que otros invitados se enteraran de lo que iba a decirle a Asher. Pero no había nadie cerca de nosotros—. Verás, Luke... —No sabía cómo empezar.

Asher suspiró. —A veces puede ser muy especial. Y los cambios no le sientan nada bien. Pero no le des más vueltas —. Asher se encogió de hombros.

—No, no es eso —. Intenté empezar de nuevo. Pero antes de que pudiera explicar mi problema, Luke se separó del pequeño grupo de personas al otro lado de la sala y se acercó a nosotros.

—Asher. Tengo que hablar contigo urgentemente. Antes nos han interrumpido y no he tenido ocasión de contarte mi última idea. Creo que podría ser un verdadero hito para *Asher's*.

—¿No puedes esperar hasta mañana? —Asher me dedicó una mirada de disculpa.

—No, en la oficina nunca estamos tranquilos. Lo mejor será que pasemos un momento al despacho de al lado. Allí podré explicártelo todo —. Sin dignarse a mirarme, Luke agarró a Asher del brazo y se lo llevó con él.

Asher se volvió para mirarme. Sus labios articularon un «lo siento».

Me quedé sola.

Al menos me había librado de Luke.

Pero también de Asher.

Nuestra velada juntos en su casa parecía más lejana que nunca.

Capítulo 20 Asher

Plof.

Plof.

Plof.

Fuera.

La bola de fieltro amarillo había volado de un lado a otro de la red un par de veces antes de que Ryker la mandara fuera.

Hoy era el gran día. Se jugaba la final del Campeonato de Tenis de la Ciudad de Nueva York. En las últimas semanas había pasado más tiempo en la pista que nunca. Tenía la intención de cosechar hoy la recompensa por mi duro trabajo. Quería ganar el título. Salir de la pista como perdedor no era una opción.

—¡Vamos, Asher! —Una voz desde el público me animó.

Hayes. Mi amigo también se había defendido con valentía en los campeonatos de la ciudad, pero había sido eliminado en cuartos de final. Ryker le había vencido claramente en tres sets, empleando cada uno de los trucos que existen en el tenis. Un ace tras otro, esos saques que para Hayes eran inalcanzables. Yo también había entrenado los aces a conciencia. Después de todo, Ryker solo podía puntuar con ellos cuando el saque era suyo. Cuando me tocaba a mí, dependía de mí imponerme.

Y eso es lo que había hecho.

Había sido un partido muy reñido. Me había esforzado el doble, una vez por mí y otra por Hayes. Ryker sencillamente no podía salir de aquí como ganador.

Ahora estábamos en el Tiebreak del quinto set. Estos eran los golpes decisivos. Quien ganase el Tiebreak sería el campeón de la ciudad.

Ryker dejó que la pelota rebotara en el suelo y la volvió a atrapar. Luego otra vez. Y finalmente levantó el brazo para sacar. Estudié cada uno de sus movimientos con detalle. ¿Dónde aterrizaría su saque? ¿Daría otro ace?

La raqueta golpeó la pelota.

A la red.

Solté el aire y me limpié una gota de sudor de la frente. Hoy era, con diferencia, el día más caluroso del año. El sol castigaba implacable desde primeras horas de la mañana. Hayes ya había especulado esta mañana por teléfono sobre si el partido se cancelaría. Al parecer, últimamente ya no se celebraban eventos deportivos si el calor era excesivo.

Pero habíamos empezado según lo previsto y, aunque por momentos el sudor corría a chorros, no había habido señales de que el partido fuera a interrumpirse. Y ahora estábamos en el Tiebreak. Pronto se decidiría todo.

El primer saque de Ryker se había quedado en la red. Pero en el servicio, cada jugador tenía dos oportunidades antes de que el oponente pudiera anotar un punto.

Ryker volvió a dejar que la pelota rebotara dos veces en el suelo. Luego levantó el brazo. Y yo contuve el aliento.

¿Daría uno de sus famosos aces?

A la red.

La pelota se había quedado de nuevo en la red.

Un punto para mí.

Alcé la mano de golpe.

Ryker también se limpió el sudor de la frente y me lanzó una mirada asesina. Estaba lejos, al otro lado de la red, pero podía sentir su mirada desde aquí.

Entonces me encogí de hombros, sonreí y saludé a Ryker con la mano. Yo no tenía la culpa de que sus saques fueran malos. Quizás se había desgastado demasiado en el partido contra Hayes y ya no era capaz de rendir.

Sonreí y, en lo más profundo de mi ser, le di las gracias a Hayes.

Era un trabajo en equipo perfecto.

Cambio de servicio.

Ahora me tocaba a mí.

Y como acababa de ganar un punto por el error de Ryker, esta era la bola de partido. Si ganaba el siguiente punto, sería el campeón de tenis de la ciudad.

El corazón me latía con fuerza y sentía las manos ligeramente húmedas cuando recibí la pelota que me lanzó el recogepelotas. Me la metí en el bolsillo. Luego llegó la segunda pelota. Dos pelotas porque, si fallaba el primer saque igual que acababa de hacer Ryker, tendría que usar la segunda.

Quería hacer un ace.

Una pelota que botara justo en la línea central de la pista y fuera inalcanzable para Ryker.

Dejé que la pelota rebotara dos veces sobre la tierra batida para comprobar cómo se sentía en mi mano y cómo rebotaba.

Bien.

Levanté el brazo.

A la red.

Mi saque también se había quedado en la red.

Desde el otro lado de la pista llegó una carcajada estrepitosa. Ryker estaba allí de pie, señalándome con su raqueta. La rabia me invadió. Lo que más deseaba era correr al otro lado de la red y sacudir a Ryker. O hacerle callar con mi raqueta. Pero apreté los dientes.

El tenis era un juego de caballeros y, si Ryker no era capaz de estar a la altura de ese estándar, yo al menos quería demostrar de qué pasta estaba hecho y comportarme correctamente.

El juez de silla llamó al orden a Ryker.

Sonreí satisfecho.

Ya tendría ocasión de decirle a Ryker lo que pensaba. Pero ahora no era el momento adecuado. Y desde luego no estábamos en el lugar idóneo.

Saqué la segunda pelota de mi bolsillo.

De nuevo dejé que rebotara dos veces sobre la tierra roja.

Levanté el brazo.

La pelota voló sobre la red. Hacia el otro lado. Y tocó el suelo justo en la línea central. Ryker se lanzó hacia un lado, pero ya no alcanzó la pelota.

Ace.

Un punto para mí.

El punto decisivo.

Había ganado el partido. Detrás de mí estallaron los aplausos. Ryker clavó su raqueta con rabia en el suelo.

Alcé los brazos al aire. Detrás de mí oí a Hayes vitorear.

Era el campeón de tenis de la ciudad de Nueva York. A partir de mañana, un bonito trofeo adornaría la estantería de mi oficina y podría alegrarme cada mañana por mi victoria antes de empezar a trabajar.

¿O debería poner el trofeo más bien en mi ático?

—¡Asher! ¡Asher! ¡Asher! —detrás de mí, Hayes gritó mi nombre a pleno pulmón—. ¡Lo has conseguido! —Y solo ahora fui plenamente consciente de mi victoria. El torneo había terminado. Ese había sido el último intercambio de golpes.

Había alcanzado mi gran objetivo.

Me di la vuelta y fui hacia el palco donde Hayes estaba sentado. Justo en la primera fila. Después de todo, era mi invitado de honor.

—Amigo, te felicito. —Hayes se levantó y me abrazó por encima de la barandilla lo mejor que pudo.

Sonreí. —Mejor guárdate ese tipo de felicitaciones para más tarde. Primero tengo que pasar por la ducha. Con todo el sudor que he derramado, probablemente huelo a diez metros contra el viento.

Hayes también sonrió. —Hueles como huelen los ganadores.

Me reí. —Siempre he apreciado especialmente tu sentido del humor.

—El árbitro llama. —Hayes vigilaba lo que ocurría a mis espaldas.

Es verdad. Ryker y yo aún no nos habíamos dado la mano, como es costumbre en el tenis después de un partido. Me di la vuelta y fui hacia la red, donde Ryker ya me estaba esperando.

—Suerte. Ha sido pura suerte. No creas ni por un momento que habrías ganado este partido si yo no hubiera cometido algún error de vez en cuando —me siseó Ryker mientras me estrechaba la mano y ponía una mueca para que el árbitro pensara que me estaba sonriendo—. La próxima vez las pelotas te van a pasar zumbando por los oídos. Más te vale andar con ojo —siguió amenazándome Ryker.

Sonreí con suavidad. —Uy, qué miedo tengo. —Luego retiré mi mano de la de Ryker y me di la vuelta.

Hora de la entrega de trofeos.

Cuando salí de la ducha tres cuartos de hora más tarde, Hayes me esperaba en el pasillo. Le había confiado el trofeo. Sabía que Hayes lo cuidaría como si fuera suyo.

—¿Y bien? —pregunté.

—Nadie ha intentado robar el trasto. —Hayes se rió.

—Entonces probablemente no sea tan tonto. —No mencioné ningún nombre, pero Hayes sabía perfectamente que me refería a Ryker.

En ese momento se abrió la puerta del segundo vestuario. Ryker salió. De la mano de Virginia. Cuando los dos me vieron, Ryker sonrió de oreja a oreja. —Puede que hayas ganado, Asher. Pero el

verdadero trofeo todavía lo tengo yo. Y me lo llevé directamente de tu cama en su día.

Ryker sonrió aún más. Luego se dio la vuelta y estrechó a Virginia entre sus brazos. La besó prolongadamente. Virginia se abandonó en los brazos de Ryker. Ryker le manoseó el trasero y se frotó contra ella. Luego se separó. —Bueno, pues me voy a divertir un rato. —Volvió a sonreír—. Para ti ya no hay nada de eso, por desgracia.

Miré de Ryker a Virginia y de Virginia a Ryker. Y de repente fue como si tuviera ante mí a dos extraños. Aquel ya no era el mejor amigo que una vez me había traicionado de forma ruin. Y aquella tampoco era ya mi ex, que una vez me rompió el corazón tan profundamente que juré no volver a entregarlo nunca y no dejar que nadie más se me acercara.

Eran simplemente dos fanfarrones que necesitaban montar una escena delante de mí para pulir un poco sus débiles egos. Pero todo aquello ya no tenía nada que ver conmigo.

Levanté la mano. —Pues que os divirtáis. Que disfrutéis; espero que sigáis en buena forma después del partido. Buenas noches.

Tiré de Hayes conmigo y pasé de largo de Ryker y Virginia. Los dos me miraron con la boca abierta. Disfruté de la imagen.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Hayes en cuanto salimos del vestuario y nos encontramos fuera, bajo el sol abrasador—. Hasta ahora siempre perdías los nervios o dabas un rodeo enorme para evitarlos. ¿Y ahora…?

—De alguna manera me he sentido de repente como si ellos ya no formaran parte de mi historia. Como si solo fueran dos extraños. —

Me encogí de hombros.

—¿Y eso a qué viene? —Hayes me observó con atención y añadió: —También hace un momento en la red lo has dejado en evidencia sin más. Y eso que hace unos días os peleabais por cualquier tontería. —Hayes sonrió—. Incluso me esperaba una pelea a puñetazos.

Recordé con culpabilidad cómo me había dejado provocar por Ryker.

Pero hoy todo era diferente. Durante todo el partido había estado pensando en Holly y en lo mucho más relajado que me sentía desde que había entrado en mi vida. O, mejor dicho, desde que se había cruzado en mi vida. Y eso varias veces seguidas. Sonreí ante el recuerdo.

—Ahora ya no estás pensando en Ryker. —Hayes percibió mi cambio de humor.

—Bueno… —Hice un esfuerzo. Hayes era mi mejor amigo. Si no podía hablarle de Holly a él, ¿a quién entonces? Así que le conté cómo había conocido a Holly y cómo la había vuelto a ver, cómo me había ayudado con Kingsley y cómo luego le ofrecí el trabajo después de que termináramos juntos en la cama.

Lo presenté todo de forma algo menos dramática de lo que había ocurrido en realidad. Pero cuando terminé, Hayes sonrió ampliamente. —Ajá. O sea que Asher Walton vuelve a estar enamorado. Pues ya era hora.

—Enamorado —protesté—. No iría tan lejos.

—¿No? —Hayes me dio un codazo suave en el costado—. Vamos, amigo. Desde Virginia no has mencionado a ninguna mujer, ni una sola vez. Si ahora hablas de Holly, es porque debe significar algo para ti.

¿Era así?

¿Significaba Holly algo para mí?

Durante los últimos días había pensado a menudo en ella. En nuestra noche juntos, que fue más apasionada que cualquier cosa que hubiera experimentado antes. En la sonrisa de Holly cuando cuidaba de Kingsley. En cómo se reía cuando se daba cuenta de que yo no tenía ni idea de perros. En cómo trabajaba concentrada y en cómo ayer me había presentado sus primeros bocetos para nuestra propia colección.

Tendríamos que hablar de ellos en los próximos días.

Pero no solo de eso.

De repente, tomé una decisión. Ya llevaba todos estos días queriendo pasar más tiempo con Holly. Pero en realidad solo se trataba de repetir la noche de pasión que habíamos pasado juntos.

Ahora estaba seguro: quería más. Quería conocer a Holly. Conocerla de verdad. Quería saber qué la hacía llorar y qué la hacía reír. Qué la divertía, cómo pasaba su tiempo y qué películas le gustaban más ver.

—¿Y bien? —Hayes debió de notar que estaba dándole vueltas al asunto y siguió caminando a mi lado hacia el aparcamiento sin decir palabra.

—Bueno… probablemente tengas razón —vacilé—. Estoy enamorado —y de repente sonreí orgulloso como un niño pequeño—. Sí, estoy enamorado. Y sienta condenadamente bien.

—¡Vaya, amigo! —Hayes volvió a darme un codazo—. Estoy orgulloso de ti. Ahora empieza una nueva vida para ti. Por fin. Ya era hora.

Una nueva vida.

Realmente ya era hora.

De repente, apenas podía esperar para estar con Holly.

Capítulo 21 Holly

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos, querida Holly, cumpleaños feliz.— La voz profunda sonaba sorprendentemente melódica y entonaba con seguridad.

Estaba sentada en mi despacho y me di la vuelta.

Asher entraba por la puerta cantando. Sostenía entre las manos una tarta con varias velas encendidas.

Lo miré con la boca abierta. Nunca había experimentado algo así.

Y, además…

¿Era hoy mi cumpleaños? Me habría encantado sacar el móvil y comprobar rápidamente la fecha. Pero habría sido de mala educación.

Y entonces me acordé. Anteayer todavía tenía presente mi cumpleaños. Pero luego… luego lo había olvidado, igual que todos

los demás cumpleaños.

Asher entró despacio en mi despacho y cerró la puerta de una patada. —No queremos que los demás se enteren demasiado. Si no, a lo mejor hasta se ponen celosos.— Esbozó una sonrisa.

Yo también sonreí. —Sí, entonces tendrías que traerle una tarta a Melania todas las mañanas y cantarle.

—Pero por ella no me tomaría tantas molestias —gruñó Asher.

Se me encogió el corazón de ternura.

Asher dejó la tarta sobre el escritorio.

—¡Guau! —exclamé. La tarta tenía una cobertura rosa de crema de mantequilla o algo parecido. No lo sabía con exactitud, porque rara vez horneaba algo. Yo era más del tipo de persona que se compraba un paquete de TimTams.

TimTams.

¡Holly! Estás delante de la tarta más bonita que has visto en tu vida y piensas en galletas de chocolate de Australia. ¡Eres increíble!

Volví a centrar mi atención en la tarta. Sobre la capa rosa había pequeñas flores de crema de mantequilla que formaban un bonito borde. Dentro de la corona de flores, escrito con una caligrafía rosa muy elegante, ponía: *Happy birthday Holly*.

Tragué saliva. Una tarta exclusivamente para mí. Con mi nombre. Nunca me habían regalado algo así. Parpadeé, emocionada.

Asher me cogió por los hombros y me dio dos besos en las mejillas. Sus labios estaban cálidos y firmes, y noté de inmediato cómo un ligero rubor se extendía por mi cara. Por suerte, Asher no pareció darse cuenta. —Feliz cumpleaños —repitió—. Te deseo un año maravilloso, en el que tus deseos se hagan realidad y vivas muchos momentos fantásticos.

—Gracias —balbuceé. Volví a mirar la tarta. Luego pregunté: —¿Cómo sabes que hoy es mi cumpleaños?

Seguro que yo no se lo había dicho a Asher. Si a mí misma me acababa de venir a la memoria.

—Por tu expediente personal —dijo Asher con una sonrisa pícara—. Me he tomado la libertad de echarle un vistazo y leer las cosas importantes. —Levantó las manos en un gesto de culpabilidad—. Espero que puedas perdonarme. En realidad no está permitido, pero tenía muchísimas ganas de darte una alegría y pensé que allí quizá encontraría alguna pista de cómo hacerlo.

Tenía muchísimas ganas de darte una alegría.

Esas palabras me reconfortaron. Pero esta vez no fue en la piel. Fue en la zona del corazón donde, de repente, sentí un calor inesperado. El corazón me dio un vuelco y empezó a brincar en mi pecho como nunca antes.

Un hombre que quería darme una alegría.

¿Cuándo había pasado eso antes?

Nunca.

Luke jamás se había parado a pensar cómo podía darme una alegría. Más bien se trataba todo el tiempo de cómo podía darle una alegría yo a él y de cómo podía lograr que yo hiciera lo que él quería.

Asher era totalmente distinto.

—Puedo ir a por un cuchillo y así cortamos la tarta —propuso—. ¿O ya has desayunado tarta esta mañana en un desayuno de cumpleaños?

—Yo… esteee… no —dije.

Asher se rió: —¿Tú también eres de las que se levantan de mal humor?

Negué con la cabeza. —Eso no. Pero soy un poco entusiasta de los cumpleaños. Se me olvidan todos los cumpleaños, y eso que tengo un calendario en la pared y recordatorios en el móvil y de todo. Pero simplemente no soy capaz de acordarme.

Asher me miró. —¿Quieres decir… que te habías olvidado de tu propio cumpleaños?

Asentí con algo de vergüenza.

Asher soltó una carcajada. —Bueno, he oído hablar de muchas cosas que hacen las mujeres para no envejecer. Pero esto sí que se lleva la palma.

Yo también me eché a reír. Y me sentó de maravilla que alguien se riera conmigo de una manía mía en lugar de darme lecciones sobre cómo superar mi falta de memoria o preguntarme de dónde venía todo aquello.

No, Asher simplemente se reía.

Y yo también me reía.

—Olvidar el propio cumpleaños. —Asher sacudió la cabeza, como si todavía no pudiera creérselo.

Me encogí de hombros. —Bueno, ¿quién puede acordarse del día en que nació? ¿O sabes tú cómo fue aquello? ¿Tu nacimiento?

Asher se rió aún más. —Por supuesto que no. —Luego tomó aire profundamente—. Pues si te has olvidado de que hoy es tu gran día, ¿supongo que tampoco tienes planes para esta noche?

Negué con la cabeza. No sabía si Josie había organizado algo. Probablemente no. Por lo general, la persona que cumple años decide si lo va a celebrar e invita a sus amigos. Pero a mí se me había pasado.

—No tengo nada previsto —respondí.

Asher sonrió. —Bueno, antes de que vuelvas a meterte en algún bar en una azotea, te pongas a bailar espontáneamente en la barra y encima te caigas, me gustaría invitarte.

—¿Invitarme? —Abrí mucho la boca.

—A una cena sobre los tejados de Nueva York. —Asher sonrió—. Por si acaso, elegiré un sitio donde no haya barra. —Me guiñó un ojo y sentí un calor repentino. Nunca me había sentido tan relajada con ningún hombre.

—Gracias —logré articular con dificultad.

Asher dio un paso hacia mí y de nuevo estuvimos casi tan cerca como en nuestra última noche juntos, antes de que nos interrumpieran de repente. —Así también tendremos por fin algo de tiempo para nosotros.

Tiempo para nosotros.

Mi corazón dio un vuelco. Luego empezó a latir con fuerza en mi pecho y el calor que acababa de sentir se intensificó y se extendió por todo mi cuerpo. Empecé a sentir un ligero hormigueo en mi interior.

—Eso sería estupendo —susurré.

—Entonces, esta noche en mi casa. Ahora, por desgracia, tengo que ir a mi próxima cita. —Asher me miró con pesar. Su cara estaba tan cerca de la mía que solo habría tenido que levantar la mano para tocarlo.

Y para despeinar ese pelo tan maravillosamente rebelde.

Asher me tocó suavemente el lunar. —Hasta luego.

—Hasta luego —murmuré, y de repente me sentí extrañamente sola. Y eso a pesar de que normalmente no tenía problemas con la soledad. Y menos en el trabajo.

Pero ahora era como si Asher se hubiera ido y se hubiera llevado una parte de mí.

—Entra. —Unas horas más tarde, Asher abrió la puerta de su Penthouse.

—¡Guau! —Kingsley estaba detrás de él y ladró contento al verme.

—¡Hola! —No sabía a quién saludar primero.

Asher sonrió: —Los dos teníamos muchísimas ganas de verte. —Se inclinó hacia delante y por un momento me pregunté si me besaría en las mejillas o en la boca.

En ese momento, Kingsley se adelantó y saltó hacia mí. Asher se rió. Acaricié al revoltoso labrador antes de ordenarle: —Siéntate.

Kingsley obedeció. Me agaché hacia él. —Seguro que hoy tú también tienes una cena especialmente rica. Pero luego tienes que portarte bien en tu camita. Asher y yo tenemos algo que celebrar y algo importante de lo que hablar. —Kingsley gimoteó y jadeó con entusiasmo.

—Voy a por su comida. —Asher se alejó y fue hacia la cocina.

Seguí acariciando a Kingsley. —Ya volveremos a dar un paseo largo tú y yo. ¿Qué te parecería eso?

—¡Guau! —ladró Kingsley de acuerdo.

Asher llamó desde la cocina: —Kingsley.

—Venga, ve. —Le di un toquecito al perro.

Kingsley jadeó y luego trotó obediente hacia la cocina.

Me levanté y, acto seguido, Asher estaba a mi lado. —Bueno, ahora tenemos un poco de tranquilidad —dijo riendo.

Como unos padres que han enviado a su hijo con la niñera.

Eso me pasó de repente por la cabeza. Pero en seguida me llamé al orden. ¿Asher y yo ni siquiera éramos pareja y ya estaba pensando en una niñera? No quería ser una mujer tan loca.

—Aún no te he dicho lo maravillosa que estás. —Asher me miró de arriba abajo. Llevaba un vestido de lino blanco que era perfecto para una noche calurosa de verano como esta. Unos zapatos a juego y algo de bisutería. Me había comprado el vestido hace poco. En realidad no tenía dinero para ello, pero como pronto recibiría mi primer sueldo de Asher's, hoy había terminado de trabajar antes y me había dado un capricho. Era mi regalo de cumpleaños para mí misma.

Eso también tenía que estar permitido. ¿No?

—Gracias. —Me puse roja. No estaba tan acostumbrada a los cumplidos como a las tartas o a que alguien me invitara a cenar.

Asher me cogió de la mano y me llevó hacia el salón. —He pensado que esta noche cenemos en un ambiente un poco más íntimo. — Salimos a la gran azotea. Y allí abrí los ojos de par en par. En una esquina había una pequeña pérgola. Unos rosales trepaban por las barras de hierro forjado. Estaban en plena floración. Asher debía de tener un buen jardinero. En la pérgola había una mesa pequeña con dos sillas. Un mantel blanco se ondulaba ligeramente con el viento. La mesa estaba puesta de gala.

Para dos personas.

Alrededor de la pérgola había farolillos y sobre la mesa parpadeaban dos velas.

Detrás de la pérgola se veía el horizonte de Nueva York. Estaba atardeciendo en ese momento y el azul del cielo se volvía un poco más oscuro. Pero ya empezaban a encenderse las primeras luces en los rascacielos y aquello se veía increíblemente bonito.

—¡Guau! —susurré. De verdad que me faltaban las palabras.

Asher sonrió. —Me alegra que mi sorpresa haya funcionado. —Fue hacia una mesita auxiliar junto a la pérgola. Allí había preparada una botella de champán. —Ya quería brindar por ti la última vez. Aquel no fue el día adecuado y tampoco llegamos a brindar. —Asher hizo una breve pausa. ¿Estaría pensando, como yo, en la noche que siguió a aquello? Continuó: —Hoy es el día adecuado. Así que deberíamos recuperar el brindis pendiente.

Plof.

Asher acababa de descorchar la botella y vertió el vino espumoso en las dos copas. —Por desgracia, no he encontrado otra cosa más que Dom Pérignon así de pronto. Espero que esté bien.

—Yo… por supuesto. —Seguía totalmente abrumada. Que alguien hiciera todo aquello por MÍ.

Asher me tendió una copa con el champán espumoso. —Tengo que confesar que, aunque me gusta beber cava y champán y me saben bien, lo que más me gusta de todo es la Coca-Cola.

Cogí la copa y me reí. —¿De verdad? —Luego recordé—. Es verdad, en nuestro primer encuentro compraste una botella de Coca-Cola.

Asher también se rió. —Eso no es precisamente lo más apropiado para un hombre de negocios hecho y derecho. Y menos en el sector de la joyería. Los joyeros beben champán y comen caviar. Así lo dicta el cliché.

Me reí. —Bah, todo eso es un poco exagerado. Cada uno debería ser como es.

—¿Te ha gustado la tarta? —preguntó entonces Asher.

—Mucho —respondí. Tras vacilar un poco, añadí: —Aunque en realidad prefiero algo con chocolate. —Contuve el aliento. ¿Cómo se lo tomaría Asher? Luke siempre me había tachado de mujer desagradecida cuando expresaba mis deseos. Como si no valorara su esfuerzo.

—¿Chocolate con leche o negro? —Asher no pareció ni pensar por un momento que yo fuera una desagradecida. Quería saber qué era lo que más me gustaba.

—Lo que más me gusta comer son los TimTams —confesé entonces —. Son unas galletas de Australia, son simplemente maravillosas. Si se comen con café o té, se vuelven muy cremosas en la boca y es realmente increíble.

—Pues deberíamos ir a comprar algunas. —Asher dejó su copa de champán sobre la mesa. Parecía firmemente decidido a hacerme pasar una noche agradable.

—De momento están agotadas en todas partes. Hay un problema en una fábrica en Australia. No lo he entendido muy bien. Pero, en cualquier caso, ahora mismo no hay galletas TimTam. —Suspiré.

—¿Qué? —Asher sacudió la cabeza—. Ya encontraré esas galletas. En algún sitio. Cuenta con ello.

Y con esas palabras me volvió a entrar ese calor de esta mañana. Directamente en la zona del corazón. Sostenía mi copa de champán en la mano y miraba a Asher. Ahora, en el crepúsculo, sus ojos parecían aún más oscuros y lo rodeaba algo ligeramente misterioso.

Quería encontrar TimTams para mí.

Asher dio un paso hacia mí.

—Eso sería fantástico —susurré.

—¿Qué sería fantástico? —Asher frunció el ceño.

—Pues que encuentres los TimTams. —Lo miré insegura. ¿Acaso ya había olvidado lo que acababa de decir? Había hombres así. Hasta ahora solo había conocido a hombres así.

Asher se rió. —Eres realmente dulce, Holly. Tan dulce como un ponche de fresas. —Luego me quitó la copa de champán de la mano, la dejó sobre la mesa, se inclinó hacia delante y me besó—. He querido hacer esto todo el tiempo —murmuró.

Mi cuerpo reaccionó de inmediato.

Solo fue un pequeño beso. Solo un breve roce de nuestros labios. Y, sin embargo, yo estaba en llamas. Más que nunca.

Se me escapó un pequeño gemido.

Asher me rodeó con sus brazos y, en un abrir y cerrar de ojos, nuestros labios se encontraron de nuevo. Todo el deseo que se había acumulado en los últimos días estalló dentro de mí. Y a Asher parecía pasarle lo mismo. Me acarició los labios con su lengua y yo abrí la boca de buena gana. Nuestras lenguas se encontraron y comenzaron una danza salvaje.

Ya no había rastro de prudencia.

Había pasión.

Intensidad.

Deseo.

Me apreté contra Asher y Asher se apretó contra mí. La mano de Asher recorrió mi espalda y bajó hasta mis nalgas. Volvió a amasarme un glúteo. Lo rodeé con más fuerza con mis brazos y acaricié sus hombros atléticos. Luego apreté mi pelvis contra la suya y sentí de inmediato su erección.

Sentí una punzada de deseo en mi interior y no deseaba nada más que Asher estuviera dentro de mí. Que me tocara de todas las formas imaginables.

Asher separó sus labios de los míos y cubrió mi lunar con pequeños besos. Luego recorrió con su mano suavemente la línea de mi mandíbula hasta mi oreja. Se inclinó hacia atrás y mordisqueó el lóbulo de mi oreja. —Hoy ya no nos interrumpe nadie. Por fin.

Ante esas palabras, sentí que mi deseo se encendía aún más.

Empecé a juguetear con el cinturón de Asher.

Asher se separó un momento de mí para ayudarme.

—Desnúdate —susurró entonces. Me quité rápidamente el vestido de lino blanco y lancé mis zapatos a un rincón.

Poco después estábamos desnudos el uno frente al otro.

—¡Oh, Dios! —Asher volvió a estrecharme entre sus brazos y me apretó contra él. Nuestros cuerpos se frotaban. Por fin podíamos sentirnos piel con piel, sin molestas prendas de ropa de por medio.

Asher me besó el cuello y fue bajando lentamente hasta llegar a uno de mis pezones. Lo besó, lo succionó y lo rodeó despacio con su lengua. Luego lo mordió ligeramente.

Gimiendo, eché la cabeza hacia atrás. En ese momento estaba tan excitada que deseaba que Asher y yo, aquí y ahora, inmediatamente…

Asher pareció poder leerme el pensamiento. Me llevó consigo hacia un gran balancín de jardín que no estaba lejos de la pérgola. Allí se sentó y me colocó sobre sus caderas.

Y entonces su miembro estuvo dentro de mí.

—Por fin —suspiré. Por fin volvía a sentirme tan maravillosamente llena como en nuestra primera noche.

Me incliné hacia atrás y empecé a cabalgar sobre Asher con movimientos rítmicos. Lentos e intensos. Al mismo tiempo, noté que los dedos de Asher buscaban mi punto más sensible. Me eché un poco más hacia atrás y abrí las piernas. Y entonces Asher encontró

mi clítoris. Su pulgar me masajeaba con suavidad y, a la vez, con intensidad.

Me entregué por completo a mis movimientos. Y a las caricias de Asher.

Gimiendo, cabalgué cada vez más rápido hasta que sentí que todo mi interior se contraía. Una y otra vez. Y otra vez.

Y entonces todo estalló en mi interior en una ola increíble.

Llegué al clímax como nunca antes lo había hecho.

El placer real me recorrió de pies a cabeza. —¡Asher! —grité.

—Sí, nena. —Asher me agarró por las caderas y me apretó contra él.

Una vez.

Dos veces.

Luego se derramó dentro de mí con un fuerte gemido.

Y supe que aquello era solo el principio de esta noche.

Y de esta vida.

Capítulo 22 Asher

La puerta de mi despacho se abrió de golpe.

—¡No puede entrar así como así! —Era la voz de Gemma, mi secretaria.

—Es urgente. —Otra voz, que me resultaba vagamente familiar. Había oído esa voz en alguna parte. Pero ¿dónde?

Era una voz femenina. Pero no era ninguna de mis empleadas. No era Virginia ni tampoco ninguna otra mujer con la que hubiera tenido intimidad.

Y, desde luego, no era Holly.

Además, Holly tenía permiso para entrar aquí sin previo aviso.

Le había dado esa instrucción a Gemma anteayer.

Anteayer.

Después de haber celebrado el cumpleaños de Holly. Con una larga noche de amor que, en pasión e intensidad, había superado incluso la noche en la que tuvimos sexo por primera vez.

Pero esta vez no solo habíamos tenido sexo.

Nos habíamos amado.

Sí, amado.

Había sido diferente a lo habitual. Si la primera noche fue más apasionada que cualquier cosa que hubiera experimentado antes con una mujer, esta ahora había sido más íntima que nada de lo que hubiera conocido.

Esa sensación en la zona del corazón con la que me desperté no me ha abandonado desde entonces. Si después de ganar el Campeonato de Tenis de la Ciudad de Nueva York ya pensaba que quería esforzarme más por Holly, ahora tenía claro que quería aún más.

No solo quería conocerla, quería estar con ella.

De verdad.

En serio.

Como estuve con Virginia. Y con ninguna otra mujer desde entonces.

Todo sería diferente a como fue con Virginia. De eso estaba seguro. Sería mejor, más hermoso, más luminoso, más maravilloso.

Esta noche se lo diría todo a Holly.

Pero, por el momento, tenía que ocuparme de mi trabajo. Y de la visitante inesperada que estaba en mi despacho.

Era la mujer con la que Holly y yo nos habíamos encontrado en el parque.

Gemma apareció en el marco de la puerta. —Disculpe, señor Walton, pero no ha habido forma de detenerla. Habría tenido que emplear la fuerza.

—No te preocupes. —Le hice un gesto a Gemma. Era un alma fiel que hacía su trabajo discretamente desde hacía años. Casi nunca cometía un error y yo valoraba su discreción en todos los asuntos. Si no había podido detener a esa mujer, es porque la situación se había puesto tensa.

Observé a la mujer. Se me había olvidado su nombre. Parecía alterada. Casi descompuesta, de hecho. Eché un vistazo rápido a mi pantalla. Mi próxima cita no empezaba hasta dentro de media hora.

—¿Qué desea? —pregunté entonces y asentí a Gemma. Ella entendió la señal y se retiró. La puerta de mi despacho se cerró con un suave clic.

—No sé si se acuerda de mí... —La mujer me miró con cierta inseguridad—. Nos vimos en Central Park. Conozco a Holly.

—Me acuerdo. Pero no recuerdo su nombre —admití.

—Azra. —La mujer no pareció tomarse a mal mi falta de memoria. Tomó aire. Era evidente que algo la angustiaba.

Recordé nuestro encuentro. Aquella vez tuve la sensación de que Azra estaba tonteando conmigo. Se reía y, aunque hablaba con Holly, no dejaba de mirarme a mí, tocándome el brazo como por casualidad y pestañeando de forma exagerada, como en los libros. Me retiré de allí pronto.

—Vengo por Holly —dijo Azra—. En el parque me enteré de que trabajaba aquí.

Asentí. —Es cierto. Es nuestra diseñadora de joyas.

¿Qué hacía esa mujer aquí por Holly?

¿Por qué no estaba con la propia Holly?

¿Por qué venía a mí?

—Quería avisarle —explicó Azra.

—¿A mí? —No tenía ni la más remota idea de qué estaba hablando la mujer que tenía delante. ¿Por qué quería avisarme? ¿No era amiga de Holly?

—Sí. Por Holly. —Azra asintió con énfasis.

—¿Por qué? —Entendía cada vez menos. Observé a Azra con desconfianza. ¿Estaría celosa de Holly y estaba intentando alguna nueva táctica para acercarse a mí y destruir la felicidad entre Holly y yo? ¿O para quedarse con el puesto de Holly? Aquel día en Central Park, habría jurado ver un rastro de envidia en su rostro.

Estaba a punto de pedirle a Azra que abandonara mi despacho cuando dijo: —Holly no tiene ningún título de diseñadora de joyas. Se ha colado aquí dándole... bueno... —Azra se mordió el labio y me miró de forma elocuente.

—¿Qué? —Esa insinuación era el colmo.

Azra respiró hondo. —Holly y yo fuimos juntas a la universidad. A mí me tocó después de ella en el examen final y por eso sé con seguridad que suspendió.

Holly no me había dicho eso. Me había mentido.

¿O no?

Recordé mi oferta. ¿Me había mentido Holly? ¿O simplemente había ocultado la verdad?

Luego me encogí de hombros. Holly estaba haciendo un trabajo excelente. Todo lo que había visto de ella hasta ahora cumplía mis requisitos por completo. Que tuviera un título o no, no era tan relevante. Y que no me hubiera dicho la verdad enseguida en aquel momento, hasta podía entenderlo. Al fin y al cabo, acabábamos de acostarnos. Holly seguramente no esperaba que yo le hiciera una oferta de trabajo, y que luego la hubiera aceptado era algo que realmente no podía reprocharle.

Me alegraba de tenerla en la empresa.

Y en mi vida.

Miré a Azra con frialdad. —¿Y qué?

Azra tragó saliva. —Consiguió el trabajo con engaños. Solo por eso está con usted... —Azra vaciló—. Bueno, solo por eso empezó algo con usted. Porque necesitaba un trabajo.

Las palabras de Azra me llegaron directamente al corazón. Pero no dejé que se me notara.

Tranquilo, Asher, piensa. ¿Puede ser eso verdad?

Luego negué con la cabeza. Miré fríamente a Azra. —La mentirosa aquí es usted. Holly no podía saber quién era yo. Cuando nos conocimos, fue pura casualidad. Incluso la segunda vez. Ella no tenía ni idea de quién soy. Por lo tanto, no pudo planear ningún engaño. Y de todos modos: ¿cómo sabe usted todo esto con tanta exactitud?

—Simplemente lo sé —replicó Azra—. Holly sabía perfectamente quién era usted cuando le conoció.

—¿Y de dónde iba a saberlo Holly? —Miré a Azra con aire triunfal. Ahora su sarta de mentiras quedaría finalmente al descubierto.

—Por Luke. —Azra me sostuvo la mirada.

Solté una carcajada. Qué historia tan rematadamente estúpida. Azra era una mentirosa hábil, había que reconocérselo. Algo así no se inventa tan rápido. Debía de haber estado mucho tiempo sentada en casa dándole vueltas a cómo tenderme una trampa y engañarme.

¿Pero por qué?

Negué con la cabeza.

Se mirara por donde se mirara, nada de eso tenía sentido.

—Si ellos dos ni siquiera se conocen —objeté—. Se conocieron aquí por primera vez. En mi despacho. —Recordé el momento en que Luke casi nos pilla a Holly y a mí.

Pillado.

Nos habían desbordado los sentimientos y casi tuvimos sexo en mi despacho.

Sonreí.

Aquella vez no pudo ser, pero teníamos que recuperarlo en cuanto hubiera ocasión. Consultaría mi agenda ahora mismo. Quizá incluso tuviera tiempo hoy.

—No. —Azra sacudió la cabeza—. Holly y Luke fueron pareja. Hace algún tiempo. Cuando Holly aún estaba en la universidad. Los vi juntos varias veces.

Me quedé mirando a Azra. Aquella historia tenía cada vez menos sentido.

De repente, me invadió la rabia.

¿Por qué venía esta mujer a mi despacho a contarme la mayor sarta de tonterías que había oído en mi vida? La echaría. Y además, inmediatamente. Y después le prohibiría la entrada al edificio. Nunca volvería a conseguir colarse ante la recepcionista con mentiras, burlar a mi secretaria y plantarse en mitad de mi despacho para difundir calumnias.

Nunca más.

No, eso no volvería a suceder.

—Lárguese —dije con brusquedad—. No quiero escuchar más tonterías. Puede ir a difundir sus mentiras a otra parte. Quizá allí haya gente que caiga en su trampa. Pero yo no soy tan tonto como usted cree. —Me levanté de un salto.

Azra me miró fijamente. Y entonces empezó a llorar. Sin previo aviso, las lágrimas brotaron de sus ojos. Sollozaba con fuerza y su cuerpo temblaba.

Cambié el peso de un pie a otro. Ahora el asunto ya no era solo molesto. Era incómodo. Odiaba que las mujeres lloraran. Y odiaba aún más que lloraran y yo no supiera qué hacer. O que incluso fuera culpa mía. ¿Lloraba Azra con tanta fuerza porque quería echarla del despacho?

En realidad, no podía ser eso.

—No son tonterías —articuló Azra entre sollozos—. En absoluto. —Se secó los ojos y se fue calmando poco a poco.

Yo seguía de pie frente a ella. Lo mejor sería, probablemente, que terminara de escuchar lo que tenía que decir. No quería echar a una mujer llorando de mi despacho. ¿Qué imagen daría? Cuando Azra terminara de contar su historia, se calmaría y probablemente se marcharía por su propio pie.

—Luke es el ex de Holly —repitió Azra.

Recordé la escena en la que Luke nos había sorprendido. Holly se había sentido cohibida. Yo lo había achacado a que nos habían pillado en... bueno, en un encuentro casi íntimo. Pero ¿y si realmente conocía a Luke? ¿Era por eso por lo que estaba tan violenta?

Unas ligeras dudas empezaron a abrirse paso en mi interior.

No, Asher. Esa Azra solo dice tonterías. Si la crees, habrá logrado su objetivo.

—Oficialmente solo estuvieron juntos unos meses —contó Azra entonces, mientras seguía secándose las lágrimas de la cara—. Pero, en realidad, lo de ellos dos nunca se terminó. Pero de eso me he enterado solo la semana pasada, por casualidad.

Me quedé mirando a Azra.

¿Ahora Holly ya no era solo la ex de Luke, sino su... amante?

Se me encogió el estómago.

—Después de que Holly y Luke rompieran, pasé mucho tiempo sin ver a Luke. Hasta hace unos meses. Y ahí... ahí nos... bueno... nos acercamos. —Azra parecía sentir una vergüenza infinita por todo el asunto.

¿Se podía fingir algo así?

Habría que ser una actriz condenadamente buena.

—¿Y? —Me sorprendí a mí mismo queriendo saber cómo seguía la historia.

—Creo que lo de Holly y Luke nunca terminó de verdad. Los dos han tenido algo todo este tiempo y yo... yo solo era el último mono. —Azra sorbió por la nariz. Para mi alivio, no volvió a romper a llorar.

Inspiró profundamente. —Hace unos días quise dar una sorpresa a Luke. Ya entiende.

Asentí, pensando en que yo también quería comprar TimTams para Holly. Como sorpresa de cumpleaños atrasada.

—Y entonces los pillé a los dos juntos. En el dormitorio. —Azra se veía ahora pálida y demacrada.

Los dos.

Holly y Luke.

Sentí náuseas.

Ahora recordaba que Luke había estado sospechosamente cerca de Holly en la fiesta. Holly lo había evitado e incluso había parecido que el asunto le resultaba incómodo.

¿No le resultaba incómodo?

¿En realidad temía que yo notara algo y la descubriera?

Las dudas en mi interior eran cada vez mayores.

—Los dos simplemente se rieron de mí. —Azra sonaba desesperada ahora—. Los pillé engañándome y simplemente se rieron. Me dijeron que no fuera tan susceptible, que llevaban años teniendo algo de vez en cuando. Según les cuadrara. Y que así debería cuadrarme a mí también.

Azra me miró con aire desafiante. —Pero es que no me cuadra. Y por eso decidí venir aquí y contárselo todo. Esos dos no deben irse de rositas.

De rositas.

Ese tipo de traición, a diferencia de antaño, ya no era delito.

Pero eso no significaba que algo así no debiera tener consecuencias.

Algo así.

¿Me había engañado Holly?

Miré a la llorosa Azra y busqué en su rostro señales de que estuviera mintiendo. No encontré ninguna. Pero eso no significaba nada. Las mujeres podían ser las mejores mentirosas del mundo si se lo proponían. Pensé en cómo Virginia me había mentido durante meses. Había fingido amarme e incluso planeado su futuro conmigo, mientras se acostaba con Ryker a mis espaldas y me engañaba con mi mejor amigo.

Luke no era mi mejor amigo. Pero era mi director general. El empleado en el que más confiaba y el que más me apoyaba.

¿Estaba pasando lo mismo otra vez?

¿Justo ahora que quería entregar mi corazón?

¿Cuando ya lo había entregado?

¿Era Holly una segunda Virginia?

¿Quién mentía aquí, ella o Azra?

Di un paso hacia la puerta. Quién mentía, no lo sabía. Apenas conocía a Azra y a Holly tampoco desde hacía mucho tiempo.

No sabía cuál era la verdad.

Pero la averiguaría.

Si me habían traicionado, entonces terminaría con el asunto de inmediato. No aceptaría discusiones. Conocía eso de sobra. No necesitaba pasar por algo así otra vez.

Quizá esta vez todo sea diferente, Asher. Quizá esa Azra sea una maldita mentirosa.

Pero en mi interior había inquietud. Y esa inquietud no desaparecería así como así. Exigía que hiciera algo.

Salí de mi despacho.

Le preguntaría a Holly qué había de cierto en el asunto.

Y entonces observaría su reacción muy de cerca.

Muy de cerca.

Tenía una sensación desagradable en el pecho mientras cruzaba con paso rápido la oficina de recepción y abría la puerta hacia el pasillo.

¿Quién decía la verdad aquí?

¿Y quién mentía?

Capítulo 23 Holly

—Ah, hoy vuelves a llegar puntual al trabajo. La puerta de mi despacho se había abierto sin que me diera cuenta.

Me di la vuelta de golpe. Luke estaba en el umbral. Entró en mi oficina y cerró la puerta con cuidado tras de sí. Yo estaba ante la encimera y acababa de abrir un cajón para revisar el inventario de materiales.

Luke sonrió con sorna. —¿Has conseguido salir a tiempo de la cama de Asher? Por una vez. —Su sonrisa se ensanchó—. Bueno, ya sé lo que puedes llegar a tirar del carro.

Tirar del carro. Me quedé mirando a Luke, indignada. ¿Cómo se atrevía a decir algo así? ¿Cómo podía?

—Eso no te incumbe —repliqué con frialdad—. Estoy aquí haciendo mi trabajo.

Luke siguió sonriendo. —¿Por qué te pones tan agresiva de repente, querida Holly? ¿Tienes algo que ocultar?

—No tengo nada que ocultar. Pero nosotros dos ya no tenemos nada que ver el uno con el otro. Te lo dije en tu fiesta. Déjame en paz, simplemente. —Deseaba que Luke saliera del despacho. Su presencia me resultaba sumamente desagradable y me sentía incómoda. Lo que más deseaba era marcharme yo misma, pero Luke estaba justo en la puerta, bloqueándome el paso. Si intentaba salir, probablemente me agarraría del brazo o me detendría de alguna otra forma.

Pero entonces empezó a acercarse a mí lentamente. Me miraba con aire acechante. —¿De verdad no tienes nada que ocultar, mi pequeña Holly? ¿De verdad?

¿De qué estaba hablando?

—Mi vida privada no es asunto tuyo —dije con brusquedad.

Luke se plantó ante mí de forma amenazante. —Pero sí me incumbe lo que pasa en esta empresa. El departamento de recursos humanos técnicamente depende de mí y no de Asher, aunque él te haya contratado aquí sin mi consentimiento.

Ajá. Así que por ahí iban los tiros.

—Estoy segura de que te lo habría preguntado —respondí, intentando apaciguar un poco a Luke—. Creo que tu opinión es muy importante para él.

—¿Y qué crees que dirá cuando le comunique que, en mi opinión, eres una miserable estafadora? —Luke volvió a sonreír—. Sí, ¿qué

dirá entonces?

—¿Estafadora? —No sabía a qué se refería Luke.

Luke se acercó aún más. Yo retrocedí. Su cercanía me resultaba cada vez más insoportable.

—A ver, ¿qué pasa con ese título que supuestamente tienes? —La sonrisa de Luke se hizo aún más amplia—. En tu expediente personal no figura nada de lo que le contaste a Asher sobre haber suspendido ese examen. Solo pone: diseñadora de joyas. Y tu diploma no aparece por ninguna parte. Y yo, por casualidad, sé que suspendiste.

Se me encogió el corazón y sentí una punzada desagradable en el estómago.

Ahora sí que se ha acabado todo, Holly. Todo. Estaba claro que tarde o temprano se descubriría. ¿Por qué no se lo confesaste tú misma a Asher desde el principio? Habría sido incómodo, sí. Pero ahora va a ser mucho peor. Creerá que le has mentido de forma deliberada.

El corazón se me oprimió todavía más.

¿Se había terminado todo ya?

—Bueno... al final todos los engaños salen a la luz. —Luke sonrió.

—¿Cómo... cómo lo sabes? —pregunté con voz débil.

Luke ensanchó su sonrisa. —¿Te gustaría saberlo, eh? —Era evidente que disfrutaba haciendo alarde de su poder sobre mí y mostrándome

que podía aterrorizarme. Luego se encogió de hombros—. Ryker.

¿Ryker? Al principio no entendí a qué se refería Luke. Luego recordé la humillante entrevista de trabajo en la que Ryker Davies me había machacado tanto que lo único que quería era esconderme en un agujero oscuro. Tenía que agradecer a Asher el haber salido de aquel pozo tan rápido.

—Ryker Davies es un conocido mío. En nuestro sector, casi todo el mundo se conoce. —Luke me observaba con indiferencia—. Solo tú podías ser tan tonta como para creer que tu mentira permanecería oculta para siempre.

Tragué saliva. De nada serviría decirle a Luke que nunca pretendí ocultar mi mentira eternamente. Había querido confesárselo todo a Asher y solo estaba esperando el momento oportuno.

—No tienes ningún título, así que tuviste que colarte en la cama de Asher para conseguir un trabajo. En otras empresas, las mujeres se ganan un ascenso acostándose con alguien; tú simplemente te has acostado con él para que te contraten. —La mirada de Luke bajó a mis pechos y se detuvo allí—. Bueno, a qué hombre no le gustaría sostener tus tetazas una vez y tirarse a una pelirroja salvaje. —Luke se rió—. El sexo contigo fue realmente inolvidable. Claro, luego quise variar, como quiere cualquier hombre tarde o temprano. Pero no estuviste nada mal.

—¡No me he acostado con nadie por un puesto! —miré a Luke indignada. Me habría encantado exigirle que me mirara a los ojos de inmediato. Pero conocía a Luke. Si lo hacía, solo me miraría más el pecho. Disfrutaba provocándome.

Luke sonrió con sorna. —¿Y cómo se llama entonces eso de irse a la cama con el jefe para que te dé el trabajo aunque no tengas la

cualificación requerida? —No esperó a mi respuesta, sino que me puso un dedo bajo la barbilla. Ahora me miraba directamente a los ojos. Pero esta vez no me alegré por ello. Su mirada era fría y calculadora—. Te voy a decir una cosa, pequeña Holly. Me apetece volver a acostarme contigo y que una pelirroja salvaje me mime de verdad primero. Y luego follármela hasta que no pueda ni caminar recta. —La mirada de Luke volvió a bajar hacia mis pechos.

Le aparté el dedo de un golpe y retrocedí un poco más. Ahora estaba casi de espaldas a la ventana. No podría retroceder más. Y no era lo suficientemente fuerte como para apartar a Luke de un empujón. Ojalá pudiera haberme esfumado en el aire.

Inspiré profundamente. —¡Déjame en paz! —solté con toda la energía y determinación que pude reunir.

—Que te deje en paz. Pues no parece que quieras que Asher te deje en paz, viendo cómo te le echas encima a la mínima oportunidad, que da gusto verlo. —Luke se acercó de nuevo—. Pero te voy a decir algo. Deberías pensar muy bien lo que haces. Muy bien, pequeña Holly. —Luke me acarició el brazo desnudo. Hoy llevaba una blusa de manga corta y una falda ligera de verano. Aquí en la oficina la temperatura era agradable gracias al aire acondicionado, pero fuera, en las calles de Manhattan, el calor era sofocante. Se esperaba una tormenta de verano para hoy. Por fin. Todo Nueva York esperaba ansioso que refrescara.

Luke volvió a acariciarme el brazo. Y yo volví a retroceder. Ahora sentía el cristal de la ventana en mi espalda.

La voz de Luke se volvió baja. Y eso fue precisamente lo que me asustó.

—Deberías pensártelo muy bien, pequeña Holly. Porque si no pasas por el aro y no eres un poco amable conmigo, le contaré a Asher todo tu jueguecito. Y entonces estarás fuera. —Luke se rió entre dientes—. Pero si de vez en cuando me haces un pequeño favor y eres agradable conmigo, guardaré tu secreto. Aquí estará a buen recaudo. —Luke me recorrió con la mirada de arriba abajo—. Así que, si ahora mismo te subo la falda, te aparto las bragas y te tomo aquí mismo sobre la mesa... será un favor que te estaré haciendo. Un favor de verdad. Porque con eso salvaré tu empleo.

El asco se apoderó de mí.

Tanto asco que sentí ganas de vomitar allí mismo.

Y entonces el asco se transformó en rabia.

¿Qué se creía este idiota?

—¡Déjame en paz! —dije con brusquedad—. No me acostaré contigo para comprar tu silencio. —Respiré hondo—. Prefiero contárselo yo misma a Asher ahora mismo, decirle que no le dije la verdad. —Ante esa perspectiva, se me revolvió el estómago. Volví a inhalar profundamente.

Tienes que pasar por esto, Holly. De todos modos era lo que ibas a hacer. Estabas esperando el momento adecuado y...

Tal vez había esperado demasiado.

Porque si se lo hubiera contado todo a Asher de inmediato, ahora Luke no tendría ninguna oportunidad. No podría amenazarme ni chantajearme de esta manera.

Sí, chantajear.

—No voy a dejar que me chantajees. —Levanté la cabeza con orgullo. Luke ya me había hecho la vida imposible una vez. No permitiría que ocurriera por segunda vez.

Luke se rió suavemente.

—Seguro que Asher lo entenderá. —Apenas hube pronunciado esas palabras, ya me estaba arrepintiendo.

No deberías entrar en ningún tipo de discusión con Luke, Holly. No sirve de nada. Solo es echarle leña al fuego. Le das material para sus próximos ataques.

Y, efectivamente, Luke soltó una carcajada burlona. —¿Entender? Ay, pequeña Holly, ¿en qué mundo vives? ¿En un mundo donde los hombres y las mujeres se entienden y se aman? —Luke soltó un bufido de risa—. Por Dios, estamos en Nueva York, no en un cuento de hadas. —Luke sacudió la cabeza—. Solo porque Asher se acueste contigo no significa, ni de lejos, que signifiques algo para él.

Las palabras resonaron en el despacho.

Resonaron dentro de mí.

Rebotaban en mi cabeza como de una pared a otra de la oficina.

Solo porque Asher se acueste contigo no significa, ni de lejos, que signifiques algo para él.

¿Acaso Luke quería decir que...?

Tonterías, Holly. Es un tipo despreciable que solo busca su propio beneficio y te miente para que seas dócil con él.

—Conozco a Asher desde hace mucho tiempo y también conozco su comportamiento con las mujeres. —Luke me miró y su voz casi sonó compasiva—. Asher no es el tipo de hombre que se compromete con nada serio, Holly. De verdad que no. Tiene una aventura aquí y otra allá, y a menudo varias al mismo tiempo.

Solo porque Asher se acueste contigo no significa, ni de lejos, que signifiques algo para él.

Las palabras seguían martilleándome la cabeza.

¿Cómo demonios iba a librarme de ellas?

—Eso no ha cambiado porque tú hayas aparecido en escena. —Luke sacudió la cabeza—. ¿Por qué iba a cambiar? Sí, eres una pelirroja salvaje, pero tampoco eres taaaan especial. —Luke sonrió con suficiencia.

No pude decir nada.

Era imposible que las palabras de Luke fueran ciertas.

Y, sin embargo, se instalaron en mi interior y empezaron a atormentarme. Una y otra vez. ¿Era por eso por lo que Asher a menudo no tenía tiempo para mí? ¿Eran sus citas de negocios en realidad encuentros con otras mujeres? ¿Eran sus viajes de negocios una excusa para verse con mujeres en otras ciudades?

—Tengo una conocida. Azra. Es diseñadora de joyas. Parece que vosotras dos también os conocéis. —Luke sonrió—. Es una historia

graciosa. Porque ella también conoce a Asher. Desde hace mucho. Y bastante bien, si entiendes a qué me refiero.

Luke no esperó a ver si yo daba muestras de haber captado el sentido de sus palabras. —Esos dos follan con regularidad y desde hace tiempo. Parece que simplemente se divierten. —Luke se encogió de hombros—. Por eso... Asher no se va a molestar en perdonarte una mentira. Simplemente te reemplazará por otra persona. Seguro que Azra puede hacer el trabajo tan bien como tú. Y si me fío de las palabras de Asher, ella también folla igual de bien que tú.

Sentí que todo se congelaba en mi interior.

Aquello era peor que cualquier cosa que me hubiera imaginado jamás.

—Pero yo puedo encargarme de que conserves tu puesto. —Luke sonrió enseñando los dientes. Se pasó la lengua ligeramente por los labios, como si estuviera saboreando un festín inminente.

—Si eres un poco amable conmigo. —Esas eran las palabras que me esperaba.

—¡No! —solté con una vehemencia inesperada.

¿Qué se creía este idiota?

—¡Mientes más que hablas! ¡No te creo ni una palabra! ¡Se lo preguntaré a Asher! —Presioné las palmas de mis manos contra el pecho de Luke e intenté apartarlo.

Quería ir con Asher.

Sus sentimientos habían sido reales.

De eso estaba segura.

Luke mentía y yo iba a preguntarle a Asher ahora mismo qué había de cierto en esas afirmaciones. Entonces le contaría que no había aprobado el examen. Y entonces todo iría bien.

Estaba segura.

Luke me agarró las muñecas y las apartó sin esfuerzo. Antes de que pudiera siquiera gritar, me atrapó y presionó sus labios contra los míos.

Intenté defenderme, pero Luke me apretó contra la ventana y empujó su cuerpo contra el mío. Con su lengua intentó obligarme a abrir los labios.

Jadeé.

Capítulo 24 Asher

Alargué la mano hacia el pomo. Era la puerta del despacho de Holly.

De repente, mi mente se quedó en blanco. ¿Qué se suponía que debía preguntarle a Holly? ¿Cómo exactamente debía empezar?

Da igual, Asher. Entra y di algo. El resto ya surgirá solo.

Abrí la puerta del despacho de golpe. Era mejor terminar con esto de una vez. Cuanto más tardara en decidirme, más tiempo viviría sumido en la incertidumbre. En la duda de si Azra me acababa de mentir o si sus palabras tenían algo de cierto y Holly me había traicionado.

Entré en el despacho y me quedé mirando la escena que se presentaba ante mis ojos.

Holly y Luke.

Holly y Luke, besándose.

Me di un ligero puñetazo en el brazo. Esto no podía ser verdad. Me lo tenía que estar imaginando.

Pero no me imaginaba nada.

Holly estaba apoyada contra la ventana y Luke presionaba su cuerpo contra ella. Sus labios estaban sellados con fuerza. Luke se frotaba ligeramente contra Holly. Ella parecía fingir que se resistía un poco, pero aquello parecía más un juego que una resistencia real.

¿O no?

¿Y si Luke se le acababa de tirar encima a Holly y ella intentaba zafarse?

Entonces tenía que ayudar a Holly.

Di un paso hacia delante.

Y entonces lo oí.

Holly jadeó. Soltó un gemido suave.

Lo estaba disfrutando. Estaba disfrutando de ese beso.

Esa supuesta resistencia formaba parte del juego entre los dos. Probablemente les ponía aún más. Probablemente a Luke le excitaba muchísimo saber que estaba a punto de follarse a una mujer un poco esquiva. Y probablemente a Holly le ponía que Luke la deseara tanto como para doblegar su resistencia.

La rabia me invadió.

Así que Azra tenía razón.

Holly me había estado mintiendo todo el tiempo y fingiendo conmigo.

Yo no significaba nada para ella.

Se había acostado conmigo para conseguir el puesto de forma fraudulenta. Porque no tenía título.

—¡Traidora! —bramé tan fuerte que seguramente se oyó en todo el pasillo. Pero me daba igual.

Me importaba un bledo.

Todo el mundo podía enterarse de que Holly era una miserable traidora.

Todo el mundo debía saberlo.

Todo el mundo debía conocer la verdad.

Luke soltó a Holly y se dio la vuelta. Cuando me miró, sonrió con aire de culpabilidad. —Asher, yo...

Pero ni siquiera le hice caso a Luke. Él me daba igual. Sí, había besado a Holly. Eran pareja, tal como Azra había afirmado. O al menos tenían una aventura. Lo que fuera. Eso no era lo importante.

Lo importante era que Holly me había traicionado. Se había metido en mi cama y me había encandilado. Literalmente se había arrojado a mis brazos.

—Tú y Luke —siseé. Mi voz era más baja ahora, pero por dentro seguía hirviendo de rabia—. Así que es verdad. Tenéis un lío. Desde hace una eternidad.

Holly abrió la boca. Tenía las mejillas encendidas. Conocía esa reacción. Se la había observado ya unas cuantas veces. Cuando se ponía así de roja era porque estaba avergonzada o excitada. Y en este caso, probablemente ambas cosas. Avergonzada por haberme pillado a los dos in fraganti. Y excitada porque había besado a Luke con tanta entrega y se había prestado a su juego.

Pero ignoré por completo el rubor de Holly. Seguí hablando. —Tienes un lío. Probablemente incluso más de uno. Y en mi cama solo te colaste para tener más oportunidades de conseguir este trabajo. Porque suspendiste tu maldito examen. ¿A que sí? —miré a Holly. En ese instante, había querido sonar triunfante. Triunfante por haber desenmascarado a una maldita mentirosa.

Pero en realidad me sentía de otra manera. Me sentía humillado y derrotado. Aunque nadie debía notarlo. Ni Luke, ni mucho menos Holly.

Luke.

¿Podía reprocharle algo a mi director general?

¿No debería habérmelo contado todo?

Ya me encargaría de eso más tarde.

Ahora le tocaba a Holly. No solo había traicionado mi confianza, sino que se había querido meter en mi vida para luego romperme el corazón.

Yo no significaba nada para ella.

No le interesaba mi bienestar.

Solo se interesaba por sí misma.

—Lo del título te lo quería contar. Pero nunca era el momento adecuado y... —La voz de Holly se apagó.

—¡Ajá! —troné—. Entonces es verdad. —Inspiré profundamente—. ¡Mentirosa! —le espeté a Holly a la cara.

En ese momento no sabría decir cómo me sentía. Una parte de mí todavía había tenido la esperanza de que las afirmaciones de Azra resultaran ser falsas. Incluso ahora, después de haber visto a Holly y a Luke juntos. ¿Acaso Luke la habría forzado a besarle? ¿Y si lo del título tampoco era cierto?

Pero ahora se confirmaban mis peores temores y el último resquicio de esperanza moría en mi interior.

Aparqué mis sentimientos. Ahora no era el momento para eso.

—Yo... de verdad que no sabía cómo decírtelo. Tenía miedo y entonces... entonces... entonces... —Holly empezó a tartamudear.

—¿Miedo? —solté una carcajada burlona—. ¿De qué? —negué con la cabeza—. No tenías miedo. Me has mentido. —Di un par de pasos hacia Holly y Luke—. ¡Tenías miedo de decirme que en realidad estás con Luke y que lleváis años acostándoos!

Holly palideció. —Eso no es verdad.

Luke cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra, visiblemente incómodo. —Holly, ya no sirve de nada seguir mintiendo aquí.

Miré a Luke brevemente. Al menos él tenía la decencia de afrontar los hechos y decir la verdad.

—¡Sigues mintiendo! —apreté las mandíbulas. El comportamiento de Holly me sacaba de quicio—. ¿Es que no te das cuenta de cuándo hay que parar? —Golpeé el escritorio con el puño con tal fuerza que todos los objetos saltaron por los aires antes de volver a aterrizar ruidosamente sobre el tablero.

Y como me había sentado tan bien, volví a golpear el escritorio.

Me alivió de forma increíble.

Me habría gustado seguir aporreando el escritorio hasta que se partiera bajo mis golpes. Pero me contuve. Holly no tendría la satisfacción de haberme hecho perder los papeles por completo.

—Ya nadie te va a creer nada. Y yo mucho menos. —Miré a Holly con rabia. Si al menos lo hubiera admitido todo.

Luke se aclaró la garganta. —Nos conocemos desde hace años. Perdimos el contacto durante un tiempo, pero luego volvimos a encontrarnos, por casualidad. Y bueno, los viejos sentimientos no siempre mueren. A veces vuelven a brotar con mucha más intensidad.

—¡Maldito mentiroso! —Holly arremetió ahora contra Luke.

Luke la esquivó. —Holly, hay que saber reconocer cuándo se ha perdido la partida. O cuándo se ha actuado mal. Asher tiene razón.

No sirve de nada seguir enredándose.

Holly soltó un fuerte alarido.

Me tapé los oídos.

Parecía el grito de un animal herido.

En ese instante, me asaltó de nuevo una ligera duda.

¿Se comportaba así una mentirosa?

—¡Asher! —Una mano se posó sobre mi hombro desde atrás—. Solo quería ver si estabas bien. Hace un momento estabas muy pálido y a la vez parecías furioso. No me ha gustado nada. Frente a mí estaba Azra.

Y entonces volvió a oírse aquel horrible lamento.

El llanto de Holly.

Me di la vuelta.

—Me llamas mentirosa. Tú. Precisamente tú. —Holly me señaló con el dedo de forma acusadora. Estaba temblando de pies a cabeza.

Una parte de mí se moría por ir hacia Holly y estrecharla entre mis brazos. Protegerla, como siempre había hecho. Le habría susurrado al oído que todo se arreglaría y que ya encontraríamos una solución.

Esa era una parte vieja de mí, que anhelaba a la antigua Holly.

Una Holly que nunca había existido.

Por eso la miré ahora sin ninguna compasión. —Sí, te llamo mentirosa. Y al hacerlo, digo la verdad.

Holly seguía temblando.

—Tú... tú... tú... —intentó decirme algo varias veces. Y fracasó en cada intento. La miré con desprecio.

—¡Yo no tengo nada con Luke! ¡Pero tú sí tienes algo con Azra! —Al fin, las palabras salieron de la boca de Holly—. ¡Yo no soy una mentirosa! ¡El mentiroso aquí eres tú!

Apreté el puño.

Esto era peor que nada de lo que hubiera vivido jamás.

Había sido tan tonto como para estar a punto de entregarle mi corazón a Holly. A una miserable mentirosa. A una mujer que no solo me había traicionado, sino que ahora además lo negaba todo y me acusaba a MÍ de mentir.

Ni siquiera Virginia había sido tan mala.

Virginia me había suplicado que me quedara, pero al menos no había negado nada después de que la pillara con Ryker, e incluso pareció aliviada de que el doble juego hubiera terminado.

No como Holly.

La miré con frialdad. —Claro. En lugar de admitir que me has traicionado, prefieres acusarme a mí. Pero no vas a desviar la atención de tus mentiras y de tu engaño de forma tan fácil. Así no.

—¡Te importo un bledo! —gritaba Holly cada vez más fuerte.

Solté una risotada sarcástica. Ese comentario era lo más estúpido que había oído nunca. —¿Te extraña? ¿Por qué ibas a significar algo para mí?

Holly me miró sin palabras. Habría jurado que en sus ojos brillaban las lágrimas.

Tonterías, Asher. Las mentirosas no lloran. Son lágrimas de cocodrilo. Solo quiere manipularte y conseguir que cargues tú con la culpa de su falta.

—No te importo. No te importan las mujeres. Solo vas de aventura en aventura. —Los reproches de Holly eran cada vez más absurdos. Además, sollozaba ligeramente y se sorbía los mocos.

Me reí. —¿Y qué? ¿Acaso te incumbe? ¿Es que estábamos juntos?

La cara de Holly se desencajó.

Le había dado donde le dolía.

Mejor así.

Porque había querido herirla.

Quería que sintiera el mismo dolor que me había causado a mí. El doble de fuerte. El triple. Qué digo, diez veces más fuerte. La gente como ella no entendía nada. Solo entendían el lenguaje del dolor.

Sentía el dolor que Holly me había causado.

Y supe que lo sentía ahora por primera y última vez.

No quería volver a sentirlo jamás.

No VOLVERÍA a sentirlo nunca más.

—Quítate de mi vista —dije con calma y control, pero con total claridad—. No quiero volver a verte. Aquí no hay lugar para ti. Recoge tus cosas y lárgate.

Seguramente ahora Holly volvería a estallar en llanto ruidoso.

Y yo disfrutaría de habérselo devuelto.

Holly me miró fijamente.

Luego echó la cabeza hacia atrás. —¡Con mucho gusto! —respondió con frialdad—. Con muchísimo gusto. Donde no soy bienvenida, me marcho encantada.

Con esas palabras, Holly pasó por mi lado como una exhalación.

Fuera del despacho.

Fuera de la empresa.

Fuera de mi vida.

Mejor así.

No me di la vuelta.

Ese capítulo estaba cerrado.

Holly había muerto para mí.

O mejor dicho: nunca había existido.

Capítulo 25 Holly

Mientras salía del despacho y recorría el pasillo, me sentía extrañamente tranquila. Tan tranquila, incluso, que le dediqué una sonrisa educada y saludé a la secretaria de Asher, que venía en dirección contraria. Me comporté como siempre. Nadie podía notar el torbellino que llevaba por dentro. Me acerqué al ascensor y pulsé el botón.

Esto no acaba de pasar. Esto no acaba de pasar. Esto no acaba de pasar.

¿De verdad había pasado?

Miré a lo largo del pasillo. En mi despacho —o mejor dicho, en mi antiguo despacho— nada parecía moverse. Asher, Luke y Azra debían de seguir allí. ¿Qué estarían haciendo ahora? ¿Seguirían discutiendo?

De algún modo, no me imaginaba que esos tres tuvieran mucho que decirse.

En ese instante se abrió la puerta de mi antiguo despacho. Contuve el aliento. ¿Quién saldría?

¿Y de verdad quería ver a esa persona?

Si era Asher, ¿qué haría yo?

Ding.

Entonces se abrieron las puertas del ascensor frente a mí. Entré rápidamente y sentí un alivio inmediato al quedar fuera de la vista. Pulsé con impaciencia el botón del vestíbulo y luego, de inmediato, el de cerrar puertas. No quería que Asher me viera. Ni él ni nadie.

Cuando por fin iba de camino hacia abajo, me apoyé aliviada contra la pared del fondo del ascensor. En el despacho todavía había conseguido mantener la compostura más o menos. Cuando Asher me había echado, había levantado la cabeza con orgullo y simplemente había afirmado que pensaba irme de todas formas. No quería darle la satisfacción de verme destrozada. No quería que viera cómo me sentía.

Pero ahora, mientras me apoyaba en la pared del ascensor y bajaba lentamente, ya no podía reprimir el dolor tan bien. El labio inferior me temblaba ligeramente.

Ahora no, Holly. Aquí dentro no.

Quería salir de la empresa con la cabeza bien alta y abandonar el edificio sin haber derramado ni una sola lágrima.

Tragué saliva rápidamente e inspiré y espiré hondo y pausadamente.

Ding.

Las puertas del ascensor volvieron a abrirse. Había llegado abajo. Salí caminando despacio.

—Holly, hola —Melania me miró con curiosidad—. ¿Ya has terminado por hoy? —añadió burlona.

—Tengo algo que resolver fuera —respondí con indiferencia.

—Pues espero que hayas consultado con Asher esa cita. No le hace gracia que vayamos y vengamos a nuestro antojo —afirmó Melania.

Mentira. Asher me había dado total libertad desde mi primer día.

Eso ya no importa, Holly.

Los ojos se me humedecieron ligeramente y supe que ya no podría contener mis sentimientos por mucho más tiempo.

—Asher me ha pedido expresamente que acuda a la cita. Me ha enviado él —no era mentira. Era tan cierto que Melania no podía ni imaginárselo.

—Bueno, vale —Melania seguía pareciendo desconfiada.

—Puedes preguntárselo tú misma —me encogí de hombros. Que Asher se apañara con ese tema. A mí ya no me importaba nada de eso.

—Me tengo que ir. Sin esperar a que Melania respondiera, me di la vuelta y crucé el vestíbulo hacia la salida. En ese momento lo que

más deseaba era echar a correr, pero me obligué a caminar despacio. Muy despacio.

Por fin estuve fuera, al aire libre. O mejor dicho, en el bochorno sofocante que reinaba en ese momento en Nueva York. La tormenta que se había pronosticado para hoy no podía tardar mucho en llegar.

Di un paso adelante con inseguridad. Lo mejor sería ir a la estación de metro más cercana e irme a casa. Aunque ahora mismo no me apetecía tener compañía. Josie me acribillaría a preguntas si llegaba a casa tan pronto. Y no podría mentirle a mi compañera de piso. Le contaría la verdad. Josie se desviviría en muestras de compasión y, aunque por un lado eso estaba bien, por el otro resultaba demasiado. Necesitaba un poco de tiempo para mí, para poner mis ideas en orden y asimilar lo que acababa de ocurrir.

Negué con la cabeza.

Asher me había puesto de patitas en la calle. Había visto cómo Luke me acosaba y, en lugar de escucharme, simplemente me había acusado de engañarlo. ¡Cuando era ÉL el traidor que me había engañado con Azra!

Negué con la cabeza con tristeza.

Todavía no podía creer que todo aquello fuera real.

¿Estaba soñando?

¿Me despertaría en los próximos minutos empapada en sudor en mi cama y llamaría a Asher para que me asegurara que todo estaba bien entre nosotros y que solo había tenido una pesadilla?

Tras de mí estalló un trueno.

Me sobresalté.

El estruendo resonó por la calle estrecha y pareció volverse cada vez más fuerte. Miré con miedo al cielo de Manhattan. Unas nubes negras, densas y oscuras se amontonaban sobre mí. La tormenta no tardaría en estallar.

A lo lejos ya rugía el siguiente trueno.

Aceleré el paso. Las tormentas me daban miedo y no me gustaba que me pillaran a la intemperie.

¿A dónde iba, de todos modos?

Frente a mí vi el Empire State Building.

Sin tener idea de a dónde quería ir, seguí caminando hacia allá.

¡Zas!

Un rayo enorme cruzó el cielo negro como la noche y pareció impactar en el Empire State Building. Al mismo tiempo sonó un trueno más fuerte que cualquiera que hubiera oído jamás. Me quedé parada sin aliento. Otro rayo ya surcaba Manhattan.

Y entonces, sin previo aviso, el cielo se abrió.

Empezó a llover.

O mejor dicho: empezó a llover a cántaros de un segundo a otro. A mi alrededor, la gente se refugiaba en portales y tiendas. Oí gritos ahogados y juramentos contenidos. La lluvia había llegado tan de repente que nadie había tenido tiempo de abrir un paraguas.

Yo me quedé sola en la acera.

Y estaba mojada.

Empapada.

Totalmente empapada.

Tenía el pelo pegado a la cabeza y la blusa y la falda me colgaban pesadas por la humedad.

Y entonces el dolor que antes había reprimido golpeó mi cuerpo con toda su fuerza. Di un grito de puro horror.

Asher me había puesto en la calle así como así. Como si yo no significara nada para él. Como si las apasionadas horas que pasamos juntos nunca hubieran existido. Como si todo hubiera sido solo un juego.

El labio inferior me empezó a temblar y sorbí por la nariz.

Y de repente rompí en un llanto desconsolado. Hice una mueca de dolor y las lágrimas rodaron por mis mejillas. La lluvia arreciaba sobre mí y borraba de inmediato todas las lágrimas. Pero el dolor que sentía por dentro no se iba tan fácilmente como el llanto. Sollozaba, lloraba y gritaba. No quedaba nadie en la calle que pudiera oírme. Y aunque lo hubiera habido: la tormenta ahogaba

cualquier ruido. Las gotas de lluvia golpeaban mi cabeza y mis hombros y me dolían casi físicamente.

Pero, de alguna manera absurda, aquel dolor incluso me sentaba bien. Era como si el dolor externo fuera matando poco a poco mi dolor interno.

Me rodeé los hombros con los brazos y me balanceé de un lado a otro llena de desesperación.

Asher había tenido una aventura con Azra todo ese tiempo y probablemente también tendría a unas cuantas mujeres más de reserva. Para él, yo no había sido más que un pequeño pasatiempo, que además resultaba útil para su empresa. Nada más.

Nada más.

Tenía que enfrentarme a la amarga realidad.

Me había dejado deslumbrar por los buenos modales de Asher, por su actitud cercana, por su atractivo y su riqueza. Y en realidad, solo había sido una conquista más. Quizá nunca se había acostado con una pelirroja y quería demostrarse a sí mismo que podía seducir a una mujer así. O ver si era cierto que las pelirrojas eran especialmente salvajes.

Eso mismo me había dicho Luke en su día. Había querido comprobarlo.

Y Asher resultaba ser exactamente igual que mi ex.

Ni un ápice diferente.

Normal; al fin y al cabo, los dos trabajaban juntos.

Sorbí por la nariz. El balanceo me reconfortaba y mis sollozos fueron cesando poco a poco. La lluvia seguía tamborileando sobre mi cabeza y mis hombros.

Y entonces me golpeó otra realidad.

No solo había perdido a Asher. También me había quedado sin trabajo. Sabía con total seguridad que no volvería a pisar *Asher's* jamás. Ni diez caballos juntos me harían volver a entrar en ese edificio.

Aparte de que Asher seguro que no quería volver a verme por allí. Probablemente ya le habría ofrecido mi puesto a Azra.

Al pensarlo, tragué saliva. Mis sollozos cesaron definitivamente y, en su lugar, el enfado y la rabia empezaron a crecer en mi interior.

¿Cómo había podido traicionarme así?

¿Cómo?

¿Por qué lo había hecho?

Podía tener a la que quisiera, ¿por qué tenía que buscar satisfacción de esa manera?

Eso ya no es problema tuyo, Holly. En absoluto.

Tenía bastantes cosas más de las que preocuparme. Me había quedado sin trabajo, pero ¿de dónde iba a sacar uno nuevo? Seguía

sin tener el título y tampoco tenía referencias. Seguro que Asher no me daría ningún certificado que acreditara que había trabajado para él. Solo habían sido unas pocas semanas. Ni siquiera un mes entero. Ni siquiera había cobrado mi primer sueldo.

Entonces me estremecí.

Tenía frío y estaba mojada.

Y no tenía dinero. Mi cuenta estaba a cero. Anthony no me había pagado mi último sueldo. Asher seguro que tampoco me ingresaría nada.

Era una estúpida que se dejaba utilizar por cualquiera y que así había trabajado gratis durante más de un mes para hombres que me trataban mal y que me ponían en la calle a la primera de cambio.

Lo que más deseaba era que me tragara la tierra.

O teletransportarme a otra vida.

Como guía turística en las Bahamas, como camarera en Roma o como una exitosa diseñadora de joyas en París.

Pero todo aquello estaba más lejos que nunca.

No tenía nada.

¿Cómo iba a pagarle a Josie el próximo alquiler? Quizá me lo podría aplazar una vez, ¿pero después? ¿De dónde sacaría el dinero para el mes siguiente? ¿Cómo iba a devolver mi crédito estudiantil? ¿Con qué iba a comprar comida?

Volví a estremecerme.

Lo que menos me apetecía era volver a casa.

¿Pero a dónde iba a ir si no?

Estornudé con fuerza.

Una vez.

Dos veces.

Y una tercera vez.

Entonces miré hacia arriba. Para mi sorpresa, había dejado de llover. Ni siquiera me había dado cuenta.

¿Sería ese el famoso rayo de esperanza en el horizonte?

En el tiempo sí, Holly. Pero no para tu propia vida.

—Pero mira a quién tenemos aquí. Una voz desagradable. Levanté la vista.

Anthony.

Delante de mí estaba mi antiguo jefe.

—Pareces una rata mojada. —Anthony soltó una carcajada maliciosa —. ¿Eras demasiado tonta para buscar refugio en un edificio? A ti

siempre había que decírtelo todo para que hicieras algo. —Anthony se rió más fuerte.

Luego me analizó de arriba abajo. —¿Es que ahora vives aquí en la calle o qué? ¿La gran diseñadora de joyas ya no puede permitirse un piso propio? Pareces una de estas mendigas. Pero incluso ellas han buscado donde guarecerse para no mojarse tanto.

No pude decir nada. Todo mi sistema estaba simplemente bloqueado por el hecho de que Anthony estuviera allí humillándome. Me decía a mí misma que debía salir huyendo lo más rápido y lejos posible, pero no era capaz. Mis piernas no se movían y me sentía como paralizada. De la misma forma tenía la lengua bloqueada. No me salía ni una palabra, a pesar de que lo que más deseaba era decirle a Anthony que cerrara la boca y me dejara en paz.

Sin previo aviso, Anthony me agarró del brazo. —¿Sabes qué, pequeñaja? Puedes venir a mi casa a calentarte un poco. No quiero ser tan malo. —Mi antiguo jefe soltó una risa forzada.

Entonces reaccioné. —¡No!

El agarre de Anthony se hizo más fuerte. Intentó arrastrarme por la calle.

—¡Suélteme! —me resistí.

—Venga ya, te ofrezco un sitio calentito. —Anthony volvió a reírse—. Hasta te dejo meterte en la ducha si me dejas entrar contigo y luego eres un poco amable conmigo. Siempre he querido saber qué tal es una pelirroja en la cama y ahora que te tengo así delante... —Anthony soltó una risita.

Y en ese momento, mi pie salió disparado hacia adelante.

Con todas mis fuerzas, le di una patada a Anthony en la espinilla.

—¡Ay! —exclamó él soltándome. Se puso a saltar sobre una pierna mientras gritaba.

Y yo eché a correr tanto como pude.

Tenía que huir.

Giré a la izquierda.

Luego a la derecha.

Me detuve jadeando y me llevé la mano al costado. Había corrido tan rápido que apenas me quedaba aire. Me dolía el brazo en el lugar donde Anthony me había sujetado.

Entonces volví a estornudar.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Tenía que ponerme a cubierto urgentemente.

Tenía que irme a casa.

Por un momento me vino a la mente la imagen del Penthouse de Asher. Allí seguro que se estaba calentito y cómodo, y Kingsley estaría esperando ansioso a que alguien llegara a casa y lo acariciara.

Eso se acabó, Holly. Nunca fue tu hogar y nunca lo será.

Solo me quedaba el piso compartido con Josie. Ese era mi hogar y esperaba que pudiera seguir siéndolo.

Aunque estuviera sin blanca y el futuro fuera incierto.

Entonces enderecé los hombros.

No te vengas abajo, Holly. Has hecho huir a Anthony. Se ha ido. Lo has conseguido tú solita, sin que Asher tuviera que venir a ayudarte. Y así podrás con el resto de tu vida también.

El resto de mi vida.

Le pediría a Josie que me aplazara el alquiler.

Luego me buscaría un trabajo nuevo.

Y quién sabe, quizá incluso me presentaría al examen de diseñadora de joyas por segunda vez y esta vez lo aprobaría.

Efectivamente, parecía asomar un pequeño rayo de esperanza en el horizonte.

Capítulo 26 Holly

Tres semanas después.

La grasa siseó con fuerza cuando puse una hamburguesa en la parrilla. Y otra más. Y otra. Solo de ver la carne para hamburguesas se me hacía un nudo en la garganta. ¿Cómo era posible fabricar algo así? ¿Y comerlo? Apenas parecía comida, sino más bien un disco redondo de fabricación industrial con algo de sabor.

Me di la vuelta, abrí el congelador, saqué una de las bolsas gigantes de patatas fritas y las eché en la cesta de la freidora.

La grasa volvió a sisear.

El olor era absolutamente insoportable y se me quedaba pegado al pelo y a la ropa todas las noches al llegar a casa. Siempre me duchaba durante mucho tiempo y lavaba mi ropa más a menudo de lo habitual, con una dosis de detergente especialmente generosa. Pero nada de eso servía. El olor parecía haberse instalado en lo más

profundo de mis poros, porque cada día ya lo tenía en la nariz nada más despertarme.

Lo odiaba.

En los últimos días me habían estado entrando náuseas con regularidad. Mi jefe me había observado con desconfianza y me había preguntado si tenía una gastroenteritis. Yo había negado con la cabeza y mascullado algo sobre una intolerancia alimentaria. Mi jefe no hizo más preguntas. El personal escaseaba aquí, así que se alegraba de que viniera a trabajar.

Y eso hacía, porque de lo contrario no cobraría.

Pronto sería fin de mes y entonces por fin recibiría mi sueldo.

Asher, por supuesto, no me había ingresado nada y tampoco había llegado nada de Anthony.

No es que le hubiera preguntado a ninguno de los dos.

Simplemente me alegraba de que me dejaran tranquila. Había encontrado el trabajo en la hamburguesería rápidamente y, aunque no me gustaba lo más mínimo, al menos ganaba dinero y podía cubrir mis gastos básicos. Eso ya era algo. Y mientras tanto, podía pensar en cómo quería enfocar mi futuro.

De forma mecánica, di la vuelta a la carne para hamburguesas. Un lado ya estaba dorado. Tan dorado como debía estar. En este local había una norma al respecto. Sacudí la cabeza. La carne no sabía a nada, pero tenía que parecer apetitosa para que los clientes pudieran al menos imaginar que tenía algún sabor.

Todavía no tenía ni idea de cómo quería enfocar mi futuro.

Ninguna en absoluto.

Me volví de nuevo hacia las patatas. La grasa siseaba y burbujeaba.

Y de repente, unas náuseas intensas me invadieron.

Otra vez.

Solté apresuradamente la espátula y corrí hacia el baño al fondo. Llegué justo a tiempo al váter antes de vomitar con una arcada sonora.

¿Qué me estaba pasando?

—¡Maldita sea! —Barnes, mi jefe, apareció en el umbral de la puerta.

Había tenido tanta prisa por llegar al baño que ni siquiera había cerrado la puerta tras de mí. En ese momento tuve una última arcada y luego me apoyé agotada en el váter. Me sentía tan débil como si llevara días sin comer ni beber nada.

—¡Te pasas el día vomitando por aquí, no haces tu trabajo y encima molestas a los clientes! ¿Qué van a pensar si siempre hay alguien con arcadas? —Barnes estaba furioso—. No puedo permitirme algo así.

—No sé qué me pasa —murmuré con debilidad mientras me secaba el sudor de la frente con una mano. Caminé con paso vacilante hacia el lavabo y abrí el grifo del agua fría. Al sentir el frescor en mis muñecas, me fui sintiendo un poco mejor.

—Las hamburguesas ya se han quemado tres veces porque tú estabas metida en el baño. —Barnes se puso las manos en las caderas. Era un hombre alto y gordo que en las últimas semanas me había intimidado más de una vez—. Te diré una cosa: hasta ahora has estado en periodo de prueba. ¡Y tu periodo de prueba se acaba ahora mismo! —Señaló hacia fuera con un gesto imperioso.

—¿Qué? —No tenía ni idea de a qué se refería.

—¿No me he explicado bien? ¡Estás despedida! —Barnes me agarró del brazo y me sacó del baño—. Coge tus cosas y vete.

Me sentía demasiado débil para protestar. O para decir cualquier cosa. Me dejé guiar por Barnes sin oponer resistencia hasta la pequeña habitación que servía de vestuario del personal. Allí estaba mi bolso.

Barnes me increpó: —Cámbiate de inmediato y no te atrevas a llevarte nada que no sea tuyo.

Ante la idea de querer llevarme a casa la ropa de trabajo manchada de grasa, solté una breve carcajada.

—Vamos. —Barnes se cruzó de brazos.

Abrí el botón superior de la bata, que alguna vez había sido blanca. Y en ese momento fui consciente de lo que estaba pasando.

Despedida.

Otra vez.

Me volví hacia Barnes desesperada: —¡Necesito el trabajo!

Barnes se rió. —Sí, claro, necesitáis trabajo pero no queréis trabajar. ¿Por qué estás vomitando todo el rato? —Barnes me miró con desconfianza—. Probablemente te atiborres tú misma de hamburguesas y luego te metas el dedo en la garganta. Todas las mujeres delgadas hacéis lo mismo, todo el mundo lo sabe. Se puede leer en los periódicos.

Sacudí la cabeza. Solo de pensar en alimentarme de esa carne para hamburguesas, volví a sentir náuseas. Tragué saliva a duras penas. No quería volver a vomitar aquí bajo ningún concepto.

—No, eso no es verdad —objeté ahora—. Y seguro que pronto me encontraré mejor.

Esto último era mentira. Tuve que tragar saliva con fuerza. Lo que más deseaba era salir corriendo de nuevo al baño.

—Mejor, mejor. Eso es como una adicción. No se mejora. —Barnes se cruzó de brazos—. Vamos, muévete. No tengo tiempo para discutir contigo eternamente.

Volví a tragar saliva y me quité la bata blanca.

Y entonces aparté a Barnes con una fuerza inesperada y corrí al baño.

Volví a vomitar.

Una hora más tarde, metí la llave en la cerradura de mi piso, agotada.

Vaya día.

Vaya día de mierda.

No podía ser peor.

—Holly, ¿ya estás aquí? —Josie salió a mi encuentro.

Asentí.

—Estás muy pálida. —Josie me observó preocupada.

Asentí de nuevo.

Y entonces pasé por delante de Josie corriendo hacia el baño y volví a vomitar. Por tercera vez hoy. Tuve arcada tras arcada hasta que solo expulsé pura bilis. Luego tiré de la cadena.

—¿Estás enferma? Te prepararé un té. —Josie apareció detrás de mí en la puerta del baño. Una vez más, no había conseguido cerrar la puerta. ¿De dónde saldrían estas náuseas tan repentinas?

—¿Enferma? Yo... no lo sé. —Sacudí la cabeza con agotamiento. Luego me senté en el gran cesto de la ropa sucia. Simplemente no podía mantenerme en pie. El cesto crujió de forma preocupante bajo mi peso, pero aguantó.

—¿Quizá has comido algo en mal estado? —Josie no se daba por vencida—. Un té seguro que te ayuda. —Se dio la vuelta para ir a la cocina.

—Me han echado. Porque no paraba de encontrarme mal en el trabajo. —Hablé en voz baja.

Pero Josie me había oído. —¿Qué? ¿Te despide porque has tenido que vomitar? —Me miró incrédula.

—Bueno, no he vomitado solo una vez. Han sido más. Y no solo hoy —admití.

—¿Y por qué no te has quedado en casa? ¿Y por qué no has ido al médico? —Josie sonaba un poco reprochadora—. Tienes que cuidarte mejor.

—Pensé que se pasaría solo. —Agarré el borde del lavabo y me levanté del cesto de la ropa. Mis piernas se sentían todavía un poco flojas y temblorosas, pero ya podía mantenerme en pie de nuevo.

—¿Tienes algún otro síntoma? —quiso saber Josie.

Me quedé pensando. —En realidad no. Me siento un poco rara en general. Tengo los pechos hinchados, siento como si hubiera un tirón constante o algo así. Y me duele la cabeza.

Josie se quedó pensativa. —Hm. —Luego, de repente, me dedicó una sonrisa radiante—. ¿Sabes qué, Holly? Lo mejor es que vayamos a la cocina y lo hablemos todo con un té. Y... —hizo una pausa y me guiñó un ojo con aire conspirador—, y con un paquete de TimTams. He conseguido unos a través de mil contactos. —Josie me tendió emocionada la mano para que chocáramos los cinco.

Choqué la mano de mi amiga con cansancio. —Es un detalle precioso por tu parte. Pero, de alguna manera... no me apetece nada el chocolate.

Los ojos de Josie se abrieron de par en par. —¿No te apetece el chocolate? ¿A ti? ¿Rechazas unos TimTams? ¿Las galletas que estuviste buscando por toda la ciudad durante semanas? Todas las noches me dabas la tabarra con que seguías sin encontrarlas. Y ahora que aparecen aquí sobre la mesa casi por arte de magia, ¿no QUIERES?

Me sentí casi un poco culpable. Josie se había esforzado tanto por darme una alegría que no podía ni celebrarlo con ella. Me sentía una ingrata.

Josie entornó los ojos y frunció el ceño. —¿Estás embarazada?

Su pregunta resonó en las paredes alicatadas del baño como una pelota de ping-pong.

Embarazada.

Embarazada.

Embarazada.

La palabra me zumbaba en los oídos.

—O mejor dicho: ¿podrías estar embarazada? —Josie me miró de forma significativa.

—Yo... sí tomo la píldora. —Sacudí la cabeza.

Embarazada.

No, era imposible que estuviera embarazada.

No PODÍA estar embarazada.

—¿Y qué hay de aquella mañana en la que nos comimos los huevos en mal estado? —Josie me miró seriamente—. Poco antes de mi cumpleaños.

—Incluso aquel día me la tomé. Me la tomo cada mañana. Si no, tengo dolores demasiado fuertes cuando me baja la regla. Y con la píldora ya no me baja, por suerte. Así que me la tomé. Seguro.

—Ya. Pero las dos vomitamos justo esa mañana. Y si una vomita poco después de tomársela, la píldora no hace efecto. —Josie suspiró y me miró con compasión.

Me quedé petrificada.

Eso era verdad.

Si una vomitaba demasiado pronto después de la toma, los principios activos no llegaban al cuerpo y la píldora perdía su eficacia. Se tardaba más o menos una semana hasta que la anticoncepción volvía a funcionar. En aquel momento no me había parecido especialmente importante. Al fin y al cabo, no tenía novio.

Una semana.

En esa semana, Josie había celebrado su cumpleaños y yo había conocido a Asher. Y habíamos pasado la noche juntos.

Habíamos tenido sexo.

Y no solo una vez.

Tenía que enfrentarme a la realidad. —Podría ser —murmuré.

Josie suspiró de nuevo. —En el armarito encima de ti hay un test de embarazo. Puedes usarlo.

—¿Cómo? —Me quedé mirando a Josie. ¿Por qué teníamos un test de embarazo en el baño?

Josie restó importancia con un gesto. —Tuve un retraso de un par de días y compré un test. Bueno, en realidad compré dos de golpe. Ya me conoces. Soy una maniática del control. —Josie se rió de sí misma—. El caso es que al día siguiente por fin me bajó la regla y por eso sobró un test. —Josie señaló el armario del baño.

Asentí.

Lo que más deseaba era estar simplemente en otro lugar.

Bahamas.

Central Park.

Cualquier sitio menos aquí.

De nada sirve huir, Holly. Tienes que afrontar los hechos. Tienes que salir de dudas.

Saqué el test del armario y leí las instrucciones del paquete.

No podía ser más sencillo.

Orinar en el palito.

Colocar el palito sobre una superficie plana.

Esperar.

Leer el resultado.

Josie me hizo un gesto de ánimo y se fue a la cocina.

Me bajé el pantalón.

Luego oriné en el palito.

Y entonces esperé.

De repente, un segundo me pareció tan largo como un minuto.

¿Estaba embarazada?

En la ventana de control no pasaba nada.

Cerré los ojos.

Por favor que no, por favor que no, por favor, por favor.

No quería estar embarazada.

No PODÍA estar embarazada.

¿Qué iba a hacer entonces?

Volví a abrir los ojos.

En la ventana de control se veían dos gruesas líneas rosa.

Estaba embarazada.

Capítulo 27 Asher

Zis.

La pelota terminó en la red.

—Hoy no estás muy en forma, ¿verdad? —gritó Hayes desde el otro lado de la pista—. ¿Has derrochado todas tus fuerzas en los campeonatos de la ciudad?

No respondí, simplemente le hice una seña a Hayes para que continuara con el juego. Ahora le tocaba a él sacar. Me coloqué en mi posición y esperé hasta que la pelota vino zumbando hacia mi lado.

Plop.

Mi raqueta golpeó la pelota y la mandó de vuelta por encima de la red.

Y directamente hacia arriba, contra la valla.

Había fallado el golpe como si fuera un principiante absoluto. Probablemente los niños del curso de iniciación ya lo harían mejor. Seguramente lo habría hecho mejor cualquiera que tuviera una raqueta de tenis en la mano por accidente.

Hayes atrapó la pelota cuando rebotó en la valla. Se la guardó con naturalidad en el bolsillo y se acercó a mí.

—Hoy no es precisamente tu día, ¿eh? ¿Te tiene distraído ella? —Mi mejor amigo me miró con curiosidad.

No tenía ni idea de qué estaba hablando. —¿Ella?

Hayes puso los ojos en blanco. —Vamos, Asher, no me tomes por tonto. Hace tres semanas me hablaste de una mujer que se había adueñado de tu corazón como ninguna otra. De la que te has enamorado y con la que quieres empezar incluso una nueva vida. Con la que quieres volver a vivir, por fin. Eso que no hacías desde que lo dejaste con Virginia. Luego te pasas tres semanas demasiado ocupado para venir a la pista de tenis o siquiera para llamar. —Hayes sonrió—. Por supuesto que me alegro de que estés en el séptimo cielo. Pero podrías hacerme partícipe un poquito de tu felicidad.

En el séptimo cielo.

Hayes no podía estar más equivocado. Me había enterrado en el trabajo para no tener que sentir y para olvidarlo todo. Para no volver a pensar nunca más en Holly.

Ante el comentario de Hayes, el dolor regresó. Lo aparté rápidamente de nuevo y gruñí: —Era tan mentirosa como Virginia. No quiero saber nada más de ella. Ni de ninguna otra mujer. —Al decir esto, golpeé la red con la raqueta.

Hayes me miró. —Lo siento mucho, colega.

Me limité a sacudir la cabeza. No quería oír ni siquiera eso.

Hayes se aclaró la garganta y supe que mi mejor amigo no preguntaría más. Me dejaría en paz si quería paz. Era una de sus mejores cualidades.

—¿Seguimos jugando entonces? —quiso saber.

En ese instante sonó con fuerza un teléfono móvil.

—Mi teléfono. —Hayes me miró disculpándose—. Lo he dejado encendido porque espero una llamada urgente. Que, por cierto, tiene que ver contigo.

¿Conmigo?

Antes de que pudiera preguntarle a Hayes a qué se refería, ya había corrido hacia su bolsa. Escuché. Pero aparte de algunas palabras vagas como «ajá», «hum», «entiendo» y «¿seguro?», no pude oír nada. No tenía ni idea de con quién hablaba Hayes. Ni de qué. ¿Por qué esa llamada tenía que ver conmigo?

La conversación fue breve. Y aun así, me pareció una eternidad hasta que Hayes dijo: «Gracias, ya te llamaré» y colgó.

Le miré con curiosidad cuando regresó a la pista.

Hayes respiró hondo. —¿Recuerdas que contraté a un detective privado?

Detective privado. Por supuesto. El asunto de la web copiada y el ataque informático. Casi lo había olvidado. Primero solo había pensado en Holly y luego me había esforzado en no pensar en Holly. Ambas cosas me habían costado bastante tiempo y energía. Debido a eso, había dejado de lado otros problemas. Al fin y al cabo, tenía a Luke, que se encargaba de esas cosas. Aunque últimamente no hubiéramos hablado mucho. Él me había explicado que le había pedido a Holly varias veces que fuera sincera conmigo, pero ella le había ignorado y simplemente había seguido adelante.

No sabía muy bien qué pensar de todo el asunto.

Pero por otro lado... ¿qué más daba? Holly no iba a volver si yo despedía a Luke por un ataque de rabia. No cambiaría nada. Absolutamente nada. Las mujeres tal vez habrían despedido a Luke. Ellas tomaban decisiones mucho más emocionales. Yo era un hombre y pensaba de otra forma. Luke era un empleado valioso. Así que se quedaba y yo me encerraba en mi despacho.

—Sí, me acuerdo del detective privado —dije ahora.

—El hombre tiene un resultado. Sabe quién copió tu tienda. Y seguramente será también la persona que está detrás del ataque informático. —Hayes parecía impenetrable.

—Supongo. —Asentí. Y poco a poco empecé a sentir cómo recuperaba el ánimo. Volvía a interesarme de verdad por lo que pasaba a mi alrededor—. —¿Quién es? ¡Dímelo ya!

¿Habría sido Ryker? ¿O aquel Mr. Owens de la asociación de joyeros? No, a él no lo creía capaz de algo así. En tal caso, más bien a Ryker. Él mismo había admitido que le gustaría jugármela.

Hayes inspiró profundamente. —Es Luke.

—¿Qué? —Debía de haber oído mal—. No puede ser.

—Sí. —Hayes asintió con tristeza—. Ya le encargué al detective en aquel entonces que lo comprobara todo por duplicado y por triplicado. Es un hombre muy fiable y nunca expresaría una sospecha si no estuviera absolutamente seguro de que es cierto.

¡Luke!

Negué con la cabeza. Sencillamente no podía creerlo. Tenía que haber un error en algún lado. El detective debía de haberse equivocado.

Probablemente no se ha equivocado, Asher. Sabe perfectamente lo que está en juego. Si Hayes te da este resultado, es que es verdad.

Recordé cómo Luke había contenido el aliento cuando oyó que yo sabía lo de la tienda. ¿Había tenido miedo de que le descubrieran?

Daba igual.

Lo importante era una cosa: ¿cuál sería la mejor forma de proceder ahora?

—Tengo que pensar —dije—. Ven, vamos a caminar un poco. —Eché la raqueta a la bolsa—. Una ducha rápida, nos cambiamos y estaremos como nuevos. Y Kingsley también se alegrará de que vayamos a buscarlo antes.

Ya le había cogido mucho cariño al perro de la abuela de Hayes y me lo llevaba a todas partes. Ahora nos llevábamos mejor. Los consejos de Holly habían resultado útiles.

Holly.

Siempre Holly.

Cada vez que quería evitarla y creía que por fin lo había conseguido, volvía a aparecer.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —Kingsley jadeaba entusiasmado y tiraba de la correa. Nos había recibido con alegría y estaba encantado de haber salido de la guardería.

—Despacio —le advertí.

Kingsley no me hizo caso, sino que siguió tirando de la correa.

—Está bien, vayamos por aquí a la izquierda —cedí. No tenía una ruta fija para el paseo.

Hayes se rió por lo bajo. —Ese perro te ha cambiado bastante.

No supe qué decir.

Kingsley siguió tirando y doblamos una esquina donde había algunos árboles.

Y allí estaba Luke.

En medio del camino.

Junto con la mujer que había venido a mi despacho aquel día.

Ya se me había olvidado su nombre.

O mejor dicho, no quería recordarlo.

Los dos venían hacia nosotros y aún no nos habían visto porque estaban ocupados mirándose a los ojos.

Azra.

Ahora me venía el nombre a la memoria.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —Kingsley ladraba como un loco y tiraba de la correa. Quería ir hacia Luke y Azra.

Luke nos vio por fin. —Asher. Qué coincidencia —me sonrió.

Y entonces me invadió la furia.

Ese viejo hipócrita.

Se comportaba como si no hubiera pasado nada. Igual que en las últimas semanas. Pero ya no podía seguir fingiendo que no sabía nada. Y tampoco quería.

—¿No te da vergüenza? —exploté. Antes de que Luke pudiera reaccionar, ya me había abalanzado sobre él y lo había agarrado por el cuello. Lo sacudí con fuerza.

—¡Oye! ¿De qué vas? ¿Te has vuelto loco? —Luke me agarró las manos e intentó soltarse.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —Había soltado la correa de Kingsley en el tumulto, pero el perro seguía a mi lado ladrando con todas sus fuerzas.

—¡No finjas que no sabes nada! —grité. Algunos transeúntes se giraron. Me daba igual. Estaba furioso.

—¡Tú montaste esa maldita tienda en línea y hackeaste la página! Y luego fingiste sorpresa y afirmaste querer ayudarme. ¡Me has estado mintiendo y traicionando todo el tiempo! ¡Maldito traidor! —Volví a sacudir a Luke. Me moría por darle un derechazo.

Luke empezó a ponerse ligeramente azul.

—Suéltalo —suplicó la mujer que estaba al lado de Luke—. Solo fue... lo hizo por mí. Los dos queríamos ser autónomos juntos y montar algo propio. Para no depender más de otros. Queríamos irnos a vivir a Hawái.

—Azra, cierra la maldita boca —soltó Luke.

Y de repente se me representó la escena que había tenido lugar hace tres semanas en mi empresa. Azra, Luke, Holly y yo.

¿Aquello también había sido todo puro teatro?

¿Luke y Azra querían irse juntos a Hawái?

¿Ellos dos?

¿No eran Luke y Holly?

¿Qué era verdad aquí? ¿Y qué era mentira?

—Me habéis estado mintiendo todo el tiempo. ¡Probablemente nunca tuviste nada con Holly! —Me habría gustado agarrar a Luke aún más fuerte, pero aflojé un poco el agarre porque quería oír lo que tenía que decir.

—Estuvimos juntos hace años. O lo que sea eso. —Luke intentó encogerse de hombros, pero no lo consiguió del todo bajo mi presión—. Tuvimos algo, eso es todo. Es un bombón, hay que admitirlo. —Luke sonrió.

Tenía unas ganas inmensas de darle una bofetada. Pero me contuve. Quería escuchar todo lo que tuviera que decir.

—Pero la tía siempre se daba aires y al final lo nuestro no llegó a nada. Se marchó. —El rostro de Luke se contrajo en una mueca horrible—. Y cuando la volví a ver ahora, me dije que se la devolvería. No iba a permitir que fuera feliz. Y además, quería acostarme con ella otra vez. Una pelirroja tan explosiva tiene su aquel.

—¿Qué? —Antes de que yo pudiera decir nada, Azra gritó—. Me convenciste de que solo lo hacías para que ella perdiera su trabajo y en realidad querías... ¡Bastardo! —Azra levantó su bolso y empezó a golpear a Luke.

—Idiota —gruñó Luke tan bajo que solo yo pude oírlo.

Luego me miró con desprecio. —El gran Asher siempre consigue lo que quiere. Tiene la mejor tienda y las mujeres más guapas. Solo quería demostrarte por una vez que no siempre sale todo como a ti te gusta. Que no puedes simplemente darme órdenes y hacer lo que

quieras sin que haya consecuencias. Que YO tomo mis propias decisiones.

Pensé en las entrevistas para el puesto de diseñador de joyas de hace unas semanas. Ya por entonces Luke se había comportado de forma extraña. Pero no me lo había tomado en serio para nada y pensé que solo era un mal humor pasajero. Ahora negué con la cabeza. Ya debía de estar trabajando en su intriga por aquel entonces.

—Estás despedido. —Ya no gritaba, hablaba en un tono normal. Al soltar a Luke, le di un pequeño empujón, de modo que tropezó contra Azra. Ella soltó un grito de espanto. Kingsley se interpuso entre nosotros, plantó las cuatro patas en el suelo y gruñó de forma amenazadora.

—Mantén a ese perro lejos de mí o te denuncio. —Luke agarró a Azra de la mano y se la llevó a rastras. Antes de darse la vuelta definitivamente, escupió en el suelo delante de mí.

Me quedé mirando cómo se alejaban.

Habían mentido.

Nada de todo lo que Luke y Azra me habían dicho era verdad. Había caído en una trampa.

Y Holly... Holly nunca me había mentido. Al menos, no había tenido ninguna relación con Luke. Él la había acosado vilmente y, en lugar de ayudarla, yo la había culpado y al final la había echado de mi empresa y de mi vida.

Y me había obligado a olvidarla.

Ahora volvía a pensar en ella.

En el pelo rojo, los ojos verdes, el lunar junto a sus labios carnosos. En sus pechos generosos y sus piernas largas. En su risa, en su entusiasmo al ver que sus diseños me gustaban. En su miedo y su timidez.

La había perdido.

Había sido injusto con ella.

En mi interior se mezclaban la rabia y el anhelo.

Tenía que ir a buscarla.

Capítulo 28 Holly

—Estoy embarazada. —Sostenía el test de embarazo en la mano mientras me apoyaba en el marco de la puerta de la cocina.

Josie se acercó y me quitó el test. —Pues sí —murmuró tras echarle un breve vistazo—. No hay duda.

Asentí. Las líneas rosas eran tan gruesas y nítidas que no podía haber duda alguna sobre el resultado. Las lágrimas brotaron de mis ojos.

Josie notó mi tristeza y me rodeó con el brazo. —Holly, mi querida Holly.

—¿Qué va a ser de mí ahora? —sollocé—. No tengo nada y no soy nadie. A penas tengo dinero para comprarme comida y pagar el alquiler. Y ahora, encima, voy a tener un hijo. Y todo por haber caído en la trampa de un idiota que quiso deshacerse de mí a la primera de cambio y que me estuvo engañando todo el tiempo de todas formas. —Seguí sollozando.

No había vuelto a llorar desde que dejé la empresa de Asher y me quedé allí plantada bajo la lluvia, tan miserable. Aquel día, cuando me sequé las lágrimas y la ropa, me juré a mí misma que no desperdiciaría ni un solo pensamiento más en Asher. Sencillamente, no valía mis lágrimas.

Y, de hecho, había conseguido reprimirlo todo. Me había volcado en el trabajo. Como me sentía mal constantemente, me costaba muchísima energía presentarme cada día en la hamburguesería y cumplir con mi turno. Después, solía estar tan cansada que lo único que hacía era dormir.

Otra señal más.

Normalmente dormía lo suficiente. Pero no tanto.

El embarazo debía de estar consumiéndome la energía.

Y reprimir mis sentimientos también me había agotado. Pero ahora, todo volvía a salir a la superficie.

—¿Cómo he podido ser tan tonta? —seguía llorando. Josie me estrechó entre sus brazos y me meció suavemente de un lado a otro. Me acarició ligeramente los hombros. Poco a poco me fui calmando. —Ojalá estuviera en otra parte —murmuré.

—Vaya, vaya —dijo Josie. Me soltó y me miró a los ojos—. ¿Quién va a salir huyendo ahora solo porque hay un problema? Ya sabes que los problemas de uno siempre lo persiguen. Van con uno allá donde vaya.

Sollocé. —Sí, sobre todo si es un embarazo.

Josie sonrió. —Eso sí que te lo llevas a todas partes.

Resoplé una vez más. —Dios mío, no quería decir que un hijo sea un problema. Quiero decir, es la cosa más hermosa del mundo. Y no tiene la culpa de nada. Solo quiero decir que es...

—Está bien. —Josie me acarició el brazo—. Te entiendo. Una noticia así pilla a cualquiera por sorpresa. Primero tienes que acostumbrarte a la idea. Y luego, pensar con calma qué vas a hacer. Tómate un tiempo para ti, primero. Verás como después todo se ve de otra manera.

—Tiempo. Tiempo. —Negué con la cabeza—. No tengo tiempo. Necesito un trabajo para, al menos, volver a ganar dinero.

Josie suspiró. —Aun así, no será suficiente para ti y para el niño. En la hamburguesería apenas ganabas lo justo para ti sola.

Apreté los dientes. No quería oír esas palabras. Josie decía la verdad y me estaba señalando exactamente la situación sin salida en la que me encontraba.

—Además, no podrás trabajar tanto tiempo. Poco antes del parto tendrás que cuidarte. Y después, tendrás que ocuparte de tu hijo. —Josie me miró.

La situación parecía cada vez más desesperada cuanto más de cerca la miraba a través del cristal de la realidad. Josie tenía razón. No podría permitirme que cuidaran del niño. Una madre de día ya se comería todo mi sueldo. Así que tendría que cuidar del niño yo misma. No es que no quisiera hacerlo encantada, pero ¿cómo iba a ganar dinero entonces?

—¿No vas a decírselo? —preguntó Josie de repente.

—¿Qué? —Me sobresalté, sacada de mis pensamientos—. ¿Qué tengo que decirle a quién?

—A Asher. Podrías ponerte en contacto con él y decirle que estás embarazada de él. —Josie me miró con intención—. Puede que sea un idiota, pero al menos es un idiota rico. No parece que le falte el dinero, así que ¿por qué no iba a ayudarte?

Se me volvieron a humedecer los ojos. —Seguramente dirá que ni siquiera es su hijo. Dirá que es de Luke. —Volví a sentir la punzada en el corazón que Asher me había asestado cuando me acusó de engañarle con Luke.

Volví a sollozar. —Y quién sabe, a lo mejor Azra ya está embarazada desde hace tiempo. O alguna de sus otras mujeres. A lo mejor ya tiene hijos.

—No te obsesiones con cosas así. —Josie me observó—. No puedes saber nada de eso. Son puras suposiciones.

Me tranquilicé un poco y me esforcé por inspirar y espirar profunda y lentamente. Josie tenía razón.

—E incluso si fuera así, aun podría pagar por el niño. —Josie se encogió de hombros—. Él es el padre. También tiene una responsabilidad.

—Pero entonces tendré que volver a verlo. —Al soltar aquello, rompí a llorar de nuevo.

Josie volvió a abrazarme. —Ay, Holly. Son cosas que pasan. Miles de padres, probablemente millones, están separados y tienen que volver a verse porque tienen hijos en común y deben encontrar soluciones para las visitas y todo eso.

Sollocé con fuerza.

Ese no era el problema.

Durante las últimas semanas, había reprimido durante el día cualquier pensamiento sobre Asher. Pero cada noche, al apagar la luz y acurrucarme bajo la manta, no lo conseguía. En cuanto cerraba los ojos, el atractivo rostro de Asher aparecía ante mí y veía aquellos ojos oscuros que me miraban con tanto deseo. Su cuerpo musculoso y su pelo magníficamente despeinado.

Asher no me era tan indiferente como pretendía. Y precisamente por eso no quería volver a verlo. Me había tratado como a la peor mujer de la tierra. Me había tratado mal y yo seguía amándolo y consumiéndome por él cada noche.

Esa era la verdad.

Y si volvía a verlo, todos esos sentimientos se harían aún más fuertes y...

Josie pareció presentir que algo me pasaba. —He dicho que se lo digas. Y punto. No que vuelvas a enamorarte de él. No te merece y, si aparece por aquí, le voy a cantar las cuarenta.

A mi pesar, tuve que reírme ante la idea.

Josie me examinó con detenimiento. —Creo que necesitas aire fresco. Deberías salir a dar un paseo.

Estuve a punto de negarme, pero entonces le pregunté: —¿Vienes conmigo?

Josie negó con la cabeza. —Seguro que te vendrá de maravilla caminar unos pasos a solas y reflexionar sobre todo. La respuesta que necesitas está en tu interior. No la vas a encontrar en mí. Yo puedo escucharte y darte mi opinión. Pero ya la conoces. Te toca a ti tomar una decisión. —Josie me miró con cariño.

Y una vez más, tuve que admitir que tenía razón.

Media hora más tarde, entré en Central Park por una de sus numerosas entradas. Había estado aquí muchísimas veces y, aun así, siempre me gustaba volver. El parque era enorme, así que incluso después de recorrerlo por enésima vez, siempre descubría algo nuevo que no conocía. Además, se veía distinto en primavera que en otoño, y en verano que en invierno. Me encantaba el parque sobre todo cuando las hojas cambiaban de color o las flores florecían. Ahora, en verano, disfrutaba de la sombra de los grandes árboles. Aquí siempre parecía hacer un poquito más de fresco que en las estrechas calles entre los rascacielos, y eso me sentaba de maravilla.

—¿Un bicitaxi, señora? —Uno de los muchos conductores de bicitaxi se acercó a mí con su bicicleta e hizo un gesto de invitación.

Negué con la cabeza. Eso era para turistas. Aparte de eso, no podía permitirme un viaje así de todos modos. Los precios eran absurdamente altos, pero los turistas extranjeros pagaban por fotografiarse en un bicitaxi en Central Park y se ponían contentos de poder llevarse la foto a casa.

Un compañero del bicitaxista se acercó por detrás. Observé cómo se detenía junto a una pareja que acababa de discutir bajo un árbol y que ahora se besaba efusivamente para reconciliarse. El conductor gritó algo, pero ellos no le hicieron ni caso. O quizá ni siquiera lo oyeron. Parecían tan absortos en sus besos que no se percataron de su presencia.

Torcí el gesto y sonreí amargamente. Hace unas semanas, Asher y yo podríamos haber sido ellos. Solo que nosotros no habríamos discutido.

Imaginaciones tuyas, Holly, todo son figuraciones. Esa pareja parece feliz, pero quizá él también esté engañando a la mujer y se vaya directo con su novia nada más despedirse apasionadamente.

El hombre se separó de la mujer.

Di un respingo de sorpresa.

—¿Se encuentra bien, señora? —El conductor del bicitaxi me miró preocupado.

Solo pude asentar, incapaz de articular palabra. Con cuidado, me oculté tras el bicitaxi y observé cómo el hombre abandonaba Central Park.

Era Luke.

Luke había estado besando a una mujer bajo el árbol.

¿Y qué, Holly? Luke puede besar a quien quiera. No tiene que rendir cuentas a nadie y, si hoy te asedia a ti, mañana puede irse con otra. Como ha sido siempre. No ha cambiado.

Luke no se fijó en mí cuando salió del parque. Suspiré aliviada al ver que desaparecía de mi campo de visión. Aunque no tenía motivos para evitarlo y, con toda seguridad, no me molestaría después de haber estado besando a otra, me sentía mucho más cómoda si no me lo encontraba ni hablaba con él.

—¡Vaya, vaya! ¿A quién tenemos aquí? ¡Si es la buena de Holly! —Una voz femenina y maliciosa llegó a mis oídos.

Me di la vuelta.

Azra.

La miré incrédula.

¿Qué hacía ella aquí?

—¿Lamentas que el bueno de Luke ya no te bese a ti, sino a mí, verdad? —Azra soltó una carcajada estridente—. Así son las cosas, Holly. Hay que saber perder.

¿Luke había besado a Azra? No me había fijado bien hace un momento. No había reconocido a Azra. La distancia era demasiado grande. Tragué saliva. —¿Estáis juntos? —pregunté con la voz un poco tomada.

Azra se encogió de hombros. —Se podría decir así. Quién sabe. O quién sabe si no. —Se rió—. ¿Es importante? —Azra me examinó más de cerca—. Caray, la pequeña Holly tiene los ojos muy rojos e hinchados. ¿Has estado llorando? —Puso morritos—. Vaya, vaya.

No sabía qué decir. Estaba todo revuelto en mi interior. ¿Luke y Azra eran pareja?

—Tú... yo pensaba que tú y Asher... —Mi voz se apagó. Sencillamente no era capaz de expresar lo que pensaba. De preguntar lo que quería saber.

Azra soltó una risita. —Asher y yo. De verdad que te crees cualquier estupidez que te cuentan. —Volvió a reírse—. Asher es un auténtico capullo. —Azra me miró—. ¿Tienes los ojos así de llorosos por él? ¿Después de todo este tiempo todavía?

Después de todo este tiempo. Solo habían pasado tres semanas. No era tanto tiempo, después de todo.

No respondí. Pero tampoco hizo falta. Azra siguió hablando sola, sin necesidad de que yo dijera nada.

—Me había presentado al puesto de diseñadora de joyas en su empresa. Pero el idiota no quiso ni darme una oportunidad. Ni siquiera me convocó para una entrevista. Luke me contó que dijo que yo no tenía experiencia y que mis diseños eran demasiado aburridos. —Azra resopló—. Y eso que, a diferencia de ti, yo sí que aprobé el examen.

Otra pulla. Típico de Azra.

—Pero si conseguiste el trabajo con Ryker. Seguro que paga tan bien como Asher —objeté. No entendía el problema de Azra. Al fin y al cabo, tenía su sustento asegurado.

—Pero yo prefería el puesto con Asher. —Azra torció el gesto de forma caprichosa y, de repente, pareció una niña mimada—. Y cuando me enteré de que TÚ tenías el puesto, a pesar de que sabes menos que yo y ni siquiera aprobaste el examen, decidí que me vengaría de Asher. Pagará por lo que hizo.

Venganza.

Azra se estaba comportando realmente como una niña pequeña.

—Pero Luke y tú... —Otra vez no sabía exactamente cómo formular mi pregunta. Pero Azra estaba regodeándose en su sentimiento de triunfo y no hacía falta mucho para que soltara la lengua.

—Luke y yo nos conocemos de hace mucho. Y entonces tramamos un plan común. Porque Luke también está harto de que Asher le dé órdenes constantemente. Ya habría sido jefe de su propia empresa hace tiempo si Asher no estuviera impidiéndoselo continuamente.

No creía que Asher le hubiera impedido a Luke dimitir y fundar su propia empresa. Probablemente Luke tenía más bien unas expectativas imposibles de cumplir. Pero me guardé mucho de decirlo.

—Y así fue como os separamos a los dos y te echamos de la empresa. —Azra me sonrió de oreja a oreja—. ¿Por qué vas a tener tú lo que yo no puedo tener?

Hacía un momento, Azra afirmaba querer vengarse de Asher, y ahora, de repente, yo era el objetivo de sus acciones.

No le des más vueltas, Holly. Tienes cosas más importantes en las que pensar ahora.

Entonces nada de aquello era cierto. Asher no tenía un lío con Azra. Jamás lo había tenido. Y probablemente tampoco tuviera líos con otras mujeres. Todo era mentira. Luke me había acosado y Azra le había contado a Asher vete tú a saber qué historias sobre mí. Así era como debía de haber sucedido todo.

—Bueno, que te vaya bien, Holly. Que tengas una buena vida y que te diviertas mucho como mujer de la limpieza. —Azra se rió y se alejó.

No le hice caso.

Ante mí volvió a aparecer el rostro armonioso y atractivo de Asher, con sus ojos oscuros y su pelo despeinado. Casi creí percibir su olor a sándalo y coco y sentir su cuerpo atlético.

Miré a mi alrededor.

No había ni rastro de Asher.

Pero en mi interior crecía un impulso incontenible. Quería verlo. A ser posible, ahora mismo. Quería explicárselo todo. Tenía que saber la verdad. Y entonces hablaríamos y...

Toda una película se proyectaba ante mis ojos.

Entonces miré el reloj.

A estas horas, Asher debería estar en el trabajo.

Me lancé hacia la salida del parque y eché a correr.

Capítulo 29 Asher

—No corras tanto —Hayes parecía preocupado—. Así solo vas a ganarte una multa y a desperdiciar un tiempo valioso explicando a los policías cosas que, de todos modos, no entienden.

—Aquí no hay policías —dije mientras tomaba una curva con brío.

—Eso nunca se sabe. Puede que ahora mismo pase uno que se aburra y entonces se acabó eso de «quiero llegar a Holly lo antes posible». A la policía eso le da igual —Hayes no se rendía.

En ese momento, Kingsley gimoteó lastimeramente.

—Está bien —gruñí y levanté el pie del acelerador. De todos modos, un semáforo se puso en rojo frente a nosotros y tuve que parar. Había conducido demasiado rápido, pero en ningún momento puse en peligro el tráfico. En aquel momento había inusualmente poco movimiento en las calles de Manhattan.

Alguien llamó a la ventanilla.

Kingsley ladró.

Levanté la vista. Un policía uniformado en una moto.

—¿No te lo dije? —Hayes me dio un codazo.

Bajé la ventanilla. —Caballero, iba usted demasiado rápido. Debo pedirle que baje del vehículo y me entregue sus documentos. No puedo permitir que siga circulando así.

Se me encogió el estómago. No podía ser verdad. Tenía que ir a ver a Holly ahora mismo. Urgente. Mi instinto me decía que no aguantaría ni un minuto más sin verla y sin saber qué pensaba realmente de mí.

Kingsley gimoteó. El policía miró dentro del coche. —Oh, ¿es un labrador? —quiso saber—. Yo también tengo uno en casa. Exactamente de ese color. Son unos perros maravillosos, ¿verdad?

Asentí.

Kingsley volvió a gimotear.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el agente.

Y entonces se me ocurrió una idea. Sacudí la cabeza seriamente. —No mucho. No tan bien como debería. Ha vomitado varias veces en casa, aunque no ha querido comer nada. Vamos de camino a la clínica veterinaria. Por eso iba tan rápido. No soporto ver sufrir a mi perro —sacudí la cabeza con pesadumbre—. Si se aparta un poco, puedo bajar. ¿Pongo los intermitentes de emergencia? Esto va a ir para largo, ¿verdad? Reconozco que no iba precisamente despacio.

Kingsley gimoteó de nuevo. Me habrían dado ganas de concederle una medalla al perro. ¿Acaso podía leerme el pensamiento? En las últimas semanas nos habíamos llevado bien, pero Kingsley no siempre obedecía mis órdenes y, desde luego, nunca hacía nada sin que se lo mandaran.

—¿Clínica veterinaria? —el policía me miró estupefacto—. Bueno, dadas las circunstancias... ¿quiere que le escolte? Así llegará antes.

—Gracias, no es necesario. Solo faltan cinco minutos —respondí.

El policía dio un paso atrás y levantó la mano a modo de saludo. —Que se mejore su perro.

Subí de nuevo la ventanilla y me incorporé al tráfico.

—Más suerte que cabeza —comentó Hayes a mi lado.

Asentí. —Sí, es verdad —me encogí de hombros con sentimiento de culpa—. No quería mentirle, pero...

—Está bien, está bien —Hayes levantó las manos en gesto defensivo —. No tienes que justificarte ante mí. Probablemente yo habría hecho lo mismo en tu lugar.

Asentí. Mi corazón latía más rápido. Teníamos que estar a punto de llegar. —Por aquí cerca —señalé los rascacielos algo más antiguos al borde de la calle. Esta no era la mejor zona de Manhattan. Tampoco la más pobre o la peor. Pero la gente como yo no solía dejarse caer por aquí.

Así que aquí vivía Holly. Nunca me había parado a pensar en cómo sería su casa. Acababa de pedirle a mi secretaria que buscara su

dirección en su expediente personal. Antes me había... bueno, me había ocupado más de mí mismo que de Holly.

Al pensarlo, el estómago se me volvió a revolver de forma desagradable. Ojalá pudiera perdonarme. Ojalá todavía hubiera una oportunidad.

Aparqué directamente junto al bordillo.

—Ahí está prohibido estacionar —Hayes arqueó las cejas.

—No tengo tiempo para andar buscando —salté del coche—. Además, no le bloqueo el paso ni la salida a nadie. No sé por qué está prohibido aparcar aquí. Seguro que es otra de esas típicas trabas burocráticas.

Kingsley gimoteó y saltó al asiento del conductor. No debí de cerrar bien el pestillo del transportín. Ya me había pasado una vez.

—Está bien, ven conmigo —murmuré. Quizás eso incluso me sirviera de ayuda. Holly adoraba a Kingsley y Kingsley adoraba a Holly. Si ambos se reencontraban y se llevaban bien, quizá eso podría influir positivamente en cómo me recibiría a mí y...

Respiré hondo.

Luego me acerqué al largo panel de timbres donde figuraban los nombres de los residentes. Mi secretaria no había podido decirme en qué planta vivía Holly. Pero, por supuesto, conocía su apellido.

Holly Thatcher.

El nombre me recordaba al de una actriz.

Sin aliento, recorrí con la mirada la hilera de timbres.

—¿Cómo se llama ella? —Hayes se había colocado detrás de mí.

—Holly Thatcher —al pronunciar su nombre, el corazón me dio un vuelco.

—¡Aquí! —Hayes señaló una placa en la parte inferior de la hilera.

Anderson / Thatcher

Dos nombres.

Holly no vivía sola.

Vivía con alguien.

¿Con un hombre?

¿Con... Luke?

Todas las imágenes espantosas que había logrado expulsar de mi mente durante las últimas tres semanas volvieron a aparecer.

Tonterías, Asher, ese ni siquiera es el apellido de Luke. Además, lo acabas de ver en el parque. Seguro que no vive con Holly. Mantén los pies en el suelo, en la realidad.

Entonces sería otro hombre.

Me quedé mirando la placa del timbre con gesto sombrío.

—¿Qué pasa? —preguntó Hayes.

—Dos nombres —señalé la placa.

En ese instante se abrió la puerta y un hombre salió del rascacielos. Me quedé mirándolo.

¿Sería él?

¿Vivía él con Holly?

Con rapidez de reflejos, Hayes sujetó la puerta. —¿Dónde podemos encontrar a Holly Thatcher? —exclamó.

—Tercera planta —el hombre ni siquiera se volvió.

Así que no era él.

¿O sí?

Hayes mantuvo la puerta abierta. —¿A qué esperas, colega? —parecía no tener ninguna preocupación ni duda.

Normal.

No era su corazón el que estaba en juego aquí.

Respiré hondo y entré en el edificio. Kingsley me siguió obediente y solo gimoteó brevemente. La entrada era pequeña y estrecha, nada

comparable con el vestíbulo de mi casa o el de *Asher's*. Justo al lado del ascensor había una escalera oscura. Pulsé el interruptor de la luz y subí. Kingsley me siguió, y luego pude oír los pasos de Hayes. Estaba agradecido a mi amigo por estar allí sin decir muchas palabras.

Demasiado pronto llegamos a la tercera planta y demasiado pronto encontramos la puerta donde figuraban los dos nombres.

Anderson / Thatcher

Un cartelito con flores y algunos corazones.

Era bonito.

Probablemente lo habría hecho Holly. Una diseñadora de joyas también podía diseñar otras cosas.

Extendí la mano. En cuanto llame al timbre, alguien abriría. Y entonces sabría la verdad. Si Holly vivía aquí con otro hombre.

Un pensamiento me atravesó. ¿Y si ese tipo acababa de mudarse aquí? ¿Se habría despedido Holly de mí por dentro tan pronto? ¿Se habría buscado a otro mientras yo le guardaba luto como un idiota?

Estaba a punto de retirar la mano cuando Hayes dijo: —Si no lo intentas, nunca lo sabrás.

Entonces pulsé el timbre.

Luego escuché.

Se oyeron pasos tras la puerta.

¿Los pasos de Holly?

La puerta se abrió.

Frente a mí había una mujer. No era Holly. Pero la conocía. Ella también había estado en el bar en la azotea aquella noche. La noche en que conocí a Holly. ¿No era ella la que cumplía años? Fruncí el ceño. No lo recordaba con exactitud. Había estado demasiado ocupado admirando a Holly.

—Vaya, mire quién está aquí —la mujer se cruzó de brazos y me miró—. ¿A quién tenemos por aquí? Al gran Asher.

Cierto. La mujer también me conocía a mí. Del bar.

Y probablemente sabía mucho más de mí que yo de ella. Es sabido que las amigas y compañeras de piso se lo cuentan todo. Probablemente Holly se habría hartado de llorar con ella.

Y precisamente por eso, la mujer no sonaba nada acogedora en ese momento.

¿Cómo se llamaba? Me exprimí el cerebro, pero por más que lo intentaba, no podía recordarlo. Si es que alguna vez llegué a saber su nombre.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó la mujer cuando no dije nada.

—¿Está Holly en casa?

Genial, Asher. Una frase estupenda. Ir directo al grano sin saludar siquiera. Así te ganarás amigos.

Kingsley ladró cuando mencioné el nombre de Holly. Lo tranquilicé con un gesto de la mano y, por suerte, se calló enseguida.

—No está —la mujer me miró con aire desafiante—. Y aunque estuviera, ¿qué le importa a usted? Ya tiene a otra, ¿no? Entonces, ¿qué quiere de Holly? No está disponible para jueguecitos a tres —la mujer me lanzó una mirada sarcástica.

—Yo... no, no es eso. Solo me gustaría hablar con ella —dije en voz baja.

La mujer arqueó las cejas. —¿Hablar? ¿Ah, sí? ¿Tan de repente? ¿A qué viene ese cambio de opinión?

—Yo... —me faltaban las palabras. Esto era más difícil que estar frente a la propia Holly. Porque esta mujer podía ser la compañera de piso de Holly, pero en realidad nada de esto era asunto suyo. ¿Qué se suponía que debía decirle?

—Quiero decírselo a Holly en persona —logré decir finalmente—. Cuando la vea.

—No está. Como le he dicho —la mujer se mantuvo firme en el umbral.

Intenté echar un vistazo al interior del apartamento. ¿Diría la mujer la verdad? ¿De verdad no estaba Holly? ¿O solo se estaba escondiendo porque no quería verme y dejaba que su amiga me despachara?

—¡Holly no está! —la mujer debió de notar mi mirada inquisitiva.

Kingsley ladró. Volví a tranquilizarlo. Al parecer sentía la presencia de Holly. Quizás solo percibía que se mencionaba su nombre, pero quizá también percibía su aroma. Al fin y al cabo, los perros eran conocidos por tener un olfato muy sensible. Lo había notado a menudo en los últimos días. Kingsley parecía capaz de oler si en el menú estaba su comida favorita o cualquier otra cosa.

—¡Por favor! —lo intenté una vez más—. No tengo a otra mujer ni la he tenido nunca. Todo fue una mentira, inventada por alguien que quería engañarnos a Holly y a mí para separarnos.

La mujer me miró con desconfianza. Podía entenderla. Mi explicación no sonaba precisamente convincente y probablemente parecía más bien el balbuceo de alguien que intentaba salir de una situación desesperada y al que cualquier excusa le valía.

—Mi amigo no quiere hacerle ningún daño —intervino entonces Hayes—. ¿Me habría traído con él si no fuera así? —Hayes abrió las manos y pude notar que había puesto su sonrisa más desarmante.

Aquel hombre valía su peso en oro.

—No sé cuándo volverá —la mujer que teníamos delante reflexionó un momento. Luego añadió—: Pero no tengo inconveniente en decirle a Holly que han estado aquí preguntando por ella. Entonces ella podrá ponerse en contacto con usted si quiere volver a verle.

Si quiere volver a verle.

Eso no era precisamente muy prometedor.

Pero era todo lo que iba a conseguir en aquel momento.

No conocía a la mujer que tenía delante, pero podía interpretar perfectamente el tono de su voz.

—¿Alguna cosa más? —preguntó ahora, igual que una cajera cuando espera poder atender ya al siguiente cliente.

Sacudí la cabeza.

La mujer cerró la puerta.

Me quedé allí, mirando fijamente la madera oscura.

Kingsley gimoteó suavemente.

Y yo me sentí más lejos de mi objetivo que nunca.

Capítulo 30 Holly

Sin aliento, me planté frente al edificio de *Asher's*. Justo donde me había jurado no volver jamás. Justo donde, hace tres semanas, me había sorprendido aquella tormenta. ¿De verdad solo habían pasado tres semanas? ¿O ya habían pasado tres semanas? Había perdido por completo la noción del tiempo. Por un lado, sentía como si hubiera sido hace una eternidad y, por otro, como si acabara de ocurrir.

Me había construido una nueva vida, o al menos eso creía. Con un trabajo en la hamburguesería que, si bien no me hacía feliz, me ocupaba el tiempo y, al menos, me permitía ganarme el sustento.

Pero desde que me habían despedido, desde que sostuve aquel test de embarazo positivo en la mano y me encontré con Azra y Luke en el parque, parecía que el pasado me había alcanzado a pasos agigantados. Como si el tiempo transcurrido entre medias nunca hubiera existido.

Una parte de mí deseaba que nunca hubiera existido. No desde el día en que todo se hizo añicos. Deseaba poder retrasar el reloj tres

semanas y que hoy fuera de nuevo exactamente aquel día.

Tonterías, Holly. Esas fantasías nunca se cumplen. Como mucho en alguna película. Pero esto no es el cine, es la realidad. Esto es Nueva York en el siglo XXI.

Aunque la historia con Luke y Azra habría encajado perfectamente en una película. Intrigas, mentiras, roces, conflictos.

¿Tendría esta película un final feliz?

Asher no me había engañado con Azra. Pero ¿cómo podía saber yo si realmente se había interesado por mí? Había mucha gente que no engañaba a sus parejas, pero que aun así no estaba interesada de verdad en una relación.

O que no quería tener hijos.

Me puse una mano sobre el vientre en un gesto protector. Por primera vez desde que sostuve el test de embarazo positivo en la mano, toqué el lugar donde se estaba desarrollando mi hijo.

Mi hijo.

Nuestro hijo.

El hijo de Asher y mío.

¿Qué diría Asher cuando le comunicara que iba a ser padre? En los últimos minutos había estado tan segura de que habría un final feliz para nosotros. Desde que salí corriendo del Central Park hacia aquí, no había pensado en otra cosa.

Pero ahora me asaltaban las dudas.

¿Y si, a pesar de todo, no había final feliz?

¿Y si Asher ya había encontrado a otra? Los hombres eran rápidos para esas cosas. Procesaban las rupturas de forma distinta a las mujeres. Quizá ni siquiera me había echado de menos y simplemente había seguido con su vida. A él no le faltaba de nada. Tenía dinero y un trabajo.

Alcé la vista hacia la fachada impecablemente pulida. Allá arriba estaba el despacho de Asher. Entorné los ojos.

No seas infantil, Holly. Desde aquí abajo no puedes distinguir si Asher está sentado ahí arriba o no. Y mucho menos puedes adivinar lo que está pensando.

Tenía que atreverme y entrar en el edificio. No había otra opción. Por un momento consideré la posibilidad de esperar aquí a que Asher saliera. Luego descarté la idea. El aparcamiento subterráneo tenía dos salidas. No sabía cuál utilizaría Asher. Y, además, merecía algo mejor que esperar a escondidas durante horas frente a un edificio con la esperanza de que saliera un hombre.

Yo era Holly Thatcher.

Era valiente.

Y precisamente por eso iba a entrar ahora mismo.

Mi respiración se había calmado. Inspiré profundamente para serenarme aún más. Entonces di un paso al frente.

Mientras estaba en la gran puerta giratoria de cristal, esperando para poder entrar al vestíbulo, me sentí ligeramente inquieta. Me sentía como si estuviera en un escaparate. ¿No me estarían mirando todos los presentes en el vestíbulo? ¿Me reconocerían? ¿Estarían murmurando sobre mí a mis espaldas? ¿Sabrían acaso lo que había pasado entre Asher y yo?

Me entraron náuseas.

Lo que más deseaba era dar una vuelta completa en la puerta. Así habría salido de nuevo a la acera y simplemente me habría podido marchar.

Eso no soluciona ningún problema, Holly. Piensa en tu hijo.

Así que volví a inspirar profundamente y erguí los hombros. Con la cabeza bien alta, entré en el vestíbulo y me dirigí directa al mostrador de recepción.

Hoy estaba Grainne de servicio. Era irlandesa y también tenía el pelo pelirrojo, aunque no tanto como el mío. Una vez habíamos empezado a hablar por eso y, en realidad, nos habíamos llevado bastante bien. Pelirrojas unidas.

Grainne seguramente me ayudaría.

—Hola, Grainne —miré a mi compañera con inseguridad. ¿O era mi antigua compañera? Yo misma no sabía muy bien qué pensar.

Grainne levantó la vista. —Holly —la sorpresa se reflejó en su rostro. Luego la inseguridad. Y después el rechazo—. ¿Qué haces aquí? —quiso saber.

Inspiré profundamente. —Quisiera ver a Asher. Tengo algo importante que decirle. Algo realmente importante que puede ser decisivo para su futuro.

Grainne me examinó con desconfianza. —¿Y qué se supone que es eso?

—Lamentablemente, solo se lo puedo decir a él —desde luego, no iba a pregonar aquí a los cuatro vientos que estaba embarazada.

—Lo siento —Grainne se encogió de hombros—. Pero tú ya no trabajas aquí —no sonreía y tampoco daba ninguna señal de que nos hubiéramos llevado bien y de que hubiéramos intercambiado consejos en la pausa del almuerzo sobre qué champú era mejor para el pelo pelirrojo.

—Sí, lo sé. Pero como es tan importante, he venido de todos modos. Quiero decir, porque lo que tengo que decirle a Asher es muy importante —Dios mío. Ya me estaba liando yo sola con las explicaciones. ¿Cómo iba a entenderme Grainne entonces?

—¿De verdad lo es? —Grainne arqueó una ceja—. Quizá sea importante para ti, pero no para él.

Negué con la cabeza. —Es importante para él. Muy importante, de hecho —impaciente, cambié el peso de un pie a otro. Dios mío, si tan solo Grainne lo entendiera.

Pero ella negó con la cabeza. —Lo siento, Holly. Pero de verdad que no puedo dejarte pasar. Me es imposible.

—Pero puedes dejarme pasar como visitante —supliqué desesperada —. La secretaria de Asher puede venir a buscarme y luego volver a

bajarme. Solo quiero hablar con él un momento. Por favor —mi súplica era cada vez más insistente.

Y la mirada de Grainne, cada vez más gélida.

—Prometo que no voy a robar ningún secreto comercial. De verdad que no me interesa nada más que cinco minutos de conversación con Asher —estaba segura de que cinco minutos no bastarían ni de broma. Pero si se lo decía a Grainne, entonces sí que no me dejaría pasar. Lo mejor era pedir el mínimo. Lo menos posible. Así quizá funcionaría.

Pero Grainne se limitó a negar con la cabeza. —No. Y te lo digo por el aprecio que te tengo. También te aconsejo que no vuelvas por aquí y no vuelvas a intentarlo.

Me quedé mirando a mi antigua compañera.

—Estás en la lista roja —Grainne me lanzó una mirada significativa.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—La lista de personas a las que no se les puede permitir la entrada nunca más. Pase lo que pase. Asher mandó poner tu nombre personalmente. Si te dejo pasar, me juego mi puesto de trabajo. Así que ni hablar. Por favor, vete ya —Grainne se levantó e indicó la puerta giratoria con la mano derecha.

La miré desesperada.

Asher había puesto mi nombre en una lista para asegurarse de no volver a verme jamás. Sí, me había echado personalmente. Pero

aquello era distinto. Podía atribuir el despido a sus emociones. En cambio, la lista…

La rabia brotó en mi interior.

Y la protesta.

Y algo más. Quería luchar por mí. Y por mi hijo.

Iba a ir a ver a Asher.

Le hice un gesto amable a Grainne con la cabeza. Y entonces me di la vuelta y caminé a paso rápido hacia los ascensores. Acababa de ver por el rabillo del ojo que uno estaba a punto de llegar aquí al vestíbulo. Entonces se abrirían las puertas, yo entraría, pulsaría el botón y, antes de que Grainne pudiera hacer nada, estaría subiendo. Seguro que allí arriba la secretaria de Asher intentaría detenerme. Pero también superaría ese obstáculo.

—¡Alto! —gritó Grainne con fuerza a mis espaldas al darse cuenta de que no tenía intención de abandonar el edificio, sino que me dirigía en la dirección opuesta.

Ignoré el grito. Percibí de pasada que algunas personas en el vestíbulo levantaban la cabeza y miraban hacia mí. Pero nadie hizo el intento de detenerme.

Llegué al ascensor.

Las puertas se abrieron.

—¡Alto! —volvió a gritar Grainne.

Abrí los ojos de par en par.

Frente a mí estaba Melania.

—Vaya, ¿a dónde crees que vas? —preguntó la jefa de compras con sorna—. Pensé que habías saltado de la cama de Asher a otra y que por eso habías perdido tu trabajo —soltó una carcajada burlona.

Me puse roja.

Roja como un tomate.

Más roja que nunca.

—¡No puede subir! —gritó Grainne ahora. Debía de tener verdadero miedo por su empleo.

Melania se rió. —¿Quieres volver con tu Asher? ¿Se te quedó fría la cama del otro? —volvió a reírse.

Me puse aún más roja. ¿Acaso Asher lo había ido contando por ahí? ¿Había difundido esas historias sobre mí en medio de su frustración?

Respira, Holly. Bien podría haber sido Luke.

O lo que era más probable: que Melania hubiera oído la situación con Luke, Asher y Azra. Al fin y al cabo, su despacho estaba en el mismo pasillo y siempre dejaba la puerta entreabierta por miedo a perderse algo importante. Seguramente lo había oído todo y había sacado sus propias conclusiones.

—Aquí ya no te quiere nadie. Ni Asher ni Luke. Ni tampoco ninguno de tus otros compañeros —Melania se rió con malicia—. Puedes esperar aquí hasta que te salgan raíces. En primer lugar, no te voy a dejar entrar en el ascensor y, en segundo, no eres bienvenida, sea quien sea a quien busques. Asher simplemente hará que te echen de nuevo.

—Que me lo diga él mismo —la rabia volvió a apoderarse de mí. Los comentarios malintencionados de Melania me herían. Deseaba gritar con todas mis fuerzas. Pero tenía que pensar en mí misma y en mi objetivo.

—Por favor, vete ya, Holly —sin que me diera cuenta, Grainne se había colocado detrás de mí—. De verdad que esto no sirve de nada. Además, Asher ni siquiera está. Aunque consigas subir, no podrás darle tu mensaje.

Ni siquiera estaba.

Había venido hasta aquí para absolutamente nada.

Me habría encantado preguntar cuándo volvería Asher. Si estaba en una reunión o en un viaje de negocios más largo. O si acaso estaba de vacaciones. Pero me guardé las palabras. No iba a recibir respuesta a esa pregunta, igual que no la recibiría para ninguna otra.

Abatida, me di la vuelta y me dirigí hacia la salida.

A mis espaldas resonó la risa de Melania, que me caló hasta los huesos. ¿Por qué tenía que reírse de mí? ¿Por qué?

Me dieron ganas de darme la vuelta y sacudirla con fuerza. Pero no quería que nadie notara cómo me sentía. Erguí los hombros y levanté la cabeza. Caminé hacia la puerta giratoria con una lentitud deliberada, aunque lo que más deseaba era salir corriendo.

Todo era como hacía tres semanas.

También entonces me había marchado y también entonces me había jurado que nadie notaría cuánto me habían herido.

¿Cómo había podido ser tan tonta como para volver?

No ha sido ninguna tontería, Holly. Era necesario. Se trataba de ti y de tu hijo.

Entonces me encontré en la calle y respiré el aire cálido del verano.

¿Y ahora qué?

Holly. Sabes dónde vive Asher. ¿Por qué no vas allí y pruebas suerte? Quizá esté en casa. Hazlo por tu hijo.

Lo hice por mi hijo.

Y mi corazón latía con tanta fuerza que creí que pronto estallaría.

Capítulo 31 Asher

—Te dejaré por allí, cerca de Central Park —le dije a Hayes con un gesto de cabeza—. Gracias por venir conmigo.

—No hay de qué, amigo. Por desgracia, no ha servido de mucho —suspiró Hayes—. Ahora me temo que lo único que puedes hacer es esperar.

Esperar.

Odiaba esperar.

Ya de niño lo detestaba cuando tenía que aguardar para recibir una recompensa. Mi madre siempre me hacía esperar antes de dejarme comer un dulce. Ponía el chocolate delante de mí y me decía que no podía probarlo hasta que ella me diera permiso. Si lo cogía antes de tiempo, me lo quitaba y pasaba mucho tiempo hasta que mi madre volvía a darme algo.

Así fue como aprendí a esperar. Al menos, eso es lo que creía mi madre.

Pero, en realidad, lo que aprendí fue a odiar la espera.

—Seguro que vuelve pronto a casa —Hayes intentó animarme.

—Mmm —musité. Sí, tal vez Holly volviera pronto a casa. Pero ¿y si no me llamaba? Esa posibilidad me sacaba de quicio. Me quedaría allí sentado esperando eternamente, sin saber si Holly tenía intención de contactar conmigo alguna vez.

¿Debería volver a su casa mañana?

Al menos así obtendría una respuesta.

Qué tontería, Asher. No vas a hacer eso. Parecerías peor que cualquier mujer que persigue a un hombre. Esperarás, por mucho que lo odies.

—¡Guau! —se hizo oír Kingsley.

—Ya casi estamos —al girar la esquina, Central Park apareció ante nosotros—. ¿Dónde has aparcado exactamente? —quise saber.

—Un poco más adelante, siguiendo la calle —respondió Hayes—. Tuve mucha suerte de encontrar un sitio justo ahí.

—Mmm —gruñí. De repente, solté—: ¿Y si no quiere saber nada más de mí? Después de todo, me he portado como un auténtico idiota. Debería haber hablado con ella. Preguntarle. Escucharla.

Hayes asintió. —Sí, cabe esa posibilidad, desde luego.

Gruñí. No era la respuesta que esperaba, pero Hayes siempre era sincero. Y eso a pesar de ser abogado.

Ese chiste sobre abogados solía hacerme reír, pero hoy no era capaz ni de forzar una media sonrisa.

Me inquietaba demasiado pensar en qué haría Holly. Si me imaginaba que me rechazaba, entonces... entonces me entrarían ganas de saltar del coche y ponerme a correr por todo Manhattan. Y luego cruzar a nado hasta Nueva Jersey. Y seguir corriendo. Una parte de mí ya se veía como Forrest Gump atravesando América.

¿Cuánto tiempo estuvo él corriendo? Años, ¿no?

No hagas el ridículo, Asher.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —Kingsley empezó a ladrar con fuerza.

Agradecí la distracción. —Colega, ya has salido hoy. No me digas que quieres volver a bajar.

—Guau —ladró Kingsley una vez y gimoteó.

—Mmm, eso no ha sido un sí —ya conocía bastante bien la forma de comunicarse de Kingsley—. Entonces, ¿qué quieres? —intenté adivinar.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

—¿Tienes hambre? —conjeturé—. Sintiéndolo mucho, no llevo premios encima, pero pronto llegaremos a casa y te daré algo decente de comer. Por desgracia, todavía tengo que trabajar un poco, así que tendrás que entretenerte tú solo en la azotea. Pero allí estás muy a gusto. Le había montado un rincón a Kingsley en la azotea. Tenía una camita, una pequeña caseta y algunos juguetes que le encantaba mordisquear. Tenía un hueso de peluche, un hueso de goma y un pequeño muñeco de trapo que arrastraba de una esquina a otra. Cuando tenía tiempo, le lanzaba una pelotita a diferentes rincones y Kingsley me la traía de vuelta.

Pero hoy me tocaría trabajar.

Siempre y cuando lograra concentrarme.

—Ahí está mi coche —señaló Hayes hacia delante.

—Maldita sea —estaba tan absorto en mis pensamientos que ni siquiera me había fijado en los coches aparcados y casi me paso de largo.

Clavé los frenos. Detrás de mí se oyó un concierto de cláxones.

Hayes abrió con cuidado la puerta del copiloto. —Gracias, amigo. Manténme informado de lo que pase.

—Seguro —murmuré.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —Kingsley se coló entre los asientos. Otra vez me había olvidado de cerrar bien el pestillo del transportín. Debía de estar demasiado distraído. Holly, su compañera de piso, qué iba a ser de nosotros...

—Kingsley, ahora no vamos a bajar. Vamos a casa. Podrás jugar en la azotea —Kingsley ya se había hecho un hueco en el asiento del copiloto.

—Te ayudo —se ofreció Hayes—. Vamos, Kingsley. No puedes ir aquí delante. Tienes que ir atrás, a tu sitio.

—¡Guau! —gimoteó Kingsley.

Hayes lo agarró por el collar y lo sacó con cuidado a la calle. Luego rodeó el capó con el perro para llevarlo al otro lado. El transportín estaba justo detrás del asiento del conductor, así que era mejor meter a Kingsley en el coche por mi lado.

Bajé la ventanilla.

—Venga, vamos —dijo Hayes mientras abría la puerta trasera.

En ese instante, Kingsley se soltó de un tirón.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —salió corriendo a toda prisa mientras ladraba con fuerza.

—¡Me cago en la leche! —abrí la puerta de golpe.

—Lo siento, amigo —se disculpó Hayes.

—No es culpa tuya —respondí—. He visto perfectamente cómo se ha soltado.

—He relajado el agarre justo cuando iba a abrir la puerta —explicó Hayes.

—No pasa nada. Además, parece que no se ha ido muy lejos —señalé a Kingsley, que ladraba con energía a cierta distancia—. Voy a por él.

—Dame las llaves —dijo Hayes—. Por si aparece otro policía; le cuento cualquier historia y doy una vuelta a la manzana.

Le lancé las llaves a Hayes y eché a correr hacia Kingsley.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —sus ladridos se oían desde lejos.

Cuando casi lo había alcanzado, Kingsley se dio la vuelta y siguió corriendo.

¡No podía ser posible!

—¡Kingsley! —grité con fuerza.

Pero mi perro me ignoró por completo.

—¡Kingsley!

Nada.

No me quedó otra que seguir corriendo. Curiosamente, no se dirigía al parque, sino que seguía por la calle. ¿Qué buscaba Kingsley por allí? Había pensado que se había escapado para corretear un poco por las zonas verdes, pero se mantenía en la acera. ¿Habría alguna tienda de comida para perros más adelante?

—Kingsley.

De pronto, saltó sobre una transeúnte.

—Kingsley.

La mujer se dio la vuelta.

Y se me paró el corazón.

Holly.

Kingsley había corrido hacia Holly.

¿Cómo lo había conseguido? ¿Cómo sabía él que ella estaría por aquí cerca? ¿Y qué hacía ella aquí, para empezar?

Holly había agarrado a Kingsley por el collar y me miraba. Me acerqué a ellos despacio. Si hace un momento me moría de ganas por volver a ver a Holly y estaba convencido de que no aguantaría hasta que me llamara, ahora sentía un nudo en el estómago.

¿Cómo me recibiría ella?

Se limitó a quedarse allí quieta, mirándome.

Su rostro era una máscara impenetrable.

—Hola —dije cuando por fin llegué a su altura, señalando a Kingsley —. Se ha escapado.

Holly sonrió. —¿Todavía no ha aprendido a quedarse a tu lado?

Negué con la cabeza. —En realidad, sí. Pero creo que sabía que te estaba buscando y me ha traído directo a ti.

—¿Me estabas buscando? —los ojos verdes de Holly se abrieron de par en par. Ahora la veía bien. Estaba como siempre. Su cabello pelirrojo parecía centellear bajo el sol y sus ojos brillaban levemente. Mi mirada recorrió el lunar de Holly y se posó en sus labios carnosos, que estaban entreabiertos.

Lo que más deseaba era besarla.

Momento inoportuno donde los haya, Asher.

—He sido un auténtico idiota —confesé entonces.

Holly no dijo nada. Sujetaba a Kingsley por el collar y seguía observándome.

Tomé aire profundamente. —Esa tal Azra se presentó en mi despacho y afirmó que tú y Luke... que teníais una aventura desde hacía tiempo. No la creí, pero no dejaba de presentar pruebas para su teoría. Y luego también soltó que no habías aprobado tu examen final y... —tragué saliva—. Dijo que te habías acostado conmigo para que te diera el puesto.

Una chispa de indignación cruzó los ojos de Holly. —¿Y te lo has creído? —me miró de arriba abajo.

—No, no, no me lo creí. Al principio no. Pero a medida que Azra sacaba más pruebas de su teoría, me entraron las dudas y quise preguntarte. Bajé a tu oficina y allí... —me callé.

—Allí me besó Luke —Holly asintió.

Me alivió ver que se mantenía tranquila y serena. —Sí. Te besó y para mí aquello fue la prueba de que Azra debía de tener razón. Y entonces...

—Entonces yo te acusé de traidor. Porque Luke me hizo creer que tenías una aventura con Azra. Y probablemente con muchas otras mujeres —Holly asintió.

—¿Por eso le besaste? —quise saber.

Holly negó con la cabeza. —Me amenazó y me acosó. También se había enterado de lo de mi examen. —Holly me miró—. Es cierto, no lo aprobé. Quería decírtelo, buscaba el momento oportuno. Pero nunca parecía llegar.

Recordé con remordimiento que Holly y yo apenas habíamos tenido tiempo para nosotros. Eso también había sido culpa mía.

Holly prosiguió: —El caso es que Luke lo descubrió. Y amenazó con contártelo todo si yo no... bueno. —Holly no terminó la frase, pero yo sabía perfectamente a qué se refería—. Me negué, pero él simplemente lo ignoró. —Los ojos de Holly se humedecieron ligeramente—. Estuvimos juntos hace tiempo, pero era una relación totalmente tóxica. Yo... me alegré mucho de haberme librado de él.

—¿Por qué no me lo habías contado? —pregunté. Me daban ganas de abrazar a Holly en ese mismo instante. Había pasado por un momento horrible y yo solo lo había empeorado con mis acusaciones.

—¿Cuándo? —sorbió por la nariz Holly—. Yo también estaba esperando el momento adecuado. Una vez incluso estuve a punto de decirlo, pero algo se interpuso.

—Ese tipo es un maldito traidor —gruñí. Si Luke estuviera aquí ahora, habría olvidado mis buenos modales y le habría dado una paliza de muerte.

No está aquí, Asher. Pero Holly sí. Y es de ella de quien debes ocuparte ahora.

—No he tenido aventuras con otras mujeres. Ni con esa Azra ni con nadie. La primera vez que vi a Azra fue contigo en Central Park —expliqué.

Holly asintió. —Ella y Luke tienen algo, ¿verdad? Los vi juntos.

—¿Tú también? —me asombré. Luego asentí—. Sí, parece que han actuado de común acuerdo. Luke quería conseguirle un trabajo a Azra y, como no salió porque yo me negué, quiso vengarse de mí y hundirme. Y como eso tampoco funcionó muy bien, te eligió a ti para culminar su venganza.

Holly asintió. —A Azra nunca le he caído bien, de todas formas. Se apuntaría a cualquier cosa que me hiciera daño. Ya era así en la carrera.

Miré a Holly. —No sé qué decir. Espero que puedas perdonarme. Me he portado como un soberbio idiota. Hacía una eternidad que ninguna mujer significaba nada para mí. Hace unos años, mi novia de entonces me engañó con mi mejor amigo; los pillé juntos en la cama. Cuando os vi a Luke y a ti, fue como si aquello estuviera pasando otra vez. Tuve un flashback total.

Holly guardó silencio. Me miraba con atención.

—Eso... —busqué las palabras—. Eso fue una señal de lo mucho que me importas. Pero no supe verlo y, en su lugar, me dejé llevar por mis emociones. Quiero hacerlo mejor en el futuro. ¿Crees que puedes darme otra oportunidad? —me callé, nervioso.

Holly seguía sin decir nada. Sus ojos brillaban y acariciaba suavemente el pelo de Kingsley.

—Sabes, lo que más desearía es poder dar marcha atrás al reloj —solté—. Simplemente volver a empezar el día antes de que Luke te molestara. O empezar de cero. ¿Qué te parece? —cambié el peso de una pierna a otra.

Holly continuó acariciando a Kingsley. —Sí —dijo finalmente. Nada más.

¿Solo sí?

Mi corazón dio un vuelco extraño y sentí un nudo en el estómago.

—Bueno... no podemos dar marcha atrás al tiempo por completo. —Holly me miró—. Han pasado cosas desde entonces.

¿Han pasado cosas?

¿A qué se refería?

¿Tenía a otro?

Estuve a punto de soltar la pregunta, pero apreté los dientes. No quería repetir mi error. Después de todo, acababa de prometerle a Holly que iba a mejorar.

—¿A qué te refieres? —pregunté con cautela.

Holly inspiró profundamente. Habría jurado que en sus ojos había una expresión de ligero temor. ¿Qué era lo que quería decirme?

—Estoy embarazada —declaró entonces.

Kingsley gimoteó.

Y yo me sentí como si alguien me acabara de dar un golpe con una raqueta de tenis en la cabeza.

¿Había oído bien?

—¿Qué? —exhalé.

—Estoy embarazada. Vas a ser padre. —Holly me miraba con los ojos muy abiertos.

—Eso... eso es... —no sabía qué decir.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —ladró Kingsley con fuerza.

—¿Voy a ser padre? —me aseguré.

Holly asintió.

Entonces alcé los brazos al aire. —¡Pero si eso es maravilloso!

Nunca me había planteado tener hijos. Pero, de repente, estaba seguro de que sería maravilloso criar a una personita junto a Holly.

Le dediqué a Holly una sonrisa radiante.

Y entonces sus labios también se curvaron en una sonrisa. —¿Te... te parece bien? —preguntó ella ahora.

Asentí. —No podrías haberme dado una noticia mejor.

Di un paso adelante y estreché a Holly entre mis brazos. Ella rodeó mi cintura con los suyos.

—Ahora no pienso soltarte nunca más —murmuré, antes de besar por fin a Holly.

Capítulo 32 Asher y Holly

Once meses después

Asher

Plopp.

Una vez más, la pelota acabó en la red.

—No estás en la misma forma que el año pasado, colega —Hayes me observó con ojo crítico.

—Es verdad. —En otro momento, ese comentario me habría enfurecido. Pero ahora asentí con serenidad. Tenía razón. En el último año no había pasado tanto tiempo como de costumbre en la pista de tenis y, por lo tanto, no estaba en la misma forma.

Fui hacia la red y recogí la pelota. —Vamos a tomar una cola.

—Al menos eso no ha cambiado —Hayes me dedicó una sonrisa burlona.

—Algunas cosas permanecen igual, sin importar lo que pase en la vida —le devolví la sonrisa.

Hayes parecía también bastante aliviado de que hubiéramos dejado el juego. Hoy era un día de verano especialmente caluroso. El verano de este año estaba siendo el más cálido que se recordaba en Nueva York.

Caminé despacio hacia la máquina expendedora de bebidas frías. —En cualquier caso, con este calor no me arrepiento de haber renunciado a participar en los campeonatos de la ciudad. Ha sido la decisión correcta en todos los sentidos.

Hayes me alcanzó. Se pasó una mano por la frente para secarse el sudor. —Te creo. Eres un hombre nuevo.

—Bueno, tanto como eso, no. Pero, de alguna manera, todo ha cambiado. —Negué con la cabeza. Todavía hoy me costaba creer todo lo que había pasado en los últimos meses. Si hace un año alguien me hubiera vaticinado lo que iba a ocurrir, lo habría tomado por loco.

—Tu colección está siendo un puntazo. —Hayes pulsó un botón de la máquina—. Ayer vi una reseña en una revista mientras estaba en el dentista. Solo quedaban revistas femeninas y les eché un vistazo porque quería saber de qué hablan las mujeres. —Hayes se rió—. Y resulta que hablan de tus joyas. Al menos eso decía el artículo.

—Los diseños de Holly han caído como una bomba. Si piensas que lo montó todo en apenas unas semanas... —Negué con la cabeza.

—Te has buscado a una mujer muy eficiente para el equipo. —Hayes sacó dos botellas de cola de la máquina y me tendió una.

Eficiente.

Y, sobre todo, maravillosa, cariñosa y absolutamente única.

Holly había enriquecido mi vida, la había hecho más colorida y hermosa.

Y desde hacía unos meses, no solo estaba Holly.

Sino también Cilena.

Nuestra hija.

Antes de que Holly me comunicara que estaba embarazada, nunca me había planteado ser padre. Parecía no encajar en absoluto con mi vida. Pero ahora estaba Cilena y no la cambiaría por nada del mundo. Casi lamentaba estar ahora en la pista de tenis y no con ella, para oler su piel de bebé, acariciar su mejilla y ver su sonrisa.

Holly y Cilena.

No sabía cómo sería mi vida sin ellas. Aburrida, probablemente. Sin que yo llegara a darme cuenta nunca de que lo era. Durante todos los años que dediqué exclusivamente al trabajo, no me había parecido aburrida. Faltaba algo, pero nunca lo había notado. Porque ni siquiera sabía qué era lo que faltaba.

—Luke seguramente estará a punto de estallar de rabia al ver el éxito que tienes ahora. —Hayes abrió su botella de cola.

Yo hice lo mismo. Se oyó un siseo. La cola fría me bajó por la garganta. Qué bien sentaba, especialmente en un día tan caluroso como hoy.

—No tengo ni idea de qué hace Luke. —Me encogí de hombros—. Cuando lo despedí en aquel entonces, amenazó con demandarme. Pero parece que la cosa no llegó a nada. —Sonreí un poco—. Probablemente sus abogados le explicaron que era una causa perdida y que mejor debería cambiar su propia actitud en lugar de demandar a otros.

Hayes se rió. —¿Y no sabes a qué se dedica ahora?

Negué con la cabeza. —No tengo ni la más remota idea de si sigue viviendo en Nueva York. Probablemente no. Pero en cualquier caso, ya no está activo en el sector de la joyería. De lo contrario, me habría enterado de alguna forma.

—Bueno, ahora estás muy bien relacionado en la asociación de joyeros. —Hayes se apoyó la botella fría contra la frente para refrescarse un poco.

—Desde luego. —Me reí—. Cuesta creer que Mr. Owens acabara preguntándome si me parecía bien que me admitieran. Hay que ver. Antes apenas era lo suficientemente bueno para que me dirigieran la palabra, y de repente tenían muchísimas ganas de contar conmigo.

Todo eso se lo debía a Holly. Su colección le había dado a *Asher's* un lugar entre los joyeros que se toman en serio. De repente, gente que nunca había querido hablar conmigo quería hacerlo. Todos hablaban de nuevos caminos, de innovación y de todas esas cosas de las que todo el mundo habla, pero nadie sabe exactamente qué significan.

Yo tampoco, para ser sincero.

Pero ahora era miembro de la asociación de joyeros.

—Ya hemos reservado la pista. —Una voz me sacó de mis pensamientos.

Ryker.

Estaba junto a la puerta de la pista, junto con Virginia.

Suspiré. Muchas cosas habían cambiado, pero Ryker no era una de ellas. Estaba casi más insoportable que antes. Desde que me habían admitido en la asociación de joyeros, aprovechaba cualquier ocasión para pincharme y tratar de hacerme quedar mal.

—Si queréis pagar dinero por dejar vuestras cosas tiradas por la pista y quedaros aquí bebiendo cola... adelante —se mofó Ryker también esta vez.

Virginia sonrió con delicadeza.

Entonces los dos se besaron.

Lo hacían siempre que yo estaba presente.

Sonreí y negué con la cabeza. Antes eso me afectaba, pero ahora me daba igual. Que se besaran cuando, donde y tanto como quisieran.

—Bueno, tortolitos... ahora mismo recogemos. Mientras tanto, podéis poneros un poco guapos para el partido. —Con esas

palabras, pasé por delante de Ryker y Virginia. Por el rabillo del ojo vi cómo Ryker soltaba a Virginia.

Típico.

En cuanto ya no podía provocarme, dejaba de interesarse por ella.

Hayes me siguió.

Cogí mi bolsa y metí, lo más rápido que pude, mi ropa y mis raquetas en los compartimentos. Ryker y Virginia me daban igual.

Quería irme lo antes posible con Holly y Cilena.

***

Holly

Empujé el cochecito hasta un lugar a la sombra bajo un árbol y me senté en el banco de al lado. Josie hizo lo mismo.

—Hoy hace un calor espantoso —gemí, abanicándome un poco con la mano. Eché una mirada preocupada al cochecito. Cilena dormía con una sonrisa beatífica en los labios. Burbujeaba suavemente en sueños. Parecía estar disfrutando de la temperatura cálida. ¿Querría vivir algún día en un lugar con un verano eterno?

Me reí.

Mi hija había cambiado mi vida como ninguna otra persona. Ya no podía imaginarme la vida sin Cilena. Sí, en las últimas semanas

había dormido bastante menos de lo habitual y mis propias necesidades habían quedado en un segundo plano. Pero eso volvería a cambiar cuando Cilena fuera un poquito más grande. E incluso así, disfrutaba cada mañana de su risa, sus primeros movimientos, sus sonidos y, sobre todo, de sus ojos brillantes.

Cilena.

Y Asher.

Todavía no podía creer que ahora me despertara cada mañana a su lado y que sus ojos oscuros me miraran con cariño antes de irse a trabajar. Como siempre, con el pelo alborotado.

Algunas cosas habían cambiado; otras, en cambio, seguían igual. Y así estaba bien. No habría querido cambiar nada de Asher.

—He aprobado el examen —le conté a Josie.

—¡Qué! ¡No me habías dicho nada todavía! Muchísimas felicidades. —Josie me dedicó una gran sonrisa.

—Shhh. —Preocupada, me puse un dedo en los labios y miré de reojo hacia el cochecito. No quería que Cilena se despertara.

—Oh, perdón. —Josie se tapó la boca con la mano, asustada.

—No pasa nada. —Le sonreí brevemente a Josie y seguí observando a mi hija. Cilena no se movía. Seguía durmiendo plácidamente. El árbol sobre ella proyectaba sombra y unos pájaros cantaban para sus parejas. El ruido de la gran ciudad a nuestras espaldas parecía de repente muy lejano.

—Es genial que hayas aprobado el examen por fin —susurró Josie—. Aunque ya ni siquiera necesites ese dichoso título. Tal como te dije: al final lo que cuenta es tu talento.

Solté una breve carcajada. —En eso tenías toda la razón —confirmé con volumen normal. Cilena tenía el sueño profundo. Mientras no la molestaran sonidos desconocidos o repentinos, no se despertaba hasta que tenía hambre.

Josie también se rió. —¿Vas a celebrar tu éxito? —quiso saber.

No me lo había planteado todavía. —¿Crees que debería?

Josie soltó una risita. —Ya va siendo hora, ¿no? Puedes organizar una fiesta en el bar en la azotea e invitar a Asher. Luego bailas un poco sobre la barra y... —Josie rió entre dientes. Luego se puso seria —. Cuesta creer que hace apenas un año de eso. Bueno, los tiempos han cambiado. —Señaló a Cilena.

—Seguro que brindaremos por el examen en cuanto podamos — prometí.

—Al final, tu mayor éxito llegó incluso antes. Casi no puedo creer que tu colección haya tenido semejante impacto. Todo el mundo hablaba de eso. Y lo siguen haciendo. —Josie me miró con admiración.

Me reí. —Sí, y lo mejor fue que el diseño con el que me suspendieron el examen es ahora uno de los más vendidos en *Asher's*.

—Eso se llama justicia. Karma. Esas cosas. —Josie se recostó satisfecha en el banco. Luego preguntó—: Pero ¿ya no vas a trabajar

más?

Negué con la cabeza. —Quiero estar totalmente volcada con Cilena. Me necesita, precisamente ahora. Quiero que tenga una infancia feliz. Y disfruto mucho del tiempo con ella. Más adelante volveré a trabajar. En algún momento.

—Eso también puedes hacerlo desde casa. Los niños crecen rápido. —Josie se rió—. En unos años tendrás que llamar a la puerta si quieres entrar en su habitación.

Yo también me reí. Todavía no podía imaginármelo.

De repente, Josie me dio un codazo. —Por allí —susurró, haciendo un gesto con la cabeza.

Miré en la dirección indicada.

Azra.

Hacía una eternidad que no la veía. Y eso que casi todas mis compañeras de estudios se habían puesto en contacto conmigo cuando salió mi colección. Incluso Xena, mi antigua amiga del instituto, me había contactado para disculparse y me había devuelto 500 dólares con la cabeza baja.

En ese momento, Azra miró hacia nosotras. Rápidamente desvió la mirada, bajó la cabeza y aceleró el paso. No quería hablar con nosotras.

Mejor así.

Yo tampoco sentía ninguna necesidad de hablar con ella.

—¿A qué se dedica ahora? —quiso saber Josie. Hace unos meses, Azra había perdido su trabajo en *Ryker's*. Sus colecciones no habían gustado y Ryker la había despedido al terminar el periodo de prueba. Lo sabía por Asher, que a su vez se lo había oído decir a un conocido que también participaba en la asociación de joyeros.

—No tengo ni idea —respondí con sinceridad—. Ya no tenemos contacto. Solo sé que Luke se mudó hace mucho tiempo y que lo suyo con Azra no funcionó.

—No me extraña. —Josie estaba indignada y no se mordió la lengua —. Esos dos solo se juntaron para mentir y engañar. Ella es igual de intrigante que él. ¿Cómo iba a funcionar una relación así? Seguro que por separado están mejor.

Me encogí de hombros. —Probablemente.

Me daba igual.

Azra me había hecho la vida imposible en otro tiempo, pero hoy ya no significaba nada para mí. No quería romperme la cabeza pensando en lo que ella pensaba, hacía o decía.

—Eso también es el karma. —Josie sonaba satisfecha—. Así, cada uno ha recibido lo que se merecía.

Me reí. —Realmente tienes una visión única de la vida.

—¿Acaso no es verdad? —Josie me miró—. ¿Que cada uno ha recibido lo que se merece?

—Algo de razón tienes —admití.

***

Holly

—Cumpleaños feliz. Cumpleaños feliz. Te deseamos, querida Holly, cumpleaños feliz. —Una voz profunda y melodiosa que entonaba las notas con una seguridad sorprendente.

Me quedé en la puerta. Detrás de mí estaba Josie, que traía a Cilena en su portabebés.

—Yo... —tartamudeé—. Esto...

—¡No me digas que te has vuelto a olvidar de tu cumpleaños! —Asher me sonrió. Estaba frente a mí con una tarta en las manos.

—Bueno... —Me puse roja. Hacía mucho tiempo que no me pasaba algo así—. Sí —confesé entonces—. Me he olvidado.

Asher se rió. —Mejor todavía, así me alegro de haberme acordado y de haber organizado un par de cositas.

No sabía qué decir.

—Algunas cosas cambian, otras no —comentó Josie detrás de mí con aires de sabelotodo.

—Felicidades también de mi parte. —Hayes, el mejor amigo de Asher, apareció detrás de él. En los últimos meses yo también me

había hecho amiga suya. Hayes era una persona realmente agradable, no había otra forma de decirlo.

Casi al mismo tiempo, Asher dijo: —Entonces espero que, entre las cosas que no cambian, esté también tu predilección por los TimTams.

—¿TimTams? —Mi voz subió varias octavas y se me iluminó la cara.

Asher sonrió. —Exacto. Esas galletas de Australia que se deshacen en la boca como una crema suave. —Asher levantó la tarta—. He encargado que hagan una tarta con ellas, porque pensé que podría gustarte algo así.

—Ohhhh. —No se me ocurrió qué más responder. Lo que más deseaba era echarme al cuello de Asher. Pero tenía la tarta en las manos y no quería estropearla por nada del mundo.

—Además, he contratado un envío mensual de TimTams. A esta dirección. —Asher me sonrió. En sus ojos oscuros brillaba una chispa. Con su pelo alborotado, resultaba increíblemente sexy.

—Pensé que podría gustarte. —Me guiñó un ojo.

—¿Gustarme? Es el regalo más bonito que me han hecho nunca. —Miré a Asher entusiasmada. Se había acordado de mis gustos y había hecho algo precioso con ellos. Era típico de él. Desde que me mudé con él poco después de nuestro reencuentro, me había colmado literalmente de amor y atenciones. Me sentía como si me llevaran en palmitas y cada día era más hermoso que el anterior. Y seguía siendo así.

Josie tosió. Miré a mi alrededor. Hayes se había puesto al lado de Josie y le susurraba algo al oído. Mi amiga se rió y sus mejillas se tiñeron de un ligero rosa.

Los miré a los dos.

Solo se habían visto una vez hasta ahora, pero parecían tan a gusto el uno con el otro como si se conocieran de hace años.

¿Hayes y Josie?

¿Se habrían estado viendo a escondidas sin decir nada?

¿O...?

Los observé con más atención.

—Pido atención para la segunda parte del regalo —dijo Asher entonces detrás de mí.

¿Segunda parte?

Me di la vuelta.

Asher hincó una rodilla en el suelo. En sus manos sostenía una cajita.

Contuve el aliento.

¿Realmente estaba pasando esto?

¿O estaba soñando?

—Te quiero, Holly, y quiero pasar el resto de mi vida contigo. Cada uno de los días. —Asher me miró fijamente.

Me llevé las manos a la boca. Los ojos se me humedecieron y sollocé.

—Venga. Responde. —Josie, a mi espalda, se impacientaba.

Me quité las manos de los labios. Seguía sin poder decir nada. Una lágrima rodó por mi mejilla.

Asher se levantó, me rodeó con sus brazos y me secó la lágrima de la cara con un beso. Luego me besó el lunar. —Te quiero —me susurró al oído.

Le rodeé con mis brazos y apreté mi cuerpo contra el suyo. —Yo también te quiero —susurré.

Detrás de nosotros, Cilena balbuceaba para sí misma.

Asher me estrechó contra él.

Y supe que esto era para siempre.

FIN